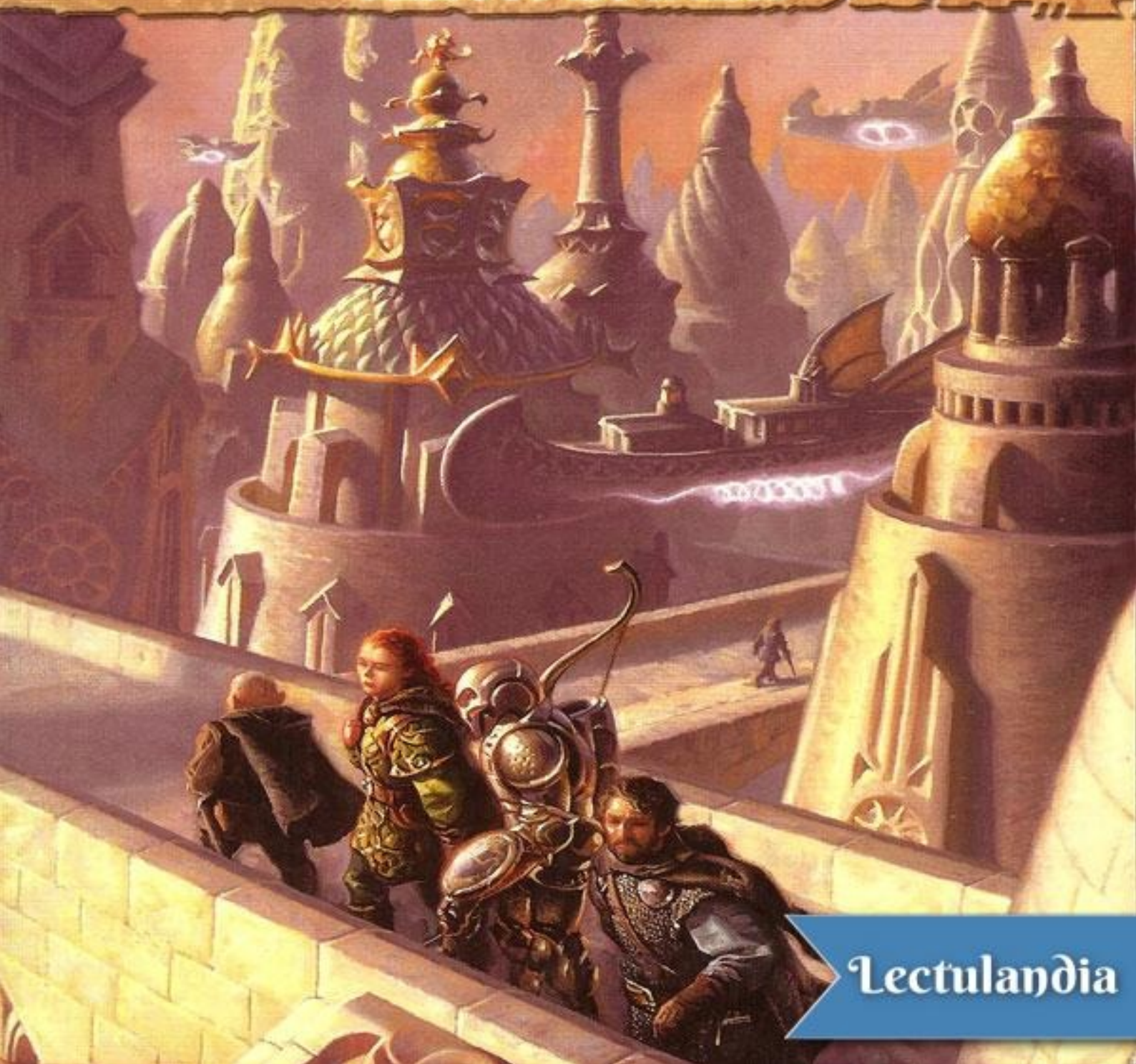


**EBERRON**

# LA CIUDAD DE LAS TORRES

LA OSCURIDAD ONÍRICA. LIBRO I

**KEITH BAKER**



Lectulandia

Curtidos por la última guerra, cuatro soldados llegan a Sharn, la legendaria Ciudad de las Torres, capital de la aventura, hogar de lo mejor y lo peor que Eberron puede ofrecer.

Ahora, en tiempos de aparente tranquilidad, tendrán que volver a luchar por la supervivencia. Pronto se verán envueltos en una trama que les llevará a recorrer desde los más altos estamentos a los lugares más sórdidos de esta ciudad de maravilla, sombras y aventura.

**Lectulandia**

Keith Baker

# **La ciudad de las torres**

**Eberron: La oscuridad onírica - 1**

ePub r1.0

EtrioI 25.11.14

Título original: *The city of towers*  
Keith Baker, 2005  
Traducción: Ramón González Ferriz  
Ilustraciones: Mark Zug  
Diseño de cubierta: Mark Zug

Editor digital: Etriol  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



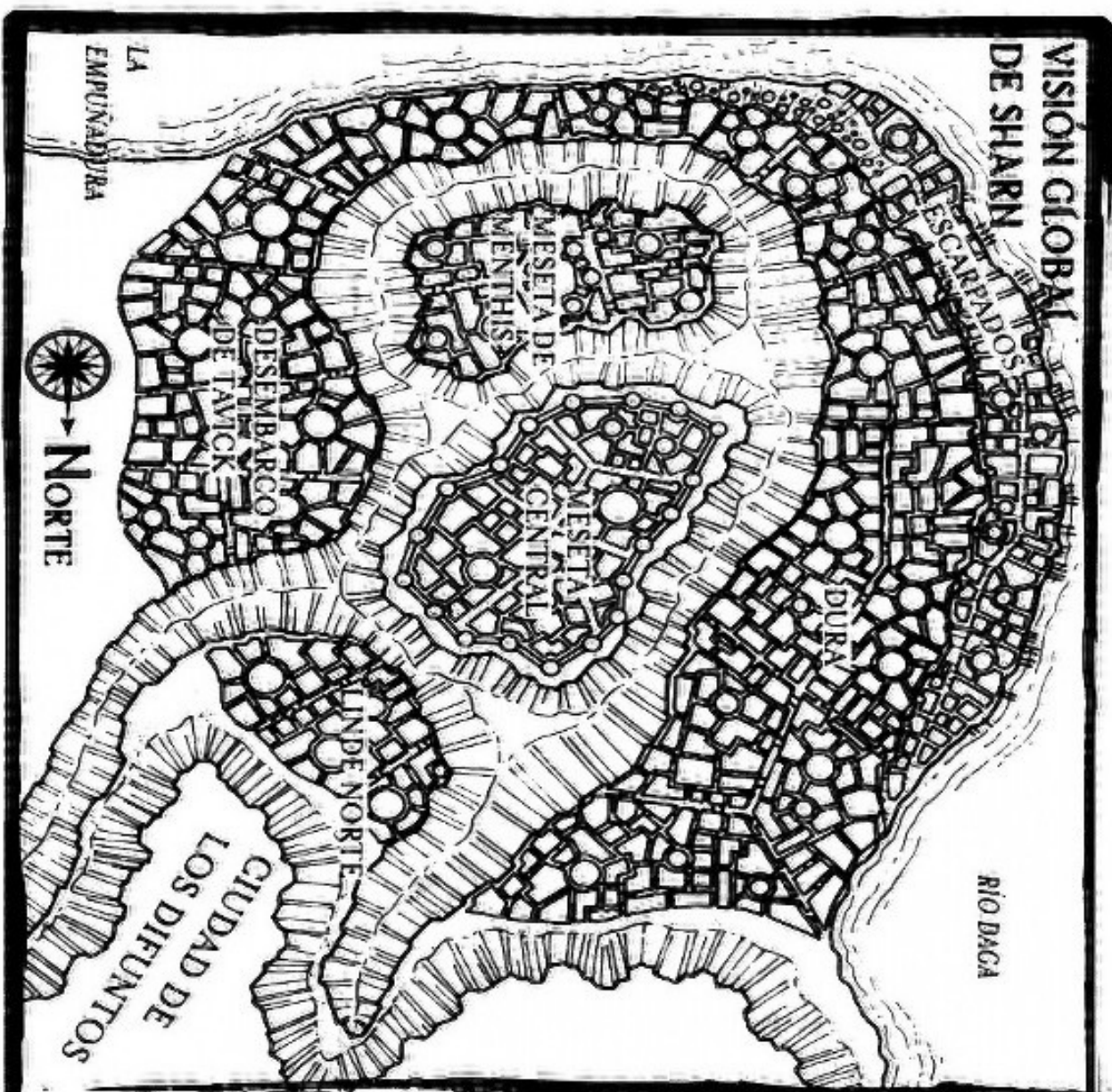
A todos mis amigos y a mi familia, a aquellos que han jugado a mis juegos  
y han escuchado mis historias, y por encima de todo a Ellen, que siempre  
ha sido mi fuente de inspiración.

Cien años de guerra...

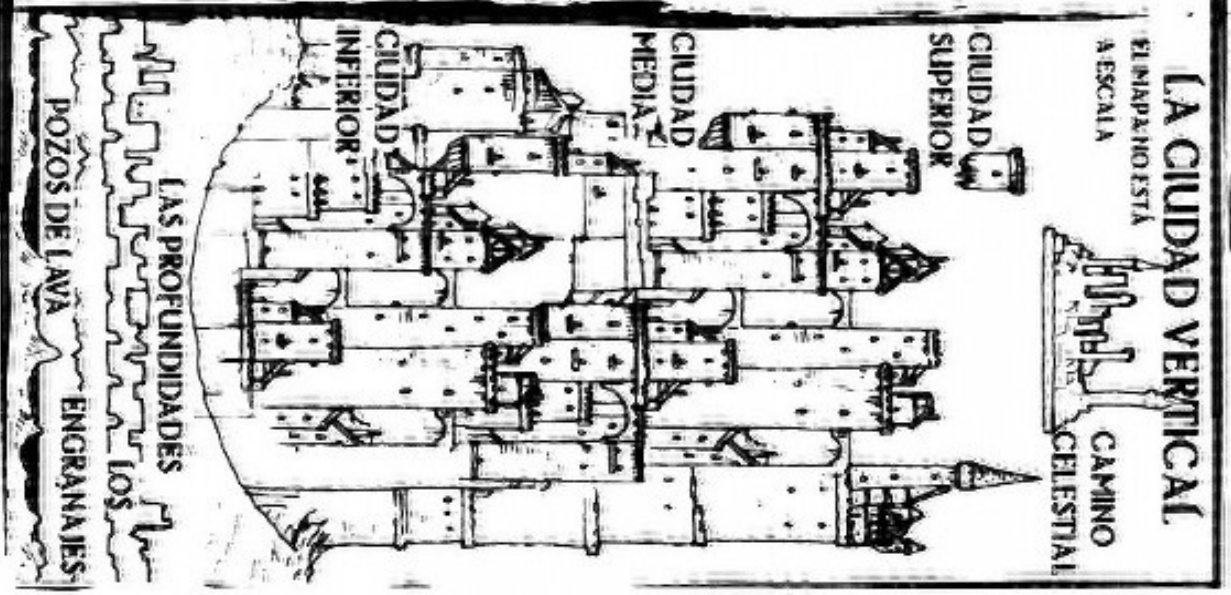
Los reinos yacen en ruinas, los ejércitos están doblegados, y un país entero ha sido arrasado. Un difícil tratado de paz se establece en esa tierra.

Llegan a Sharn cuatrocientos soldados endurecidos por la batalla. Cansados de sangre, hartos de matar, sólo quieren un lugar que puedan considerar su casa.

Pero la ensombrecida Ciudad de las Torres tiene otros planes para ellos...



# SHARN





Hubo un momento en el que podrían haber ganado la batalla. Los soldados cyr eran curtidos veteranos, aunque en ese sentido no habían tenido mucho donde elegir. En esos atribulados tiempos, un hombre se convertía en soldado en el mismo momento en que era capaz de sostener una guadaña o un mayal. La tropa había sido tomada por sorpresa, pero un instante después del asalto inicial los cyr habían formado filas y estaban plantando cara.

Un inmenso trueno anunció la llegada del navío, después el terror cayó procedente del cielo nocturno. Pintado de blanco, el esbelto barco resultaba casi invisible desde la tierra, pero los rayos que estallaban alrededor del anillo de aire elemental que lo sostenían en lo alto refulgían desde la base de las nubes y pintaban el campo de batalla de luces brillantes y sombras negras. Al cabo de un instante, una ola de flechas cayó sobre el ejército cyrano.

Fieras explosiones retumbaron en el campo de batalla. Cientos murieron, y la marea de la batalla cambió.



Daine maldijo mientras caminaba con grandes zancadas a través del campo en ruinas, maldijo a la Llama y a los Soberanos por igual. Tras él, Través, un forjado, contemplaba la carnicería con dos flechas preparadas en su inmensa ballesta. Jode examinaba los cadáveres de los caídos, pero la mano sanadora del mediano no lograba resucitar a los muertos.

—¡Saerath! —gritó Daine—. Saerath, ¡si ya estás muerto juro que encontraré un camino a Dolurh para poder torturarte durante toda la eternidad!

Un rostro pálido miró por la portezuela de una tienda chamuscada.

—¡Pero, capitán! —gimió el semielfo casi calvo con la cara lívida—. ¡Es una



emboscada! ¡Hay enemigos por todas partes! ¡Sabes que no debo arriesgarme!

Daine miró en el interior de la tienda, sujetó el collar de la túnica de Saerath con el puño cubierto de malla y arrastró al mago hasta casi hacerle trastabillar. Aunque de complexión ligera, Daine era sorprendentemente fuerte.

—¡Malditas sean las reglas de la Reina, Saerath! Diez minutos más y no quedaría nada del ejército, ¡y eso te incluye a ti!

Le soltó y el corpulento semielfo retrocedió algunos pasos. Como si fuera una respuesta a sus palabras, una inmensa bola de fuego cayó girando del cielo. Cayó cuarenta pies a su izquierda, y la explosión llenó la noche con el olor de carne quemada y los gritos de los hombres y los caballos.

Daine señaló el navío que surcaba por encima de sus cabezas.

—Te serviremos de escudo, pero quiero ese barco en tierra, ¡ahora! Con reglas de la guerra o sin ellas, si no nos ayudas, te mataré yo mismo.

Como si quisiera poner a prueba el juramento de Daine, un soldado enemigo emergió del humo y se adentró en la luz parpadeante de las tiendas en llamas. Era una criatura surgida de la pesadilla de un artificiero: metal, madera oscura y cuero fusionados en una forma humana. Tenía la boca llena de dagas y el torso de metal tachonado con pedazos de acero afilado; a cada movimiento, las puntas chirriaban contra sus juntas produciendo un doloroso aullido. El soldado forjado sostenía una estrella ensangrentada en cada mano, y al ver el emblema de oficial de Daine alzó sus sangrientas armas y embistió.

Nunca llegó hasta él. A su derecha salió volando algo borroso y plateado, Través, su compañero forjado. Través impactó en el guerrero, que era más alto que él, y lo derribó de espaldas. Daine se quedó con el mago mientras Jode y Lynna corrían a ayudar a Través. Pero incluso desde el suelo el forjado era un temible oponente. Con un rápido movimiento, arrojó una estrella al pecho de Lynna, desgarrando la carne y partiendo el hueso. Antes de que Través y Jode pudieran responder, la bestia con armadura se puso en pie y se enzarzaron en una batalla en toda regla. Salían chispas cada vez que los dos forjados intercambiaban golpes. Mientras la vida de Lynna menguaba en el suelo, Daine miró al mago, que estaba encogido de miedo.

—¡Ahora, Saerath! El barco está avanzando, ¡y puede ser la última oportunidad que tengamos!

Temblando, el mago levantó la mirada hacia el navío, que no dejaba de aproximarse. Trazó unos dibujos místicos con los dedos temblorosos, susurrando palabras de desatamiento y rechazo. Cuando terminó el conjuro, una bola de llamas cayó del cielo, impactó en el suelo y el mundo desapareció en el fuego.



Lei vio cómo la bola de fuego impactaba en el centro del campamento y se preguntó si Saerath habría sido alcanzado por la explosión. Vivo o muerto, había llevado a cabo su tarea. Pese a su inmenso poder, el navío dependía de una red de delicados encantamientos, y el mago había logrado alterar su tejido de conjuros. El anillo de nubes que envolvía la cintura del barco se desfondó. Desprovisto de su propulsión elemental, la nave se desplomó hacia el suelo. La alteración fue temporal, pero duró lo suficiente. El navío golpeado estalló, esparciendo madera y cuerpos por el campamento cyrano. Se produjo una ráfaga huracanada cuando el elemental fue liberado de sus cadenas y Lei se tambaleó bajo el viento. Pero mientras una desordenada alegría surgía entre los supervivientes cyr, una segunda oleada de forjados emergió de la noche.

Dos de los soldados enemigos —un inmenso guerrero con una cuchilla hundida en un brazo y un explorador más pequeño con una daga en cada mano— llegaron donde estaba Lei. Como Saerath, Lei era una no combatiente. Como miembro de la casa Cannith, mantenía a los forjados y otras armas mágicas que los cyr le habían comprado a su casa. De acuerdo con las reglas de la guerra, era un objetivo prohibido, y del mismo modo tenía prohibido participar en cualquier acto violento. Pero el enemigo no estaba respetando las reglas. Paralizada de miedo y sorpresa, Lei miró cómo el soldado alzaba el brazo en el que llevaba la cuchilla. Había trabajado con forjados durante toda su vida, parecía imposible que fuera a morir así. Vio su reflejo en la cuchilla mientras ésta caía hacia su cara, pero en el último momento fue empujada a un lado por una pequeña figura, Jholeg, el duende explorador. Tras él, Cadrian, Donal y Mal se acercaron para enfrentarse al forjado con sus alabardas. Jholeg sonrió a Lei al mismo tiempo que se echaba hacia atrás para clavar en las entrañas de cuero del artefacto su curva espada. Esquivó un golpe de la cuchilla que le habría arrancado la cabeza y después dio un rápido golpe en la rodilla del gigante con armadura.



Lei no había visto Forjados como esos antes. A pesar de su pesada armadura, esos Forjados se movían con una velocidad sobrenatural, y además tenían toda clase de extrañas armas y diseños.

—¡Fuera de aquí, señora de Lei! —gritó Cadrian—. Vamos a...

Su orden se vio interrumpida cuando la cuchilla del Forjado atravesó su casco y le partió el cráneo. Mal fue el siguiente en caer y, mientras Lei veía cómo su sangre

goteaba desde las cuchillas del forjado, algo en su interior chasqueó. Casi sin pensar, se encaminó hacia el inmenso artefacto. Agachándose bajo un golpe que tenía por objetivo a Jholeg, extendió el brazo y colocó la mano sobre el pecho del forjado. Se concentró y el tiempo pareció retroceder mientras sus sentidos se expandían. Sentía las capas de magia que unían a la miríada de componentes del forjado, las energías místicas que le daban pensamiento y movimiento a la criatura. Desde que era una niña le habían enseñado a tejer esas redes, a crear artefactos mágicos y dar vida a quienes carecían de ella. Ahora, con la cara quebrada de Cadrian fija en su mente, convirtió sus pensamientos en una cuchilla y golpeó el centro refulgente de la red mística. Se produjo un instante de eterna discontinuidad, y después Lei regresó a la batalla. En el mismo momento en que apartó la mano, el soldado forjado se desmoronó y se convirtió en un montón de metal y piedra.

Aunque el gigante estaba vencido, el forjado más pequeño seguía en pie. Todavía cubierto con la sangre de sus amigos, fue danzando directamente hacia Lei como un fantasmal cachorro plateado. Se produjo un destello y después sintió una cálida sensación en el estómago. Cayó al suelo. Mientras los fuegos y los sonidos de la guerra se debilitaban, fue vagamente consciente de un nuevo grupo de gente que llegaba a la escena, del pequeño artefacto siendo vencido y hechos pedazos. Pero estaba todo tan lejos...

Una sensación de enfriamiento llenó su interior, agua helada corriendo por sus venas. El mundo regresó repentinamente, claro y centrado. Jode estaba arrodillado junto a ella, la Marca de dragón de su cabeza refulgía con una pálida luz azul.

—Te tengo, Lei —murmuró el sanador mediano—. Sólo relájate.

Ella cerró los ojos y dejó que la luz tranquilizante fluyera en su interior.

Daine miró desde la ruina humeante que había sido un soldado forjado.

—La quiero en pie —dijo—. Ahora. Través está casi descompuesto. —Frunció el entrecejo y miró el campo de batalla. Cadáveres quemados mezclados con restos retorcidos de guerreros forjados—. Ni siquiera sabemos de qué lado luchaban esos forjados. Tenemos que reagruparnos tan rápido como podamos. Forjados, un maldito navío..., ¿quién sabe qué más hay ahí?

Como en respuesta a sus palabras, apareció la tercera ola.



CAPÍTULO 1

XEN'DRIK  
KARUL'TASH

*22 de Iharvion de 997 AR*

Llamas parpadeantes arrojaban largas sombras. Pero aquello no era el campo de batalla. El fuego ardía en una preciosa chimenea de mármol azul, llenando la sala con el rico aroma del cedro. Aquella era la casa de Hadran d'Cannith, y el mobiliario ponía de manifiesto su riqueza y su poder. Los suelos estaban cubiertos de suaves alfombras sarlonianas, cada una de ellas bordada con laberínticos patrones de ángulos retorcidos y espinosos. Retratos y lujosos tapices adornaban las paredes, mostrando las gloriosas hazañas de sus ancestros Cannith. Dominando la sala había un gran escritorio de madera oscura cuya superficie estaba cubierta de sellos dorados que resplandecían a la luz del fuego.

Hadran d'Cannith estaba sentado tras el escritorio, mesándose la barbilla mientras escuchaba el relato de la exploradora. Había transcurrido un año desde la Batalla del Risco de Keldan y la devastación que había borrado Cyre de las páginas de la historia. Un año desde que había oído una palabra de su prometida. Hadran era un hombre rico e influyente, y había gastado una fortuna en exploradores, mensajeros y adivinos. Aunque se temía lo peor, siempre se agarraba al rescoldo de la esperanza. Y ahora, parecía, sus plegarias habían sido atendidas.

—Lei resultó herida en el risco de Keldan, Hadran —dijo la exploradora. Llevaba una larga capa de piel verde oscura y la capucha le ocultaba la mayor parte de la cara—. Ha sido difícil encontrar información sobre la batalla, pero parece que su tropa se enfrentó a una fuerza arrolladora de nacionalidad desconocida. Fueron empujados hacia el oeste, hasta tierras en disputa entre Thrane y Breland, y ésa es la única razón por la que Lei sigue con vida. El Día del luto, ella estaba justo en las afueras de Cyre, fuera del alcance del desastre. Imagino que es una de las pocas personas que vieron el Luto con sus propios ojos.

—¿Pero está viva? ¿Estás segura? —Hadran se mordió el bigote gris, una costumbre que su primera esposa siempre había detestado—. ¿Por qué no llegó hace meses? ¿Por qué no me ha mandado un mensaje a través de las piedras?

—Yo no soy adivina, mi señor —respondió la exploradora, ciñéndose la capa esmeralda con fuerza alrededor del cuerpo—. Creo que sus compañeros la llevaron de vuelta a las ruinas de Cyre para buscar a otros supervivientes. Por lo que respecta a

las piedras, no me sorprendería que no tuviera ni una moneda. Pero sé sin lugar a dudas que Lei d’Cannith está viva y de camino aquí. Creo que ella y sus compañeros llegarán a Sharn esta semana.

—¡Ésa es una noticia prodigiosa! —gritó Hadran, poniéndose en pie de un salto. Se dio cuenta de que estaba temblando—. Sé... Sé que uno no puede fiarse de esas cosas, pero hace unos meses hablé con una agorera sobre Lei. Me dijo que nunca nos casaríamos, que la muerte se interpondría entre nosotros dos. Oré y oré por que fuera una falsa visión y, oh, bendita sea Olladra, ¡lo era!

Se movió para abrazar a la exploradora, pero ésta dio un paso atrás.

—Ten cuidado, Hadran —dijo la exploradora, con la voz más profunda y más oscura—. Es fácil malinterpretar una profecía. He dicho que tu prometida viene a Sharn. No he dicho que vuelvas a verla.

—¿Qué? —dijo Hadran. Su alegría se había convertido en ira.

—Tu oráculo dijo que la muerte se interpondría entre tú y Lei. —Las sombras de la sala parecieron tornarse más profundas, y debajo de la capucha el rostro de la exploradora estaba perdido en la oscuridad—. Diste por hecho que era la de ella.

Se quitó la capa con un manotazo y Hadran soltó un grito horrorizado.

Unos momentos después, la exploradora se limpió las manos ensangrentadas en la camisa de Hadran. Recogió su capa y se la colocó sobre los hombros, sin ponerse la capucha. Dio una última mirada a la ruina que en el pasado había sido un señor con la Marca de dragón.

—Le daré tus recuerdos a Lei, Hadran —susurró—. Tengo grandes planes para ella. Grandes cosas.

Nadie la vio salir.





CAPÍTULO 2

BRELAND  
EL VIEJO CAMINO  
*25 de dravago de 996 AR*

Daine se despertó en el fango. Una gélida lluvia caía del cielo gris, y su manta de lana estaba empapada y sucia. Al menos es sólo agua, pensó. Comparado con lo que le había caído encima durante los seis últimos meses, la lluvia era un bienvenido cambio.

Los recuerdos acudieron espontáneamente a su cabeza, imágenes mucho peores que cualquier pesadilla. Durante siglos, Cyre había sido la joya en la corona de Galifar, una tierra fértil célebre por sus artes y su cultura. Ahora Cyre era una tierra baldía, arrasada, cubierta de cadáveres. Mientras viajaba hacia el sur, Daine había oído a los campesinos susurrar sobre los horrores que se hallaban en las llamadas tierras Enlutadas. Según los relatos, del cielo caía sangre en lugar de agua, y los espíritus de los muertos aullaban en el viento.

La verdad era mucho peor.

La batalla en el risco de Keldan sucedió la noche anterior al Luto. Las últimas horas de la batalla eran un borrón. Ninguno de los supervivientes recordaba cómo había escapado de los forjados, y nadie sabía cuándo había tenido lugar el desastre. ¿Cómo sucedió? ¿Qué fuerza podía haber devastado un país entero y sin embargo dejar ilesos a unos pocos soldados a apenas veinte pies de la frontera? Quizá esa amnesia era un efecto secundario de la fuerza que destruyó el reino, o quizá el acontecimiento fue simplemente más de lo que la mente humana podía soportar.

Esa terrible mañana, Daine había llevado lo que quedaba de su tropa de vuelta a Cyre, cruzando las brumas grisáceas para ver lo que había al otro lado. ¿Cómo podían saber lo extensa que sería la devastación? ¿Quién iba a creer que todo un país podía ser destruido en tan poco tiempo? Durante meses se fueron adentrando cada vez más en los baldíos. Lo único que encontraban era horror y muerte. A medida que transcurrían las semanas, los soldados de Daine caían uno a uno ante los terrores de la tierra retorcida, y sólo sobrevivieron a la larga caminata de vuelta a la frontera Daine, Través, Jani, Onyll, el sanador Jode y Lei d’Cannith. Pero aquello no fue ni mucho menos el fin de sus problemas. Cada día traía consigo un nuevo choque con los soldados de Thrane, y Jani cayó víctima de un último regalo de Cyre: una duradera infección que las manos de Jode no pudieron curar.

Finalmente, fueron hacia el sur, hacia Breland. Después de varias escaramuzas, la activa agresividad de los soldados brelish se había diluido en una sorda irritación. La destrucción de Cyre había arrojado el mundo entero a un estado de estupor, y la gente común estaba harta de la guerra. Los cronistas dijeron que el rey Boranel de Breland había ofrecido asilo a los refugiados de Cyre. Otros afirmaron que príncipes y embajadores estaban negociando con esfuerzo los términos de la paz en el norte, echando los cimientos de un nuevo mundo que sustituiría al antiguo reino de Galifar. Las guarniciones fronterizas vigilaban los límites contra cualquier signo de traición, y la tropa de Daine había recibido una sangrienta bienvenida en Thrane. Pero más al sur la gente había empezado a abandonar la espada para regresar al arado. Después de años de batalla, parecía que los reclutas estaban volviendo a casa para siempre.

Habían pasado muchos años desde que Daine tuviera un lugar que pudiera llamar su casa. Cualquier pasado al que hubiera podido regresar estaba enterrado en las cenizas de Cyre. Través había sido construido para librar una guerra que había terminado. Jode nunca había hablado de su familia. Lei era la única de los supervivientes cuyo futuro era claro, de modo que si los demás que viajaban con ella en dirección a Sharn no lo hacían porque la ciudad albergara alguna promesa para ellos, sino porque no tenían ningún otro lugar al que ir.

Daine se puso en pie y sacudió el agua de su manta. Través estaba tratando de mantener el fuego encendido y Lei empezaba a levantar el campamento, guardando las lonas alquitranadas y las mantas. Daine se unió a ella.

—Otro precioso día, ¿eh? —dijo, dándole su manta.

Lei sonrió y negó con la cabeza. Tenía el pelo cubierto de barro, pero todavía brillaba a la luz del fuego, como si hubiera verdadero cobre mezclado con el rojo. Tras doblar su manta y colocarla con las demás, sacó la varita que utilizaba para la magia simple. Con unos pocos gestos hábiles, tejió un conjuro doméstico en la madera. Un movimiento de esa varita improvisada limpió el barro y el agua de las mantas y la ropa y eliminó la suciedad de su piel y su cabello. Una manta seca no era la cosa más importante del mundo, pero sin la magia de Lei sus ropas se habrían podrido hacía muchos meses, y su habilidad para hacer aparecer comida era lo único que había impedido que los soldados murieran de hambre.

—Casi estamos ahí —dijo Lei, dándole una taza con agua y un plato de gachas secas. Era tan sabroso como el barro, pero les mantenía con vida—. Si no lloviera, verías las torres desde aquí.

—¿Vas a seguir adelante con esto?

—Por supuesto. No comprendes nuestro modo de ser, Daine. Soy heredera de la Marca de los hacedores, y tengo una responsabilidad con mi casa.

Marcas de dragón. Daine tragó una cucharada de gachas con una mueca. Nadie nacía con una Marca de dragón, pero los miembros de determinados linajes selectos tenían el potencial de desarrollar una Marca y el poder mágico que la acompañaba. Era la Marca de dragón de Jode lo que le permitía curar heridas con las manos. La

Marca de Lei tenía un efecto similar, pero si Jode podía tejer hueso y carne, Lei reparaba el metal y la madera. Los poderes de su Marca de dragón no eran el mayor de los talentos de Lei, pero la Marca definía su lugar en el mundo. En una era arrasada por la guerra, una armera podía tener más poder que un rey, y los artificieros de la casa Cannith con la Marca de dragón eran los mayores armeros de los tiempos modernos. La casa Cannith abrió el camino que llevó a la invención de la aeronave, la varita mágica de luego eterno y, por supuesto, los forjados. Las Marcas de dragón eran infrecuentes incluso entre las familias que las llevaban, y los Cannith con frecuencia formaban matrimonios entre los que portaban la Marca con la esperanza de que sus hijos heredarían los poderes de los padres. Así era el caso de Lei y su prometido. Hadran d’Cannith era viudo y casi doblaba la edad de Lei, pero su oro era bueno y su Marca, fuerte.

—La sangre por delante del amor —dijo Daine—. Lo he oído antes. Lo único que me interesa es el oro que nos prometiste... Te he visto cubierta de barro y sangre. Me resultará difícil verte como la dama del castillo.

—¿Crees que me gusta dormir en zanjias y ver cómo mis amigos mueren? —dijo Lei mientras le daba un plato de gachas al adormilado Jode.

—A ninguno de nosotros le gusta eso. Pero quién sino los soldados son los que pueden hacerlo sin morir en el intento. Has vivido cosas que han matado a encallecidos veteranos, Eres una de nosotros.

Lei negó con la cabeza.

—Mi servicio en la guardia fue una obligación para con mi familia. Como lo es mi matrimonio. De las dos, preferiré el matrimonio.

—¿Has estado casada antes?

Lei abrió la boca para responder,

—Por favor, ¡capitán Daine y señora Lei! —les interrumpió Jode con una brillante sonrisa—. Si sólo nos queda un día de viaje, disfrutemos de la compañía mientras podamos, ¿de acuerdo?

Lei y Daine susurraron disculpas y regresaron a las gachas.



Aunque el sol todavía estaba enterrado tras las nubes, había amanecido cuando levantaron el campamento y regresaron al viejo camino, la ruta que conectaba las grandes ciudades de Breland. Habían decidido dormir en un claro lejos del camino para que Través pudiera vigilar la cercanía de enemigos. Pero entre los viajeros y el camino había una extensión del Bosque del Rey, y de ahí fue de donde surgieron los

problemas.

De detrás de un árbol salió un hombre, un brelander alto y delgado, con la cara llena de hoyuelos, que llevaba la túnica de cuero parcheado de los soldados brelish. Quizá fuera un desertor o un licenciado sin ningún lugar al que ir, pero a Daine le pareció igualmente probable que le hubiera arrancado esa armadura que tan mal le quedaba al cadáver de su verdadero propietario. Una capa de lana gris lo protegía de la lluvia, y agitó una porra de madera hacia ellos.

—¡Eh, viajeros! —gritó el hombre con un grave ronroneo.

Daine dio un paso adelante e hizo un gesto a los demás para que se detuvieran.

—Me llamo Morgalan. Por vuestro vestido, diría que sois extranjeros en nuestra querida tierra. ¿Sois llorones?

—¿Llorones? —preguntó Daine.

—Restos de lo que queda de Cyre. Ahora la llaman tierras Enlutadas, porque ya no os queda nada más que hacer que llorar por lo que habéis perdido.

—Si tienes algo que decir, dilo rápido. —La mano de Daine se acercó a su espada, pero mantuvo su temperamento a raya. Aquélla no era ni mucho menos la primera ocasión en que les habían insultado, y Daine se olió una trampa.

—Tengo buen olfato para las energías arcanas, y veo que hay algo más, aparte de la bolsa de la joven dama, que llama la atención. Me llevaré eso y cualquier moneda que llevéis.

—Cuatro contra uno, si no me equivoco. Las cosas no parecen muy a tu favor. —Daine se rascó la nuca y aprovechó para hacerle algunas señales a sus compañeros con las puntas de los dedos.

—Las cosas raramente son como parecen. —Una flecha salió volando de entre los árboles y se clavó cerca de los pies de Daine.

—Cierto —dijo Daine, pero ya estaba en movimiento y corría hacia el salteador de caminos desenvainando su espada y su daga.

Por el rabillo del ojo, Daine vio a Través alzando su enorme ballesta y disparando dos flechas en la dirección de la que había provenido el ataque. Entre los árboles se oyó un grito, y después el sonido de un hombre cayendo al suelo.

Dos hombres y una mujer, los tres vestidos de cuero parcheado y armados con pequeñas hachas, surgieron del bosque a la izquierda de Daine. Éste ralentizó su carrera para asegurarse de que los demás les tenían.

Lei les estaba esperando. Les arrojó una pequeña piedra. Explotó con el brillo cegador del oro. Al tiempo que los bandidos levantaban las manos para protegerse los ojos, Través ya estaba disparando más flechas. Al cabo de unos segundos, los tres estaban tendidos en el suelo.

Morgalan recibió la embestida de Daine de frente. Con un grito furioso y un golpe de su porra, hizo volar la espada de la mano de Daine. Pero la espada era su menor amenaza. La daga de Daine era Cannith, forjada de adamantino, y podía cortar el acero con facilidad. Daine se agachó ante el siguiente golpe del bandido y con un

rápido movimiento cortó la porra en dos, dejando a Morgalan con un tocón de simple madera en la mano.

Soltando lo que quedaba de su porra y dando un paso hacia atrás, el bandido hizo un complejo movimiento con la mano izquierda al tiempo que susurraba unas palabras en un idioma que Daine no había oído jamás. Daine sintió el roce del encantamiento y por un momento le resultó difícil concentrarse.

Morgalan... Morgalan..., ¿por qué estaban luchando? Sin duda aquello era un malentendido. Su amigo Morgalan necesitaba su ayuda, su colaboración contra esos tres animales...

Daine se había enfrentado a hechiceros anteriormente, y Saerath había intentado en alguna ocasión encantarle cuando le había ordenado que cavara letrinas. Haciendo rechinar los dientes, Daine se liberó de los pensamientos invasivos y clavó su daga en el hombro del bandido.

Morgalan soltó un jadeo y la presión mística se desvaneció. Daine sujetó al hombre por el cuello con la mano que tenía libre, arrancó la daga y lanzó a Morgalan al fango. Se agachó con el pie y la daga sobre el cuello del bandido.

—Escúchame, brelander —gruñó—. He estado luchando contra los tuyos durante seis años. Todos mis instintos me dicen que debería cortarte la garganta y dejarte desangrándote en el suelo. —Golpeó al hombre pálido en la cara con la empuñadura de la daga, arrojando su rostro al barro—. Pero la guerra ha terminado y soy un extranjero en tu tierra. No me des razones para volver a empezar a luchar.

Daine se puso en pie y le arrancó pausadamente el monedero del cinturón. Le lanzó la bolsa de piel a Lei y recogió su espada. Al otro lado, Jode estaba curando las heridas de los bandidos que Través había alcanzado, mientras el forjado seguía apuntando a los rufianes heridos con su inmensa ballesta.

—Déjalos, Jode —gritó Daine—. Tenemos otras cosas que hacer en esta adorable tierra.



Después del ataque conversaron poco, y con el tiempo acabaron uniéndose al flujo de viajeros que se dirigían a Sharn por el viejo camino. Jode iba a hombros de Través, cantando de vez en cuando una canción en la lengua líquida de su patria distante. Daine iba en último lugar, observando a Jode maravillado. Después de todos los años que habían pasado juntos, las muchas batallas que habían librado, Jode era todavía un enigma para él. El mediano procedía de las lejanas llanuras de Talenta, una tierra estéril en la que se decía que moraban inmensos lagartos. Tenía la refulgente Marca



de dragón de la curación extendida sobre la calva, visible a primera vista, pero Jode nunca había reconocido tener lazos con la casa Jorasco, y no llevaba el sello de heredero de la Marca de dragón. Siempre estaba dispuesto a cantar una alegre canción o contar una historia, pero su pasado era un misterio. Daine nunca le había presionado. Suficiente dolor le acarrea su propio pasado, y si Jode tenía secretos, no le correspondía a Daine robárselos.

A medio día las nubes se aclararon y allí estaba ante ellos Sharn, la Ciudad de las Torres. Incluso desde esa distancia, las torres se alzaban hasta el cielo, docenas de refulgentes agujas, todas ellas rematadas por minaretes y torretas. El viejo camino pasaba entre llanas tierras de labranza y en el transcurso del día pareció que no se estuvieran moviendo, sino que las torres crecieran de tamaño, cada vez más altas a cada hora. Lentamente advirtieron los detalles. Daine se dio cuenta de que algunas de las torres más pequeñas parecían flotar en el aire, desconectadas de las columnas principales. Pequeños puntos se movían adelante y atrás, botes y otras naves que navegaban por el aire. Mientras el sol descendía tras el horizonte, las luces de la ciudad se hicieron visibles, parpadeando como estrellas.

—La casa Cannith ilumina la ciudad, ¿sabéis? —dijo Lei—. Casalon d’Cannith perfeccionó el fuego frío hace casi setecientos años. El impacto en Galifar fue realmente extraordinario. En muchos sentidos, preparó el terreno para...

—Creía que los elfos desarrollaron el fuego frío hace miles de años —dijo Daine. Lei frunció el entrecejo.

—Sí, bueno... Cannith lo trajo a Khorvaire.

Daine sonrió, aunque Lei no lo vio. Los elfos de Aerenal habían trabajado con la magia durante tres veces más tiempo del que había durado la historia humana, y Daine había conocido a un embajador de Aerenal que tenía más de setecientos años. Era natural que las habilidades de los elfos fueran superiores a las de las razas más jóvenes, pero era una de las pocas formas de hacer descarrilar los efusivos monólogos de Lei sobre las virtudes de su casa.

—¿Cómo logran que las torres no se caigan? —preguntó Través.

Era todo lo que había dicho durante la última semana. El guerrero forjado, que ni siquiera en los mejores tiempos era muy hablador, se había vuelto totalmente taciturno en los últimos meses. A Daine no le había sorprendido; Través había sido construido para defender Cyre, y ahora el país había sido destruido y la guerra había terminado. ¿Qué fin serviría Través en ese mundo quebrado? Hasta el momento había seguido cumpliendo las órdenes de Daine. Pero ¿cuánto duraría esa lealtad?

—Hay lugares en el mundo cuyas energías arcanas se comportan de un modo inusual —dijo Lei—. Muchos sabios creen que es resultado del contacto de otros mundos con éste. De modo que un lugar tocado por Dolurh se llena de desaparición, mientras que Lamannia hace que la vegetación florezca. A lo largo de esos acantilados, los encantamientos de aire y vuelo tienen un poder extraordinario. Los conjuros que soportan esas torres no podrían llevarse a cabo en la mayor parte de

lugares. La ciudad misma se ve arrastrada hacia el cielo. Verás barcos que vuelan y cosas parecidas, todo resultado de la magia de este lugar.

—Si son sostenidas por la magia..., ¿qué sucedería si se deshicieran los conjuros?

La mente de Daine regresó en un fogonazo al navío que descendió de los cielos después de que Saerath cercenara sus vínculos.

—Bueno..., en realidad creo que esas torres han caído en el pasado. Durante la guerra. Se supone que por sabotajes, aunque nunca fue demostrado.

—Y supongo que tu amado vive en una de las torres más altas.

—Sí.

Daine no se volvió para mirar, pero oyó la desaprobación en su voz.

—Maravilloso.



Al tiempo que el sol se hundía entre los acantilados, el viejo camino les llevó a una torre llamada Desembarco de Tavick, y después a una gran estatua de bronce de la reina Wroann ir'Wyrnarn con la espada alzada en desafío a las leyes de Galifar. Guardianes con capas negras vigilaban una docena de puertas separadas, escuchando los cuentos de los mercaderes, viajeros y campesinos. Las tradiciones de un siglo de guerra seguían en vigor, y nadie entraba en Sharn sin pasar ante los Guardianes de la Puerta.

La puerta ante la que se hallaban Daine y sus compañeros estaba guarnecida por un gordo enano cuya barba parecía un montón de espinas negras.

—No parecéis de por aquí —gruñó. Escudriñó a Través y después se fijó en el emblema de oficial de Daine—. ¿Sois Llorones? No me extrañaría, la verdad. — Señaló con la cabeza la estatua de Wroann, la reina que se había rebelado e iniciado la Última guerra—. Enfrentaos a Breland y veréis lo que os pasa.

Jode se adelantó antes de que Daine pudiera hablar.

—Veo que poco se escapa de tus inteligentes ojos, sargento. Diría que has visto a llorones antes.

El enano le estudió lentamente. Jode tenía la Marca de dragón en la parte superior de la cabeza, y la Marca de dragón normalmente significaba riqueza y poder.

—Así es. Altos muros está llena de ellos. Era donde encerraban a los traidores. Algunos dicen que todavía es así.

De nuevo, Jode intercedió antes de que Daine pudiera hablar.

—Bueno, no es raro que cometas ese error, pero la nuestra no es una historia sencilla. Sí, el señor de Daine viste como un soldado cyrano, pero hay mucho más ahí

que llama la atención. Permíteme presentarte a la señora de Lei, heredera de la Marca del Hacedor.

Lei hizo una reverencia y extendió la mano, dejando a la vista su sello Cannith. El enano examinó el anillo cuidadosamente.

—La señora de Lei es la prometida del señor Hadran d’Cannith, cuyo nombre sin duda reconocerás. Como sabe cualquier niño, la casa Cannith tiene su trono en los confines de Cyre, y después del desastre, el señor Hadran decidió reforzar la seguridad de su amada. Así que nos contrató a nosotros tres, el señor de Daine, un maestro espadachín formado por la Marca del filo de la casa Deneith; Través, un leal guerrero forjado construido por los padres de mi señora para garantizar la seguridad de su única hija, y yo mismo, Jode d’Jorasco, un sanador sin igual.

Transcurrieron varios minutos mientras Jode inventaba su cuento, describía los grandes peligros que el trío había experimentado en su persecución de la heredera Cannith perdida. El enano permanecía embelesado mientras Jode contaba la batalla con el perverso forjado y la oscuridad viviente. Una mujer con una capa negra que llevaba la insignia de capitán se acercó y le golpeó a un lado de la cabeza, sacándole de su embeleso.

—¡Horas! ¡Procesa a esta gente y procede! ¡Estás deteniendo la fila!

El enano parpadeó y negó con la cabeza para volver a la realidad.

—Ah, sí..., sí. Lo siento. Sólo..., tengo que hacer una marca aquí en el libro mayor y podéis seguir con vuestro camino. Confío en que no estáis introduciendo materiales peligrosos en la ciudad. Pirotecnia, sangre de dragón, sueñohirio.

—Llevo tres forjados en la bolsa —dijo Lei—. ¿Es un problema?

Jode suspiró.

—En tu... ¿Puedo verlos, por favor, señora d’Cannith?

Lei sacó su fardo y abrió la tela con forma de embudo por la parte superior.

—¿Través, te importa?

Un murmullo recorrió la multitud que esperaba cuando el inmenso guerrero forjado se introdujo en el pequeño fardo de viaje. Un momento después salió arrastrando tras de sí el cuerpo maltrecho de un pequeño explorador forjado.

—Los tres están inertes —dijo Lei—. No he tenido tiempo para ver si pueden ser restaurados, pero los encontramos durante nuestros viajes y quise devolverlos a casa.

—Ya..., veo. —Claramente, los herederos Cannith transportando forjados estropeados no eran parte de su rutina diaria como guardia—. Puedes... seguir adelante, mi señora. Espero que disfrutes tu visita a Sharn.

Lei sonrió mientras Través metía de nuevo los forjados estropeados en esa extraordinaria bolsa.

—Gracias, sargento —dijo ella—. Estoy seguro de que lo haré.



Una vez estuvieron a cierta distancia de los guardias, Jode se giró hacia Lei negando con la cabeza. Través y Daine caminaban arrastrando los pies por detrás, con la mirada vuelta hacia el cielo, las torres, los aleros, los puentes y los edificios que se alzaban en lo alto y se perdían a la vista.

—Mi señora de Lei —dijo Jode—, no había ninguna necesidad de mencionar a los forjados. Tenía la situación perfectamente controlada.

—Siempre me he preguntado si tenías vínculos directos con la casa Jorasco, Jode. ¿Por qué no quieres hablar de ello?

—Me lo he inventado, mi señora. He tenido la sensación de que el sargento se quedaría más impresionado ante los emisarios de una casa poderosa que ante un grupo de llorones en busca de refugio.

—Eso explicaría un poco la lucha con los niños caníbales —dijo Lei, frunciendo el entrecejo—. Mis padres participaron en los primeros trabajos con los forjados, aunque... es muy posible que construyeran a Través.

Jode se encogió de hombros.

—Sólo improvisaba, mi señora. No tenía ni idea de que mis palabras pudieran tener siquiera una pizca de verdad.

—Ajá. ¿Y Daine? —Lei miró atrás, a Daine y Través, ninguno de los cuales les estaba prestando a Jode y ella la menor atención—. ¿En realidad no se formó con la casa Deneith?

—No soy un oráculo, señora Lei. Sólo estaba inventándome un cuento para el sargento enojadizo. Además, ¿te imaginas a nuestro capitán en una casa de mercenarios?

Lei sonrió y después soltó una carcajada. Al cabo de un momento, Jode también se puso a reír. Daine frunció el entrecejo cuando él y Través les alcanzaron.

—Muy bien, ya os habéis reído un rato. Ahora sigamos. Esta noche quiero dormir en una cama, y todavía tenemos que encontrar a tu adorado pretendiente, Lei.

—Sígueme..., señor Daine.

Todavía sonriendo, Lei los guió entre la muchedumbre.



Daine había oído historias de Sharn, pero las palabras no podían transmitir la sobrecogedora presencia de la ciudad. La amplia calle estaba ocupada por una masa en permanente agitación. Media docena de idiomas distintos llenaban el aire. Un mercader talentano estaba regateando con un joven gnomo por el precio de gusanos halodanos. Un pálido elfo, con una túnica dorada y una delgada máscara de plata labrada, caminaba calle abajo acompañado por un inmenso obrero ogro que llevaba un baúl hecho con docenas de huesos. Una patrulla de guardianes con capas negras observaba las calles con ojos desconfiados y la promesa de un inmediato castigo.

La parte más desconcertante era el cielo, o la falta de él. Ese distrito estaba totalmente contenido en una de las inmensas torres del Desembarco de Tavick, y por encima de sus cabezas el núcleo hueco de la torre se alzaba hasta perderse de vista. Gárgolas e hipogrifos giraban en el aire por encima de ellos, suspendidos entre los diferentes niveles de la torre. Los muros de la torre central eran probablemente de cincuenta pies de grosor, y los edificios y negocios estaban tallados directamente en los muros. El interior de la torre debía ser de unos seiscientos o setecientos pies de longitud, lleno de agujas y edificios más pequeños.

—Bonito lugar —dijo Jode, contemplándolo en su totalidad—. Al menos no tienes que preocuparte por la lluvia. Yo me andaría con cuidado por si se me caga encima un hipogrifo, sin embargo. Es un insulto y un agravio.

—Y llueve —dijo Lei ausente, estudiando la calle que tenía ante sí—. No soy una especialista en clima, pero al parecer en la cima de la torre se crea un exceso de condensación que hace que llueva sobre la gente de más abajo.

—Siempre es así, ¿verdad? ¿Adónde vamos, mi señora?

—A un lugar llamado el Refugio de Dalan. Está en los niveles superiores de este barrio. Ese ladrón tenía unos cuantos soberanos en su monedero. Al menos que tengáis ganas de subir por las escaleras, yo pensaba buscar un carro.

—Después de todo lo que hemos pasado, mi señora, diría que te mereces un poco de lujo.

Daine frunció el entrecejo.

—¿No estás de acuerdo, capitán? —preguntó Jode.

—Nunca se sabe lo que va a ocurrir —dijo Daine—. Sólo tenemos unas pocas



monedas. Y no me gustaría desprenderme de ninguna.

—Te preocupas demasiado, mi capitán. Cuando lleguemos a la casa del señor Hadran, Lei nos ha prometido que nos recompensará directamente con el tesoro de su señor.

—Sé que Hadran se encargará de vosotros —dijo Lei—. Es un buen hombre, y... ¡Oh, ahí hay uno!

Hizo un gesto con la mano y un bote descendió en el aire para recibirles. A primera vista, la aerocalesa era un largo y estrecho bote de remos construido con pino y teca. Tenía un mascarón de proa en forma de cisne; la imagen de sus alas extendidas estaba grabada a lo largo de los laterales del bote, refulgiendo a la fría luz de las antorchas místicas. La piloto era una joven vestida con una simple túnica blanca con el emblema del cisne en el pecho izquierdo. Su pelo corto y plateado y sus anchos ojos desvelaban un rastro de sangre elfa.

—¿Cómo puedo ayudaros? —preguntó la conductora.

—Somos cuatro —respondió Lei, subiéndose al bote flotante—. A Viento Redondo, en el Refugio de Dalan.

El dinero cambió de manos y los demás subieron. Daine se sentó junto a Lei. Jode y Través se sentaron ante ellos.

El bote ascendió por el aire. La aerocalesa se alzó por el núcleo central y después entró en un túnel. Al cabo de un instante salieron al aire libre, volando a ras de los puentes y las agujas más pequeñas del Desembarco de Tavick, de camino a los cielos. Daine pudo ver la ciudad a vista de pájaro. Había torres sobre torres, edificios que empequeñecían los árboles más altos que él había visto jamás, y puentes entre la mayor parte de ellos, cubriendo abismos que significarían la muerte segura para cualquiera que estuviera tan loco como para subirse a las barandas.

—¿Viento Redondo? —preguntó Daine girándose hacia Lei d’Cannith.

—La gente pone nombres a sus mansiones. Ya sabes, como Brazos Felices o Luz de Bienvenida.

—Conozco esa tradición. Pero ¿Viento Redondo? ¿Qué significa?

—Oh, no discutas por trivialidades. Ya está, Daine. ¡Se ha acabado! Todos esos años de guerra, toda la sangre, la muerte..., todo termina aquí. Vuelvo a casa.

La boca de Daine se tensó.

—Ésta no es tu casa.

Lei bajó los ojos y apartó la mirada durante un rato.

—Mira, yo también estoy enfadada. Mis padres, mis mejores amigos... Los he perdido. Sé que esto no es Cyre. Pero nuestra vieja vida se ha ido, Daine, y no va a volver. Ya has visto lo que queda de nuestra patria. Es momento de seguir adelante. De empezar de nuevo.

Daine no dijo nada. Través y Jode contemplaron el espectáculo de la ciudad que se extendía debajo de ellos, ajenos a la conversación.

—¿Has pensado en mi oferta? Estoy segura de que hay un lugar para ti en la casa.

—¿Como qué? —espetó Daine—. ¿Guardián? ¿Patrullar por Viento Redondo y asegurarme de que ningún hipogrifo se cague en el tejado de su señor? —Daine golpeó la baranda con el puño.

—Sería tan diferente...

—No, Lei —dijo Daine—. Luché por Cyre. Quizá creas que me conoces, pero no tienes ni idea de lo que he sacrificado ni de por qué he servido a la reina. No soy una espada de alquiler, y lo último que voy a hacer es trabajar para una casa portadora de la Marca de dragón.

Lei apartó la mirada. Cuando se alteraba se imponía fácilmente a Daine, pero su corazón no estaba en esa batalla.

—¿Por qué? ¿Qué sabes tú de las casas? ¿Es el señor Daine demasiado bueno para trabajar para la hija de un artesano?

—¿Cómo puedes preguntarme eso precisamente tú? ¿Has olvidado qué sucedió en Chimenea Blanca? ¿Esperas que lo olvide?

Lei le devolvió la mirada y él vio el refulgir de una lágrima en sus ojos antes de que se volviera a dar la vuelta.

—¿Lo has hecho?

Sus palabras fueron como agua fría para el fiero temperamento de Daine.

—Lei..., mira, Lei, lo siento. No quería decir eso. —Se detuvo, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Hay muchas cosas de mí que no sabes. Tú y Jode sois los únicos portadores de la Marca de los que he sido amigo. Y yo..., no soy un mercenario, ¿de acuerdo? Tengo que encontrar otro camino. Pero todavía no sé cuál.

Tendió la mano y al cabo de un largo rato, ella se la tomó.

—Lo siento —dijo Lei—. Al menos puedes quedarte una noche en Viento Redondo. Una comida caliente, una buena cama..., y por la mañana, estoy segura de que Hadran querrá darte un buen desayuno y oro suficiente para que empieces el camino que decidas.

Respiró hondamente, asintió y después apartó la mirada.

—Sí. Gracias. Aunque creo que preferiría un último cuenco de tus gachas. Creo que voy a echarlas de menos.

—¡Yo no! —intervino Jode—. No te lo tomes a mal, señora, pero estaría encantado de no volver a ver jamás ese mejunje.

Lei sonrió levemente.

—También yo tengo ganas de comida de verdad. ¿Qué dices tú? ¿Encontrarás un lugar en una de esas casas de sanación?

Daine ya había pensado en eso. Si la guerra había terminado de veras, ése era el destino lógico de un hombre con el talento de Jode, pero sanar era dominio de la casa Jorasco. La Marca de dragón de Jode dejaba entrever un vínculo con la casa, pero él nunca había hablado de ello...

—Oh, todavía no estoy listo para asentarme. Través y yo hemos pensado que nos quedaremos con el capitán y veremos qué nos depara la fortuna. ¿Verdad, Través?

—¿No vendrás conmigo, Través? —preguntó Lei, sorprendida.

El soldado forjado la miró lentamente.

—Lo siento, Lei. —Su voz era profunda y resonante, como agua lenta corriendo entre piedras—. No habría sobrevivido a la guerra sin tu ayuda. Pero quiero quedarme con el capitán Daine. La guerra puede haber terminado, pero él es todavía mi superior. La casa Cannith me vendió a Cyre. Ahora no soy propiedad de la casa.

Esta vez, las lágrimas finalmente empezaron a manar.

—Sabía que nos separaríamos, pero Través... —Lei levantó la mirada hacia el guerrero blindado—. Creía... Creí que tú... —Mientras buscaba las palabras adecuadas el bote se detuvo bruscamente y la dejó sin aliento.

—¡Viento Redondo! —gritó la piloto.

Lei se secó los ojos y asintió.

—Ya hablaremos esta noche —dijo con la voz tensa—. Voy a tener muchas cosas que explicarle a Hadran.



Pese a lo impresionantes que resultaban las calles inferiores de Sharn, el Refugio de Dalan estaba en otro nivel, tanto literal como figuradamente. El distrito estaba construido sobre un inmenso anillo que rodeaba una de las mayores torres del Desembarco de Tavick, a miles de pies por encima de las aguas del Daga. A pesar de la altitud, el aire era cálido y ligero, y a Daine no le molestaba el viento.

Estaban rodeados por una ostentosa muestra de riqueza. Las calles estaban llenas de estatuas de destacados ciudadanos de Sharn capturados para la eternidad en bronce y mármol. En un extremo del anillo, una fuente iluminada arrojaba columnas de arco iris al aire que caían por el borde e iban a dar a los distritos inferiores. Había anochecido, y había mucha menos gente en la calle que abajo. El Refugio de Dalan era un distrito residencial, y la mayor parte de sus habitantes se habían encerrado ya para pasar la noche en casa o buscaban distracciones en regiones más exóticas.

Viento Redondo demostró ser fiel a su nombre, al menos en parte. La casa estaba formada por grandes esferas de distintas piedras unidas para crear un inusual efecto estético.

—El abuelo de Hadran era arquitecto —explicó Lei.

—¿Y estaba loco? —susurró Daine.

Frente a la verja de entrada había dos hombres con la librea de Cannith, pero permitieron entrar al grupo en cuanto Lei mostró su sello de la familia. Recorrieron un largo corredor con las paredes redondeadas. Estatuas de los ancestros de Hadran

les observaban desde ambos lados, orgullosos artesanos y magos portando los símbolos de la casa.

Finalmente, el pasillo se abrió en una especie de gran atrio, pero un corpulento forjado que hacía que Través pareciera pequeño les bloqueó el paso. Si Través había sido diseñado para la batalla, el guardián parecía haber sido diseñado para impresionar. Tenía el cuerpo recubierto de láminas de plata, y piedras preciosas adornaban su torso y su cara. Lei pareció reconocer al forjado y dio un paso por delante de Daine.

—Domo, he regresado y tengo tres invitados. Siento llegar sin avisar. Pero es una historia muy larga. Por favor, informa a tu señor en seguida.

El forjado no se movió.

—Te esperábamos. Y no eres bienvenida en Viento Redondo. Vete ahora mismo. —Su voz era un susurro profundo, ronroneante, y su hostilidad era manifiesta.

Lei frunció el entrecejo.

—¿De qué estás hablando, Domo? ¡Soy Lei d’Cannith, de Metrol! —Sostuvo su sello ante él como si fuera una espada, y su ira hizo que el emblema de Cannith brillara—. Me anunciarás al señor Hadran ahora mismo o haré que te fundan y te conviertan en chatarra.

El aire parecía erizarse alrededor de sus manos, y Daine recordó de repente a un forjado explotando en la batalla del risco de Keldan.

—No obedezco órdenes de expulsados —dijo Domo—. No tienes sitio aquí. Vuelve a las calles o llagaré a los guardias y haré que te echen.

Esas palabras golpearon a Lei como un puñetazo. El ardor la abandonó y dio un paso atrás. Daine casi esperaba que Jode interviniera, pero incluso él estaba pálido. Lei miró al forjado con una expresión asombrada.

—¿Exp..., pero..., por qué?

Domo levantó una mano y Daine oyó que unos guardias se acercaban. Dio un paso adelante y sujetó a Lei por el brazo.

—Déjanos, pedrusco. Nos vamos.

Lei le siguió a ciegas, todavía en estado de *shock*. Mientras caminaban por el largo sendero, Lei se detuvo junto a la estatua más cercana a la puerta. No estaba acabada; ya se advertía una figura masculina con los ropajes de un artesano Cannith, pero los rasgos no eran todavía identificables. Lei se quedó mirando la cara sin tallar en silencio, y después dejó que Daine la arrastrara hasta la calle.



—Nos hemos gastado todo el dinero en la aerocalesa —dijo Jode—, así que me temo que tenemos un largo camino de bajada. Creo que deberíamos ir a ese distrito de Altos muros que el guardia de la puerta mencionó. Si hay otros cyr allí, probablemente sea la mejor posibilidad de encontrar refugio. Sin embargo, vamos a necesitar monedas, y rápido.

Lei parecía seguir aturdida. Se había quitado el sello Cannith y le daba vueltas ociosamente en la mano. Daine no recordaba haberla visto llorar antes de ese día, pero por segunda vez su ojos brillaban con la luz de las llamas frías.

Través era el último del grupo y se acercó a Lei.

—Señora, ¿qué pasa? Me temo que no he comprendido la conversación en la puerta de la casa.

Lei se detuvo. La ira y la pena batallaban en su cara.

—No soy tu señora, Través. Ya no. Soy una exp... exp...

—Expulsada —dijo Jode con toda tranquilidad.

Lei se dio la vuelta para mirarle con furia en los ojos, después los cerró y siguió caminando. Se agarró a Través con un fiero abrazo, gimiendo contra las láminas de mitral. El puso las manos sobre los hombros de Lei como si tuviera miedo de romperla.

—Señora, ¿qué significa ser una expulsada?

Lei siguió gimiendo,

—¿Por qué? —preguntó ella.

—La expulsión es una tradición entre las casas portadoras de la Marca de dragón —dijo Jode con un tono más apagado que de costumbre—. Es un castigo reservado para los que violan gravemente los preceptos de la casa, algo parecido a la excomuniación en la Iglesia de la Llama de plata. Fue puesta en práctica por primera vez en los tiempos de la Guerra de la Marca..., aunque entonces le arrancaban la piel a la víctima, le quitaban la marca literal y figuradamente.

—La Marca de dragón no puede arrancarse, ¿verdad? —preguntó Daine.

—No, no se puede quitar. El desollamiento era un gesto simbólico, aunque muchos expulsados debieron morir. Lo que importa son las implicaciones sociales. Un expulsado ya no es parte de la casa. Los demás miembros de la casa no pueden hablar con él o ayudarle de ninguna manera. Está vetado en todos los enclaves y propiedades. No puede casarse en el seno de la casa. Si reclama ser heredero, puede ser perseguido por las leyes de Galifar. Es una acusación seria, y es necesaria la autoridad de un barón o del consejo de la casa para ordenarla.

Daine se acercó a Lei y le puso gentilmente la mano en la espalda.

—Lei —dijo suavemente—. ¿Por qué te hacen esto? ¿Qué has hecho?

Lei se sacudió de Través y Daine.

—¡No lo sé! —aulló—. ¡Todo lo que he hecho lo he hecho por la casa! ¿Cómo

pueden hacerme esto?

Ciega de ira, hizo un gesto salvaje con la mano izquierda. Se produjo un revoloteo plateado allí, y Daine se dio cuenta de que había lanzado por el borde del Refugio de Dalan el anillo del sello, que caería miles de pies más abajo.

Jode suspiró.

—Con eso podríamos haber pagado al menos una noche de alojamiento. —Se encogió de hombros—. Mira, capitán, tenemos que ponernos en marcha si queremos dormir con un techo sobre nuestras cabezas. —Señaló hacia un lado con la cabeza—. Creo que los nativos se están empezando a impacientar.

Algunos guardianes brelish les estaban mirando ahora a unos cien pies de distancia, y uno de ellos jugueteaba ociosamente con su ballesta.

—Tienes razón. —Suspiró—. Lei..., Lei, lo arreglaremos. Pero..., dale tiempo. Través, ¿podrías...? —Hizo un gesto hacia Lei y el soldado forjado la tomó en brazos cuidadosamente.

—Sé valiente, señora —dijo mientras iniciaban el largo viaje de descenso—. Esta batalla acaba de empezar.

## INTERLUDIO



Rasial odiaba los profundos túneles de la Puerta de Khyber. El olor a aguas residuales y el bunio llenaban el aire, y las antorchas de fuego frío eran pocas y estaban a mucha distancia entre sí, con lo que dejaban largos charcos de sombra en los pasajes subterráneos. Pero los negocios eran los negocios. Estaba bajo una antorcha parpadeante, limpiándose las uñas con la daga y tratando de parecer tranquilo.

—¿Rasial? —La voz procedente de las sombras era suave y aceitosa. Un momento después, tres personas surgieron de la oscuridad. Como habían prometido, iban desarmados. El hombre que iba delante llevaba una vieja capa y la cara oculta en una capucha. A su lado había un hombre y una mujer, vestidos con ropa mal tejida y parcheada con arpillera. Estaban cubiertos de suciedad y costras, y tenían las caras carentes de toda expresión. «¿Cómo he acabado así?», se preguntó Rasial.

—Sí.

—Rasial... ¿Tarkanán?

—Ése soy yo.

—Gracias por reunirte con nosotros en seguida. Confío en que tienes la mercancía de la que hemos hablado. —La voz del hombre cubierto por la capucha parecía cambiar ligeramente cada vez que hablaba..., apenas era perceptible, pero el tono y la inflexión cambiaban a cada momento.

—Sí, la tengo. —Rasial lanzó la pequeña petaca al aire y la atrapó con la mano izquierda, mostrando la brillante Marca de dragón negra y las llagas de la palma.

El hombre de la capucha pareció silbar.

—Ssssí, bien.

—La cuestión es si puedes cumplir tu parte del trato —dijo Rasial—. El oro es un principio, pero hasta que demuestres que puedes cumplir tus promesas, esto... —Lanzó la petaca y la sostuvo con la mano derecha— se queda conmigo. Si estás pensando en hacer algo estúpido —extendió la mano izquierda y por un momento las sombras parecieron arrastrarse hacia su palma—, yo me lo quitaría de la cabeza.

El hombre de la capucha se rió, un sonido horrible y gorjeante. Por un momento

su cara fue iluminada por la luz de la antorcha, y Rasial soltó un jadeo. Era una horrible ruina, con los músculos al descubierto que parecían latir y retorcerse con su risa.

—Oh, no tengas miedo, Rasial —dijo el desconocido—. Todos tus problemas terminarán pronto.

Sus dos acompañantes dieron un paso adelante sin hacer ningún ruido, moviéndose con una velocidad antinatural y al unísono. Estaba claro que Rasial no podría huir de ellos, de modo que arrojó la petaca contra la pared del túnel con la esperanza de aplastar su contenido y robarles la victoria, pero para su consternación, un tentáculo carnosó salió del brazo del que había hablado y alcanzó la petaca en el aire. Antes de que pudiera darse cuenta, el hombre con la mirada ausente estaba delante de él, clavándole unas garras que le habían salido de las manos.

¿Qué era esa gente?

Rasial se dio la vuelta, pero al hacerlo sintió un ardiente dolor en las costillas. Las garras de aquel desconocido se clavaron en su costado.

Pero ahora era el turno de Rasial. Golpeó con la mano izquierda la cara del hombre y dejó que el poder de la palma de su mano fluyera hacia el interior del atacante. Como siempre, el dolor era atroz, pero por horrible que fuera para él, peor era para su víctima. El desconocido gritó —fue el primer sonido que hizo— y cayó de rodillas, llevándose las manos a la cara. Rasial sonrió. Pero se había olvidado de la mujer. Inmediatamente después sintió un dolor insoportable en la nuca y se desplomó.

La oscuridad le robó los sentidos antes de que llegara al suelo.



CAPÍTULO  BRELAND  
SHARN  
*25 de Dravago de 996 AR*

Debieron caminar media milla antes de encontrar el ascensor. Ahora estaban descendiendo lentamente hacia la base de Sharn en un gran disco de metal flotante. Daine trataba de ignorar el hecho de que la única cosa que había entre él y una caída de dos mil pies era un delgado campo invisible de energía arcana. Través llevaba a Lei en brazos. Finalmente se había quedado dormida. Daine estaba en el centro del disco, hablando en voz queda con Jode.

—¿Cómo sabemos siquiera si esto es real? ¿Y si el pedrusco del forjado estuviera gastándole una broma?

Jode negó con su pequeña cabeza.

—No es algo acerca de lo que se hagan bromas, capitán. Especialmente un forjado, y todavía más si es un sirviente de la casa del señor con el que va a casarse. Ese forjado pertenece a la casa, y si el señor quisiera fundirle, podría hacerlo.

—¿Y Hadran? ¿Podría haber hecho que el forjado dijera eso? ¿O condenado a Lei a no celebrar el matrimonio? No se han visto durante años, ¿verdad?

—No, sigue sin tener sentido. La familia de Lei murió con Cyre. Si Hadran quiere librarse, ¿quién iba a desafiarle? Además, hay supuestos establecidos para la expulsión. No es algo que uno haga a capricho, sea un señor o no.

Daine suspiró.

—Mientras, estamos en la estacada. Vaya con la famosa generosidad del señor Hadran. Y si Sharn es como Metrol, me temo que a los guardias no les gustará que acampemos en una esquina.

Jode sonrió.

—Déjame a mí, capitán. ¿Te he decepcionado alguna vez?

—Voy a simular que no me has hecho esa pregunta.



Altos muros, en el pasado un distrito residencial, había sido convertido en una cárcel, un gueto fortificado para los que eran considerados un riesgo para Breland y Sharn. Ahora que la guerra estaba llegando a su fin, las puertas estaban abiertas y la reja de la entrada subida, pero los guardianes seguían allí, y arqueros enfundados en capas negras recorrían las murallas que daban su nombre a la zona. Al otro lado de las puertas, el distrito era una visión deprimente. Las paredes estaban resquebrajadas, las ventanas rotas, los adoquines habían sido arrancados del suelo. La poca gente que seguía allí eran tipos sucios con ropa desgarrada y manchada que observaban desde callejones o se asomaban por las ventanas hechas trizas.

—Bueno, parece que no hay guardias que puedan impedirnos que durmamos en las calles, pero yo no lo haría —dijo Jode—. Tengo la sensación de que nuestro amigo Morgalan se sentiría como en casa aquí.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —preguntó Daine.

—Lo sabré cuando lo vea. —Un instante después, Jode levantó una mano para indicarles que se detuvieran—. Esto servirá.

Encima de una puerta había pintada, sin gran talento, una melancólica mantícora. En una esquina estaba el cuerno del hostel junto a una pequeña estrella de Cyre.

—Bueno, parece que los cyr son bienvenidos —dijo Daine— pero seguimos teniendo un problema: no tenemos ni una sola moneda.

—Confía en mí.

Jode abrió la puerta de un tirón y entró como si aquel lugar fuera suyo. Daine le siguió mientras Través dejaba a Lei en el suelo y la despertaba suavemente.

El interior de la Mantícora era tan anodino como su fachada. La gente hosca sentada en la sala común escudriñó suspicazmente a los viajeros. Daine veía aquí y allí el revelador aspecto de Cyre en algunas caras: una barbilla estrecha, ojos color de avellana rodeados de marrón. Pero si Jode esperaba una efusión de cariño, debió sentirse enormemente decepcionado.

Para sorpresa de Daine, Jode llamó a la tabernera en voz alta en la lengua de las Llanuras de Talenta, y aquélla apareció al cabo de un momento. Era una mediana rechoncha con canas en el pelo marrón, y contestó a Jode en la misma lengua. Siguió una animada discusión durante la que Jode señaló a cada uno de los viajeros e hizo una rara serie de gestos. Hasta los demás clientes mostraron interés y se inclinaron hacia delante para ver las payasadas de un mediano loco. La tabernera pareció dudar, pero al final asintió y Jode la abrazó. Apartándole de un empujón, la mediana regresó a la cocina.

—He conseguido algunos días —susurró Jode—. Diga lo que diga, asentid.

Un instante después, la tabernera regresó con un juego de llaves y les llevó al piso de arriba. Las llaves no parecían necesarias, puesto que la mayor parte de puertas estaban a punto de caerse de sus bisagras. Abrió la puerta que estaba al final del pasillo.

—Sé que no es a lo que estás acostumbrado, general —dijo ella—, pero espero que sea suficiente hasta que el banco te haga llegar las letras de crédito.

Daine miró de soslayo a Jode. ¿General?

—Llevamos muchos días en el campo. Tu generosidad será apreciada. —Se arrodilló para besarle la mano y ella apartó la mirada sonrojada.

—Oh, no, general. Pensar que uno de los asesores de la reina está en mi humilde taberna. Y después de que hayas arriesgado tanto para salvar a esos huérfanos talentanos. De veras, unos cuantos días es lo menos que puedo hacer. —Sonrió de nuevo—. El desayuno se sirve a la octava campana. Espero que me cuentes más relatos de tu valor en la batalla.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Jode—. Pero ahora mismo, el general necesita descansar.



En el pasado, es posible que la habitación dispusiera de una lámpara de luego frío. Quizá de una cama. Pero el mobiliario había desaparecido y sólo quedaban allí un par de mohosos catres sobre el suelo. Había una sola lámpara de aceite y las arañas se dispersaron por las paredes cuando Jode logró encenderla. Daine había visto celdas carcelarias con más comodidades. Soltó un suspiro.

—Muy bien, Jode. ¿General?

Jode se encogió de hombros.

—A Dassi le gustan las historias de la guerra. Confío en que puedas inventarte unas cuantas. Pareció especialmente interesada en tus esfuerzos para ayudar a los niños medianos a escapar de Cyre en los últimos días de la guerra, pese a un gran riesgo personal y constantes ataques de los guerreros inmortales de Karnath.

Daine negó con la cabeza sonriendo.

—¿Y qué hemos conseguido con eso?

—Bueno, le gustan las historias, pero es una negociadora dura. Nos va a dejar la habitación durante cinco días, y espera que entonces se le pague puntualmente y con un poco de propina. Por suerte para nosotros, el precio es muy razonable.

—No es sorprendente, dado el lujo de las instalaciones.

—¿Y dice eso un hombre que se ha despertado en una zanja llena de barro?

—Cierto. ¿Alguna idea de cómo vamos a pagar?

—Alguna. Mañana me haré una idea de nuestra situación, capitán. Pero ahora lo que necesitamos es descansar.

Daine asintió.

—Sí, tienes razón. Tú y Lei coged las... camas. Comparado con mi bonita zanja, el suelo estará bien.

Través ayudó a Lei a ocupad en el catre y después sacó sus mantas de la bolsa. Al cabo de un instante, Lei y Jode estaban dormidos. Través sacó su largo mayal, se dio la vuelta para quedar de cara a la puerta y se preparó para la guardia nocturna. Daine apagó la lámpara. Se quedó tendido en el suelo durante lo que le pareció una eternidad. De vez en cuando se oía un grito o un quejido de la calle, o movimientos al otro lado de la puerta. En esas ocasiones, Daine descubría que tenía la mano sobre la empuñadura de su espada antes de pensar en ello.

Pero al fin consiguió dormir.



Lo primero que Rasial percibió fue el olor. Sus orificios nasales se llenaron de él: una mezcla empalagosa de canela, azufre y carne quemada.

La segunda sensación fue el sonido: burbujeo, goteo, una gran diversidad de ruidos líquidos.

La vista regresó antes que el tacto. Estaba tendido sobre una mesa curvada, mirando un techo arqueado labrado en piedra sólida. La mesa estaba ligeramente inclinada, tenía los pies algo más altos que la cabeza, y la cabeza le latía por la acumulación desangre. Al cabo de un rato se dio cuenta de que estaba atado en cruz sobre la mesa, con los miembros entumecidos fijados con esposas metálicas. Sólo podía mover un poco la cabeza, pero vio que estaba rodeado de grandes tanques de cristal, cada uno de ellos lleno de una sombra de fluido luminoso; la única luz de la sala procedía de ese líquido susurrante. Vagas formas se movían en el interior de algunos tanques, proyectando sombras en el techo. Tentáculos retorcidos, amebas palpitantes...

¿Era eso una mano?

Tenía los miembros completamente entumecidos. Tentativamente, intentó encauzar las sombras a través de su Marca de dragón.

Nada. Ni flujo, ni fuerza, ni dolor. ¿Era un efecto secundario del veneno o del encantamiento que le tenía paralizado? ¿O había allí algo más?

—Gracias, Rasial Tarkanán. Has resultado ser doblemente útil para nuestra causa.

Rasial se tensó al oír la voz aceitosa. Con un inmenso esfuerzo, levantó la cabeza para ver la fuente del sonido.

El hombre encapuchado estaba al pie de la mesa, pero ya no llevaba la capucha puesta. Su rostro era todavía más horrible de lo que había sugerido su vislumbre anterior. Manos, cuello, cara..., todo un horror. En lugar de piel el hombre tenía músculos ensangrentados y latientes. Las cuerdas vocales y los tendones parecían antinaturalmente gruesos, y se movían a su propia voluntad, retorciéndose de un modo imposible para una contracción muscular normal. Era más corpulento de lo que

Rasial había pensado: capas de músculo húmedo abultadas bajo sencilla tela marrón. Tenía los ojos hundidos en las cuencas, y refulgían de locura. Su boca era una ruina ensangrentada, y había garras en la punta de sus dedos de araña.

—¿Qué eres? —susurró Rasial. Mover la mandíbula era casi imposible, y forzar esas palabras por su garganta requirió hasta la última gota de voluntad de la que disponía.

—No importa qué soy. Lo que importa es lo que seré. Gracias a ti, estoy un paso más cerca de esa respuesta. —Su boca..., había algo raro en su boca, pero Rasial no logró descubrir qué.

—¿Convertirte...?

—No te esfuerces, Rasial. Nos has sido útil. Viene mi maestro, y te concederá el descanso que mereces.

¿Descanso? ¿Iba ese monstruo a matarle? Después de todo lo que había hecho, después de todo lo que había pasado, ¿así iba a morir?

«No morirás. Abraza la eternidad en mí».

Rasial tardó un momento en darse cuenta de que ese pensamiento no era suyo.



La novena campana estaba sonando cuando Daine abrió los ojos. Estaba solo. Su mano se fue a su espada y no encontró nada. La puerta de la habitación empezó a abrirse. Se dio la vuelta y se puso de pie tras la puerta. Una gran figura blindada se introdujo en la habitación, moviéndose con un silencio sobrecogedor. Daine cerró los puños y se preparó para darle un duro golpe en la nuca al intruso..., y después se frenó.

Era Través.

—¡Través! ¿Dónde están los demás? ¿Dónde está mi espada?

Través se giró para mirarle, sin aparentar sorpresa.

—Jode ha salido más temprano esta mañana. Creo que se ha llevado tu espada con él. Lei está en el comedor, acabando de desayunar. Dassi va a cerrar la cocina, y Lei ha pensado que quizá querrías comer. He venido a decirte que no «va a conjurar cocina para nadie que no sea capaz de levantarse a una hora razonable».

Daine frunció el entrecejo y tomó su camisa de malla.

—No creo que necesites armas, capitán. He observado a los demás clientes. Algunos llevan cuchillo, pero no creo que haya ningún peligro inminente.

Daine se encogió de hombros.

—Pues vamos.

Lei estaba sentada a una mesa redonda, hablando con la tabernera. Tenía los ojos ligeramente hinchados y parecía más pálida de lo normal. Tenía la voz fría y serena.

—Tienes suerte, Daine. Dassi te ha guardado el último cuenco de gachas. Supongo que ya están frías. Como te gustan.

La mediana se marchó a por la comida de Daine. La comida conjurada de Lei no sabía a nada. Después de probar la papilla de la tabernera, fría y apelmazada, Daine pensó que la echaba de menos.

—¿Cómo estás? —preguntó.

Lei le miró de soslayo.

—Bien. Maravillosamente. No podría estar mejor. General.

Tenía un tono cortante, pero Daine lo ignoró. En ese momento, la ira podía ser la única forma de contener las lágrimas.

—¿No hay rastro de Jode?

—No. El maldito zorro se ha llevado mi bolsa. Si le hace algo a mis forjados, le despellejaré vivo.

—Lei... —Trató de tocarle la mano, pero ella la apartó—. Saldremos de ésta. Ella lo miró.

—No te atrevas a decirme cómo tengo que sentirme, Daine. No tienes ni idea. Es mi familia. Es mi vida. Que me traten así, pensar que Hadran lo permite...

—¿Hay alguien con quién puedas hablar? No es la primera vez que estás en Sharn. ¿Hay alguien que pueda darnos información?

Lei se dispuso a espetarle una respuesta, pero respiró profundamente y empezó de nuevo.

—Sí..., es posible. Nunca me han visto en el enclave, pero hay algunas personas a las que podría sondear. Pero tienes que comprenderme, mi familia era de Metrol. No conozco a muchos de los Cannith de Brelish, y si Hadran no quiere verme... No lo sé. —Negó con la cabeza—. No lo entiendo.

—Trata de ser paciente. Llegaremos al fondo del asunto.

La puerta se abrió y Jode entró procedente de la calle. Estaba sonriente y sonrojado, y arrastraba la bolsa de Lei.

—¡Bebidas para todos! —gritó, lanzándole un galifar a Dassi—. Yo pago la primera ronda.

—¿A la décima campana? —preguntó Daine. Pero ninguno de los otros clientes iba a rechazar una ronda gratis, y hacía ya algún tiempo que Daine no bebía otra cosa que agua.

Lamentablemente, la cerveza de la Mantícora era de la misma calidad que sus gachas.

Jode se subió a la mesa y desde allí le lanzó la bolsa a Lei. Ella lo observó con los ojos entrecerrados. Él sonrió encantadoramente y le dio un largo trago a la cerveza. Después, puso una cara terrible.

—¿Cómo es que de repente estamos invitando a todo el mundo? —preguntó Daine. Lei ya estaba mirando en el interior de su fardo.

—Bueno, pensé que sería bueno hacerme una idea de la situación, darme a conocer un poco entre la gente de por aquí, y mientras estaba en ello encontré una casa de empeños de una mujer que me pareció decente, y pensé que sería bueno que tuviéramos por lo menos un puñado de monedas.

—¿Dónde está mi ballesta? —dijo Lei.

—Oh, venga ya. ¡Estamos en la ciudad más grande del mundo! ¿Crees que vas a necesitar una ballesta en las calles de Sharn?

Daine puso la mano gentilmente en el hombro del mediano.

—Través me ha dicho que te has llevado la espada de mi abuelo al salir esta mañana. ¿Me la puedes devolver?

—Estoy seguro de que está a buen recaudo, Daine. —Éste le apretó con más



fuerza—. ¡Ya sabes que tengo un don para juzgar a la gente! Además de lo cual, todavía tienes tu daga, ¿verdad?

—Jode...

—Ya sé que esto te puede parecer precipitado, pero te lo aseguro, ¡ya le he dado a la moneda un buen uso!

—¿Invitando a cerveza aguada a unos desconocidos?

—He encontrado el rastro de un viejo amigo tuyo. Alguien que estoy seguro que podrá ayudarnos a salir de ésta.

—Te escucho. —No le había soltado.

—Alina Lyrris.

Daine soltó una maldición y tiró su jarra al sudo. Empujó a Jode encima de la mesa.

—¿Es una broma?

—¡No! Lleva en Sharn más de un año. Pensé que con tu historia..., ya sabes, que podría ofrecernos trabajo.

Lei estaba perdida en sus pensamientos de nuevo, pero Través mostró interés.

—¿Qué historia es ésta? ¿Quién es Alina?

Daine respiró profundamente y soltó a Jode. Forzó una sonrisa y se sentó.

—Alina Lorridan Lyrris es una vieja amiga con la que... tuve tratos antes de unirme a la guardia de la reina.

—¿Cómo podría ayudarnos?

Respondió Jode.

—Alina es una mujer rica, y estoy seguro de que tiene muchos contactos en Sharn. Sin duda, le encantaría poder ayudar a un viejo amigo como Daine. Ya he hablado con uno de sus socios y hemos acordado una reunión dentro de una hora.

Daine se mordió el labio pero permaneció en silencio.

—Entonces, preparémonos —dijo Lei.

Daine negó con la cabeza.

—No sé...

—... ¿si debemos concentrar todos nuestros recursos en un lugar? —dijo Jode—. Brillante como siempre, general. Través, ¿por qué Lei y tú no tratáis de descubrir algo sobre la casa Cannith? Debe haber alguien en Sharn dispuesto a hablar contigo, Lei. Daine y yo hablaremos con Alina.

Través alzó la mirada hacia Lei y después asintió.

—¡Muy bien! —dijo Jode, radiante—. Nos reuniremos aquí, digamos, ¿a la segunda campana?

—Voy a por mi armadura —dijo Daine frunciendo el entrecejo.



—¿Alina Lyrris? ¿Dónde nos has metido?

Altos muros era tan deprimente a la luz del día como a oscuras. El gueto era un distrito exterior, construido a lo largo de la muralla de la gran torre del Desembarco de Tavick. Los callejones y las calles estaban llenos de refugiados de todas las naciones, pero la mayoría de los pedigüenos y los trabajadores de más baja estofa eran cyr. Con la destrucción de su patrie, esas almas desgraciadas no habían tenido otro lugar al que ir. Pasaron junto a un veterano manco de la guardia de la reina, que extendió su única mano con un gesto de imploración. En un callejón cercano, un par de niños salvajes perseguían un perro con piedras en las manos.

—Sabes que ella es nuestra mejor esperanza —dijo Jode—. Sabes que tiene dinero.

¿Y qué tendremos que hacer para conseguirlo?

Dale una oportunidad. No tenemos que aceptar nada.

—Voy a ver a Alina Lyrris. ¿Y sabes qué es lo mejor de eso? ¡Que empeñaste mi espada, maldita sea!

—Más razón para ir a ver a Alina ¿no crees? Cuanto antes tengamos dinero, antes podrás recuperarla.

—Tú...

Una nueva voz les interrumpió.

—Perdón... ¿General?

La voz pertenecía a un anciano, que había seguido a la pareja. Como todos los habitantes de Altos muros, estaba claro que no pasaba por su mejor momento. Tenía una horrible cicatriz en la base del cuello y la carne chamuscada le desaparecía bajo la ropa. Pero a pesar de la suciedad de su piel y su ropa maltrecha, el desconocido se comportaba con dignidad y orgullo, y su voz tenía un aire de tranquila autoridad. Escudriñó a Daine con atención.

—Creía que conocía a la mayoría de nuestros generales, pero...

Ah, un simple error dijo Jode alegremente—. Sé que ha habido algunas historias exageradas sobre la región, pero mi compañero es el capitán Daine, de la guardia de la reina. Sirvió con valor y distinción hasta el final, y estoy seguro de que ha oído, por poner un ejemplo, cómo salvó la vida del general Ir'Dalas en la Batalla de las Tres Lunas.

El anciano puso fin a la historia alzando la mano.

—Capitán, entonces. Soy...

Teral ir'Soras —dijo Daine.

El hombre asintió

—Recuerdo haberte visto en la corte de Metrol cuando yo era joven.

—Tienes buena memoria, capitán. Han pasado muchos años desde que aconsejara a la reina. Y ahora es demasiado tarde para salvarla. Los soberanos guardan su alma y

nos salvan a todos.

Daine inclinó la cabeza respetuosamente y después retomó su cuidadosa observación del viejo noble.

—Tuviste suerte de estar lejos de Metrol el gran día. ¿Cómo acabaste aquí?

—Es una larga historia, y no para contar en la calle. ¿Quizá querrías cenar conmigo esta noche? Hay muchos de nosotros en Sharn, y estoy tratando de reunir a los refugiados.

—Por supuesto —dijo Daine—. Estoy seguro de que no puede ser peor que lo que sirven en la Mantícora.

—Fantástico —dijo Teral con una ligera reverencia—. Es la tienda negra de la plaza central. Te veré a la puesta de sol.

Daine inclinó la cabeza respetuosamente mientras Jode hacía una dramática reverencia. El anciano sonrió un poco antes de darse la vuelta y desaparecer entre la muchedumbre. Daine observó cómo se alejaba.

—¿Qué opinas de esto?

Jode se encogió de hombros y siguió hablando.

—Es un hombre generoso que trata de crear un bastión de valores cyr. O es un oportunista que espera poder capitalizar la ira de los refugiados para crear un bloque de poder. Tengo claro cuál de las dos cosas es más probable, pero eso no tiene ninguna importancia.

—Supongo que no. —Caminaron un buen trecho en silencio, cruzando las puertas de Altos muros hasta la torre del Desembarco de Tavick—. ¿Dónde vamos a vernos con Alina?

—Se llama Den'iyas. Está en una de las otras torres. Va a ser una larga caminata, me temo. A menos que quieras subir en uno de esos aerocarros...

—¿Después de que nos fuera tan bien ayer? No lo creo. No voy a dejarte malgastar el dinero que obtuviste a cambio de mi espada.

—Hablando de la familia —dijo Jode—, ¿se lo has dicho a Lei?

—No. No voy a hacerlo. Y tú tampoco. ¿De acuerdo?

—Como quieras. Pero si en alguna ocasión...

—No. Punto. —Daine se detuvo, se arrodilló y sujetó a Jode—. ¿Comprendido? Nada de insinuaciones ni bromas. Nada.

—De acuerdo. Pero opino que...

—¡Jode!

—¡Está bien! Mis labios están sellados.

—No me des ideas.

Caminaron en silencio un rato hasta que Jode tiró de la pierna de Daine.

—Allí.

Una fila de gente se subía trabajosamente a una plataforma circular elevada. Parecía una especie de escenario, de unos veinticinco pies de diámetro y rodeado por una baranda metálica baja. La amplia rampa parecía haber sido diseñada para

vagones.

—¿Qué pasa? —dijo Daine.

—Ahí es donde vamos —dijo Jode, llevando a Daine al escenario.

—¿Nos vamos a reunir con Alina allí?

Jode puso los ojos en blanco.

—No. Vamos a subir a Den'iyas con eso. Capitán No-puedo-permitirme-una-aerocalesa.

En ese momento, la plataforma empezó a ascender.

El distrito de Den'iyas estaba situado entre las agujas superiores de las Torres Menthis, alto en el cielo. Daine estaba empezando a adaptarse al ruido y el bullicio de las calles inferiores, pero Den'iyas era algo completamente diferente. Los niveles inferiores se ajustaban a la idea que Daine tenía de una gran ciudad: mugre y pobreza por todas partes, mercaderes anunciando a gritos sus mercancías y pedigüeños asaltando a cualquiera dispuesto a escucharles. Por contraste, Den'iyas era una imagen sacada de un libro de cuentos para niños. Las calles estaban limpias, los edificios eran brillantes y alegres, el aire estaba lleno de canciones y risas. En una esquina, un trovador enseñaba a un grupo de niños a tejer luz en el aire, trazando con los dedos hipnóticos patrones de refulgente color; mientras Daine observaba, uno de los espectadores creó un trazo inseguro pero similar.

Eran gnomos, Den'iyas era el corazón de la población de gnomos de Sharn, y Daine era más alto que la inmensa mayoría de la gente que estaba en la calle. De poco más de tres pies, más altos y rechonchos que los medianos, los gnomos le parecieron a Daine no tanto niños humanos como adultos en miniatura. Llevaban buena ropa con los colores del arco iris y todo el mundo iba impecablemente arreglado. La mayor parte de los hombres llevaba barbas recortadas y largos bigotes, mientras que las mujeres llevaban toda clase de asombrosos peinados y sombreros. Aunque había la misma variedad en el color de la piel y el pelo que en las muchedumbres humanas de más abajo, casi todos los gnomos tenían el pelo claro y la piel pálida, con un brillo dorado. Parecía casi un circo o un sueño, con campanadas resonando en el aire y actores haciendo malabares con globos de luz.

—Vigila por dónde andas —avisó Jode—. Sé que parecen agradables, pero créeme... Vigila lo que dices.

Los edificios eran tan hermosos como los pequeños ciudadanos del distrito, y casi todos ellos disponían de dos puertas: una de la medida de los medianos y los gnomos y otra para los visitantes de mayor altura. Jode guió a Daine por entre talladores de gemas y fabricantes de azúcar hilado, y el olor de canela caliente les llenó los orificios nasales. Finalmente, llegaron a un pequeño parque en el que un gnomo anciano vestido de granate y oro cuidaba de un lecho de flores de fuego. Jode se acercó al jardinero.

—No es mi intención decirle cómo tiene que hacer su trabajo, pero debería andarse con cuidado con las espinas.

El gnomo escudriñó a Jode con cuidado, frunciendo el entrecejo por encima de su inmenso bigote rubio. Justo cuando Daine iba a interceder entre ambos, el jardinero gruñó:

—Os está esperando.

A pesar de su pequeño tamaño, su voz era la de un resonante barítono. Las flores se hicieron añicos y desaparecieron, dejando en su lugar una escalera que descendía hacia la oscuridad.

Jode sonrió.

—Tú primero —le dijo a Daine.



Los escalones de piedra descendían hasta una sala oscura. Puede que hiera un pasillo de altísimos techos para el gnomo, pero Daine tuvo que agacharse para no golpearse la cabeza. Cuando Jode le siguió, el jardín ilusorio se rehizo y les dejó aislados en una completa oscuridad.

—¿Has sabido de todo esto esta mañana? —dijo Daine, tanteando con una mano la pared de piedra al avanzar.

—He tenido tratos con gnomos antes —dijo Jode—. Una vez he sabido que Alina estaba en Sharn, ha sido sólo cuestión de mencionar los nombres adecuados y dar unas cuantas monedas a las personas correctas. Si pasas varios meses en Zilargo acabas aprendiendo cómo funciona. Si sobrevives.

—No sabía que habías estado en Zilargo. —Daine nunca había estado en la tierra natal de los gnomos.

—Un lugar horrible, amigo mío. Como una flor envenenada.

El pasillo era muy corto, y al cabo de poco Daine se topó con una pared de piedra. Se produjo un fuerte sonido y la piedra cedió y dejó a la vista una cámara bien iluminada. Daine cruzó la puerta y se irguió. Los techos allí le permitían incorporarse.

La sala presentaba una imagen inusual. Era una habitación cuadrada, y cada pared era de unos veinte pies de largo. Una gran chimenea circular dominaba el centro, pero en lugar de carbón estaba llena de cristales de amatista. Llamas violetas danzaban por encima de las brasas, y un agradable olor de flores llenaba el aire. Toda clase de sillas y sillones rodeaban la chimenea, y si bien la mayoría eran del tamaño de los gnomos, había algunos de escala humana. Un diván parecía haber sido diseñado para ogros, aunque Daine no lograba comprender cómo iba a entrar un ogro por aquel pasillo. Pero el aspecto más desorientador de la sala eran los espejos. Tres de las paredes estaban completamente cubiertas de espejos, que creaban una mareante sensación espacial. La cuarta pared disponía de una sola ventana que daba al exterior de la torre y ofrecía una visión de ojo de pájaro del río Daga y la tierra que rodeaba Sharn, con sólo algunas volutas de nubes entre ellos y los acantilados que había miles de pies más abajo.

No había puertas visibles, ni estanterías, ni muebles. Aparte de las sillas esparcidas alrededor de la chimenea, los únicos objetos en la estancia eran una serie de intrincadas jaulas de pájaros colocadas en la pared que quedaba frente a la ventana. Había seis jaulas, cada una de las cuales estaba hecha de media docena de metales preciosos, distintos tejidos y decoradas con gemas. Si las jaulas eran hermosas, más todavía lo eran los pájaros exóticos que había en su interior. Daine nunca había visto nada semejante. No era druida, pero supuso que eran de las tierras que había más allá de Khorvaire, las junglas de Aerenal, quizá, o las distantes llanuras de Sarlona. Curiosamente, los pájaros se mantenían en completo silencio; observaban a los intrusos detenidamente pero no hacían ningún sonido ni hacían revolotear las plumas.

Después se dio cuenta. Podía ver a los pájaros en los espejos, pero...

—Los espejos..., ¿dónde están nuestros reflejos?

—Creo que no son espejos, Daine. Si no recuerdo mal, desde el lado de la torre en el que estamos no puede verse el Daga.

—¿Ilusiones?

—Eso creo. Diría que esas imágenes pueden ajustarse a voluntad. —Jode estudió la ventana—. La pregunta es: ¿es esto lo que en realidad está sucediendo sobre el Daga ahora? ¿O es todo fruto de la imaginación?

—Eso es lo que lo hace tan interesante, ¿verdad?

Era una voz de mujer, baja y ronca, pero con una cadencia cantarína y lírica. Hacía mucho tiempo que Daine no oía esa voz, pero no era algo que uno olvidara. Alina Lorridan era una de las mujeres más hermosas que Daine había visto jamás, pese a que no medía más de tres pies de altura. Llevaba una túnica diáfana de seda bordada con intrincados patrones de oro puro que rompía la luz en mil pedazos refulgentes al moverse. Sus grandes ojos violetas hacían perfecto juego con el collar de amatista. Su cabello pálido era casi del mismo color que el oro de su túnica. Lo llevaba recogido en docenas de trenzas, cada una de las cuales estaba sujeta por anillos de plata y metida en uno de los numerosos ojitos de los brazos y la espalda de su túnica, creando una ondulante capa dorada que oscilaba al caminar.

Daine no la había visto antes de que hablara. O bien era invisible o había surgido de los espejos. Jode y él parecían estar a solas con ella, pero sabía por experiencia que debía haber guardaespaldas cerca. Si Alina podía llegar sin ser vista, los guardianes podían estar en la sala. ¿Eran las paredes reales?

Alina mostró sus dientes perfectos en lo que la mayor parte de la gente consideraría una sonrisa.

—Daine, qué maravilla volver a verte. Cuando recibí el mensaje de Jode..., bueno, nunca creí que nuestros caminos volvieran a cruzarse.

—Ocho años es mucho tiempo, Alina.

—Sí, lo es..., para ti. Qué pena desvanecerse tan rápido. Con todo, me alegró saber que habías sobrevivido a tu paso por la guerra y el desastre que se llevó a Cyre.

—Se acercó a la colección de pájaros—. ¿Queréis algo? ¿Agua? ¿Vino? ¿Sueñolirio? Tengo una buena cosecha cyrana. Podría ser vuestra última oportunidad de probarlo

—Juré que nunca más bebería contigo.

—Como quieras. —Cuando Alina se dio la vuelta había una copa de líquido dorado en su mano—. De todos modos, siempre has bebido demasiado.

Cruzó la habitación y se tendió lánguidamente en un sillón de terciopelo. Las llamas de amatista refulgieron y arrojaron violentas sombras por toda la sala.

—Después de tener noticias de Jode, he investigado un poquito y debo decir que me ha sorprendido agradablemente descubrir que os acompañaba una joven dama. —Hizo un gesto ocioso y una imagen de la cara de Lei cobró forma temblorosa en el aire—. Una heredera de la Marca de dragón, nada menos. ¿Volviendo a tus inicios, Daine?

—Déjala fuera de esto, Alina —dijo Daine, encaminándose hacia ella.

—¿Estás seguro de eso, Daine? —El rostro de Alina carecía de expresión, pero sus ojos brillaban a la luz del hogar—. Tengo entendido que la joven dama está en una situación difícil en este momento. Quizá...

—¡Te he dicho que la dejes fuera de esto! Esto es entre tú y yo.

—Así es. —Alina cerró la mano y la cara de Le i desapareció—. ¿Y qué quieres, Daine? ¿Qué tienes para ofrecerme?

Jode dio un paso adelante.

—Siento si te he inducido a error, señora Lyrris. Estamos buscando un trabajo honesto, no un regalo o un intercambio. Tras la pérdida de Cyre, tenemos que encontrar un lugar en el nuevo mundo. Un simple trabajo, una oportunidad de ganar algunos soberanos..., tú empleas a docenas de personas, ¿no es así? Sin duda hay alguna cosa para la que podemos serte de utilidad.

Alina se rió musicalmente. Daine sintió un escalofrío en la base de la espina dorsal.

—¿Un trabajo honesto? Parecerías un completo idiota, Jode. —Se quedó mirando el fuego un instante—. Debes estar muy desesperado para acudir a mí en busca de un trabajo honesto. Pero... —Escudriñó atentamente a Daine—. Quizá haya algo que podáis hacer por mí. Un sirviente mío, un mensajero que hace un buen trabajo, un trabajo honesto, ha desaparecido. Creo que me ha traicionado y me ha robado. No sería el primero. Hasta que... lo aclare, sí, supongo que podría utilizar un poco de ayuda externa. Si recuperáis lo que me ha robado, creo que sería justa una recompensa.

Daine miró a Jode de soslayo. No parecía peligroso.

—¿Qué puedes contarnos, mi señora?

Alina señaló una pared. La imagen de un hombre apareció en el reflejo de la habitación. Fuera por coincidencia o artificio, su situación y postura eran iguales a las de Daine, y cuando Daine se movió la imagen duplicó sus acciones. Daine se acercó a la pared para mirar más de cerca al desconocido en el espejo.



—Es Rasial —dijo Alina.

Era humano, poco más de veinte años, con el cabello negro lacio hasta los hombros y caído alrededor de la barbilla. En determinadas circunstancias, habría parecido guapo, pero tenía los ojos angustiados y una expresión hambrienta, desesperada. Vestía de piel oscura, una corta capa negra y llevaba una daga en la mano derecha.

—Rasial era piloto de carreras aéreas con un talento especial para los hipogrifos y los halcones. Dejó de competir después de un terrible accidente, pero todavía le quedaban talento y ambición. Le ayudé a volver a ponerse en marcha, y a cambio me hizo ciertos servicios, entre ellos introducir algunas mercancías exóticas en Sharn por el aire. Recientemente, le pagué mucho dinero para que introdujera en la ciudad un paquete especial. Sé que regresó a Sharn ayer, pero no he recibido mi mercancía y él se ha escondido. Hay muchas posibilidades, pero sospecho que la avaricia de Rasial finalmente ha sido mayor que su lealtad. Como he dicho, no es la primera vez que alguien se aprovecha de mi naturaleza generosa.

—¿Quieres que lo atrapemos para ti? —preguntó Daine.

—Me ofendes, Daine. No soy una mujer vengativa. Tú sigues vivo, ¿no es así? Me da igual lo que le pase a Rasial, pero quiero lo que le pagué: la mercancía o al menos información de quién la tiene ahora. Traedme algo de eso y os pagaré..., digamos, trescientos dragones. Eso debería ser más que suficiente para que os establezcáis en Sharn o donde penséis instalaros.

—Cuatrocientos —dijo Jode—. Somos cuatro.

—¿De veras piensas en tu forjado como un socio? Siempre me han parecido animales de compañía.

—Tiene razón —dijo Daine—. Cuatrocientos.

—Trescientos cincuenta —dijo ella lánguidamente—. Media moneda para medio hombre.

—Vale más que yo, Alina.

—¿Qué te hace pensar que hablaba de vuestro forjado?

—Cuatro o nada.

—Oh, Daine. —Alina soltó un dramático suspiro—. ¿Crees que puedo hacer aparecer monedas de platino en el aire?

—¿Quieres una respuesta?

La gnomo le contempló solemnemente y al final permitió que una sonrisa cruzara sus rasgos perfectos.

—Muy bien. Por los viejos tiempos. Cuatrocientos.

—¿Qué estamos buscando?

—Piedras de dragón de Khyber —dijo Alina—. Una clase de piedra muy rara, mirad. —Señaló con un dedo el espejo y la daga que Rasial tenía en la mano se convirtió en un fragmento de cristal negro entreverado de venas moradas. Las venas eran tenuemente luminosas. De vez en cuando, se encendían con una llamarada de luz

—. Podría daros una aburrida conferencia acerca del origen y el valor de esas cosas, pero imagino que vuestra amiga puede hacerlo tan bien como yo. Sé que Rasial no ha salido de la ciudad. Quizá todavía tenga esas piedras, o puede que ya las haya vendido. En cualquier caso, encontrar a Rasial es probablemente lo mejor para empezar.

Daine escudriñó cuidadosamente a Rasial.

—¿Es peligroso?

—¿Quién no lo es? —Alina hizo girar el vino en la copa perezosamente.

—¿Cómo sabes que no ha abandonado la ciudad?

—Tengo mis fuentes.

—Eres de mucha ayuda, como siempre. ¿Hay alguna cosa en concreto que debamos saber?

—Ahora que lo dices..., si llegáis a cruzar vuestras espadas, te sugiero que no le dejes que te toque.

—¿Es todo?

—Es todo lo que necesitáis.

—Lo recordaré. —Daine le dio la espalda al espejo—. Mira, Alina, soy el primero en reconocer que necesitamos ese dinero. ¿Pero por qué estás haciendo esto? Podrías contratar a un entrometido tharashk por mucho menos de lo que nos ofreces. ¿Y nos dices que no podrías encontrarlo por ti misma?

—Daine —dijo con tono de reproche—, no aceptas mis regalos. ¿No puedo ayudar a un viejo amigo encargándole un trabajo sencillo?

Tus regalos nunca son gratuitos, y nunca fuimos amigos. ¿Qué pretendes?

Alina se rió.

—Parece que diez años no son tanto tiempo. Me conoces demasiado bien. Estás en lo cierto. Tengo una razón para querer utilizaros en esto.

—¿Caras nuevas? —dijo Jode.

—Efectivamente. En esta ciudad hay un equilibrio de poder delicado. Rasial tiene amigos. Si me ha traicionado, hay gente que puede descubrir mis fuentes habituales. Vosotros sois de fuera. No os relacionarán inmediatamente conmigo. —Sonrió—. Y si os pasa algo malo, ¿qué pierdo yo?

—Muy gracioso —dijo Daine.

—Señora Lyrris —les interrumpió Jode—, supongo que el tiempo es vital. ¿Qué nos puedes decir de Rasial y sus colaboradores? ¿Cuántas piedras tiene? ¿Son muy grandes?

Alina metió la mano bajo el sofá y sacó un paquete envuelto en piel negra.

Todos los detalles están aquí. —Lanzó el paquete a Daine y después sacó un monedero más pequeño—. Aquí hay unos cuantos soberanos. Debería ser suficiente para que os pongáis en marcha. Si necesitáis más, hacédmelo saber. Y ahora, si no os importa, tengo otros asuntos que atender.

Hizo un gesto en dirección a la puerta y ésta se abrió de nuevo.

—Por cierto, Daine —dijo ella mientras salían.

—¿Sí?

—Si yo fuera tú, me compraría una espada.



Si las casas portadoras de la Marca de dragón eran un contrapoder de las naciones rivales, el distrito de las Torres del dragón era donde se hallaban sus embajadas y consulados. Docenas de tiendas prometían los servicios místicos de los verdaderos herederos de cada casa, y tras esos pequeños negocios estaban los enclaves de las propias casas: inmensas torres en las que los herederos vivían y aprendían sus artes. El Gran salón de la curación de la casa Jorasco era el más grande de Breland, y Torre Sivis era un nexo de comunicaciones en toda Khorvaire. Los servicios de los portadores de la Marca de dragón eran caros, y la gente que atestaba las calles no eran los campesinos y los pedigüeños que uno hallaba en los niveles inferiores. Allí los aristócratas se entremezclaban con caballeros y príncipes mercaderes. La calle era un tapiz de colorida seda, y el aire estaba lleno de las esencias de raros perfumes y las exóticas especias de los vendedores de Ghallanda.

Través y Lei se abrieron paso entre ese glorioso caos. Aunque las calles estaban atestadas, la mayor parte de la gente cedía el paso a un soldado forjado. Pero mientras Través escudriñaba las calles en busca de cualquier peligro, sus pensamientos estaban con Lei. Través tenía una comprensión intuitiva del combate. Una sombra que se mueve, el vislumbre de una espada, el olor del fuego: sabía cómo responder a esas cosas. Pero no sabía qué hacer ante la pena de un amigo. No era la primera vez que había visto dolor o ira. Él mismo sentía aún la pérdida de cada camarada que había caído en la guerra, una oquedad vacía cuando veía las caras de Jholog o Jani. Pero nadie le había enseñado jamás qué hacer con esos sentimientos o cómo enfrentarse a la pena de otro. De modo que le abría el paso a Lei y esperaba que su oquedad desapareciera por sí misma.

Través vio ante sí la señal de un herrero: el sello del martillo y el yunque de la casa Cannith estaba esmaltado bajo el nombre del herrero.

—Mi señora, ¿debemos empezar nuestras investigaciones con este armero?

Lei levantó la mirada y negó con la cabeza.

—No. Yunque negro.

Lei hablaba con menos frecuencia de lo habitual. Parecía razonable creer que hablar la ayudaría a curar su espíritu herido.

—No entiendo el significado del color. ¿No es tu... sello de la casa Cannith?

Lei suspiró.

—Los poderes de la casa se extienden mucho más allá de los herederos de la Marca, Través. —Aunque su voz seguía calmada, empezó a adoptar esa cadencia habitual de conferenciante—. Cada casa ha encontrado la manera de aplicar los poderes de su Marca para ofrecer servicios a la gente de Khorvaire. Pero las casas han extendido su influencia hasta mucho más allá. El yunque negro indica que un herrero ha sido formado y aprobado por un sindicato Cannith, y que su trabajo cumplirá con las normas de calidad de la casa. Pero no es un heredero de la sangre y no nos serviría de nada.

—Entiendo, mi señora.

—La Torre Cannith es el enclave central de la casa. —Señaló la aguja plateada que se alzaba ante ellos—. Ahí es donde obtendremos las respuestas que necesitamos..., si es que me hablan.

—¿Lo dudas?

—Si... si lo que ese Domo dijo es cierto —dijo—, sí, tengo mis dudas. —Alzó un brazo y apoyó la mano en el hombro de mitral de Través—. No sé que esperar. Creí que la guerra había terminado de una vez por todas.

—Quizá nunca se gana una guerra —dijo Través—. Tenemos que contentarnos con sobrevivir.

Lei le apretó el hombro y siguieron su camino.



La Torre Cannith era una obra maestra, un testimonio del talento arquitectónico de la casa de los hacedores. Habían incrustado hebras plateadas en la superficie de muros de piedra, creando la impresión de una refulgente red de luz alzándose hacia el cielo.

—Recuerdo cuando vi la torre por primera vez —dijo Lei—. Llegué aquí para aprender el arte del fuego. —Señaló una ventana en lo alto—. Mi prima Dasei y yo nos hospedamos en esa habitación mientras aprendíamos. Ella quizá no llegara a aprender todo lo que debía, pero siempre conseguía superar las pruebas con algún conjuro. —Negó con la cabeza.

Mientras Través escuchaba, miraba de reojo las defensas de la torre. Pese a parecer de cristal esmerilado, no tenía ninguna duda de que las ventanas habían sido endurecidas místicamente para resistir el daño físico. Había una puerta principal con cinco guardias ante ella. Los cinco eran forjados idénticos, guerreros inmensos contruidos con una aleación gris de diamante. Estaban tan inmóviles como estatuas,

pero Través no tenía ninguna duda de que ya le habían visto y estaban evaluando la amenaza que pudiera representar. Cada uno de los forjados portaba un gran martillo y un escudo con el sello de Cannith. Través no advirtió el menor rasguño en la piel pulida de esos soldados. Aquello podía deberse a una total falta de experiencia en el combate o ser un beneficio extra de trabajar para la casa de los hacedores. Aunque parecía poco sensato entrar en combate, Través soltó la cadena de su mayal. Tenía que estar preparado si Lei era amenazada.

—¿Estás segura de que esto es muy sensato?

—No te preocupes, Través. No hay el menor riesgo de violencia. —Con todo, él percibió el miedo en su voz—. Sígueme.

Lei respiró hondo y se encaminó hacia la puerta. Uno de los forjados dio un paso para bloquear su avance.

Lei hizo un gesto rotundo con la mano.

—Apártate, guardia. Tengo cosas que hacer con el barón de esta casa y no dispongo de tiempo para subalternos.

Través estaba observando el rostro del guardia y vio un ligero movimiento cuando éste bajó la mirada hacia los dedos de Lei. Aunque Lei tenía los modales imperiosos de un noble, ya no llevaba su anillo y el guardia no desistió.

—¿Cómo te llamas y cuál es la naturaleza de tus asuntos?

—Soy Lei d’Cannith —le espetó—, heredera de la Marca, y mis asuntos no son cosa tuya.

El forjado miró de soslayo a uno de sus compañeros. Través sujetó con fuerza el mango de su mayal.

—¿Te atreves a tenerme esperando en la puerta? —dijo Lei.

El guardia la miró a los ojos. Su cara era una máscara de acero indiferente, pero Través podía percibir un atisbo de inseguridad debajo de ella.

—Si esperas un momento, estoy seguro de que el alcaide podrá ayudarte.

Través percibió cómo crecía la ira de Lei, pero ésta logró mantener la compostura. Se esperaba una fría bienvenida.

Pasaron los minutos y apareció una nueva figura en la puerta. Era un hombre corpulento de casi cincuenta años, casi tan pelirrojo como Lei pero con algunas canas en el brillante bigote. Llevaba una armadura de cuero con tachones teñida de azul oscuro, y un arnés con cinco varas de madera pulida, cada una de las cuales contenía un encantamiento potencialmente letal, de eso Través estaba seguro. Hacía dos años que Través no había visto a ese hombre, pero Je recordaba perfectamente, Dravot d’Cannith, que en aquel entonces, era alcaide del arsenal de Chimenea Blanca.

Lei se entusiasmó al ver esa cara conocida.

—¡Dravot! —gritó—. ¡Estás vivo!

Corrió a abrazar al alcaide, pero un guardián forjado se interpuso en su camino. Su cara se tensó de ira, y por un momento Través creyó que iba a atacar al forjado; le habían llegado noticias de sus ataques de furia en la Batalla del Risco de Keldan.

Pero entonces Lei vio la cara de Dravot. Se detuvo; la energía pareció abandonarle.

—No tienes nada que hacer aquí —dijo Dravot. Su voz era tan fría como su expresión—. Has sido expulsada y no tienes ningún derecho sobre el nombre de esta casa. No tendrás tratos con esta casa ni con sus herederos, y no te presentarás en los enclaves de la misma. Si no cumples las órdenes..., se tomarán medidas. —Se llevó la mano a una de las varillas.

—Pero Dravot... —Lei jadeó en busca de palabras. Claramente, no se esperaba ese tratamiento de un rostros conocido—. ¿Dime por qué? ¿Qué he hecho?

La cara de Dravot era tan impasible como la del forjado.

—No tienes derecho a ninguna respuesta, y no recibirás nada de ningún miembro de esta casa. Abandonarás este lugar ahora, y no molestarás nunca más a sus justos herederos. ¿Lo entiendes?

—¿Dravot...?

—No recibirás ninguna respuesta de ningún miembro de la casa. ¿Lo entiendes?

—Dravot desenvainó una de sus varillas. Era de madera refulgente con una sola banda de oro.

Través escudriñó la vara para determinar si podía partirla con su mayal antes de que Dravot pudiera desatar sus poderes. Pero al soltar la cadena, Lei asintió.

—Vámonos, Través —dijo. Tras darse la vuelta, miró de nuevo a Dravot—. Me alegro de que estés vivo.

Él no dijo nada y mantuvo la vara inmóvil en su mano.

Lentamente, Lei y Través se alejaron de la torre. Lei parecía aturdida. Través le puso la mano en la espalda para sostenerla y ayudarle a seguir andando. Habían caminado unas cincuenta yardas cuando oyeron un ruidoso susurro:

—Jura todavía vive en el Bosque del Corazón Oscuro. —Era la voz de Dravot.

Mirando atrás, Través vio a Dravot todavía en la puerta del enclave. Había recurrido a la magia para mandar las palabras susurradas al otro extremo de la calle. Través bajó la mirada hacia Lei. Aquellas palabras la habían sacado de su estupefacción y ahora estaba totalmente concentrada.

—¿Señora?

Ella alzó una mano.

—Volvamos a la Mantícora. Tengo que pensar en esto.



—No se por qué me he dejado convencer —dijo Daine mientras Jode y él regresaban al ascensor central. Cerca, un mercader regateaba con un cliente el precio de un jubón iridiscente mientras una pequeña gnomo con un brillante sombrero rojo jugaba con una brillante bola de luz entretejida con hebras de ilusión. El sombrero puntiagudo de la chica era casi tan alto como ella.

—Somos soldados, no detectives. Y había decidido no volver a ver a Alina nunca más. No digamos ya trabajar para ella.

—Nunca hemos hablado de lo que hiciste para ella.

—Así es.

—Daine, sé que no es lo que tenías pensado, pero la guerra ha terminado. Y Cyre ha desaparecido. Nada va a cambiar eso. Necesitamos un nuevo comienzo, y si tienes alguna manera mejor de conseguir cuatrocientos dragones me gustaría conocerla.

Caminaron un trecho en silencio.

—¿Extraordinaria colección de pájaros, ¿no es cierto? Qué colores tan bonitos.

—Cierto —dijo Daine—. Me pregunto quiénes eran antes.

Jode soltó una risotada y dejó que el tema se esfumara.

Una vez se encontraron en el ascensor junto a otros residentes, Daine desenvolvió el paquete de cuero. En el interior había un fajo de papiros llenos de dibujos y de la nítida escritura de Alina. Daine y Jode separaron las páginas y se pusieron a ojearlas. Una página describía las piedras de dragón de Khyber. Era casi todo un galimatías arcano, y Daine decidió que sería Lei quien le echara un vistazo. Había un mapa de Sharn, con breves notas sobre algunos distritos. Las últimas páginas del fajo de Daine eran referente a Rasial. Una incluía dibujos de su cara desde distintos ángulos, otra contenía una breve biografía.

—Rasial Tann... —murmuró Daine escudriñando el papiro—. Aquí hay algo que Alina no mencionó: formaba parte de la Guardia de Sharn, una unidad llamada Alas doradas.

—Sí, eso encaja —dijo Jode, golpeando con el dedo la hoja superior de su fajo, una descripción de varios acontecimientos deportivos—. Mira aquí. ¿Esos pilotos de hipogrifos? Son Alas doradas. La unidad tiene el fin de perseguir y responder a los



crímenes aéreos, pero al parecer muchos de los pilotos también participan en las carreras.

—Y como exguardia, Rasial sabría cómo evitar las patrullas que buscaban contrabandistas..., si es que no sigue teniendo amigos dentro.

—Un guardia sin suerte se pasa al crimen. Una tragedia de nuestros tiempos.

—Parece que ganó el trofeo de la Carrera de Ocho Vientos hace dos años. ¿Te suena?

—Sí, está todo aquí. Un acontecimiento anual en... Dura. La carrera más importante de Sharn. Vienen espectadores de todo Khorvaire.

—¡Nunca verás nada igual! —La nueva voz era grave y aguda al mismo tiempo. Dándose la vuelta, Daine vio a una duendecilla que estaba tras sus piernas—. Toda clase de bestias persiguiéndose y peleándose, corriendo entre los tejados. —Sus ojos rojos brillaron—. El año pasado, el grifo giró sobre la derecha del águila después de que sonara la campana. Todavía se puede ver la sangre en la aguja de Kelsa.

Jode habló antes de que Daine pudiera ahuyentar a la duendecilla.

—¿Cuál es tu bestia preferida?

—La gárgola, por supuesto —dijo, como si hablara con un niño todavía más pequeño que ella—. La Puerta de Malleon era antes ese Murciélago, pero ahora es la Gárgola. Todavía no ha ganado, pero es rápida, ágil y lista, y estoy segura de que este año las cosas cambiarán.

—¿Quién ha ganado los últimos años?

—El estúpido pegaso. El hipogrifo iba a ganar, pero se murió.

—¿Uno de los otros lo mató?

—No, eso habría sido más divertido. —La muchachita verde hizo un gesto con la mano: un vuelo interrumpido súbitamente por una caída—. Se murió. Dejó una mancha muy grande en la plaza de la Carraca. Mi amigo Galt tiene dos plumas.

El ascensor se detuvo para recibir a dos pasajeros nuevos que llevaban los uniformes verdes y negros de la Guardia de Sharn. El rechoncho enano miró a Daine con suspicacia. Su compañero era una mujer humana, alta, cuya cara era un amasijo de cicatrices. Daine se pasó ausentemente un dedo por la cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda, recordando batallas pasadas con soldados brelish. El ascensor volvió a ponerse en marcha y empezó a descender lentamente los mil pies restantes hasta el suelo.

—El pegaso es muy, muy rápido —dijo la duendecilla—. Pero Carralag es listo, y sé que será el mejor este año.

—¿Alguna vez has...? —empezó Jode.

El guardia enano aferró a la duendecilla por el cabello y la echó hacia atrás. Soltó un grito de dolor.

—¡Tú otra vez! —le espetó él—. ¿Qué te he dicho acerca de subirte a este ascensor, niña?

La chica trató de darse la vuelta, pero le tenía agarrado el pelo con mucha fuerza.

—¡No lo sé! ¡Sólo quería ver el cielo!

—Ya sabes lo que te he dicho —dijo el enano. Puso su mano encallecida alrededor de su cuello y la levantó en el aire. Detrás de él, su compañera sonreía—. Te he dicho que si te volvía a ver te tiraría por encima de la baranda. Deberías haberte quedado en tu sitio, niña.

El enano se dirigió hacia la baranda. La duendecilla pateaba y jadeaba y trataba de quitarse la mano del cuello. Daine le dio al enano una patada en la parte posterior de las rodillas y éste cayó al suelo. La muchacha corrió a protegerse detrás de Daine, acurrucándose contra la baranda.

El enano se puso en pie.

—¡Por los dientes de Dorn! —gritó, desenvainando una pequeña espada muy afilada—. Acabas de cometer un gran error, llorón.

La mujer con la cara llena de cicatrices llevaba una alabarda y se dirigió hacia el flanco de Daine.

—¿Debería haberme quedado cruzado de brazos mientras tirabas a esta niña por la barandilla?

—No es una niña. Es una duende. Sólo está en este ascensor para meter la mano en los bolsillos de los idiotas como tú. Pero supongo que tú debes hacer algo parecido. No puedo imaginarme a la escoria de los llorones con un trabajo decente en los barrios altos. —Escudriñó a Daine cuidadosamente—. Acabas de golpear a un oficial de la guardia. Creo que mereces otra cicatriz por eso,

—Creo que pasaré. —Daine estudió a sus oponentes y se giró tal modo que su espalda quedara contra la baranda. Se llevó la mano a la espada..., y recordó que no estaba ahí. ¡Maldito Jode!

—Adelante —dijo el enano—. Desenvaina tu cuchillo, chico. Dame una razón para ensartarte.

El ascensor se detuvo y los demás pasajeros salieron corriendo. Sólo quedaron allí Daine, Jode, los dos guardias y la duendecilla, que no dejaba de gimotear.

El enano se dirigió hacia Daine cuando el ascensor volvió a moverse.

—No eres tan valiente ahora, ¿eh? —Levantó la mirada hacia los ojos de Daine y le puso la punta de la espada en la garganta. Daine bajó la mirada. La alabardera observó cómo un pequeño punto de sangre florecía en la garganta de Daine, y por un momento bajó la guardia.

Daine estaba esperando el momento de actuar, pero la ayuda llegó de un lugar inesperado. La duendecilla soltó un grito, se tiró sobre el enano y le clavó las uñas y le mordió la piernas. Cuando el guardia miró hacia abajo, Daine le golpeó la mano y su espada salió volando. La alabardera desenvainó su arma y de repente soltó un gemido y cayó al suelo; sin que nadie se diera cuenta en mitad del caos, Jode se había escurrido tras ella y le había clavado su estilete en la rodilla.

Como se pasaba la mayor parte del tiempo tratando heridas, Jode tenía una comprensión muy aproximada del dolor. Sabía dónde dolía y cómo atacar allí. La

mujer soltó el arma y se llevó las manos a la pierna, olvidándose de cuanto la rodeaba.

—Ya basta —le dijo Daine al enano—. Dejemos esto aquí. No hace falta que nadie más resulte herido.

El enano respondió con un aullido incoherente. Atacó, pero Daine le esquivó. Escupiendo con rabia, el guardia recogió la alabarda y atacó de nuevo con el arma a la altura del pecho de Daine. En el último segundo, éste se apartó de su camino. Sujetó el mango superior del arma y se lanzó contra ella con todo su peso. Quería desarmar al enano, pero calculó mal su peso y su impulso. Con un largo alarido, el enano salió volando por el encima de la barandilla y desapareció.

Daine corrió al borde, pero no había nada que hacer. Se dio la vuelta.

—¡Jode! —gritó—. Asegúrate de que esa mujer no se desangre. ¡Rápido! Nos bajamos en la próxima parada.

Jode pareció impertérrito al arrodillarse y ponerse manos a la obra.

—Y pensar que podría haberme ido de aquí con una pluma.

La duendecilla estaba llorando.

—No te va a pasar nada —dijo Daine, arrodillándose ante ella—. Pero tienes que ponerte en pie y largarte de aquí. ¿Tienes casa?

Ella asintió, secándose las lágrimas.

—Vete a casa. Ahora. Y no vuelvas a este ascensor. Nunca. ¿Me entiendes?

Volvió a asentir.

Un instante después, el ascensor se detuvo. La duendecilla desapareció entre las sombras de la calle. Daine y Jode salieron fingiendo una total normalidad y pasaron entre la multitud que esperaba para subir. En el disco, la guardia semiconsciente se agarraba la rodilla y lloraba.



—¿Qué quieres decir con qué la viste agarrarlo?

—¿Tú no? —dijo Jode—. Me pareció un robo en toda regla. Pensé que sería un regalo. Tú eres muy fácil de convencer, y estoy seguro de que ella necesitaba el dinero tanto como nosotros.

—Oh, este día no hace más que traer sorpresas agradables. Empeñas la espada de mi abuelo, me convences para que trabaje para Alina, ves cómo una ladronzuela nos roba el dinero que recibimos para nuestros gastos y, ¿lo mejor de todo? Acabo de matar a un miembro de la guardia de la ciudad.

—Eso no lo sabes. Esto es Sharn. Es muy probable que la guardia lleve conjuros

contra estos sucesos. —Sonrió con travesura—. O quizá alguien le ayudó en el suelo.

—¿Después de una caída de centenares de pies?

Jode se encogió de hombros.

—Esto es Sharn.

Daine cerró los ojos y rugió. Estaban sentados en una mesa en la Mantícora, y ahora que sólo tenían el dinero de lo empeñado por la mañana, estaban bebiendo agua.

Través y Lei no tardaron en regresar.

—¿Ha tenido éxito vuestra misión, capitán? —preguntó Través. Lei parecía sumida en sus pensamientos.

Jode respondió por él.

—¿Aparte del hecho de que Daine sea un asesino y de que una duendecilla le robó? Diría que sí. Tenemos que perseguir a un ladrón, devolver una mercancía robada y, si lo conseguimos, obtendremos más dinero del que habríamos ganado en treinta años más en el ejército.

—A mí no me pagaron por mis servicios.

—Lo que demuestra que tengo razón. ¿Y vosotros? ¿Alguna noticia?

Través miró a Lei. Como ella no dijo nada, prosiguió él.

—La acusación era cierta. Lei ha sido expulsada. Ningún miembro de la casa Cannith habla con ella. Con todo...

—Hay alguien —dijo Lei en voz baja—. Mi tío. Jura. No he hablado con él desde que era una niña. Pero ahora... podría decirme qué está pasando o darme un mensaje de Hadran. No he visto a Jura en mucho tiempo. El... —Se detuvo, pero no pareció poder encontrar las palabras adecuadas. Finalmente, alzó la mirada hacia Daine—. Te agradecería que vinieras conmigo.

Daine se puso en pie.

—De acuerdo, pero si no te importa, evitemos los alrededores del ascensor de Den'iyas.

CAPÍTULO  BRELAND  
SHARN  
*26 de dravago de 996 AR*

—Vuestros señores Cannith pueden ser artificieros maravillosos, pero no diría lo mismo acerca de su gusto en arquitectura —dijo Daine examinando la mansión. Construida en granito negro con muros tallados para parecer una densa arboleda, la casa de Jura se llamaba Bosque del Corazón Oscuro.

Lei no dijo nada.

Un sirviente forjado les recibió a las puertas de la mansión y les guió al interior sin pronunciar una sola palabra. Si el sirviente de Hadran era una figura imponente y cubierta de joyas, ese artefacto era un delgadocho amasijo de madera y cuero que parecía a punto de desmoronarse. Olía a moho, y con cada movimiento que hacía se oía un tintineo y martilleo.

Entrar en la mansión era como adentrarse en una ciénaga. El aire era antinaturalmente cálido y húmedo, y el olor de verduras en estado de putrefacción inundaba las fosas nasales. Las paredes estaban cubiertas de hiedra brillante y en lugar de alfombras había juncos entrelazados. Globos de energía mística iluminaban los pasillos, pero éstos estaban cerrados a cal y canto y el ambiente era oscuro y húmedo.

—A ese hombre le gustan las plantas —susurró Daine. No podía comprender por qué un hombre se gastaba su oro en plantas para el interior de su casa.

—Oh, el tío Jura adora... las plantas —dijo Lei, ausente. Sus pensamientos parecían muy lejanos.

Después de guiarles por una serie de pasillos laberínticos verdes, el guía forjado se detuvo ante un par de inmensas puertas y llamó. Las puertas se abrieron lentamente impulsadas por unas manos invisibles. Una pared de bruma ocultaba la sala que había al otro lado. Daine miró de soslayo a Lei, pero ella se limitó a encogerse de hombros. Más trampas Cannith, pensó él.

El forjado se volvió hacia ellos e hizo una reverencia.

—El señor de Jura os espera —dijo. Su voz era un chirrido oxidado.



La niebla ocultaba un bosque. Cuando Daine la cruzó, su bota se hundió en la tierra lodosa. Una densa arboleda se extendía ante él. Zarcillos de niebla se desplazaban por encima del suelo, y oía el ruido de insectos y el gorjeo de pájaros y roedores a su alrededor.

—¿Qué es esto? —susurró, con la daga ya en la mano.

—No te preocupes —dijo Lei al aparecer de entre la niebla que había a su espalda—. Sigue el camino. Te daré más luz.

Cuando Lei acabó de decir eso, el sol salió, o al menos el cielo se iluminó hasta adoptar la tonalidad de un mediodía. Escudriñando el cielo, Daine advirtió un filón de piedra. Estaban en una inmensa sala. El altísimo cielo abovedado estaba pintado simulando a la perfección un cielo nuboso. Con todo, el fango parecía real.

Jode silbó.

—Bueno, había visto algunos trabajos parecidos en mi vida, pero esto..., ¿sabes cuánto debe haberse gastado solamente con la humedad? ¿Crees que puede hacer llover aquí dentro?

Lei le reprendió con un gesto de la mano.

—Cállate. Y no digas nada de los árboles Te lo contaré más tarde. —Lei iba por delante de él siguiendo un ancho y lodoso camino. Pasaron ante un dosel de árboles. Después de algunos giros, llegaron a un amplio claro.

Jura Corazón Oscuro les estaba esperando. Tenía como Lei la piel pálida y era asimismo pelirrojo, pero por lo demás no podrían haber sido más distintos. Daine había visto cadáveres con un aspecto más saludable que Jura. El señor expulsado era poco más que un esqueleto con la piel como cuero tensada sobre huesos que le sobresalían. Sus elegantes ropajes de terciopelo colgaban de su cuerpo demacrado, y el poco cabello que tenía estaba concentrado en una barba rala. Estaba sentado con las piernas cruzadas sobre un enorme trono de madera tallado a partir del tronco de un árbol de madera oscura caído. Tenía un pequeño cuchillo en una mano y un bastón del mismo material sobre las piernas, y estaba tallando figuras en su superficie. No levantó la mirada para saludar a sus huéspedes.

—¡Saludos, señor Jura! —gritó Jode antes de que Lei pudiera hablar—. Gracias por permitirnos entrar en tu casa. Qué maravilloso trono tienes. De veras, nunca he visto nada igual.

Lei hizo rechinar los dientes, pero no abrió la boca.

Jura levantó la mirada de su bastón y estudió al mediano con detenimiento. Su mirada se detuvo en la Marca de dragón de Jode.

—Me costó una fortuna, Jorasco. Era muy importante para mi esposa, que descanse en paz. —Tenía la voz grave, pero fría, carente de emociones.

—¿Le ha pasado algo a tu esposa, señor? Permíteme transmitirte mi más sentido pésame. Si podemos...

—Basta —dijo Jura, y su fría mirada fue suficiente para silenciar incluso a Jode. Miró a Lei y pasó una mano por su bastón de maderaoscura—. Espero que tengas buenas razones para molestarme, muchacha.

—Yo..., quería saber cómo estabas, tío. —El aire era cálido y estaba cargado de humedad, y Daine veía sudor en su frente.

—No me insultes. Sé por qué estás aquí. Quieres saber de Hadran y por qué ya no eres bienvenida en la casa de tu familia. Y ¿quién mejor para hablar que el viejo Jura, el último perro echado a patadas de la casa?

Mientras él hablaba, Lei pareció recuperar algo de su fulgor habitual.

—Ahórrame la pena que sientes por ti mismo, suficientes problemas tengo ya. Al menos tú tienes un palacio en el que enfurruñarte.

Jura soltó una risotada, un horrible ruido áspero.

—Al menos sigues teniendo espíritu, muchacha, Muy bien. Pregunta.

—¿Por qué Hadran no quiere verme?

—Porque murió hace una semana.

Lei reprimió un jadeo y se quedó en silencio, asombrada.

—Tengo entendido que lo dejaron hecho añicos. Obra de una bestia salvaje, quizá, o de un artefacto de fuerza excepcional. O de un hombroide muy bien construido, por supuesto.

Daine dio un paso hacia delante.

—¿Qué estás diciendo? No pueden echarle la culpa de esto a Lei.

—No seas ridículo —dijo Jura—. Aunque hubiera estado en Sharn, nadie cree que ella sea capaz de construir un hombroide con ese poder.

—Entonces, ¿por qué? —Lei temblaba de ira—. ¿Por qué he sido expulsada?

—Baja la voz, muchacha —dijo Jura—. Quizá ambos seamos expulsados a ojos de nuestra casa, pero yo soy el señor de esta mansión y espero de ti que me muestres el debido respeto.

Por un momento, Daine creyó que Lei iba a atacar al anciano, después dio un paso atrás y bajó la mirada al suelo.

—¿Por qué he sido expulsada de nuestra casa, señor Jura?

—El año pasado trajo muchos cambios a la casa Cannith, muchacha —respondió Jura—. Su Consejo fue destruido junto a Cyre, y durante el mes pasado los barones han estado peleándose para establecer un nuevo orden. El barón Merrix de Sharn es ahora el poder máximo en el sur, y él personalmente ordenó tu expulsión.

—¡Si ni siquiera conozco a Merrix! Sólo había estado en Sharn una vez antes. ¿Qué he hecho?

—El consejo puede haberse disuelto, pero Merrix necesita justificar su acción

ante los ancianos supervivientes. Conoces las posibilidades tan bien como yo. Traición, conducta que avergüence a la casa y, por supuesto, hibridación. —Lanzó una mirada especulativa a Jode—. ¿No lo sabes?

—¡No! —dijo Lei—. ¡No he hecho nada para merecer esto!

—Entonces tal vez sea un error.

—¿Hablarás por mí, tío? ¿Harás llegar mi caso al barón?

—¡No digas estupideces, muchacha! Yo soy un paria como tú. Es cierto que he establecido contactos con la casa durante los últimos años, pero el barón no hablará conmigo, y por su puesto no escuchará mis palabras. Y aunque lograra una audiencia, no malgastaría contigo toda la buena voluntad que quizá él sintiera. Yo tengo mis propios intereses. Ahora que mi esposa ya no está, espero regresar a la casa yo solo. Merrix necesita apoyos poderosos, y yo tengo mucho oro que gastar.

Jode intervino de nuevo.

—¡Muy bien! Así que, aunque no puede hablar en defensa de la señora Lei, ¿nos ha llamado para ofrecernos ayuda material, no es así?

—Me diviertes, mediano. No. No tengo la menor intención de gastar una sola moneda en una inversión tan inútil.

—¿Puedo preguntar entonces, señor, por qué nos has concedido esta audiencia?

Jura sonrió.

—He sido un exiliado durante muchos años, Jorasco. Quizá me divierta ver a alguien en una situación peor que la mía.

La mano de Daine se tensó sobre la empuñadura de su daga, e incluso Jode parecía encolerizado. Lei les puso las manos en los hombros para detenerles.

—Entonces supongo que nuestro tiempo aquí ha terminado.

—No del todo —dijo Jura, poniéndose en pie—. En realidad, he aceptado veros a petición de una vieja... socia, que quería que fijara un encuentro de su parte. Si queréis hablar con ella, id a la iglesia en ruinas de la Puerta de Malleon. Decidle al guardián que estáis buscando al viento. Y cuando ella llegue, tendréis que darle esto. —Le tiró el bastón de maderascura a Lei, que frunció el entrecejo como si le quemara las manos.

—¿Quién...? —empezó Daine.

—He dicho todo lo que estoy dispuesto a decir —le espetó Jura—. Ahora salid de mi casa. El Bosque del Corazón Oscuro no es un buen lugar para los visitantes no bienvenidos.

Daine se giró hacia Lei para interrogarle por su opinión, pero ella ya estaba de camino hacia la puerta.





La noche cayó mientras regresaban a la taberna de Dassi.

Través les lideraba por entre las calles, con los ojos siempre alerta al peligro. Jode caminaba arrastrando los pies tras él, perdido en sus pensamientos. Lei, que caminaba junto a Daine, sostenía el bastón de madera oscura como si estuviera cubierto de espinas venenosas y tenía una expresión adusta.

—Es hora de que me lo expliques —dijo Daine, frunciendo el entrecejo—. No nos habías dicho que el tío Jura era otro expulsado. ¿Qué hizo para que le echaran de Cannith? ¿De qué tienes miedo?

—A Jura..., siempre le encantaron las plantas. Viajó a las junglas de Aerenal, las extensiones de Eldeen, los bosques de Karrnath. Conoció a su esposa en Aerenal.

—¿Y? ¿No me digas que fue expulsado por casarse con una elfa?

—En realidad, era una dríada. Hizo que la mandaran a Sharn. Como si la hibridación no fuera un problema suficiente, después de la boda empezó a comportarse de un modo..., cuestionable. Sus fiestas eran célebres. Las leyendas dicen que amasó la mayor parte de su fortuna vendiendo venenos y sustancias prohibidas..., sueñolirios y cosas parecidas.

—¿Por una dríada? En todas las leyendas que he oído...

—Una dríada de madera.

—Ah.

—Sí. Al parecer, en su intento de que le readmitan en la casa, ha afirmado que su mujer le hechizó, que él no era responsable de su comportamiento. Sea eso cierto o no..., no es el hombre que conocí cuando era niña.

—De madera, ¿eh? —Daine reflexionó un momento—. ¿Cómo murió?

—¿Cómo pueden morir las dríadas?

Daine pensó en el trono de madera del bosque interior, tallado en el tocón de un árbol. Miró de soslayo el bastón de madera oscura. La parte superior estaba tallada en forma de la cabeza de una hermosa mujer cuyas trenzas descendían por el cuerpo del bastón.

—O sea que... eso es...

—¿Corazón Oscuro? He pensado lo mismo.

—Encantador.

Recorrieron el resto del trecho en silencio.

Poca luz llegaba a las calles de Altos muros, y las sucias ventanas de la Mantícora, a juzgar por los rayos de sol que dejaban entrar, podrían haber sido de piedra. Los pergaminos de Alina estaban extendidos sobre el suelo de la pequeña habitación. Lei había tejido un encantamiento de iluminación en un pequeño cristal que llevaba y estaba utilizando su luz para leer los documentos. Daine caminaba arriba y abajo, y Jode estaba sentado en el suelo, mientras Través permanecía en silencio, imperturbable como una estatua.

—El tiempo es esencial —dijo Daine—. Por lo que sabemos, Rasial ya ha vendido las piedras. Es posible que sean sacadas clandestinamente de la ciudad antes de que las encontremos. Si es así, Alina esperará al menos que descubramos quién tiene la mercancía. Suceda lo que suceda, tenemos que encontrar a Rasial cuanto antes.

Sonó la cuarta campana, tonos puros resonando en el vasto pozo del Desembarco de Tavick.

—Tenemos una invitación a cenar si nos apetece —prosiguió Daine—. Jode y yo encontramos a Teral ir'Soras, un viejo consejero de la corte de Cyre. Podría ser una pérdida de tiempo. Es un político, de modo que quizá sólo busque ganarse apoyos. Pero si conoce a los residentes de este distrito sería un contacto útil, especialmente si vamos a quedarnos aquí un tiempo. ¿Qué más tenemos para trabajar?

Habló Jode.

—Rasial Tann sirvió en la Guardia de Sharn durante cinco años; en los tres últimos estuvo con los Alas doradas. Durante ese tiempo vivió en el distrito de Vigilia de la daga de Alto Dura. La mayor parte de guardianes viven allí. Es de esperar que nuestro amigo del ascensor no vaya a insistir con la cuestión, pero creo que no es una buena idea que vayas a hacer preguntas a una comisaría por ahora, Daine.

—¿Y crees que ella se ha olvidado de ti? Sólo le clavaste un cuchillo en la rodilla. Jode se encogió de hombros.

—La sutileza es mi fuerte. No me reconocerá.

Daine frunció el entrecejo, pero asintió. Jode era mucho mejor recabando información que Lei o Través, y aquello podía exigir una cierta mano izquierda.

—Como quieras. ¿Qué más?

—Parece que Rasial tiene un talento especial para manejar hipogrifos. Ésa es la razón por la que fue rechazado por los Alas doradas. Pero en su tiempo libre pasaba mucho tiempo haciendo carreras. Disparate de Hareth en el Dura Medio parece ser un centro de competiciones y toda clase de deportes aéreos. Las notas de Alina indican la situación de algunos estadios y casas de juego.

—¿Ya no corre?

—No. La carrera más importante de Sharn se llama Ocho Vientos. Tiene lugar una vez al año. Hace dos, Rasial ganó la carrera por Vigilia de la daga y el hipogrifo. El año pasado volvió a cabalgar el hipogrifo, pero se produjo un accidente y casi muere. Después de eso, abandonó el aire. Abandonó la guardia. Dejó de correr. Y eso es todo lo que tenemos.

—¿Qué hay de las piedras? —dijo Daine mirando a Lei. Si le oyó, no dio muestras de ello—. ¿Lei? ¡Lei!

Lei levantó la mirada del pergamino que estaba estudiando. Se había mostrado distante desde su regreso del Bosque de Corazón Oscuro, y tenía la voz fría y carente de emociones.

—Las piedras de dragón son minerales mágicamente activos. Las piedras de dragón de Eberon comunes almacenan y concentran energía mágica. Forman la base de muchas de las comodidades que damos por descontadas, como los faroles permanentemente encendidos. Las piedras del ciclo caen del Anillo de Siberys. Amplifican los poderes naturales de una Marca de dragón. Piedras mensaje Sivis, altares de sanación Jorasco..., todo eso se basa en piedras celestes.

—¿Qué tenemos esta vez?

—Piedras de Khyber. Se hallan en vetas subterráneas muy profundas, y se dice que son la sangre seca del oscuro progenitor wrym. Del mismo modo en que se dice que los amigos están ligados por la sangre de Khyber, las piedras de dragón más profundas se utilizan para ligar espíritus y energías elementales. Los relámpagos, las aeronaves, las velas fundidas..., todo eso es posible sólo mediante las piedras de dragón de Khyber. —Lei se puso en pie y empezó a andar, remedando inconscientemente el movimiento anterior de Daine—. Pero estas son sólo las categorías más generales. Pureza, color, tamaño..., todas esas cosas pueden variar el valor y la utilidad de una piedra en particular. —Señaló la página—. Tu amiga está tratando de obtener una forma muy inusual de piedra de Khyber. Parece rezumar energía dragón, como una piedra de Siberys.

—¿Y...?

—Las piedras de Siberys amplifican la energía, pero las piedras de Khyber la ligan.

—No te sigo. ¿Qué pueden hacer?

Lei se encogió de hombros.

—Si ese material puede realmente vincular energías con la Marca de dragón, se

podría utilizar para crear una especie de escudo contra los efectos de los portadores de la marca. O unas esposas para impedir que un prisionero utilice su Marca de dragón. Pero es imposible decirlo. Estas notas son puramente teóricas.

—¿Cómo supo Alina de esas piedras? —preguntó Daine—. ¿Y con quién tuvo que contactar para conseguirlas?

—Esperaba que me lo dijeras tú. Mi... familia son los mejores artificieros de estos tiempos y de todos. —Por un momento sus ojos parecieron distantes—. Pero nunca había oído hablar de esas piedras antes. No puedo ni imaginar lo que vuestra amiga tuvo que pagar para dar con ellas, y no digamos ya para comprarlas. ¿Quién es esa Alina? ¿Y por qué está interesada en esas piedras?

Jode habló antes de que Daine pudiera abrir la boca.

—Conocí a Alina Lyrris en Metrol hace ocho años, poco después de empezar a luchar del lado de Cyre. Ella traficaba con mercancías de contrabando y me enteré de que estaba vendiendo secretos a la corte de Cyre. Estoy seguro de tres cosas. Alina es letal, astuta y tiene más riquezas de las que podéis imaginar. Dice que su fortuna procede de minas de piedras preciosas de las montañas de Murogrís, pero no lo creáis. A juzgar por lo que he oído, hay pocas cosas que no haya probado, en los negocios y en la vida.

—¿Qué pretende?

—Control: conocimiento, secretos, poder personal. No creo que el dinero le importe. Todo es un mero juego, juega con las vidas de los demás.

—Y ahora es la nueva jefa —dijo Daine con el entrecejo fruncido.

Lei miró a Daine un momento, quizá preguntándose cómo había conocido a Alina, qué alimentaba su amargura. Pero ya cargaba con sus propias penas y no dijo nada. Daine soltó un suspiro y volvió al asunto que tenían entre manos.

—Así que las piedras son raras. ¿Podemos utilizar eso? ¿Puedes rastrearlas, Lei? Ella lo pensó.

—Puedo crear una varita de adivinación temporal fácilmente, pero sólo tendrá un alcance de unos mil pies. El encantamiento durará sólo unos minutos después de su activación. Así que será mejor que no la uses a menos que estés muy seguro.

—Es mejor que nada. Hazla. Después tenemos el asunto de tu tío Jura y la «visita al viento». ¿Qué era eso?

Lei se encogió de hombros.

—No lo sé. —Miró de soslayo el bastón de maderaoscura, que estaba apoyado en un rincón de la sala—. Ese bastón es mágico, pero hasta ahora no he sido capaz de comprender para qué sirve. A menos que esté maldito.

—No es algo que debemos descartar —dijo Jode.

Lei continuó.

—Parece poco probable que Jura me diera un objeto tan poderoso para un mero recado. Y aunque esté maldito, ¿por qué razón nos lo dio?

—No lo sé —dijo Jode al tiempo que se estudiaba una uña—. ¿Quizá cree que si

se deshace de ti se ganará el favor de la casa? Quizá ha atrapado en el bastón a un hada mala y al dar la medianoche nos matará a todos con su horrible gemido.

Lei se lo quedó mirando.

—Mira —dijo Lei—. No sé si confío en Jura. No es el hombre que conocí. Pero... no creo que trate de hacerme daño. No importa lo que haya sucedido, seguimos siendo de la misma familia. Creo que esto podría ayudarnos.

Daine frunció el entrecejo.

—Entonces debemos asegurarnos cuanto antes. ¿Qué sabes de la Puerta de Malleon?

—Uno de los distritos más peligrosos de Sharn, al menos para los humanos. La mayor parte de los duendes y demás viven ahí, y he oído que criaturas aún más extrañas se dirigen hacia el este desde Droaam.

—¿No es probable que el tío Jura nos mande a un barrio peligroso para que nos asalten y asesinen?

—Daine —dijo Lei con un suspiro—. Confío en él. —Pensó un momento y después añadió—: Bueno, más o menos.

—Luchaste contra un ejército de asaltadores darguul en Sennan Rath, capitán —dijo Través con total calma—. Esto no puede ser tan peligroso.

—Dicho por un hombre que todavía tiene todas sus armas. —Daine miró de soslayo a Jode, que al menos tuvo la delicadeza de parecer avergonzado—. Pero tienes razón. Con todo, diría que tenemos que estar juntos en esto. Después, nos dividiremos para investigar Vigilia de la daga y Disparate de Hareth, y nos reuniremos de nuevo para cenar con el señor Teral.

Los demás asintieron.

—Muy bien —dijo Daine mientras Jode reunía los papeles y Lei tomaba el bastón.

—Vamos a hablarle al viento.

CAPÍTULO  11  
BRELAND  
SHARN  
*27 de davrago de 996 AR*

Altos muros, la nueva casa de los refugiados cyr en Sharn, era un gueto deprimente. Durante décadas, el gobierno de Sharn se había preocupado sólo por mantener las puertas y la vigilancia, pero no por la comodidad de los atrapados en el interior de las murallas. La pobreza, el miedo y la inseguridad eran parte de la vida cotidiana.

Comparado con la Puerta de Malleon, era el paraíso.

Cuando los colonos humanos llegaron por primera vez a Khorvaire, encontraron los restos de un gran imperio duende, una civilización hecha añicos mucho tiempo atrás y abandonada a la ruina. Los trasgos y los chinches merodeaban por las montañas y las tierras estériles, mientras que los duendes siguieron en las ruinas de sus antiguas ciudades. Pero los humanos de Sarlona estaban empeñados en reclamar como suya aquella nueva tierra. Cuando Malleon el Segador desembarcó en las costas del río Daga, esclavizó a los duendes y les obligó a trabajar en su ciudad fortaleza, una ciudad que fue destruida en la Guerra de la Marca. Seiscientos años más tarde, el rey Galifar empezó a trabajar en la nueva ciudad de Sharn y prometió libertad a todos los duendes que le sirvieran como soldados y trabajadores. Pero pocos habitantes humanos de la ciudad aceptaron jamás a los duendes como verdaderos iguales, y la violencia racial era un hecho cotidiano. Finalmente, la mayor parte de los duendes de Sharn se instalaron en un solo distrito, confiando en que su mayor proporción les daría seguridad y refugio. Pero la seguridad y la prosperidad eran dos cosas distintas.

Aunque la Puerta de Malleon había sido siempre un lugar de pobreza y desesperación, sólo en el último siglo se convirtió en un lugar verdaderamente peligroso. Dos nuevas naciones se habían alzado tras la estela de la Última guerra, aprovechándose del caos y la fragmentación del orgulloso ejército de Galifar. Tanto Cyre como Breland habían utilizado a mercenarios duendoides en la guerra, habían hecho bajar a los astutos trasgos y los poderosos chinches de las montañas para engrosar sus ejércitos. Con el tiempo, esas criaturas superaron el número de soldados humanos en el frente oriental. Los trasgos mandaban en Khorvaire mucho antes de que la humanidad llegara allí, y un carismático señor de la guerra estaba empeñado en utilizar la caída de Galifar como piedra de toque para el futuro de su pueblo. Logró ganarse la lealtad de muchos de los demás caudillos mercenarios, y en un momento

crítico de la guerra los soldados se giraron contra ambos bandos y reclamaron la propiedad del territorio que en teoría estaban protegiendo y proclamaron la nueva nación de Darguun. Con la Última guerra en su momento más álgido, ni Breland ni Cyre podían permitirse responder. Ambas necesitaban todavía soldados duendes, aunque los mandos eran considerablemente más cautos acerca de la concentración de dichas fuerzas. Incluso entonces, con la guerra tocando a su fin, los restos de las Cinco naciones carecían de recursos o voluntad para obrar contra Darguun. Representantes del rey trasgo se sentaron en el Consejo del Prono y debatieron el futuro de Khorvaire. Un buen número de mercenarios y exmercenarios se habían establecido en Sharn, y de manera natural gravitaban hacia la mayor concentración de los de su especie. Pero si los duendes de Sharn trataban de evitar el conflicto con los ciudadanos humanos, los darguuls contemplaban a la humanidad con desdén. La Guardia de Sharn había abandonado la Puerta hacía mucho tiempo, y cualquier humano o elfo que entrara en el distrito lo hacía por su cuenta y riesgo.

Pero los trasgos no eran las únicas criaturas que emergieron de las sombras de la guerra. Toda clase de monstruos —arpías, ogros, trolls, e incluso cosas más terribles— ocupaban las tierras que rodeaban las montañas Byeshk. Hasta los caballeros de Galifar habían evitado los bosques encantados y los baldíos de esa tierra. Aunque siempre había sido un lugar de oscuras leyendas, los horrores de Droaam nunca habían alcanzado las tierras de más allá hasta la Última guerra. Durante el siglo anterior, tres terribles hermanas —cada una de ellas una leyenda en sí misma se hicieron con el control de la región y empezaron a cambiar su forma y a transformarla, creando una nación del caos más absoluto. En el transcurso de las dos décadas anteriores, las criaturas de Droaam empezaron a aparecer en las tierras orientales vendiendo sus servicios. Las gárgolas exploradoras y mensajeras podían ser de un valor incalculable, y muchos negocios podían utilizar la fuerza bruta de un trabajador ogro. La población monstruosa de Sharn había crecido durante los últimos años, y aunque la mayoría de esas criaturas prefería vivir en los túneles que había bajo la ciudad, un buen número de ellas estaba establecida en la Puerta de Malleon, con lo que añadía color y peligro al distrito.

En el transcurso de la guerra, Daine se había enfrentado a muchos guerreros darguul, y podía oler la agresión en el aire cargado de humo de la Puerta de Malleon. Siguiendo sus órdenes, el grupo desenvainó sus armas en cuanto entró en el distrito. Con una flecha ya cargada en su inmensa ballesta, Través cerraba el grupo. Lei estaba resplandeciente con su chaleco de piel verde decorado con oro; era una reliquia de la familia, y los ribetes de oro eran especialmente receptivos a los encantamientos temporales que podía tejer. Sostenía en guardia el bastón de maderas oscura. Jode era de oficio sanador, pero había servido como explorador y podría luchar si tenía que hacerlo. Aunque su espada era más pequeña que un cuchillo en las manos de un hombre, estaba bien confeccionada y afilada. Daine desenvainó su daga, la hoja adamantina reflejó la luz casi consumida de las antorchas, y por enésima vez maldijo

a los medianos que empuñaban espadas.

La Puerta de Malleon, uno de los distritos más antiguos de Sharn, había sido un gueto desde los primeros días de la ciudad, y su antigüedad era evidente incluso para el observador más despistado. La cantería era basta y angulosa en comparación con las suaves curvas del Desembarco de Tavick y la meseta de Menthis. El moho cubría las paredes, las interiores y las exteriores. Si en algún momento había habido linternas de fuego frío en el distrito, habían sido rotas o robadas hacía mucho tiempo. La mayor parte de los moradores de la Puerta de Malleon podían ver en la oscuridad, y los visitantes tenían que encontrar el camino a la luz de unas pocas y humeantes antorchas.

Las estrechas calles estaban llenas de ruido y caos. Había duendes por todas partes: regateando, discutiendo o simplemente gritando en la áspera lengua de los duendes. Un inmenso espectro se abrió camino entre un grupo de ellos, arrojando a izquierda y derecha a las pequeñas criaturas. Por contraste, cuando un trío de gnomos fuertemente armados salió de una lóbrega taberna, la muchedumbre se separó en seguida. Claramente, no había que meterse con los guerreros de Darguun. El líder del trío miró a los ojos a Daine y, por un momento, los que fueran adversarios se escudriñaron mutuamente; después, apartaron las miradas y los soldados siguieron calle abajo. Daine soltó un suspiro de alivio. Podía haber innumerables darguuls a escasa distancia, y si se derramaba sangre no había forma de saber la rapidez con que la situación empeoraría.

—¿Dónde está esa iglesia en ruinas? —dijo, mirando de soslayo a Lei.

—Me temo que mi familia nunca visitó la Puerta de Malleon en sus viajes a Sharn —dijo Lei—. Quizá deberíamos preguntarlo.

Daine contempló a varios transeúntes.

—Por alguna razón, creo que es más probable que recibamos un cuchillazo en la garganta que un consejo útil. Sigamos por aquí.

Exploraron las calles. Refulgentes ojos rojos observaban con suspicacia desde las sombras, pero Daine mantuvo su daga a la vista y nadie se acercó. En una calle, un agudo chillido atravesó la oscuridad cuando una arpía pasó por las alturas. La criatura semihumana dio media vuelta y una bola de saliva y flema golpeó a Daine en la cara.

Daine sujetó a Través por el brazo antes de que éste pudiera dispararle una flecha.

—Déjalo —dijo—. Aquí nosotros somos los extranjeros. —Se secó la cara y se frotó la mano en la capa.

Doblando una esquina, se encontraron con una estatua de granito de un duende sosteniendo un bastón con una expresión iracunda en el rostro.

—No estoy muy seguro de que sea de buen gusto —dijo Jode—, pero es agradable ver un intento de darle un cierto aire artístico a esta zona.

—No es una estatua —dijo Lei. Estudió las líneas perfectas de la escultura—. Es un pobre desgraciado que en el pasado estuvo vivo. Algo lo convirtió en piedra. Medusa, a menos que me equivoque. Aunque supongo que también pudo ser un



basilisco.

Jode dio un traspiés y, al bajar la mirada, se dio cuenta de que había tropezado con el brazo de una segunda estatua hecha pedazos.

—Encantador. ¿Podemos acabar con esto de una vez por todas? La cena con el consejero feral cada vez me apetece más.

Los siguientes seres vivos que vieron eran un par de duendes —un macho y una hembra— que estaban inmersos en una acalorada discusión. Envainando la daga, Jode se acercó a ellos y les saludó en la lengua duende; incluso logró que ese rudo idioma pareciera alegre. Los duendes se quedaron momentáneamente estupefactos ante esa interrupción, pero su expresión cambió en el mismo momento en que Jode sacó unas cuantas coronas de cobre. El duende macho tomó las monedas soltando un gruñido, pero su acompañante le dio un fuerte golpe en la cabeza con ambos puños y él cayó sin sentido al suelo. La mujer recogió las monedas y establecieron una breve y animada conversación.

Jode regresó con el grupo y la duende arrastró a su compañero calle abajo.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Lei.

—Dice que se solidarizaba conmigo, porque el idiota de su marido tampoco pregunta nunca una dirección. —Jode sonrió—. Pero tengo las indicaciones, y diría que tenemos un cincuenta por ciento de posibilidades de que dijera la verdad.

—Tú primero, pues.



La iglesia en ruinas había sido abandonada hacía mucho tiempo, y sus adornos sacros, robados; sólo quedaban fragmentos de unas ventanas de cristales tintados que debieron ser hermosas en el pasado. El fuego y el ácido habían calcinado las paredes. En los escalones, dos monstruos estaban enzarzados en una pelea brutal.

Uno era un minotauro de al menos ocho pies de altura. Poderosos músculos se abultaban bajo una leve capa de piel negra. Llevaba un taparrabos negro bordado con cuentas de oro, y sus largos cuernos estaban unidos con bandas de latón. Su oponente era un chinche, una mezcla con rasgos de oso y duende de siete pies de altura. Tenía el pelo marrón claro enmarañado, y la ropa hecha trizas, y le faltaba un colmillo. Los dos estaban peleando sin armas, y estaba claro que el chinche se estaba llevando la peor parte. Contemplando los escalones, Daine se percató de que el colmillo que le faltaba al chinche estaba en el suelo, a pocos pies de distancia.

También se dio cuenta de que el chinche a duras penas se tenía en pie. El minotauro puso punto final a la batalla con un solo y fortísimo cabezazo. El chinche

cayó por los escalones. De la boca y la nariz le manaba la sangre. Se detuvo con la cabeza apoyada en el segundo escalón y no volvió a moverse.

El minotauro contempló a su enemigo caído un momento, y después levantó la mirada hacia Daine.

—Seguid con vuestro camino, extranjeros —dijo con una voz retumbante y profunda—. No tenéis nada que hacer aquí.

—No, al contrario —dijo Jode, dando un paso al frente—. Nos han mandado aquí para..., bueno, para hablar con el viento. ¿Eres tú? Tenemos un regalo.

Lei alzó el bastón.

El minotauro rugió y Daine casi tenía ya aferrado a Jode antes de darse cuenta de que la criatura estaba riendo.

—¿Quieres entrar? ¿Tú? —El minotauro soltó una risotada—. ¿Crees que puedes vencerme?

Daine se sintió un idiota al retar a ese monstruo con su pequeña daga, pero reaccionó rápidamente.

—Cuidado con tu tono. El tamaño no lo es todo. Nosotros somos cuatro y tú, uno, y ni siquiera vas armado. Así que hazte a un lado.

El monstruo miró a Daine fijamente con sus ojos inhumanos.

—No me amenes, pequeño humano. Estoy a cargo de esta puerta, y sólo yo puedo abrirla. O te enfrentas a mí o no pasas. Una persona. Desarmada. Una sola oportunidad.

Daine dio un paso atrás y se giró hacia sus compañeros.

—¿Qué os parece? —dijo en voz baja—. Me doy cuenta cuando me van a ganar. ¿Través?

—Estoy dispuesto a intentarlo, capitán.

—No, yo lo haré. —Era Lei. Los tres la miraron, sorprendidos.

—¿Qué estás diciendo?

—Jura dijo que esa persona quería verme. Me dio el bastón. Visto lo que sabemos, tengo que hacerlo yo.

Daine parpadeó.

—Sí, pero... —Miró a su espalda. El minotauro estaba levantando al chinche inconsciente y tirándolo más allá de los escalones—. ¿Qué vas a hacer contra eso?

—Ha dicho que sin armas. Puedo arreglármelas mejor que vosotros. Créeme, Daine. Con todo lo que he pasado en los dos últimos días, creo que hasta voy a divertirme.

—Es tu tío. Tú decides. —Daine se encogió de hombros—. Jode, prepárate por si te necesita.

El mediano asintió.

Lei se dio la vuelta e hizo una reverencia al minotauro. Él la contempló con una expresión inhumana imposible de interpretar. Tras darle el bastón de maderas oscura a Través, Lei pasó los dedos por los tachones de su armadura, murmurando en voz

baja, y después sacó un pedazo de piedra en polvo de su petaca y la frotó contra su cinturón. Daine reconoció el significado místico de sus acciones, pero no tenía ni idea de qué encantamientos estaba tejiendo en su ropa.

Al cabo de unos pocos minutos, la preparación de Lei había terminado. Se dio la vuelta y caminó hacia el minotauro. Se detuvo al pie de los escalones. Se quedó allí, con los brazos a los lados, y respiró lenta y hondamente.

—Quiero hablar con el viento —dijo.

El guardián asintió y después, sin mediar palabra, embistió escalones abajo, un borrón negro y oro.

Lei no era un soldado. Había sido asignada a la unidad de Daine para cuidar del forjado. Según las reglas de la guerra, era una no combatiente, a salvo de los peligros de la batalla siempre que no fuera una amenaza para nadie. La mayor parte de los artificieros y mago-creadores creían totalmente en que esa certeza sería un escudo para ellos, pero los padres de Lei no habían sido tan confiados. Ella no era una guerrera, pero le habían enseñado a defenderse con habilidades mágicas y marciales. Para los demás, el minotauro estaba moviéndose con una velocidad cegadora. Pero Lei estaba preparada para la pelea, y a sus ojos encantados la bestia era como un toro embistiendo sobre tres pies de barro. Sus piernas apenas se movieron, sólo se deslizaron hasta allí donde no podía alcanzarle y se giraron cuando él pasó a su lado con un estruendo.

El minotauro se dio la vuelta para mirarla de cara, y Lei levantó la mano izquierda. Con una palabra susurrada, activó la piedra que llevaba en el interior de su guante y un oscuro relámpago golpeó a su enemigo. Las sombras rodearon al minotauro; una luz azul marcó sus músculos al tiempo que la magia drenaba la energía de sus tendones. Pero el minotauro ya estaba en movimiento y embistió a Lei antes de que ésta pudiera apartarse de su camino. Los tachones dorados de la armadura de Lei refulgieron, y un brillante campo de energía traslúcida desvió buena parte de la fuerza bruta del golpe. De todos modos, el impulso del ataque la derribó al suelo.

Lei soltó una maldición mientras trataba de ponerse en pie. Nunca empezar una pelea. Nunca empuñar un arma. Sus padres le habían enseñado defensa, pero el principio de la defensa era evitar la lucha. Retar a un minotauro..., ¿qué diría su madre de una locura como ésa?

No había herido al minotauro, pero lo había debilitado, y él actuaba ahora con más precaución. Trazaron círculos por un instante, y después Lei dio un paso hacia adelante, quedó detrás de él y le dio una poderosa patada en el lugar que supuso que estarían sus riñones. Pero si el minotauro sintió algún dolor, no lo mostró, y Lei se había desprotegido al atacar. Gruñendo, la bestia le dio un fortísimo golpe con el dorso de la pezuña. Su armadura encantada la mantuvo en pie, pero por un momento el mundo se tornó negro, y cuando su visión se aclaró un monstruoso puño estaba volando hacia su cara. Haciendo acopio de toda su voluntad, Lei se agachó bajo el

puñetazo y se deslizó hacia adelante. Alzando su mano derecha contra el pecho de su oponente, extendió la mente hasta el interior del guante y desató el poder que había introducido en él. El minotauro aulló cuando un brillante arco de energía eléctrica recorrió su cuerpo. La bestia cayó de rodillas y no ofreció resistencia cuando Lei puso su pie sobre su garganta y le derribó al suelo.

El olor de ozono y piel quemada llenó el aire, y por un momento no se oyó nada más que la trabajosa respiración del minotauro. Finalmente, abrió los ojos y la miró.

—Puedes entrar —dijo. Se oyó un crujido y la puerta del templo se abrió unas cuantas pulgadas.

—¿Qué hay de mis amigos?

—Te has ganado el derecho a entrar de todos.

Lei asintió.

—Entonces, vamos. —Miró a Daine y la sorpresa le tiñó el rostro—. ¡Daine!

Daine se dio la vuelta. Había estado tan concentrado en la batalla que no había oído cómo se aproximaban. Más o menos una docena de hombres se acercaba por su espalda vistiendo los ropajes verdes y negros de la Guardia de Sharn. Daine no había visto a ningún guardia durante la exploración del distrito, y tuvo la inquietante sensación de que no era una patrulla normal. Esos hombres tenían la expresión de soldados veteranos, y alguna que otra mancha de sangre permitía vislumbrar un encuentro reciente con los residentes de la Puerta. Cuatro ballestas apuntaron en su dirección. Cuatro alabarderos se movieron hacia los flancos. Los cuatro hombres más cercanos portaban porras de hierro.

El sargento alzó su espada hacia Daine y dijo:

—¡Deponed las armas! Por la autoridad del alcaide de Sharn, ¡quedáis detenidos por el nefasto crimen de asesinato!

Jode levantó la mirada hacia Daine.

—Bueno, parece que nadie le ayudó.

CAPÍTULO 12

BRELAND  
SHARN

27 de dravago de 996 AR

Daine estudió al enemigo y cuanto le rodeaba, y en la mente se le aparecieron posibles estrategias. Ninguna era buena. Eran muchos más que ellos, Lei estaba desarmada y lo único que él tenía era su maldita daga. Aunque pudieran luchar, los guardianes sólo estaban haciendo su trabajo, y resistirse a la detención no haría más que empeorar las cosas. Por un momento, Daine pensó en correr hacia la puerta abierta de la iglesia, pero no tenían ni idea de lo que había en su interior ni ninguna razón para creer que les protegería de la acción de la ley.

—¿Capitán? —dijo Través con toda tranquilidad.

Daine sabía que el forjado podía hacer caer a dos de los arqueros en los primeros segundos de la batalla. Pero no era suficiente.

No había alternativas. Lentamente, Daine dejó su daga en el suelo e hizo un gesto a los demás para que lo imitaran. Los guardianes les rodearon, les ataron las muñecas, y les llevaron a algún lugar fuera del distrito.

Los guardianes se mantuvieron tensos y en silencio, y los alabarderos y ballesteros mantuvieron sus armas en guardia, como si esperaran que en cualquier momento fuera a producirse un ataque. Quizá fuera así. Los duendes miraban desde las sombras, y un ogro se rió de los guardianes dejando a la vista unos mugrientos colmillos. La Guardia no era bienvenida en la Puerta de Malleon, y sólo unos pocos protegían a la patrulla. Daine estaba impresionado. Claramente, ese equipo había sido enviado en su busca sólo horas después de la muerte del guardia. Ni siquiera en Metrol habría esperado Daine esa rapidísima respuesta. Y con la sórdida reputación de Sharn, casi esperaba que la ley no se tomara la molestia de tratar de solventar el crimen, aunque el hecho de que la víctima fuera un guardia probablemente tenía mucho que ver con la velocidad de la respuesta.

Salieron de la Puerta de Malleon sin incidentes y los guardias se relajaron al subirse a un ascensor y subir torres arriba. Nada podía hacer que Jode guardara silencio, y logró entablar conversación con uno de los guardias mientras abandonaban el distrito. Ahora que estaban inmóviles, Daine oyó el final de esa conversación.

—¿... Carralag? —dijo Jode—. He oído que tiene muchos trucos escondidos.

—Es una gárgola —dijo su captor, una mujer semielfa con el pelo plateado corto

y las mejillas pecosas—. No importa lo tramposa que sea, no tiene las alas suficientemente largas para competir con un pegaso o un hipogrifo.

—¡Daeras! ¡No hables con los prisioneros! —El sargento era casi tan alto como Través, y Daine supuso que debía su color gris y su nariz chata a la sangre orca. La semielfa asintió con expresión huraña y le dio la espalda a Jode.

—Vamos a Vigilia de la daga —susurró Jode, acercándose furtivamente a Daine. Era el distrito de la guarnición que Jode había mencionado anteriormente.

—Genial. Así que mientras me hiervan en aceite, ¿por qué no tratas de hacer algunas preguntas sobre Rasial?

—Lo interesante es que la guardiana no sabía nada de la naturaleza de nuestro crimen. Sabía que la acusación era de asesinato, pero le ordenaron que te detuviera a ti y a cualquiera que viajara contigo. Asumámoslo: el asesino eres tú.

—Gracias, Jode, me alegra saber que estás conmigo en esto. Por otro lado, tú apuñalaste a la mujer.

—Y la curé —señaló Jode—. Pero no te preocupes, estoy seguro de que podremos salir de ésta. Estaba pensando en Lei y Través. ¿Cómo va a hacerles responsables la Guardia?

—¡Silencio! —El sargento tiró al suelo a Jode de una patada. Daine hizo rechinar los dientes pero se quedó quieto. La última vez que había peleado en un ascensor las cosas habían acabado mal, y el sargento de la piel gris estaba buscando una excusa para ponerse violento.

La excusa procedió de un lugar totalmente inesperado. Mientras el sargento se giraba hacia Daine, se produjo un movimiento veloz. Lei golpeó con el pie la rodilla del semiorco y éste cayó al suelo. Los guardias no sabían nada de los encantamientos que Lei había tejido para la batalla con el minotauro, y ninguno de ellos estaba preparado para su cegadora velocidad. Se lanzó hacia delante, arrancó la cuerda de las manos de su captor y se arrodilló en una posición defensiva, levantando los puños cerrados ante ella como si fueran una maza.

El sargento se puso en pie y desenvainó su espada.

—Te voy a cortar el pie por eso que acabas de hacer, basura llorona.

—Inténtalo, animal —dijo Lei entre dientes—. ¿Has visto a ese minotauro hace un momento? Lo he hecho con mis manos desnudas. Como toques a mis amigos de nuevo estarás besando el suelo antes de que puedas parpadear.

El sargento la contempló con los ojos entrecerrados, y Daine vio el ligero movimiento que hizo con la espada. Los cuatro ballesteros se pusieron en guardia, ocuparon su espacio a su alrededor y se prepararon para disparar en cuanto fuera necesario. Través vio la mirada de Daine y lo tuvo claro en seguida: pese a su velocidad sobrenatural, no podía enfrentarse a los guardias ella sola. O actuaban todos juntos o...

—Lei, baja la guardia —dijo Daine firmemente—. Yo soy el que quieres, piel gris. Si vas a descargar tu ira en alguien, que sea conmigo.

Lei siguió en guardia. Tras ella, los ballesteros estaban apuntando.

—¡Lei!

A regañadientes, Lei bajó los brazos. Un guardia la ató con su cuerda, pero los demás no iban a arriesgarse. Dos de los arqueros siguieron apuntando su espalda con las ballestas. El sargento dio unos pasos, miró de soslayo a Daine, y después le golpeó en la cara con la empuñadura de su espada, derribándole al suelo. Bajando la mirada, el semiorco le escupió y se alejó. Lentamente, Daine se puso en pie y se acercó a Lei a trompicones.

—Nunca pensé que tú serías la que empezarías una pelea —susurró, palpándose los dientes con la lengua.

—Nunca pensé que tú serías el que me detendría —respondió ella. Daine veía la ira en sus ojos, pero los ballesteros todavía estaban alerta, con los dedos blancos en el gatillo de sus ballestas.

—Has luchado demasiadas batallas que no se podían ganar. Estoy orgulloso de lo que hiciste, ahora y antes, pero éste no es el momento. Veamos adónde nos lleva esto.

Ella asintió, pero no le miró a los ojos.

El ascensor se detuvo y fueron escoltados por las calles de Vigilia de la daga. Cada distrito parecía tener su sabor, y éste no era una excepción. Tenía la atmósfera de una inmensa fortaleza. Las murallas estaban reforzadas para resistir las armas de un asedio, y los guardianes llenaban las calles. Comparado con los distritos inferiores e incluso Den'iyas, las calles eran excepcionalmente tranquilas. La gente hablaba en voz baja y los mercaderes ni siquiera anunciaban a gritos sus mercancías. Un par de hipogrifos volaban por encima de sus cabezas, y Daine vio a soldados montando a las bestias. En el pasado, Rasial Tann había estado allí.

—Está muy limpio, eso debo reconocerlo —señaló Jode—. Me pregunto quién limpia las calles de mierda de hipogrifo.

Un guardia le golpeó con la base de la alabarda.

Pasaron por una gran plaza abierta en la que había un círculo de pilastras. Un grupo de criminales estaba allí en exhibición, con las cabezas y las manos sujetas en argollas de madera. Unos poco espectadores lanzaban basura a los prisioneros, pero incluso ellos parecían tímidos y reservados en comparación con lo que esperaba Daine.

Vigilia de la daga era sede del ejército local y de la Guardia de Sharn. Ocasionalmente, escuadrones de soldados brelish pasaban a su lado, algunos marchando en estricta formación, otros de permiso, paseando. Daine todavía llevaba su uniforme cyr, y fue saludado con risotadas y alguna que otra piedra.

Llegaron a su destino. La guarnición de Vigilia de la daga era una visión impresionante. Los muros de piedra eran de dos pies de grosor y había en ellos hendiduras para los arcos y otras armas mortíferas, y Daine vio a algunos arqueros observándolos mientras se acercaban. Había profundas cicatrices y algunas manchas en la muralla, como si el ácido o el fuego hubieran erosionado la piedra. Parecía que

aquella fortificación había sido puesta a prueba en el pasado. Un inmenso hipogrifo de madera se alzaba a cada lado de la puerta, con las garras alzadas y listas para golpear. Daine se preguntó si las estatuas cobrarían vida si se producía un ataque.

Al entrar en la guarnición, fueron rodeados por más guardias todavía. Sustituyeron las cuerdas con las que estaban atados por argollas metálicas. Parecía que la Guardia de Sharn no quería correr ningún riesgo.

El sargento departió con un administrador vestido de negro y verde. El sargento pareció consternado con las noticias, pero Daine no logró oír lo que decían. Finalmente, regresó y habló en voz baja con sus hombres. El sargento señaló con la cabeza a Daine. Lo siguiente que éste sintió fue un terrible dolor en la nuca y que todo se volvía negro.



Cuando recobró la conciencia, estaba tendido sobre un duro suelo de piedra. Abrió los ojos con la esperanza de ver la tenue luz de una celda. Pero le sorprendió la brillante iluminación y la suave alfombra que había bajo su cabeza. Tenía el cráneo todavía dolorido por el golpe, pero no parecía tener ninguna herida importante. Algo parecía estar mal, y entonces se dio cuenta de que le habían quitado las esposas.

—Bien, Daine. ¿Quién iba a creer que nos veríamos en estas circunstancias? Veo que Olladra no te ha tratado muy bien.

La voz era familiar, pero en el estado de aturdimiento en el que se hallaba Daine le resultó difícil ubicarla. Poniéndose de rodillas, trató de registrar cuanto le rodeaba. Por los suelos y las paredes de granito, supuso que se hallaba todavía en el interior de la guarnición de Vigilia de la daga, quizá en la oficina de un oficial. Un tapiz cubría la pared que había ante él con una representación de la famosa batalla entre los Mariscales Centinelas de la casa Deneith y el rey bandido del Bosque del susurro. Pero la voz procedía de su derecha. Daine se apartó las telarañas de la cabeza y se volvió hacia la voz.

Tras una hermosa mesa de madera de Aerenal había un hombre sentado. El sello de Sharn ocupaba casi toda la pared que había tras la mesa. La visión de Daine seguía un tanto borrosa, pero se dio cuenta de que el hombre llevaba un uniforme de capitán. Entrecerró los ojos y la cara del desconocido cobró forma.

—¿Grazen? —dijo, aturdido—. ¿Grazen d’Deneith?

El capitán se rió y se puso en pie.

—Por un momento pensé que los guardianes te habían hecho heridas irreparables. Los soldados llorones no son muy estimados en Vigilia de la daga. —Caminó



alrededor de la mesa y le tendió la mano a Daine para ayudarle a ponerse en pie—. Ahora soy Grazen ir Tala.

Daine negó con la cabeza mientras trataba de procesar esa información.

—¿Qué?

—¿Qué quieres que diga? —Grazen se pasó una mano por el cabello marrón dorado y sonrió—. El amor todo lo conquista. Yo era un Mariscal Centinela cuando nos vimos por última vez, ¿verdad? Hice una larguísima expedición a Sharn persiguiendo a un grupo de asesinos lhazaar. Durante mi estancia, conocí a una adorable joven que resultó ser la única heredera de una inmensa fortuna, y después de pensarlo un poco, decidí abandonar la casa y establecerme en Sharn. Puede parecer una locura, lo sé, pero no soy el primero en abandonar voluntariamente su casa.

Grazen señaló a Daine una silla y después regresó a su mesa. Daine se sentó, tratando todavía de absorber la información.

—Pero...

—¿Qué estoy haciendo aquí? Como te decía, estuve aquí mucho tiempo de expedición. Cuando supo de mi estancia aquí, el comandante Iyan tuvo el placer de ofrecerme un puesto. Así que aquí estoy ahora, Tengo una mujer adorable, una gran fortuna, dos hermosos hijos, aunque sin marca, y una posición que me otorga considerable autoridad y respeto. Me alegro de ver que a ti también te ha ido bien.

La cabeza de Daine se había aclarado, pero prefirió no responder a ese dardo.

—Pero tú siempre fuiste partidario de las causas perdidas, ¿verdad, Daine? Y mira de lo que te ha servido. Según el sargento Holas, ni siquiera tenías una espada cuando te detuvieron. Me pregunto qué diría tu abuelo de eso.

Daine cerró los puños pero se contuvo.

—Acabemos con esto de una vez, Grazen. Maté a un hombre. Lo reconozco. Pero fue un accidente, y mis compañeros no tienen nada que ver.

—Ah, sí, tus variopintos acompañantes. Siempre supiste de quién rodearte. Hablando de lo cual, ¿has visto a Alina últimamente?

Daine se vio sorprendido con la guardia baja.

—¿Qué?

—Oh, está aquí, en Sharn. He pensado que quizá quisieras recordar los viejos tiempos. En cualquier caso, estás equivocado. —Grazen esbozó una sonrisa—. No has matado a nadie.

Se llevó la mano a una bolsa que llevaba en el cinto y sacó un disco de platino que le tiró a Daine. En la superficie había grabado el símbolo de una pluma junto a una serie de signos místicos.

—El símbolo de la pluma. Sólo se puede usar una vez, pero te salva la vida si alguna vez sufres una caída mortal. Si vives en los niveles superiores y puedes permitirte uno, eres un idiota si no lo llevas contigo, y el sargento Lorrak no es idiota. Supongo que podría haber mandado a Lorrak a detenerte, pero no me gusta nada echar a perder una sorpresa. Yo no me interpondría en el camino de Lorrak si fuera

tú. Puede que esté vivo, pero sin duda nunca olvida una afrenta. Y creo que le impediste que se divirtiera un poco.

—Sí, que se divirtiera —dijo Daine pensando en la duendecilla—. Tienes a un personal muy bueno. De modo que la acusación de asesinato te la inventaste.

—¿Habrías venido si te lo hubiera pedido por favor?

—No lo sé.

—Al menos eres sincero. Y eso es de lo más infrecuente en estos tiempos. —Escudriñó a Daine cuidadosamente—. ¿Qué dirías si te ofreciera un trabajo, Daine? No sería fácil, dado que eres un oficial del enemigo, pero Cyre ha desaparecido y nunca regresará. Y tengo relaciones aquí. ¿Te gustaría trabajar para el ganador por una vez?

—¿Qué tiene esto que ver contigo?

Grazen se rió.

—Te he echado de menos, Daine. Bueno, te daré unos cuantos días para que lo pienses. Pero un consejo: no te acerques a Alina. No te metas en problemas. Y cuidado con el sargento Lorrak. En honor a nuestra vieja amistad, no te preguntaré qué estabas haciendo en la Puerta de Malleon. Pero con amistad o sin ella, aquí es donde está mi corazón ahora. Todavía no has cruzado ninguna frontera. Todavía. Pero si lo haces, estaré ahí para hacerte caer.

—Gracias por el consejo, Grazen. Me ha encantado ponerme al día contigo. Ahora, si no te importa, quisiera volver con mis amigos.

—Por supuesto. —Pasó un dedo por encima de una piedra-alarma que había en su mesa y dos guardianes entraron en la estancia—. Minal, Dal, escoltad a nuestro invitado con sus compañeros y haced que les devuelvan sus posesiones. —Volvió a mirar a Daine—. Piensa en mi oferta, Daine. Y en mi consejo. Podría ser la única oportunidad que te quede para hacer lo correcto.

Daine no dijo nada mientras los guardianes lo acompañaban afuera.



Jode, Través y Lei le esperaban en el atrio.

—¡Daine! —gritó Lei—. ¿Qué está pasando?

—Todo ha sido un malentendido.

—¿Quieres decir que alguien le salvó? —dijo Jode. Una sirvienta les llevó sus armas y las repartió entre ellos.

—Algo así, sí. —La sirvienta llegó hasta él. Le dio la daga y después una larga espada con una vaina y un arnés de piel negra—. Esto no es mío —dijo Daine.

—Un regalo del capitán Grazen —respondió ella—. Dice que has perdido tu espada. —Era un arma preciosa, incluso envainada.

Lei miró el arma y frunció el entrecejo.

—Daine, ¿por qué...?

Él siguió su mirada y vio el sello del ojo en el sol de la casa Deneith grabado en la empuñadura, brillando a la luz del fuego frío.

—Era de un viejo amigo —dijo—. Parece que ya no va a usarla más. —Pensó en devolvérsela a la sirvienta, pero una espada era una espada. Frunciendo el entrecejo, se puso el arnés—. Ahora, larguémonos de aquí.

CAPÍTULO 13

BRELAND  
SHARN

27 de dravago de 996 AR

Llevar una capa del uniforme cyr en una guarnición brelish no fue una de las mejores ideas de Daine, aunque no lo tenía planeado así. Pese a no ir encadenados, estaban llamando la atención y recorrieron rápidamente las calles hasta el ascensor más cercano.

—Creo que valdría la pena gastar unos cuantos soberanos en ropa nueva, Daine —dijo Jode.

Daine frunció el entrecejo. Sabía que Jode tenía razón, pero odiaba la idea de desprenderse de su uniforme. La guerra había terminado y Cyre había dejado de existir, pero mientras llevara el uniforme, la nación seguiría existiendo en su corazón.

Caminaron la mayor parte del camino en silencio, cada uno de ellos perdido en sus pensamientos. Través se acercó a Daine y habló en voz baja.

—Esta situación me incomoda, capitán.

—¿De qué se trata?

—¿Dices que nos trajeron hasta aquí porque ese capitán de la guardia sabía quién eras y quería darte un consejo?

«Y relamerse con ello», pensó Daine, pero no lo dijo.

—¿Cómo conocía tu identidad? Según tu historia, el guardia herido sólo te vio unos pocos minutos, y nunca le dijiste tu nombre. Pero ese capitán de la guardia desplegó muchos recursos para detenerte por lo que parece que es un crimen inexistente. —Era muy propio de Través ir directamente al corazón de las cosas. Muchos de los aspectos sociales del comportamiento humano eran un enigma para el soldado forjado. Pero había luchado para Cyre durante casi treinta años, y su capacidad táctica era al menos tan aguda como la de Daine.

—Tienes razón —dijo Daine—. Y parece que sabían también dónde encontrarnos.

—¿Es posible que hayas sido traicionado por... Alina?

¿Haría ella algo así? Daine dejó que sus pensamientos retrocedieran a los dos años que había estado a su servicio.

—Francamente, no lo sé. No sé qué ganaría ella con eso.

—Si no estás seguro de que se pueda confiar en esa mujer, ¿por qué estamos

trabajando para ella?

—No es tan sencillo, Través. Ahora estamos solos. Alina nos está ofreciendo una gran cantidad de oro, y necesitamos dinero si queremos sobrevivir. Sé que eso es algo en lo que tú no piensas, pero la mayor parte de nosotros necesitamos comer y beber, y después de años de esas gachas me gustaría probar algo con algún sabor. Necesitamos refugio y seguridad. ¡Y quiero recuperar mi espada! —Su voz se alzó en la última frase. Suspiró hondamente para calmarse.

—¿Es eso tan importante? —preguntó Través—. La espada que te han dado es de una calidad y un diseño similares. Parece casi idéntica. ¿Por qué quieres recuperar tu espada anterior?

—No se trata de su utilidad. Esa espada era un regalo de mi abuelo. Era la espada que utilizó en la batalla, y es lo único que me queda de él. Es el recuerdo, no la espada.

Si Través hubiera sido humano, tal vez se habría encogido de hombros. Pero como no lo era, se detuvo un momento y después siguió hablando.

—Si no Alina, ¿qué hay del tío de Lei, Jura? Fue él quien nos dijo que fuéramos a la Puerta de Malleon. ¿Podía ser alguna clase de trampa?

—Él sabía que estaríamos allí, pero sigo sin ver por qué. Y el capitán de la guardia, Grazen, no se me ocurre qué contacto pueda tener con Jura. Quizá es sólo una coincidencia.

—Quizá. —Través se sumió en el silencio. La placa de mitral de su cara era imposible de leer, era tan impertérrita como una estatua o un casco.

Llegaron al ascensor unos minutos más tarde.

—Buen viaje —murmuró el guardián del ascensor cuando vio a Daine.

—Me quedo aquí —dijo Jode cuando se dispusieron a embarcar—. Todavía tenemos que investigar a Rasial, y ya estamos aquí.

—¿Qué...? —empezó a protestar Daine, pero Jode le interrumpió.

—Tú tienes que largarte de aquí ahora mismo. Mientras vayas vestido así, eres la promesa de una pelea, y Través casi igual. —Contó unos cuantos soberanos—. Toma, compraos nuevas capas. Algo discreto. Brelish. ¿Comprendido?

Daine no estaba acostumbrado a recibir órdenes del mediano, pero sabía que Jode tenía razón.

—Veré qué encuentro aquí —dijo Jode—. ¿Por qué no bajáis a Disparate de Hareth y veis qué encontráis allí?

—¿Qué hay del templo? —dijo Lei—. ¿Derrotó a un minotauro y ahora nos vamos a olvidar de eso?

—Dudo que vaya a ninguna parte —dijo Jode—. Descenderemos torre abajo y volveremos cuando hayamos llegado al fondo. Nos reuniremos en la Mantícora a la séptima campana.

Lei miró de soslayo a Daine. Al cabo de un instante, asintió.

—Muy bien, pero ándate con ojo.

—Por supuesto —dijo Jode—. ¿Través? Intenta pasar un poco desapercibido. Cuando la gente intenta entablar una conversación intrascendente..., bueno, llamas demasiado la atención.

—Como quieras —dijo Través.

Jode sacó algunas monedas más y se las dio a Lei.

—Toma. Si vais a ir metiendo las narices en las tabernas, tendréis que pedir una copa o dos.

—No es una mala idea —susurró Daine.



Cada uno de los distritos de Sharn era del tamaño de una aldea o un pueblo pequeño, y como cualquier aldea o pueblo, cada uno tenía su propia personalidad. Entre la miseria de Altos muros y la Puerta de Malleon, la fría atmósfera militar de Vigilia de la daga, el pretencioso lujo del Refugio de Dalan y el incesante buen humor de Den'iyas, Daine había visto más diversidad de la que había visto en años, pero nada le había preparado para el Disparate de Hareth. Situado a media altura de la gran torre de Dura, Locura era un excéntrico surtido de iglesias y pequeñas torres. Cada edificio era completamente diferente. Estilos arquitectónicos, materiales de construcción, patrones de color..., nada hacía juego. Una tradicional torre brelish de piedra y mortero se hallaba junto a una nudosa aguja de madera de Aerenal que parecía haber sido grabada en el tronco de un árbol inmenso. Un torreón chato de ladrillos rojos dominaba una plaza cubierta de refulgente arena plateada. El cielo era igualmente caótico. Los pisos más elevados de las torres estaban conectados por una maraña de puentes un laberinto de madera, piedra y cuerdas. Criaturas voladoras se introducían en las torres o volaban a su alrededor. Un semental alado perseguía juguetonamente a una inmensa lechuza negra, y un par de guardias de los Alas doradas pasaban en lo alto montados en sendos hipogrifos.

—¿Qué locura es ésta? —murmuró Daine.

—Has respondido a tu pregunta —contestó Lei—. El arquitecto era un hombre llamado Hareth ir Talan, y «loco» sería una manera educada de describirlo. —Se detuvo junto a la torre de madera y contempló los muros irregulares y torcidos—. De acuerdo con la leyenda, quería edificios que reflejaran todas las naciones de Galifar para que cualquier visitante de cualquier país tuviera un lugar en el que sentirse en casa.

—Parece bastante razonable, pero... Sé que los elfos de Aerenal utilizan madera en casi todos sus edificios, pero nunca había oído decir que vivieran en árboles.

—No viven en árboles. —Lei levantó la mirada hacia las ramas más altas de la torre—. Cuando Hareth hubo construido edificios para todas las culturas diferentes del reino de Galifar..., bueno, todavía quedaba espacio libre en el distrito. De modo que empezó a mirar a otras culturas: Riedra, Adar, incluso las ruinas de las llanuras del Diablo y Xen'drik. Con el tiempo, hasta esa fuente de inspiración se secó, de modo que buscó la inspiración en las llanuras exteriores. Creo que ésta es su idea de cómo deben ser las casas en Lamannia, el Bosque del Crepúsculo.

Los planos exteriores eran uno de los grandes misterios del mundo. Los sabios decían que había trece planos, sombras de la realidad vinculadas a diferentes aspectos de la existencia. Los sabios y las mujeres ancianas contaban fantásticas historias acerca de la naturaleza de cada plano: los infinitos campos de batalla de Shavarath, el brillante y cristalino paisaje de Irian, las ciudadelas flotantes de Syrania. Por lo que Daine sabía, esas descripciones eran pura fantasía. Había oído las leyendas de poderosos magos viajando a los reinos exteriores, pero hasta que conociera a alguien que realmente hubiera ido allí, Daine seguiría considerando esas historias como cualquier otra fábula. Con todo, no se podía negar que había fuerzas que tenían influencia sobre el mundo. Daine todavía recordaba cuando Eberon se alineó con Shavarath en mitad de la Última guerra: las tormentas de espadas giratorias que estallaron en mitad de las batallas, arrojando a los guerreros de ambos bandos en terroríficos torbellinos de sangre. Su abuelo le había hablado de la última conjunción con Dolurrh, el Reino de los Muertos, y de cómo los soldados que caían en la batalla se negaban a morir. Si esas conjunciones eran raras y temporales, había lugares en el mundo en el que el toque de esas llanuras exteriores se sentía a todas horas. Sharn era uno de ellos. El vínculo con el plano de Syrania permitía la capacidad de volar, y eso sostenía a su vez los conjuros que impedían que las inmensas torres cayeran. Lamannia, se decía, era el corazón del mundo natural. Contemplando el extraño árbol-torre, Daine se dio cuenta de que podía encajar en un lugar como aquél.

—Los edificios, los puentes... —prosiguió Lei—. Algunos dicen que estaba loco, pero algunos artificieros de la casa Cannith opinan de otro modo. Mi padre creía que Disparate de Hareth había sido diseñado de acuerdo con una precisa fórmula, que cuando los planos y las lunas muestran un alineamiento específico, se revelará su verdadero propósito.

Lei se quedó en silencio, un destello de pesar cruzó su rostro. Raramente mencionaba a sus padres. Habían vivido en la capital cyrana de Metrol, y Daine sabía que ambos habían muerto en la guerra unos diez años atrás. Lei nunca había hablado de las circunstancias de su muerte, y Daine no había querido preguntar. Dejó que reflexionara en silencio y examinó las calles que les rodeaban. Los habitantes de Disparate de Hareth eran casi tan diversos como lo edificios. Daine vio a viajeros de todos los rincones de Khorvaire que habían acudido a Locura a participar en los juegos y espectáculos de Sharn.

—Daine... —Cuando Lei volvió a hablar, su voz fue suave y pensativa—. ¿Quién

te ha dado esa espada?

—Un hombre llamado Grazen. Un viejo amigo, como os dije.

—¿Miembro de la casa Deneith?

—Sí.

—Pero... los soldados de la casa Deneith no juraron lealtad a ninguna nación. La casa se funda en los principios del servicio mercenario. ¿Cómo podría un heredero de Deneith servir como oficial en la Guardia de Sharn?

—Él era parte de la casa Deneith. La abandonó.

Lei abrió los ojos de par en par.

—¿Fue... expulsado? ¿Como yo?

—Creo que no. Creo que él eligió marcharse por su propia voluntad.

—Oí decir eso, pero... me resulta difícil imaginármelo.

—¿En serio? ¿Son los otros miembros de tu familia gente tan maravillosa? Me imagino cómo debe ser cansarse de pasar la vida en compañía de alguien como el señor Jura.

Lei negó con la cabeza.

—No puedes entenderlo, Daine. La casa... es más que sólo una familia. Es la base de la vida. Ser parte de la casa te eleva por encima de toda nación, de toda raza. De pequeña, soñaba con el día en que mi marca aparecería y me permitiría ser parte del trabajo de mi casa. —Se detuvo con los ojos refulgentes y los pensamientos muy lejos—. Los reyes, vienen y van. Son las casas marcadas por el dragón las que han dado forma a Khorvaire. Mira lo que Cannith ha hecho sólo en el último siglo. Dimos a luz una nueva raza. —Se vino abajo y soltó un profundo suspiro.

Daine le puso una mano en el hombro.

—No tienes que ser parte de una casa para hacer algo en la vida —dijo—. Están los Doce, el Congreso Arcano...

Lei le apartó la mano parpadeando para reprimir las lágrimas.

—¡No lo entiendes! Es... —Levantó una mano y se frotó la espalda, justo por debajo de la nuca. Aunque casi siempre la llevaba cubierta, Daine sabía que allí era donde tenía su Marca de dragón—. Es para lo que nací. Es lo que soy. ¿Cómo puede alguien rechazar eso?

Daine sabía que no quería una respuesta, pero no pudo evitarlo.

—¿Qué hay de Jode? —dijo—. ¿Cómo encaja él en esto?

La pregunta pareció sacar repentinamente a Lei de su ensueño. Jode no hacía ningún esfuerzo por ocultar su Marca de dragón, pero nunca había hablado de su relación con la casa Jorasco, la casa mediana de la sanación.

—No..., no lo sé. Traté de sacar el tema antes, pero él mencionó otra cosa y no quise insistir. Quizá fuera expulsado. Pero siempre es posible que sea un expósito.

—¿Qué quieres decir?

El cambio de tema permitió a Lei recuperar su papel como sabia y maestra, y empezaron a hablar de nuevo.



—Sabes que las Marcas de dragón están vinculadas con las líneas sanguíneas, ¿verdad? Como las marcas están unidas a las líneas familiares de la casa, siguen en la casa. Es una razón por la que los que tienen una determinada Marca de dragón con frecuencia tienen rasgos físicos parecidos. Pero cuando hay un... expulsado... sigue portando de todos modos el poder de la Marca y puede pasarla a su descendencia. De modo que es posible que un niño nazca fuera de la casa y, sin embargo, posea la Marca de la casa. Creo que éste es el caso de Jode, un hombre con el don de Jorasco, pero sin ningún vínculo con la casa.

—Creía que la casa no aprobaría eso, que alguien interfiriera con su monopolio sobre la Marca. ¿Qué impide que un grupo de externos a la casa funden una nueva?

—Bueno, eso es más o menos lo que ha sucedido con los elfos, aunque la escisión procedió del interior de la casa —dijo Lei—. Pero tienes razón, es algo que siempre ha tratado de ser impedido. Tienes que entender que es algo extremadamente raro que alguien sea castigado así. El tío Jura es el único expulsado que conozco. Como dijo Jode, antes los mataban. Incluso después del fin de esa práctica, los expulsados eran con frecuencia castrados o... mutilados. Desde el auge de Galifar, esas prácticas se han reducido. Durante los últimos siglos, la mayor parte de las casas aprobaron leyes que permitían a los expósitos pedir el acceso a la casa. A menos que alguno de los padres sea un enemigo declarado, nada se gana con castigar al niño.

—Y pese a todo, ahí está Jode.

—¡Y yo que sé! Pregúntaselo a él.

Daine negó con la cabeza.

—Mejor no molestarle.

Caminaron un poco más.

—Has cambiado de tema —dijo Lei—. Todavía no comprendo por qué tu amigo Grazen abandonó la casa. Pero ya que lo hizo..., ¿por qué guardaba esa espada? ¿Y por qué te la dio?

—Bueno... —Daine pasó los dedos por la empuñadura de la espada—. Tienes razón. Los soldados de Deneith no pueden jurar fidelidad a ningún rey ni reina. Su lealtad pertenece primero a la casa y después a quien les pague, sea quien sea. Al parecer Grazen encontró algo —o a alguien— que para él acabó siendo más importante que la casa. Supongo que tuvo que abandonar su casa para estar con ella. No tiene nada que ver con lo que te ha pasado a ti. Quizá él quisiera guardar el recuerdo de sus logros con la casa y por eso guardó la espada. Y en cuanto a por qué me la dio, no tengo ni idea. Sabía que yo no tenía espada. —Y quería regocijarse con eso, pensó—. Es una buena espada. Y obviamente yo nunca podré manejarla sin pensar en él. —Se parecía bastante a la verdad, y Lei pareció aceptarlo.

La joven se detuvo de nuevo y lo miró inquisitivamente.

—Tienes algo del aspecto de los Deneith —dijo ella—. El color de tu pelo, esos ojos azul oscuro, incluso la forma de los ojos... No sé por qué no me había dado cuenta antes.

Daine se encogió de hombros.

—¿Quizá hay un expósito en mi árbol genealógico? Eso explicaría por qué Grazen y yo fuimos tan buenos amigos.

Lei asintió.

—Podría ser. En cualquier caso, aquí estamos.

—¿Qué?

Lei señaló el edificio que tenían ante sí. Daine había estado tan absorbido en la conversación que no había prestado ninguna atención a lo que les rodeaba. Miró su destino y parpadeó. El Rey de fuego era distinto de cualquier otra taberna que hubiera visto jamás. Una torre chata de piedra negra taraceada con símbolos de cobre reluciente, parecía la fortaleza de un mago maligno salido de sueños premonitorios. Pero el signo cuadrado que había encima de la puerta tenía el aspecto indistinguible del anuncio de una taberna, con la imagen de una baraja de cartas con el Rey de fuego en la parte superior. Mientras lo miraba, un trío de gnomos borrachos salió dando traspiés del edificio, Los tres tuvieron que inclinarse sobre la puerta para abrirla.

—¿Qué es esto? —preguntó Daine.

Lei había sacado el paquete de pergaminos de Alina.

—En teoría, es el centro principal del juego en la torre, especialmente para apostar a deportes aéreos, como la Carrera de Ocho Vientos. Jode pensó que quizá pudiéramos recabar información sobre Rasial de alguno de los clientes. Por lo que respecta al diseño, supongo que fue inspirado por las leyendas del fiero plano de Fernia. ¿Estás preparado para entrar?

Daine miró a su alrededor en busca de Través. Dado su tamaño y su infrecuente aspecto, el soldado forjado tenía el don del ocultamiento, y Daine tardó un momento en verle entre las sombras. Le hizo con la mano derecha la señal de que esperara y vigilara, y Través asintió casi imperceptiblemente.

—Muy bien —dijo Daine—. Veamos qué podemos encontrar.

Las mesas estaban en llamas. El interior del Rey de fuego era de la misma piedra negra que el exterior. En los muros había símbolos místicos grabados en latón; en contraste con la piedra negra, parecían estar flotando en el aire. No había antorchas ni candelabros, y la luz procedía de las sillas y las mesas. En la sala común había media docena de mesas redondas, talladas en madera y con los mismos símbolos que las paredes. En la madera de las mesas se había tejido fuego frío, y las llamas sin sustancia arrojaban largas sombras en los muros. La gente se reía y hablaba, y el aire estaba lleno del repicar de los dados y el revoloteo de las cartas.

—¡Bienvenidos! ¿Qué buscáis?

La voz parecía proceder del aire, pero cuando sus ojos se ajustaron a la extraña iluminación, Daine se dio cuenta de que había una esbelta mujer mediana junto a él. Tenía el pelo oscuro corto y llevaba un vestido negro bordado con los mismos símbolos que había en las paredes.

—¿Me pones una jarra de korluaat? —preguntó. Había desarrollado una gran afición por esa bebida densa y oscura, sirviendo con una tropa de mercenarios darguul.

Lei hizo una mueca, pero la mediana asintió.

—Por supuesto.

Al advertir la expresión de Lei, dijo:

—Muchas personas creen que la gárgola tiene más posibilidades este año, y esperamos que muchos duendes suban de la Puerta de Malleon para ver más de cerca. ¿Qué te traigo a ti, querida?

—Tal de raíz negra —dijo Lei.

—Muy bien. Sentaos en cualquier taburete y volveré en seguida. Soy Kela. Llamadme si necesitáis algo. —Como si la hubiera oído, un fornido semiorco gritó su nombre desde el otro lado de la sala y ella corrió hacia allí.

Encontraron una mesa vacía y se sentaron. A Daine le resultó difícil posar las manos sobre la mesa en llamas. De éstas no surgía ningún calor, ningún crujido ni ningún humo, pero de todos modos le resultaba complicado sobreponerse a sus instintos.

Lei no tenía tal problema. Puso los codos sobre la mesa y fijó la mirada en las llamas plateadas. Después lo miró a él y vio que había pena en sus ojos.

—Recuerdo mis primeras lecciones con el fuego eterno —dijo con voz distante—. Mi madre había tejido la llama en el forro de un pequeño estuche de madera. Lo guardaba junto a mi cama, de modo que siempre tuviera luz a mi lado cuando soplaba el viento y las sombras parecían amenazadoras... —su voz se apagó.

Daine quería dejarla recordar, hablar de sus emociones y su pérdida, pero no había tiempo.

—Lei...

Sus ojos brumosos se aclararon y levantó la mirada hacia él.

—¿Sí?

—Necesitamos información. No tenemos dinero para sobornar a nadie, y con Jode ocupado..., bueno, ya sabes que no soy un maestro de la diplomacia.

—Cierto.

—Gracias. De todos modos, sin Jode, será mejor que prepares un ensalmo.

Lei asintió. Sacó un pequeño pedazo de cuarzo de la bolsita de su cinturón y se puso a pulirlo con un pedazo de piel de zorra, susurrando entre dientes.

Mientras Lei tejía un encantamiento en la piedra, Daine examinó el comedor. Un buen número de personas estaban enfrascadas en juegos de azar, pero parecían partidas amistosas, y por los grupas de gente que entraban y salían, Daine supuso que había una sala de juegos más formal en el interior. Los clientes del Rey eran de todas las razas y nacionalidades. Mirando a su alrededor, Daine vio a un gnomo sobre lo alto taburete jugando una ronda de atardecer con un hombre anciano y un corpulento semiorco. Un par de humanos jugaban a los dados contra un trío de elfos de Valenar. Una elfa proclamaba a gritos su triunfo mientras formaba trabajosamente fajo de dinero y uno de sus oponentes mostraba sus largos colmillos con un gruñido de frustración.

La mirada vagabunda de Daine se fijó finalmente en una mujer que acababa de salir de ese salón interior. Iba envuelta en una capa oscura y suelta, y sólo su cara era visible. Incluso ésta la llevaba entre sombras gracias a una voluminosa calcha. Lo que llamó la atención de Daine fueron sus ojos, grandes y verdes, brillantes como esmeraldas a la luz del fuego mágico. Ella lo miró fijamente un largo rato, con una sonrisa insinuada en sus labios. Después apartó la mirada y el ensalmo se rompió. Se arrodilló y habló con la tabernera y desapareció por la puerta principal.

Un instante después Kela llegó a su mesa portando sus bebidas. Lei estaba absorbida en su trabajo y no levantó la mirada cuando colocó la jarra de humeante tal ante ella. Daine hizo girar el lodoso korluaat en la jarra.

—¿Qué te debo? —dijo.

—Ya está pagado —dijo la pequeña tabernera.

—¿Quién...?

—La dama que acaba de salir. Te vio mirándola. Lamento no saber su nombre.

Kalashtar, creo.

Kalashtar. Daine había oído hablar de los kalashtar, pero nunca había conocido a uno antes. Las leyendas decían que los kalashtar estaban poseídos, que sus ancestros eran humanos que vendieron sus cuerpos a fantasmas o espíritus de otro plano. Se creía que tenían poderes sobrenaturales sobre las mentes mortales. Por supuesto, esos mismos cuentacuentos decían que la casa Cannith hacía los forjados introduciendo los espíritus de los muertos en vainas de madera y metal, y que las casas portadoras de la Marca de dragón tenían a verdaderos dragones ocultos en sus sótanos. Con todo, ahora se daba cuenta de por qué habían surgido esas historias. La mirada de aquella mujer era hipnótica. Pero había desaparecido, y sería mejor dejar ese misterio para otro día.

—Si la korluaat es gratis, tengo unas cuantas coronas que gastar —dijo Daine lanzando una moneda al aire—. Quizá podrías ayudarme.

—Nuestro fin es servir, señor —dijo Kela con una sonrisa—. ¿Qué se te ofrece?

—Soy un recién llegado a Sharn, y estoy intrigado por las carreras aéreas.

—Si ésta es tu primera vez en Sharn, te aseguro que después de haber visto una justa aérea, los carros, los caballos y los perros ya no te interesarán lo más mínimo.

—Estoy buscando a un mentor, alguien que pueda enseñarme cómo se juega, a quién tener controlado, quién ha ganado en el pasado. Me gustaría saber en qué me estoy metiendo antes de correr riesgos. ¿Alguien de por aquí podría ayudarme?

Kela asintió.

—Espero que Dek esté dispuesto a ayudarte por unas pocas coronas. Veré si está libre.

Daine le arrojó una moneda. Ella la atrapó con un gesto hábil y se la devolvió.

—Guárdatelo para las apuestas —dijo con una sonrisa antes de desaparecer entre la muchedumbre.



Algunos minutos más tarde, Daine se acercó a ellos y se sentó. O al menos eso pareció.

—He oído que estáis interesados en las carreras —dijo el recién llegado. Aunque su cara era un espejo perfecto de la de Daine, su voz era mucho más aguda y llevaba un amplio ropaje marrón.

Un conversor. Daine odiaba a los conversores.

—Así es —dijo, dejando un puñado de coronas sobre la mesa—. Pero nunca me ha gustado hablar conmigo mismo.

Su gemelo pasó una mano por encima de las monedas y éstas desaparecieron.

—Lo siento. A alguna gente no le gusta ver su propia cara. —El pigmento desapareció lentamente de su piel y una película blanca se extendió ante sus ojos. Le creció el pelo, y se volvió rubio y menudo. Sus rasgos faciales parecieron deshacerse y dejaron solamente una sombra de nariz y labios—. Es la cicatriz, ¿verdad? ¿Todavía no te has acostumbrado a ella?

—Preferiría que nos concentráramos en las carreras —dijo Daine.

—Qué susceptible. ¿Por qué no me dices qué quieres saber y veremos cuánto vale?

Daine miró a los ojos a Lei y parpadeó dos veces. Ella sacó el pedazo de cuarzo pulido.

—No tenemos mucho que ofrecer —dijo ella tímidamente—. Pero tenemos esto. —Acercó la piedra al conversor, y cuando él alargó el brazo para asirlo murmuró rápidamente un encantamiento desencadenante. Líneas de luz y bruma parecieron girar en las profundidades de la piedra. Con algún esfuerzo, Daine apartó los ojos.

Era un riesgo calculado. Si el ensalmo funcionaba, Dek consideraría a Lei una vieja amiga. Pero si fallaba y sedaba cuenta de lo que había sucedido..., como mínimo, les echarían del Rey de fuego. Y los conversores eran conocidos por sus mentes escurridizas. Pero no tenían dinero que malgastar, y Daine tenía que poder confiaren la información que recibieran.

La luz se desvaneció. Lei dejó la piedra sobre la mesa. Lentamente, Dek sostuvo el pedazo de cristal. Parecía asombrado. Lei miró a los ojos a Daine y asintió levemente.

—Sé que no es mucho, Dek, pero quiero que te lo quedes —dijo Lei, poniendo su mano en la del conversor—. Algo que te haga acordarte de mí.

—Gracias —dijo Dek, y su voz fue súbitamente un espejo de la de Lei. Un remolino de color cobre recorrió su pelo y después se desvaneció—. ¿Qué... qué era eso que querías saber? Me temo que me he quedado en blanco un minuto.

Lei le hizo preguntas sobre las carreras aéreas de Sharn. Dek se mostró encantado de poder ayudar a su nueva mejor amiga, y se lo contó todo sobre los distintos deportes: justas aéreas, carreras aladas que cruzaban las masas de agujas, y la Carrera de los Ocho Vientos, una antigua tradición que se remontaba a los primeros días de Sharn.

—La carrera es increíblemente importante para la gente de esta torre —explicó Dek—. Cada distrito está representado por una de las ocho bestias que compiten en la carrera. A medida que ésta se acerca, los habitantes de cada distrito visten con los colores de su bestia o muestran su lealtad de otras formas. Hay festines y juegos durante las semanas anteriores y posteriores a la carrera. Por su puesto, los temperamentos se encienden. Hay agravios que perviven desde la última carrera, y en ocasiones se llega a la violencia.

—No lo entiendo —dijo Lei—. ¿Cómo puede un grifo competir en una carrera

contra un hipogrifo? El hipogrifo es mucho más rápido.

—La Carrera de los Ocho Vientos no es cuestión solamente de velocidad —explicó Dek—. El jinete puede llevar una pequeña ballesta y un carcaj con flechas empapadas de un veneno no muy fuerte: no suficiente para matar a nadie, pero sí para volverle mucho más lento. Y las bestias pueden utilizar las fauces, los dientes y el pico. Nunca he visto que el grifo gane la carrera, pero uno o dos de los demás concursantes suelen caer presas de sus mandíbulas. No se espera que gane la gente de Precario. Sólo quieren ver cómo destruye el grifo. Pero aunque fue hace ya mucho tiempo, el grifo ha ganado la carrera alguna vez, y estoy seguro de que volverá a hacerlo. La Guardia del Viento —los adiestradores, corredores y organizadores— se pasan el tiempo entre las carreras negociando y tramando. Los servicios del grifo son comprados con futuros favores, y finalmente todo se acaba pagando.

—Pero normalmente ganan las bestias más rápidas.

—Bueno, sí. Con frecuencia es una carrera sólo entre el pegaso y el hipogrifo, mientras los demás les siguen en el pelotón. Pero he visto algunas cosas interesantes. Muchas de las bestias competidoras son inteligentes, después de todo. he oído el rumor de que la lechuza actual está estudiando magia para aumentar su velocidad con conjuros, aunque eso me parece un tanto inverosímil. La gárgola se ha sumado hace poco, en sustitución del murciélago. Es una bestia sorprendentemente hábil, y los duendes la adoran. No me sorprendería que se llevara el premio uno de estos años.

—Lei —susurró Daine—, ¿podemos ir al grano? Tenemos una cena.

Ella asintió.

—Dek, esta información es fascinante, pero me preguntaba si podrías decirme algo sobre uno de los jinetes, un humano llamado Rasial Tann, que montaba al hipogrifo.

Dek pensó un momento y después su rostro se iluminó, literalmente.

—¡Sí! ¡Rasial! Ahora le recuerdo. Empezó en las carreras inferiores, justas aéreas en la Torre hueca y cosas por el estilo. Su primera vez en la Carrera de los Ocho Vientos fue en 991, creo, y ganó el año siguiente. Uno de los mejores jinetes de hipogrifo que he visto y, según dice todo el mundo, un buen hombre. Guardia de las Alas doradas. Una pérdida para el hipogrifo. Ralus, el nuevo jinete, no es ni mucho menos tan bueno.

—¿Nuevo jinete? ¿Qué le pasó a Rasial?

—Bueno, tuvo una serie de accidentes, el primero de ellos le costó la victoria en la Carrera de los Ocho Vientos. Después de la tercera muerte, lo dejó para siempre.

—¿Muerte?

—Durante la última carrera, pareció que Rasial podía obtener una segunda victoria para el hipogrifo. Estaban codo con codo junto al jinete del pegaso, y cerrándose sobre la torre hueca. Entonces su montura murió. Simplemente. Rasial casi se mata. Se liberó de la silla con el tiempo justo para utilizar su símbolo de los vientos, pero un segundo más y se habría convertido en una mancha.

—¿Cómo murió el hipogrifo? ¿Fue veneno?

—Los venenos que se utilizan en la carrera son muy débiles. El objetivo es darle al jinete la posibilidad de ralentizar a sus enemigos, no de matarlos. La montura de Rasial pudo ser alcanzada por la gárgola, diría, pero las ballestas y las flechas son examinadas por las autoridades de la carrera antes de empezar, y los jinetes son registrados cuidadosamente. Por supuesto, no quedó de su cuerpo lo suficiente para ninguna clase de prueba. Pero por lo que he oído, Rasial opina que su montura murió de repente, sin mediar aviso. Estaba sana y de pronto se murió.

Lei asintió.

—Aunque nadie sabe exactamente qué pasó, parece claro que fue obra de alguna de las otras bestias, y la Guardia del Viento de los hipogrifos lo investigó. Una semana más tarde, Rasial perdió otra montura, esta vez durante la Carrera de Kelsa, una competición de mucha menor importancia. Exactamente lo mismo, pero esta vez no pudo liberarse a tiempo. Por suerte, era una carrera de poca altitud, pero se rompió una pierna.

Daine detectó un movimiento cerca de la pared. Había una rata entre las sombras, observándole. A Daine le sorprendió ver una rata en un lugar tan elegante como el Rey de fuego. Había un par de dados sobre la mesa, y se colocó uno en la palma de la mano. Con un rápido movimiento, lanzó el dado a la rata y le golpeó de lleno. El roedor soltó un gritito y salió corriendo hasta desaparecer. Sonriendo, Daine volvió a centrar su atención en la conversación.

—En esa Carrera de Kelsa, ¿corría contra Rasial alguno de sus oponentes en los Ocho Vientos? —preguntó Lei.

—Sólo uno. Mulg Oranon, un jinete de halcón. Pero ni siquiera la Guardia del Viento de los hipogrifos pudo concretar ninguna de sus sospechas.

—¿Qué sucedió después?

—Rasial se recuperó de su lesión, pero no regresó a las carreras. Hubo rumores, pero..., bueno, mejor no repetirlos.

Lei le frotó la mano.

—Venga ya, Dek, sabes que puedes confiar en mí.

—Dicen que se relacionó con los tarkanans, pero eso no tiene ningún sentido. ¡Era un Ala Dorada! Pero eso es lo que oí.

—¿Tarkanans?

—Un grupo de ladrones y asesinos. No sé mucho acerca de ellos y prefiero no hacerlo. Si quieres que alguien esté muerto por la mañana, los tarkanans lo hacen. ¿Qué podía tener en común Rasial con esos criminales? Ni idea. Por lo que yo sé, él nunca mató a nadie, ni siquiera en su servicio en la Guardia. Pero lo último que oí decir era que había sido visto en su compañía.

—¿Dónde podemos encontrar a esos tarkanans, Dek?

—Mira. Como amigo, no sé qué interés puedas tener en eso, pero no creo que te convenga cruzarte en el camino de los tarkanans. Sea lo que sea, déjalo.



—No te preocupes, Dek. Estaremos bien. ¿Dónde podemos encontrarles?

Dek tembló, y por un momento sus rasgos se agitaron como si fueran de gelatina.

—No lo sé. De veras. Sigo las carreras. No soy un matón. He oído..., he oído que están en algún lugar de las Torres del dragón, en la meseta central. Pero no vale la pena. Hay cosas que es mejor dejarlas.

—Es suficiente —dijo Daine poniéndose en pie—. Penemos que ponernos en marcha, y tenemos algo con lo que empezar.

—Muchas gracias, Dek —dijo Lei con una refulgente sonrisa—. Sabía que podía confiar en ti. Si algún día nos podemos permitir apostar dinero en las carreras, sin duda acudiremos a ti.

—Oh, un placer —dijo Dek—. Cualquier cosa por un amigo. Será mejor que os devuelva esto. —Le arrojó a Daine las monedas que le habían dado antes y sonrió—. Nos vemos.

CAPÍTULO 15

BRELAND  
SHARN  
27 de dravago de 996 AR

Observando cómo Daine y Lei entraban en la taberna, Través se adentró en las escasas sombras del callejón. Su superficie de mitral se mezcló con la oscuridad. Había sido construido para servir como explorador y escaramuzador, y se le había forjado en el alma el talento del sigilo. Sostenía su gran ballesta con una mano; una Hecha lista para disparar. No había señal de peligro, pero Través había sido un soldado desde el día en que había nacido, y nunca había bajado la guardia.

La ciudad le parecía a Través extraña y antinatural. Tenía veintiocho años y se había pasado toda la vida en los campos de batalla de Cyre. Incluso después de la destrucción de la nación, la exploración de las tierras Enlutadas era muy parecida a librar una guerra. Horrores mucho más peligrosos que cualquier soldado brelish cubrían la tierra devastada. Le resultaba difícil concebir una vida sin conflicto, mirar una calle repleta de gente sin evaluar la amenaza que representaba cada viajero. Una parte de él deseaba un ataque repentino, una emboscada, algo que justificara su vigilancia.

—¿Echas mucho de menos la guerra?

La voz era suave y cálida, como la mano que le tocó el hombro.

Durante el asedio del valle de Felmar, los elfos de Valenar habían estado jugando con los defensores cyr, matando centinelas y dejando los cadáveres en su puesto. Con el tiempo, Través se puso a jugar también: mostrándose como un objetivo fácil y después derribando a cualquier elfo que creyera que podía acercarse sin que le detectara. Había sorprendido a cinco elfos que se le acercaban con la esperanza de asesinarle, aunque tenía marcas de las flechas de otros elfos que habían tenido el juicio de no seguir su juego. Pero ninguno había llegado a tocarle sin él advertirlo. Hasta ahora.

No estaba en la naturaleza de Través temer por su vida. Había sido hecho para combatir, y si moría en la batalla sabría que había cumplido su propósito. En lugar de miedo, tenía una honda sensación de decepción por su incapacidad para detectar la amenaza potencial y la necesidad de recuperar la iniciativa cuanto antes. Se giró para ver al desconocido y dio un largo paso atrás, tratando de dejar espacio suficiente para alzar su ballesta.

Pero al alejarse él, la desconocida se movió hacia delante, cubriendo la distancia. Llevaba una capa negra con una honda capucha, y se movía con el mismo silencio y sigilo que una sombra, a unas pocas pulgadas de su pecho.

Través estaba desconcertado. Aquella mujer no había ejercitado una acción hostil, y los pliegues de la capa sugerían que tenía las manos vacías. Él era más alto, y presumiblemente más fuerte, que ella. ¿Debía soltar la ballesta y utilizar su puño de acero? ¿O se trataba de alguna clase de malentendido?

—Supongo que en la batalla las respuestas siempre están claras —dijo la mujer.

Su voz era grave y musical. Si Través hubiera sido de carne y hueso, podría haber sentido un temblor en la espina dorsal. Pero como no era así, sólo advirtió la claridad y la pronunciación, el acento desconocido que sugería un lugar de procedencia más allá de las Cinco naciones.

—Si no pretendes hacerme daño, retrocede lentamente.

La mujer dio unos pasos atrás.

—Lo siento —dijo.

Levantó la mirada hacia los ojos de Través y le capucha le cayó lo suficiente para dejar a la vista su piel pálida y sus rasgos elegantemente esculpidos. Los ojos verdes brillaban en el interior de un halo de pelo negro, y sus labios se torcían en el más débil rastro de una sonrisa. A ojos de Través parecía humana, aunque era difícil estar del todo seguro con esas sombras y la capucha.

—Tengo poca experiencia con los de tu especie —dijo ella—. No quería asustarte.

—No me has asustado —respondió Través.

La sonrisa de la desconocida se amplió un tanto, y Través se preguntó por qué sentía la necesidad de defenderse. Bajó la ballesta y tomó el mayal de su espalda. La mujer no iba armada, pero tenía la sensación de que debía estar preparado para la batalla.

—No has respondido a mi pregunta.

Si la mujer se sentía amenazada por el mayal, no lo demostró.

—¿Qué quieres? —Través estaba acostumbrado a tratar con aliados y enemigos. La conversación abstracta no era algo para lo que hubiera mucho tiempo en el campo de batalla. Había oído a la señora y el capitán discutiendo, y le había gustado el modo de hablar del sanador, pero no estaba acostumbrado a tomar parte en esa clase de cosas.

—La respuesta a una pregunta nada más. ¿Tienes un lugar en un mundo sin guerra? —Sus ojos revolotearon en dirección al mayal—. ¿O eres sólo un arma sin valor cuando no hay sangre que derramar?

Través se la quedó mirando, tratando de encontrar palabras para responder. No era una pregunta. En realidad, era lo que se había estado interrogando a sí mismo antes de que apareciera la desconocida. ¿Lo sabía ella?

Mientras buscaba una respuesta, vio por el rabillo del ojo un atisbo de

movimiento, dos figuras entrando en el callejón. La posible amenaza era una bienvenida liberación de la pregunta, y se relajó y dejó que sus reflejos tomaran el mando. Dio un paso atrás hacia la pared y puso en movimiento la cadena de su mayal. Pero no había amenaza alguna. Sólo el capitán Daine y la señora Lei que salían de la taberna.

El capitán Daine vio el mayal girando, advirtió la ballesta en el suelo y su mano se fue a la empuñadura de la espada.

—¿Qué pasa?

Través detuvo el mayal.

—Nada, capitán. Un malentendido. Yo... —Miró hacia la desconocida, pero ésta había desaparecido. Si Través hubiera tenido párpados, habría parpadeado sorprendido. Había desaparecido con tanto sigilo como había aparecido—... pensaba... —Se interrumpió.

El capitán se encogió de hombros.

—Entonces, vámonos. Te contaré las novedades de camino.

Través asintió. Volvió a dejar el mayal en su arnés y recogió la ballesta. Escuchó las palabras de Daine, pero sus pensamientos estaban muy lejos.

La visita a la taberna había servido para una cosa. Había obligado a Lei a dejar de pensar en su propia desgracia. La joven hizo toda clase de preguntas mientras el trío se encaminaba de vuelta a Altos muros, mientras que Través se mostró más silencioso de lo habitual.

—¿Crees que los tarkanans podrían haber matado a esos hipogrifos? Quizá fueron contratados por los partidarios de alguna otra bestia y él estaba intentando descubrir quién estaba detrás.

—Es posible —dijo Daine—. Eso, o bien sabía quién mató a sus hipogrifos y pensó que los tarkanans podían ayudarle a vengarse de los asesinos. Supongo que encontrar a los tarkanans es el próximo paso.

—Parece peligroso.

—¿Y esto lo dice la mujer que luchó contra trescientos forjados?

—¿Tienes un ejército del que no me hayas hablado?

—Tienes razón. Pero de todos modos hay algo que me preocupa.

—¿De qué se trata? —dijo Lei. Por un momento, se distrajo con una pequeña torre que había al cabo de la calle. Parecía estar construida con láminas de acero superpuestas.

—Alina insinuó que Rasial trabajaba como contrabandista, introduciendo y sacando mercancías por el aire. De modo que, si seguía volando, si seguía en Sharn, ¿por qué dejó las carreras?

—Quizá todavía estaba tratando de descubrir quién sabotó sus carreras anteriores —dijo Lei—. No se atrevía a regresar basta que hubiera identificado a su enemigo.

—Es posible —dijo Daine—. Pero... ¿era miembro de la Guardia de Sharn! ¿Por qué recurrir a un grupo de asesinos en lugar de las fuerzas de la ley? ¿Qué podía tener que ver con ellos?

—No lo sé.

Caminaron un trecho en silencio y al fin llegaron al ascensor. Otras tres personas se montaron con ellos. Pedigüños, a juzgar por su aspecto y su ropa: capas raídas y hechas trizas. Había un semiorco musculoso, un hombre alto y delgado, y una joven

mujer mediana. Cuando el ascensor empezó a descender, algo en la mediana llamó la atención de Daine. Iba cubierta de suciedad, y su capa era simple lana deshilachada. A primera vista, parecía uno más de los cientos de pedigüeños que Daine había visto con los años. Pero mientras la miraba, una rata salió de entre los pliegues de su capa y trepó hasta su cara. Gritaba y gemía y la mediana le susurraba quedamente. Daine recordó la rata que había visto en el Rey de fuego y sintió que se le helaba la espina dorsal.

Levantando la mirada, Daine vio que el hombre delgado se había acercado a él. Bajo la capucha de su capa, el desconocido tenía la cara totalmente desfigurada, cruzada de pústulas y de los estragos de la enfermedad. Sus ropas llevaban el olor dulzón de la podredumbre y la decadencia.

Miró a Daine y habló con la voz profunda y áspera.

—Tienes información que necesito, llorón.

El desconocido parecía muy seguro a pesar de que él y sus acompañantes no iban armados. Daine puso la mano en la empuñadura de su espada con un movimiento lo más evidente posible.

—¿Y tú eres...?

—Soy Bal, de la casa Tarkanán, y me dirás lo que quiero saber o no saldrás vivo de este ascensor.

—Éste era nuestro siguiente paso, ¿verdad? —dijo Lei.

—¿Va a suceder esto cada vez que nos subamos a un ascensor? —dijo Daine—. Porque quizá empiece a utilizar las escaleras. —Desenvainó la espada pero mantuvo su punta a un lado—. Bien. ¿Empezamos esta conversación de nuevo?

—Creo que deberíamos. —Bal se lanzó a correr como un borron en movimiento. Antes de que Daine pudiera ser consciente de lo que estaba sucediendo, el hombre en estado de putrefacción le dio una fortísima patada en la mano. Su espada salió volando por los aires y se detuvo sobre la barandilla. Bal separó sus labios agrietados de los dientes podridos—. ¿Empezamos?

Daine asintió. Se maldijo a sí mismo por haber infravalorado a su enemigo..., pero veía el mismo exceso de confianza en Bal.

—De acuerdo. Veamos si podemos arrojar un poco de luz sobre las cosas.

Lei deslizó la mano en el interior de la petaca del cinturón tras comprender la señal de Daine. Sacó una esfera de oro y la lanzó entre el mediano y el semiorco. Ambos soltaron un grito cuando una nube de cegadoras partículas doradas les rodeó.

Través desenvainó su largo mayal de la espalda. Al mismo tiempo que soltaba la cadena del mango, le dio una certera patada a la espada de Daine, que regresó a su propietario girando sobre sí misma en el aire. Daine se agachó y recogió la espada con la mano derecha al tiempo que desenvainaba su daga con la izquierda. Se enderezó y colocó la espada en el pecho de su enemigo.

—Muy bien —dijo Daine—. Hablemos.

Bal volvió a lanzarse hacia delante, moviéndose con una energía y una elegancia

estremecedoras. Pero esta vez Daine estaba preparado. Se agachó para esquivarle y le hizo un corte largo y profundo en la barbilla.

—No tienes ni idea de con quién te las estás viendo —dijo Bal entre sus maltrechos dientes. Deslizándose junto a Daine como si fuera un fantasma, el hombre en estado de putrefacción lanzó la palma de su mano derecha contra la garganta de Daine.

De repente, por la sangre de Daine manaba hielo. Sentía escalofríos por todo el cuerpo, y lo único que podía hacer era mantenerse en pie. Dio un débil golpe, pero Bal se agachó de bajo de él. Lo siguiente que Daine supo era que estaba en el suelo del ascensor con Bal sobre él. El dolor empeoró. Podía ver a Través sobre el cuerpo caído del semiorco, con Lei y la chica de la rata debajo.

—¡Basta! —gritó Bal en una voz semejante al viento invernal—. Si toco a tu amigo de nuevo, morirá.

Lei se quedó inmóvil. Través siguió dándole vueltas a la cadena de su mayal, formando una cantarína telaraña de metal, pero no golpeó.

—Yo puedo aplastarle la cabeza a tu colega —dijo—. Y sospecho que también morirá. —Su voz era tranquila y mesurada.

Se produjo un momento de tensión que duró una eternidad..., y después Bal se rió, un chirrido largo y seco.

—Es cierto. —Dio un paso atrás—. Pido disculpas por mi agresión innecesaria. Quizá podamos ayudarnos mutuamente.

Tras él, el semiorco gimió y se llevó una mano a la cabeza.

Daine se puso en pie. Se sentía mareado y tenía náuseas, pero el dolor parecía estar disminuyendo.

—¿Qué quieres? —gruñó.

—Estamos buscando a Rasial. Zae —señaló con la cabeza a la mediana, que se estaba frotando los ojos y mirando de soslayo a Lei— os oyó mencionar su nombre. Nunca os había visto antes. ¿De qué le conocéis?

El ascensor se estaba acercando al suelo.

—Creo que me gustaría conocer tu historia antes de hablar mucho más. Conozco una posada no lejos de aquí. ¿Puedo ofreceros una copa de tal?

Bal miró a sus colegas, la chica de la rata acurrucada en un rincón y el guerrero tirado en el suelo.

—Quizá eso sea lo mejor.



El semiorco, al que Bal llamaba Korlan, se separó del grupo cuando llegaron a Altos muros; al parecer, tenía algo personal que hacer. Zae y Bal acompañaron al trío a la Mantícora. Los demás clientes se dispersaron rápidamente cuando Bal entró en la sala, aunque Daine no supo si fue a causa de su siniestra reputación o simplemente por el aspecto que le daba su enfermedad. La posadera se quejó, pero cuando Daine le dio unas cuantas coronas regresó rápidamente con un frasco lleno de tal humeante.

La pequeña Zae se agachó bajo la mesa y les observó. Dos ratas salieron de los pliegues de su túnica y su movimiento imitó al de la mediana.

—Masca esto —dijo Bal al tiempo que le ofrecía a Daine una hoja parecida a cuero—. Te ayudará con los síntomas.

Daine contempló la hoja y finalmente se puso a mascar. Lo peor que podía hacerle era matarle, y visto cómo se encontraban eso sería un alivio. Aunque no había empeorado desde el ascensor, todavía estaba mareado y se sentía débil.

—¿Qué me has hecho? —preguntó.

Bal le dio un sorbo al tal lentamente, observando a Daine.

—El toque helador es innato en mí. Es un don que comparto con Rasial Tarkanan.

—Tarkanan... —Lei tomó aire ruidosamente—. ¡Sois una aberración! —Apartó su silla de la mesa.

—Soy un bendecido, hija de Cannith —dijo Bal. Su voz era tranquila pero sus ojos refulgían—. ¿Quieres que comparemos el poder de nuestros dones?

Zae se rió a la sombra de la mesa, sus ratas chirriaban debajo de ella.

—¡Lei! —ladró Daine—. ¡Tranquilízate! ¿De qué estás hablando?

Lei suspiró profundamente y volvió a acercar su silla a la mesa.

—¿Qué sabes de la Guerra de la Marca?

Daine se encogió de hombros.

—Halas Tarkanan era el más poderoso de los señores aberrantes. Cuando los linajes puros trataban de limpiar la oscuridad, fue Tarkanan quien organizó en un ejército a los portadores de marcas aberrantes.

Bal mostró sus dientes.

—«Limpiar la oscuridad». Una manera generosa de hablar de asesinato.

Lei lo miró de soslayo y por un momento Daine creyó que iba a sacar su arma.

—¡Las marcas aberrantes son generosas con el cuerpo y el alma! Fuego, oscuridad, muerte..., ¡no eran fuerzas que debieran canalizar los vivos!

—Pero, sin embargo, lo hacemos. Teméis lo que no podéis controlar. Vosotros construís. Yo destruyo.

—¡Basta! —dijo Daine. Las piezas estaban empezando a cuadrar—. Has dicho que podríamos ayudarnos mutuamente, Bal. ¿Qué quieres?

—Rasial es uno de nosotros, y está desaparecido. Regresó a la ciudad hace dos días, pero desde entonces no lo hemos visto. Nos preocupa que se haya metido en líos



y queremos encontrarle antes de que se haga daño.

Daine deseó que Jode estuviera con ellos. Leer caras no era su especialidad.

—¿Por qué crees que puede estar en peligro?

—Rasial estaba trabajando entre las sombras. Sabemos que no nos contaba algunas de sus actividades. Tenemos nuestras sospechas. Lo que me lleva a una pregunta: ¿por qué le buscáis vosotros?

—Hemos sido contratados por la Guardia del Viento de Vigilia de la daga. Quieren que vuelva para una carrera que va a celebrarse y nadie sabe dónde está. —Daine se había pasado los últimos diez minutos inventando una historia, y maldijo a Jode por no estar ahí. Mentir no era algo que se le diera bien a Daine.

—¿Vigilia de la daga? —Bal lo pensó—. Ya. ¿Los guardias de allí contrataron a un grupo de llorones para que hicieran su trabajo?

«¡Maldita sea!», pensó Daine. Ojalá hubiera tenido tiempo de comprarse ropa nueva. Lei habló antes de que pudiera responder.

—Creo que nos dieron el trabajo por mí —dijo—. Yo quizá sea de las tierras Enlutadas, pero por encima de todo soy una Cannith. Y estoy en edad de prometerme en matrimonio. Creo que el comandante esperaba ganarse mi favor ofreciéndole este trabajo a mis amigos. Y, para ser sincera, creo que le encanta darle órdenes a un viejo capitán de Cyre como si fuera un perro a su servicio.

Bal asintió lentamente.

—Podría ser, supongo. Pero Rasial no va a volver con la Guardia. Rasial Tann está muerto. Ahora es Rasial Tarkanán y su lugar está con nosotros.

—Lo entiendo —dijo Daine—. Pero sin duda comprendes que cuanto más tiempo sigamos con la investigación, más tardaremos en cobrar. Quizá puedas ayudarnos. Somos nuevos en la ciudad y podríamos valernos de algunos amigos. Si descubrimos alguna información más, te la pasaremos encantados..., por las atenciones recibidas.

Se produjo una pausa mientras Bal bebía lo que quedaba de su tal. Finalmente, dejó la jarra en la mesa.

—Muy bien, llorón. Prueba lo que vales. Puedes contactar conmigo por medio de Illian Apotecario en las Torres del dragón.

Apartó su silla y se puso en pie. Debajo de la mesa, Zae llevaba a cabo una silenciosa y animada conversación con dos ratas y un ratón. Al unísono, los roedores desaparecieron entre los pliegues de su capa.

—Antes de que te vayas —dijo Daine—, ¿puedes decirnos algo para ayudarnos a encontrarle?

Bal esperó.

—Creo que tenía tratos con alguien en este distrito. Pero no sé con quién. —Le hizo a Zae un gesto con la cabeza y se encaminaron hacia la puerta—. Quizá volvamos a encontrarnos, llorón. La próxima vez, yo me lo pensaría bien antes de desenvainar la espada.

Daine le devolvió la mirada con un semblante adusto.

—La próxima vez, la sorpresa no estará de tu lado.

El hombre en estado de putrefacción mantuvo su mirada un instante y después se marchó sin añadir una sola palabra.

Dassi, la tabernera, rompió finalmente el largo silencio que siguió.

—Cómo me alegro de que se haya largado, general. Estoy seguro de que has visto cosas peores en tus tiempos, pero no me gusta nada su pinta. ¿Por qué no te tomas otra copa de tal y nos cuentas la historia del orfanato de Olaran de nuevo?

Daine asintió y sonrió, aunque en su interior estaba maldiciendo a todos los medianos mentirosos.



Jode no tardó en regresar. Los cuatro se retiraron a su habitación y Daine les contó los acontecimientos de las dos últimas horas.

—Marcas de dragón aberrantes..., interesante —dijo Jode frotándose la Marca de dragón pensativamente.

—Inquietante —dijo Lei.

—Hay una cosa que no entiendo de todo esto —dijo Daine—. Había oído hablar de Marcas de dragón aberrantes anteriormente. Pero en las historias que conozco, la gente con esas marcas negras agrian la leche o asustan a los perros, esa clase de cosas. Matar con el tacto es algo muy distinto que hacer que la pintura se desconche. ¿Por qué nunca había oído hablar de eso antes?

—La mayor parte de los aberrantes fueron eliminados hace más de mil años —dijo Lei—. Hoy en día, normalmente sólo aparecen cuando dos personas de distintas casas portadoras de la Marca de dragón tienen un hijo juntas. En lugar de poseer la Marca de ambas casas, el niño puede desarrollar una sola Marca pervertida, imperfecta, normalmente con un poder muy débil o sin él. La teoría habitual es que esa Marca dañada proyecta esa imperfección en el alma de quien la porta, y los portadores de marcas aberrantes con frecuencia se vuelven locos, o por lo menos eso he oído. Ésa es la razón por la que las casas portadoras de la Marca de dragón no deben mezclar su sangre.

—Matar con el tacto no me parece una muestra de poder débil.

—Conocí a un hombre con una Marca aberrante —terció Jode—. Tenía un tacto helador como el que has descrito. Un tipo desagradable, eso sin duda. Pero no hubiera creído que fuera capaz de ganarte, Daine.

—Así es. —Lei se detuvo y pensó un momento—. Hay otra posibilidad..., pero es sólo una leyenda.

Daine se encogió de hombros.

—Cuéntala de todos modos.

—La Guerra de la Marca estableció las doce casas portadoras de la Marca de dragón que existen hoy en día. Se supone que las casas se unieron para poner punto final a las Marcas aberrantes, para impedir la hibridación y acabar con los que ya estaban manchados por la oscuridad.

—Eso suponía.

—A partir de aquí, todo son leyendas y rumores. Pero según se dice, las Marcas de dragón aberrantes poseídas por el señor de Tarkanan y sus aliados no eran marcas débiles e imperfectas. Podían crear plagas, provocar el fuego del cielo, romper la tierra con temblores y cosas mucho peores. Pero la mente y el cuerpo humanos no estaban hechos para contener estos oscuros poderes, y esas marcas volvían locos a sus portadores o les provocaban la enfermedad y la muerte.

—Lo que explicaría al furúnculo andante y la chica que pasa más tiempo hablando con ratas que con personas.

—Es sólo una teoría. —Lei se detuvo para pensar—. También he oído hablar de una sustancia llamada sangre de dragón, que aumenta el poder de una Marca de dragón durante un breve período de tiempo. Supongo que podría funcionar con una Marca aberrante lo mismo que con una verdadera.

—Y no te olvides de Korlev —dijo Jode, en referencia a un hechicero que había servido con ellos algunos meses en la guerra.

Aunque no tenía Marca de dragón, Korlev había aprendido a manipular la energía mística para producir una amplia gama de efectos. Afirmaba ser uno de los «dientes de Eberron» y había sido muy útil antes de que los valenar le mataran.

Daine negó con la cabeza.

—Muy bien. Quizá sean aberraciones podridas de droga o quizá sean hechiceros. De modo que no dejemos que nos toquen. Centrémonos en Rasial. ¿Has descubierto algo útil, Jode?

—Rasial es muy apreciado. Honesto, según dice todo el mundo. Tenía un talento especial para trabajar con los hipogrifos y un montón de amigos en el enclave local de la casa Vadalís. Correr y volar eran sus dos pasiones. En resumen, era guapo, talentoso, popular: una estrella en ciernes. Después sufrió esos dos accidentes. Una semana más tarde, desapareció. Nadie le ha visto desde entonces.

—Mmm.

—Dicho esto, algunos guardias no me contaron toda la verdad, y no los más amables precisamente. Puede que Rasial fuera honesto, pero creo que últimamente ha andado haciendo tratos con los tarkanans, probablemente para que le ayudaran a ocultar sus actividades de contrabando.

Daine asintió.

—La pregunta importante es por qué. Por qué un hombre exitoso y honesto tira por la borda todo lo que tiene y traspasa la línea de la ley.

—Quizá no tuviera otra elección —dijo Lei. Los otros se dieron la vuelta y la miraron—. Piensa en ello, Jode. Las Marcas de dragón..., las Marcas de dragón puras... no aparecen al nacer. Aparecen más tarde, normalmente a causa del estrés. Si Rasial hubiera tenido ese tacto helador, ¿y si se le manifestó por primera vez en la Carrera de los Ocho Vientos? ¿Y si fue él quien mató a su montura?

Jode asintió.

—Se excita durante las carreras, su montura muere..., eso sería un dilema.

—Podría haberse unido a los tarkanans para aprender sobre su Marca.

—Y por lo que parece —dijo Daine— una vez te unes a ellos, sigues ahí hasta la muerte. Pero todavía hay algunos cabos sueltos. No creo que los tarkanans conozcan la relación entre Rasial y Alina, y será mejor que no les demos ninguna pista. Pero ¿qué estaba haciendo Rasial para Alina? ¿Por qué la traicionó, y para quién trabaja ahora? ¿Qué está ocultando a los tarkanans? ¿Y dónde está?

—Todas son buenas preguntas —dijo Jode—. Pero diría que teníamos que reunirnos con el consejero Teral para cenar a la séptima campana.

—¿Y? —dijo Daine.

Fuera, sonó la séptima campana. Jode sonrió.

—¿Salemamos a cenar, señor Daine?

## INTERLUDIO



Korlan odiaba Sharn. Era un hijo de las profundas ciénagas, y echaba de menos la tranquilidad de su patria: las noches pasadas a solas con los sonidos de los sapos, el agua, los grillos, el viento en los juncos...

Las torres de Sharn eran antinaturales, y el constante parloteo de voces era un asalto constante a sus oídos. Odiaba las muchedumbres; dondequiera que mirara ojos, mirándole, gritando y charlando, llenando el aire de ruido y hedor.

Pero las marismas ya no eran su casa. Cuando tenía diez años, la Marca había aparecido, el fuego manó en su sangre amenazando con consumir su espíritu si no lo liberaba. En un momento de locura, había matado a su hermano con una gota de fuego que surgió de sus manos. Eso fue todo lo que necesitó. Se marchó de las marismas, estaba manchado y tocado por el Profundo Wyrm, y si regresaba con su familia, ellos harían cuanto pudieran para matarlo. Durante un tiempo había vagado, enfebrecido y confuso, por las llanuras occidentales, y fue ahí donde los tarkanans lo encontraron y le enseñaron a controlar su don. Odiaba Sharn, pero era el hogar de su verdadera familia. Era el único lugar del que sería.

Korlan tenía la piel rosada de un brelander, pero su físico musculado y su férreo temperamento sugerían su linaje inhumano, y sus inmensos dientes caninos sobresalían de sus labios cuando estaba enfadado. Hoy, sus dientes estaban totalmente a la vista. Bal había dicho que la intimidación sería la mejor aproximación, y Korlan quería acabar con aquello rápidamente para poder volver a su silenciosa estancia en las torres del dragón.

Había un guardia delante de la tienda. Pero Korlan había crecido cazando volutas nocturnas y era cuestión de deslizarse entre las sombras sin que le vieran. Un solo puñetazo era todo lo necesario para mandar al guardia al suelo convertido en un fardo.

Su objetivo ya le estaba esperando cuando entró en la tienda. El hombre parecía no ir armado, pero Korlan era consciente de lo muy embusteras que podían ser las apariencias. Korlan se concentró, y se produjo un momento de terrible dolor cuando

la sangre de sus venas ardió con un terrible calor. Concentró el dolor en la palma de una mano y las llamas parpadearon alrededor de sus dedos.

—Estoy aquí por Rasial Tarkanán —dijo Korlan, bajando la mirada hacia su enemigo—. Me dirás dónde está y me dirás qué negocios tienes con él.

—Lo siento, pero tengo otros planes.

Era difícil interpretar la expresión de aquel hombre. Su cara era una horrible máscara de músculos a la vista, húmedos, y tenía los ojos hundidos en las cuencas. Si tenía miedo de Korlan y las llamas, no lo mostraba.

—No era una pregunta —dijo Korlan.

No podía desatar toda la fuerza de sus manos en llamas sin prenderle fuego a la tienda, pero encontró que ese tacto fogoso tenía la virtud de hacer cambiar de opinión, y extendió el brazo en dirección al hombro del hombre desollado.

El hombre se movió con una velocidad asombrosa, agachándose y embistiendo a Korlan. Era sobrenaturalmente fuerte para su tamaño, y Korlan se vio empujado contra el lateral de la tienda. Sonriendo, se puso en pie con la intención de desatar todo el fuego que llevaba en su interior. Bal quería respuestas, pero habría otras fuentes.

Pero cuando alzó sus manos en llamas, vio un borrón ante sí. La lengua de su enemigo dio un chasquido fuera de la boca, cruzando el espacio que había entre ellos. El dolor le atravesó la garganta y cuando la lengua retrocedió Korlan vio un despiadado dardo en su punta. Un gélido escalofrío recorrió su cuerpo, insensibilizó sus nervios y extinguió las llamas. Sus piernas se negaron a responder a su cerebro y cayó al suelo. Al cabo de unos segundos estaba totalmente paralizado, incapaz de hacer nada más que observar cómo su enemigo se acercaba a él.

—Me alegro de ver que los antiguos amigos de Rasial le están buscando —dijo el hombre sin piel. Korlan no pudo ni encogerse cuando el hombre sacó un largo cuchillo. Con un hábil movimiento, el desconocido abrió el chaleco de Korlan y dejó a la vista el torso y la Marca aberrante que cubría su pecho izquierdo—. Adorable.

El hombre sonrió dejando a la vista una boca llena de dientes sanguinolentos. Salió del campo visual de Korlan. Éste oyó cómo otros entraban en la tienda, pero no pudo girar la cabeza para mirar.

—Llévadle abajo —dijo el hombre. Volvía a estar a la vista, riéndose de Korlan con la cara desollada—. Me temo que tengo cosas que hacer en otra parte, pero mis compañeros te reunirán con el joven Rasial. Gracias por tu contribución a nuestra causa.

En los primeros tiempos de Sharn, la plaza de l ogran había sido un centro comercial. Las tiendas de los mercaderes del otro extremo de Khorvaire y tierras aún más exóticas llenaban la plaza abierta. Ésta estaba repleta de tiendas, pero la tela ricamente decorada había sido sustituida por piel untada con aceite. Había centenares de refugiados cyr en la ciudad, y muchos de ellos vivían en esa aldea improvisada. Después de la destrucción de Cyre, Breland fue la única nación que acordó dar refugio a los exiliados, y muchos cyr hicieron el largo viaje al sur con la esperanza de recuperar la relación con los familiares que se habían establecido en Sharn antes de la guerra. Habían llegado y habían descubierto que los cyr y otras civilizaciones no brelish habían sido reubicados en el gueto de Altos muros y privados de sus fuentes de ingresos. Como Daine, la mayor parte de los refugiados llegaron a Sharn solamente con la ropa que llevaban puesta. En ese poblado de tiendas, los nobles y los campesinos eran iguales.

Docenas de personas escudriñaron a Daine mientras se abría paso hacia la gran tienda negra situada en el centro de la plaza. Algunos asentían respetuosamente, pero un número igual parecía hosco o incluso resentido.

—No es lo que yo llamaría el recibimiento a un héroe —observó Jode.

—¿Ves algún héroe? —Daine miró a los ojos de los airados refugiados y se preguntó dónde habían estado hacía tres años, qué había robado la guerra a cada uno de ellos—. Perdimos.

Jode llevaba su única indumentaria festiva, un alegre gorro color borgoña bordado con una telaraña tras un arco iris de colores. Además de darle un cierto aire elegante a su gris uniforme militar de piel, el gorro ocultaba su Marca de dragón de la vista de los curiosos.

—Parece que todos los buenos espacios ya han sido ocupados —dijo estudiando las tiendas—. Esperaba tener una buena vista de una de esas hogueras de basura cuando instalemos nuestra tienda aquí.

Jode estaba tratando de quitarle hierro a la situación, pero lo que decía tenía algo de sentido. A menos que realizaran ese trabajo para Alina, podrían estar viviendo allí en una semana.

—Si nos vemos obligados a ello, empeñaremos algo más —dijo Daine. Su daga, la bolsa de Lei... Todavía les quedaban algunos objetos de valor, aunque Daine odiara la idea de arriesgarse a perder esos tesoros.

—Pero antes —dijo Jode— deberías preguntarte por qué, en caso de comprarnos una tienda, no iba a ser de color negro. Y si compráramos una tienda negra, el consejero feral no podría decirle a la gente que fuera a la tienda negra. ¿Crees que él haría algo al respecto?

Resultó que la tienda de Teral no pasaba precisamente desapercibida. Aparte del color, era más alta que las tiendas que la rodeaban y en el poste central ondeaba la bandera de Cyre. Un enano agachado y calvo se hallaba en su entrada. Hizo una reverencia cuando se acercaron y abrió la portezuela.

—Teral os está esperando —dijo.

Paredes de tela dividían el interior en salas. La entrada parecía servir también como salón y cuarto de servicio, y petates maltrechos se apilaban contra las paredes. Una mesa baja y redonda dominaba el centro de la sala, y seis personas se habían sentado ya a ella en el suelo: feral, una vieja semielfa con un niño, dos hombres jóvenes que parecían ser gemelos idénticos, y una mujer de algo más de treinta años con un parche en el ojo.

El consejero feral se puso de pie y rodeó lentamente la mesa, ayudándose de un bastón nudoso.

—¡Ah, capitán Daine! Sé bienvenido en mi casa.

La edad y las dolencias se habían cobrado su peaje en el exconsejero. Cojeaba del pie derecho, y la punta de una larga cicatriz fruncida podía verse en el lado izquierdo de su garganta. A pesar de estos males, se movía con una confianza tranquila y su voz era cálida y tranquilizadora.

Jode dio un paso hacia delante e inclinó la cabeza.

—El honor es nuestro, de veras. —Sonrió mientras se incorporaba—. Pero tengo que preguntárselo. ¿Tiene que llamarlo «casa»? Sin duda «hogar» es un término amplio. He visto hogares que no eran más que agujeros en la pared, pero siempre he pensado que no se trataba de una casa si se pueden recortar las paredes.

Daine extendió la mano y sujetó a Jode por el cuello y tiró de él hacia atrás.

—Creo que recuerdas a Jode, mi sanador. Como ha dicho, es un honor para nosotros tu invitación, señor Ir'Soras.

—Por favor, Daine. Sólo Teral. Ya no tengo propiedades y en esta comunidad todos somos iguales.

—¿Excepto tus sirvientes? —dijo Jode cuando una joven mujer emergió de una de las portezuelas con pan para la mesa.

Daine le dio un golpe en la cabeza.

—Disculpa.

—No, es un simple malentendido. Aquí no hay sirvientes. Soy un anciano, pero hay gente que respeta lo que he hecho por Cyre en el pasado y mis intentos de unir a



los supervivientes ahora. No sé qué haría sin Olalia, Karris y los demás. —Sonrió a la joven, que inclinó la cabeza y desapareció por la parte posterior de la tienda. Pese a la confianza de feral, no dijo nada y evitó el contacto visual con los visitantes.

Teral regresó trabajosamente a la mesa y se sentó.

—Ahora, por favor, uníos a nosotros y presentaos. Trato de cenar con gente distinta cada noche. Nuestra gente es todo lo que nos queda de nuestra orgullosa nación, y debemos reunirnos si queremos sobrevivir.

Daine se sentó junto a feral y los demás soldados se distribuyeron alrededor de la mesa. Través se quedó tras Daine.

—No tengo necesidad de ningún sustento —dijo—. Prefiero quedarme de pie.

Los demás invitados se miraron.

—Está bien —dijo Daine Inclinando levemente la cabeza, continuó—. Éste es mi camarada Través, que sirvió a nuestra nación como explorador y escaramuzador. Yo soy Daine y, hasta la tragedia, ostentaba el rango de capitán en el comando del sur.

La mujer de un solo ojo sentada a la izquierda de Teral sonrió al oír eso. Parecía ser algo mayor que Daine. Llevaba el cabello dorado recogido en una larga cola que le llegaba a las caderas. Un grupo de finas cicatrices recorrían la parte posterior de la oreja derecha, que tenía desgarrada. Llevaba una blusa marrón y pantalones anchos parcheados con tela verde.

—¿Y tienes apellido, capitán Daine?

—Prefiero Daine.

—¿Y quién no?

Teral asintió en dirección a la mujer.

—Greykell también era oficial en el comando del sur. Quizá os conozcáis.

Daine escudriñó a la mujer. Ella sonrió y en ese momento la recordó.

—¿La loba sonriente?

—Prefiero Greykell —dijo, con una sonrisa todavía mayor. Nacida en una de las familias de la pequeña nobleza de Cyre, era una de las pocas capitanas en el comando del sur y era conocida por sus brillantes y heterodoxas estrategias, su tenacidad inquebrantable y su capacidad para inspirar a sus soldados. Algunos decían que mostraba demasiada piedad con el enemigo, pero la piedad siempre había sido una virtud cyrana y la reina la había halagado por su comportamiento. Se frotó la barbilla pensativamente, estudiando a su vez a Daine.

—Veamos, Daine. ¿Luchaste en el frente de Valenar, no es así? ¿Y qué oí...? Antes de que te unieras a la guardia, tú...

—¿Podrían traerme algo de beber? —dijo Daine—. Estoy muerto de sed.

—Disculpa —dijo feral—. ¡Olalia! —Dio unas palmas y la muchacha regresó portando una jarra de arcilla—. Me temo que sólo tenemos agua, capitán. Mi mesa es humilde.

—La compañía es más importante que el aguamiel —dijo Daine.

Olalia llenó de agua con cuidado su copa. Parecía estar temblando ligeramente.

—¿Pasa algo? —preguntó él.

Teral tocó el brazo de la chica y ésta se estremeció, casi dejó caer la jarra. No emitió ningún sonido.

—Olalia ha sufrido terriblemente en los últimos años. Vivía en la aldea de Callol. ¿La conocéis? Fue capturada por los darguuls hace poco más de dos años, y ella y su familia fueron apresados. Después del desastre, ella escapó a las ruinas de Cyre, y yo la encontré cuando estaba buscando a supervivientes. No es fácil saber lo que le hicieron los duendes y lo que le sucedió en las tierras Enlutadas. Pero sé que tuvo que ver cómo sus hermanos morían y... —Le tomó la mano, pero ella mantuvo los ojos clavados en el suelo—. Enséñaselo, Olalia —dijo él gentilmente.

Lentamente, la joven levantó la vista. Frunció los labios y Jode soltó un gemido. Los dientes y las encías de Olalia estaban esculpidos en mármol negro. Los dos gemelos rubios sentados al otro lado de la mesa se rieron, pero Greykell los miró y se sumieron en el silencio.

—¿Qué...? —dijo Daine.

—Su boca ha sido convertida en una piedra —explicó Teral—. Los dientes, las encías, la lengua y buena parte de los músculos. Puede abrir la boca lo justo para beber. Terrible, lo sé, pero fascinante, ¿no creéis?

—¿Cómo sucedió? —dijo Daine.

Olalia apartó la mirada y siguió en silencio. Su piel era más pálida incluso que la de Lei, y tenía el pelo negro corto y los ojos oscuros. Por alguna extraña razón, Daine se sorprendió pensando que sus dientes hacían juego con sus ojos.

—No estoy seguro —dijo Teral—. Ella no puede hablar, y por lo que yo sé es analfabeta. Creo que fue alguna clase de tortura, sangre de alguna bestia activada por medio de la hechicería y vertida en su boca. Pero pudo también ser efecto de las tierras Enlutadas.

Daine asintió. Había visto cosas raras y terribles durante el tiempo que pasó en Cyre, cosas peores que una lengua de piedra. Olalia había tenido suerte.

—Lo siento —le dijo él—. Pero me alegro de que estés viva.

Olalia se negó a mirarle a los ojos.

—Puedes irte —dijo Teral, y ella regresó a la cocina sin volver la mirada.

Tras la salida de Olalia, se produjo un momento de silencio. Después, Peral partió la hogaza de pan y la repartió.

—Veréis cosas peores aquí, me temo —dijo en voz baja—. Muchos de los atrapados en la estela del Lamento sufrieron de alguna forma, en la mente o en el cuerpo. —Sus ojos descendieron hacia su pierna herida y su cicatriz—. Yo fui de los que tuvieron suerte.

—Yo creo que el Luto es una de las mejores cosas que nos han sucedido —dijo uno de los gemelos.

Los dos hombres sentados al otro lado de la mesa parecían idénticos. Ambos eran humanos, de casi treinta años, vestidos con ropa vulgar verde idéntica. El pelo lacio y

rubio les caía sobre los hombros. Pero lo que llamó la atención de Daine fueron los ojos del que hablaba, que eran del azul más pálido que había visto jamás. El hombre, además, no parpadeaba.

—Y yo creo que eres un idiota, Monan —dijo Greykell, golpeando al hombre en la nariz con un certero pedazo de pan.

—Es Hugal.

—No, no lo es. Sólo lo dices porque crees que no puedo distinguiros.

La sonrisa del hombre desapareció.

—¿Puedes?

—Nunca lo sabrás.

Lei les interrumpió.

—¿Cómo puedes decir que la destrucción de nuestra patria nos ha ayudado? —Se había ido poniendo de mal humor mientras se abrían paso entre las masas de refugiados para llegar a la tienda de Teral, y su voz era grave y dura.

Monan sonrió e hizo una reverencia burlona.

—Estaba empezando a preguntarme si podías hablar o también tenías la boca de piedra. Soy Monan Desal, y éste es mi hermano Hugal.

—Yo soy Lei d... —Lei se interrumpió, reprimiéndose. Se había quitado el anillo Cannith y su Marca de dragón estaba oculta.

—¿Leide? Qué nombre tan bonito.

—Tranquila —gruñó Daine.

Lei se puso colorada y miró de soslayo a Daine antes de volver a mirar a Monan.

—No has respondido mi pregunta. ¿Cómo puedes creer que el Luto fue una buena cosa?

Monan se distrajo con la llegada de la comida, estofado de tríbex con hojas de selas. Teral podía considerar humilde su comida, pero después de seis meses de gachas insípidas, era una verdadera delicia. Los gemelos se lanzaron sobre el estofado como muertos de hambre, y fue Teral quien finalmente respondió la pregunta de Lei.

—Hay algunas personas en nuestra comunidad que creen que Cyre merecía su destino —dijo.

Daine casi dejó caer la cuchara.

—¿Qué?

—Cientos de refugiados viven en Altos muros, y cada persona tiene una opinión diferente. Pero la raíz de este argumento es que Cyre era débil. Mishann era la heredera legítima al trono de Galifar. Si hubiera sido más agresiva, podría haber acabado con la rebelión antes de que se convirtiera en una guerra.

Greykell frunció el entrecejo.

—En otras palabras, debería haber matado a sus hermanos y hermanas en lugar de confiar en que seguirían las leyes y los deseos de su padre.

Monan alzó los ojos del estofado.

—Bueno, no lo hicieron, ¿no es así?

Hugal se rió.

—Recuérdame, Monan, ¿qué hiciste durante la guerra?

Hugal dejó de reírse y Monan apartó la mirada.

Greykell esbozó una sonrisa y después miró a Daine.

—Hablando de la guerra, ¿cuánto tiempo tienes pensado llevar ese uniforme?

Daine se sonrojó un poco y recordó la conversación que había mantenido el día anterior con Jode.

Se encogió de hombros.

—Llevar una capa o un broche no cambia quién eres. Cyre sigue con nosotros. Pero la nación ha desaparecido. El ejército ha desaparecido. Lo único que estás haciendo al llevar esa capa es airar a la gente que necesitas como amiga, deberías saberlo. Estás alentando la pelea cuando tenemos que trabajar por la paz.

—Ésa es una cuestión sobre la que Greykell y yo no estamos completamente de acuerdo —dijo Teral—. Si olvidamos nuestra tradición, nuestra unidad, ¿qué nos queda?

—¿Qué tenemos ahora? —Greykell seguía sonriendo, pero su voz había adoptado un tono un tanto más duro—. ¿Vamos a ser el reino de las tiendas? Has visto las tierras Enlutadas. Cyre no va a volver. No me gusta más que a ti, pero deberíamos tratar de encontrar una buena vida para nuestra gente aquí en Breland. Tenemos que sacar a nuestra gente de Altos muros, no regocijarnos en nuestro aislamiento.

Monan estalló de nuevo. No. Esta vez fue Hugal.

—Somos todavía una fuerza a tener en cuenta. ¿Qué dices tú, capitán? ¿Crees que la guerra ha terminado?

¿Hablabas en serio? Daine no sabía qué decir.

—No te ofendas, Hugal —dijo Jode—, pero ¿cómo podría ser de otro modo? Seamos honestos. Estábamos perdiendo la guerra. Aunque cada cyr sobreviviente pudiera blandir un arma, no podrías formar un ejército capaz de alzarse contra Breland.

—¿Quién ha hablado de un ejército? —Los ojos de Hugal refulgían.

—¿Entonces? —dijo Daine.

—¿Habéis visto las tierras Enlutadas? —preguntó Hugal.

Greykell puso los ojos en blanco. Parecía haber oído eso antes.

—Me pasé meses buscando supervivientes —respondió Daine—. Teral, dices que encontraste a la muchacha allí, ¿no es así? Pues ya encontraste un superviviente más que yo.

Teral bajó la mirada hacia su agua con los ojos distantes.

—Había más en el sur, Daine. Yo mismo estaba en Metrol cuando empezó el Luto, nunca olvidaré esa noche.

—Si la has visto, deberías saberlo —dijo Hugal—. Cyre no está muerta. Sólo ha cambiado.

Daine recordó los cadáveres que no se pudrían, la bruma en llamas, la lluvia de sangre.

—Tal vez.

—No podemos volver allí —dijo Hugal—. La tierra no puede sustentar la vida. Eso lo sabemos. Pero todavía es nuestra patria. Es nuestro pasado, y quizá nuestro camino al futuro. Hay poder en Cyre. Has visto las maravillas y los horrores que hay al otro lado de la bruma. ¿Y si podemos enjaezar ese poder? ¿Cómo podría nadie alzarse contra nosotros?

—¿Y qué haríamos con esa arma? —preguntó Greykell—. ¡Los dientes de Olladra, Hugal! Nuestros ancestros se enorgullecían de su talento y sabiduría. Entre las Cinco naciones, sólo nosotros observábamos los dictados de Galifar. ¿Extenderías las tierras Enlutadas a todo el continente?

—El trono de Galifar era nuestro por derecho. Los otros traicionaron una tradición de mil años, y nuestra patria pagó el precio. ¿Merecen algo mejor? ¿Y tú, Daine? ¿Deseas dejar que Cyre caiga en el olvido?

Daine pensó. Finalmente dijo:

—Nunca perdonaré a Wroann por su papel en el inicio de la guerra. No sé si podré mirar alguna vez a un soldado brelish y no ver a un enemigo. Pero Cyre siempre estuvo del lado de la paz y la sabiduría. Luchamos para preservar nuestra nación, no por nuestro deseo de conquista o venganza. Si ahora nos volvemos contra eso..., entonces seremos nosotros quienes destruyamos de verdad Cyre.

Se produjo una larga pausa y después Teral aplaudió.

—Bien dicho, capitán.

Greykell asintió e incluso Monan esbozó una sonrisa.

Hugal inclinó la cabeza.

—Ciertamente. Espero que disculpes mi salida de tono. A mi hermano y a mí nos gusta ponernos en el papel del Viajero, y a veces llevo las cosas demasiado lejos. Naturalmente, sería una locura expandir las tierras Enlutadas —sonrió—, aunque pudiéramos liberar los misterios que hay tras ella.

Daine escudriñó cuidadosamente a los gemelos en busca de alguna señal de sinceridad. ¿Habían estado buscando solamente la discordia? Greykell también estaba observando a Hugal, y no había más que asco en sus ojos.

La conversación, pasado el rato, se reanudó. Teral contó sus recuerdos de la corte y la última reina noble de Cyre, a la que había asesorado en los últimos días de la guerra. Los otros dos comensales eran una anciana semielfa llamada Sallea y su nieto, Solas. Dijeron poco durante la comida. Sallea hizo algunos esporádicos comentarios en la lengua de Valenar, y Daine pensó que no hablaban la lengua común de Galifar. El niño era delgado y enfermizo, y se limitaba a toquetear su estofado. En un momento dado, tosió, y Daine vio una mancha de sangre. Jode también la vio y rápidamente se acercó al niño.

—¿Qué es, Jode? —preguntó Daine.

—Gusanollamas. Muy avanzadas. No pinta bien.

Sallea tomó al niño y lo apartó de un tirón. Greykell frunció el entrecejo y Teral asintió gravemente.

—No es el primero, me temo. Sé que las fuentes principales están limpias, pero hemos perdido a gran número de niños. Haré que Huida le eche un vistazo. Podrá aliviar su dolor.

Jode miró a Daine con una pregunta en los ojos. Daine asintió. Jode se quitó el sombrero de lana que llevaba y dejó a la vista la Marca azul y plateada que tenía en la cabeza calva.

Los ojos de Teral se abrieron de par en par.

—¿Es eso...?

Jode dijo algunas palabras en el idioma de Sallea. Lentamente, ella soltó al niño de su abrazo y Jode colocó sus palmas a ambos lados de su cabeza. La gente sentada a la mesa se sumió en el silencio y todos los ojos se fijaron en Jode. El azul de su Marca de dragón empezó a refulgir con una luz interior. Sólo duró un momento, pero pareció durar mucho más.

Jode soltó la cabeza del niño y la luz de su Marca se apagó.

—Va a tardar algunos días en recuperarse —le dijo a Sallea—. Pero vivirá.

Dicho eso, el ensalmo se rompió y todo el mundo empezó a hablar al mismo tiempo, Teral hizo oír su voz por encima del ruido.

—Jold, ¿has curado al niño?

Jode asintió.

—Sí, y me llamo Jode.

—¿Eres miembro de la casa Jorasco?

Jode se encogió de hombros.

—Llevo la Marca de la curación, pero no debo lealtad a ninguna casa. —Lo dijo con tal facilidad que pareció lo más normal del mundo.

Greykell dio un respingo.

—¡Eso es extraordinario! ¿Dónde están tus límites? Estoy pensando en media docena de niños enfermos, y también está Ellymer..., está quedándose ciego.

Jode miró a Daine. Ésa era la razón por la que ocultaba la Marca, la razón por la que le había preguntado a Daine antes de curar al niño.

—Sólo puedo desplegar una cantidad limitada de poder antes de tener que descansar —dijo Jode—. Luchar contra una infección es difícil, más difícil que librar una batalla. Puede que hayáis tenido sanadores en vuestras unidades, pero la mayor parte de ellos probablemente utilizaban piedras de dragón para concentrar su energía. Supongo que puedo intentar curar a esos niños, pero sólo podré ayudar a uno al día. Y no puedo hacer nada por ese Ellymer, lamentablemente. No tengo esa clase de poder.

—Supongo... —Greykell se dio un golpecito en el parche del ojo.

—Me temo que no.

—Bueno, me estoy acostumbrando. Pero te agradeceríamos toda la ayuda que

pudieras prestar a la comunidad.

—¡Por supuesto! —dijo Teral—. Esto es un golpe de suerte sin precedentes. No tenía ni idea. Una Marca de dragón libre, ¡aquí con nosotros!

Daine miró de soslayo a Lei, pero ella permaneció en silencio.

—Y tú, Daine —Greykel señaló su espada, que tenía el Ojo de Deneith labrado en la empuñadura—. ¿Tienes la Marca del centinela?

«Gracias, capitán Grazen», pensó Daine.

—No —dijo—. Perdí mi espada durante uno de nuestros viajes, y ésta es un regalo de un amigo.

Durante un rato, la conversación versó sobre los poderes y las limitaciones de la Marca de dragón de Jode. Peral estaba interesado en lo que podía hacer. ¿Podía recuperar la mandíbula de Olalia? ¿Qué clase de parásitos podía destruir? Greykell estaba más interesada en las aplicaciones civiles más directas de sus habilidades, y Jode se mostró de acuerdo en trabajar con el sanador local Huida, para tratar de identificar y ayudar a los refugiados que tuvieran los problemas más serios.

Cuando hubieron terminado de comer, Sallea le dio de nuevo las gracias a Jode y se llevó a su nieto a la cama. Uno de los gemelos se marchó, Daine no recordaba cuál de los dos. Mirando al otro lado de la mesa, advirtió que Lei y el otro gemelo estaban enfrascados en una intensa conversación, demasiado intensa para su gusto.

—Monan —dijo Daine—, ¿no deberías irte?

El hombre se rió. Era un sonido que Daine estaba empezando a odiar.

—Soy Hugal. —Puso una mano en el hombro de Lei—. Y ha sido una conversación muy agradable.

—Tenemos que irnos —dijo Daine—. Lei, Jode...

—Un momento —dijo Jode—. Consejero Teral, si me permites la pregunta... Debes conocer en profundidad la vida en Altos muros, ¿no es así?

Peral asintió.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Conoces por casualidad a este hombre? —Jode sacó uno de los dibujos de Alina, doblado para ocultar la parte escrita. Lo colocó en mitad de la mesa, y Hugal y Teral lo examinaron—. Se llama Rasial.

—¿Es cyrano? —dijo Peral frunciendo el entrecejo.

—No. Brelish. Pero tenía familia en Cyre. Un primo suyo sirvió en tu unidad y murió en el risco de Keldan. Sólo tenemos que hacerle llegar un mensaje.

Peral estudió el pergamino un momento.

—No, me temo que no puedo ayudaros.

Hugal negó con la cabeza y sonrió.

—De todos modos, su aspecto me resulta familiar —dijo Greykell—. ¿Estás seguro de que no le has visto, Hugal?

El gemelo se encogió de hombros.

—Mmm. Quizá Monan.

—Bueno, había que intentarlo. —Jode recogió el pergamino y se puso en pie—. ¿Vamos, amigos?

Greykell se puso en pie y, sin mediar aviso, le dio a Daine un abrazo asfixiante. Tenía la fuerza de un oso.

—Un placer conoceros, Daine, Lei. Jode, espero verte mañana.

Tras recuperar la respiración, Daine asintió.

—Buenas noches, capitán. Y gracias de nuevo, señor Teral. No dudes en avisarme si puedo serte de utilidad.

—No te preocupes, Daine. Sin duda lo haré.

Los cuatro soldados recogieron sus pertenencias. La muchacha, Olalia, había aparecido para limpiar la mesa y Daine se dio cuenta de que estaba mirando a Jode. Sus dientes de mármol brillaron a la luz de la antorcha y desapareció detrás de una portezuela de tela.



CAPÍTULO 18

BRELAND  
SHARN

27 de dravago de 996 AR

Hacía ya mucho que la noche había caído. Las sombras se alargaban sobre la mesa puntuadas por charcos de luz procedentes de las antorchas de fuego frío mientras regresaban a la Mantícora. Través se había colgado la ballesta en la espalda y llevaba en la mano su largo mayal. La cadena se balanceaba levemente mientras caminaba. El movimiento le parecía relajante, constante, predecible.

—Ha sido agradable ver esas caras amistosas —dijo Lei.

—Alguna demasiado amistosa, para mi gusto —gruñó Daine.

—No estoy muy seguro de eso —dijo Jode.

—¿Qué quieres decir?

—Hugal... había visto a Rasial antes. Estoy seguro. Le estaba observando y sin duda tuvo una reacción.

—Interesante —dijo Daine—. Le buscaremos por la mañana. Través, ¿estás bien? No has dicho una palabra en toda la cena.

Través alzó el mayal haciendo que la cadena girara sobre el mango.

—No había mucho que decir, capitán. Aunque me han sorprendido las palabras de Greykell. Si cree que es un error que lleves el uniforme porque es un símbolo de la guerra, ¿qué voy a hacer yo? —Través había sido construido para servir en el ejército cyrano, y los símbolos de ese servicio estaban grabados en su pecho—. La guerra es mi fin. Si el mundo debe olvidar la guerra, ¿qué lugar queda para mí?

Ni siquiera el normalmente elocuente Jode tuvo una respuesta para eso.

—Tu lugar está con nosotros —dijo Lei.

Través inclinó la cabeza para agradecer la idea. Pero él no estaba tan seguro. Oyó las palabras de la desconocida resonando en su mente: «¿Eres sólo un arma sin valor cuando no hay sangre que derramar?».

Siguieron la calle por la acentuada curva que formaba el muro de la torre central. Al otro lado, había seis personas esparcidas por la calle. A la escasa luz parecían todas humanas, aunque tenían los rostros ocultos tras maltrechas capas y capuchas. El hombre que estaba en el centro se echó atrás la cogulla. Era Monan, o tal vez Hugal. Través se había dado cuenta de que ambos tenían algunos pocos gestos propios; Hugal parecía hablar con más frecuencia y más rápidamente, y Monan no paraba de

moverse. Con el tiempo, estaba seguro de que podría distinguirlos. Pero con un solo vistazo, no pudo determinar a cuál de los dos tenía delante.

—Supongo que ahora podremos tener esa charla —dijo Daine.

Las seis figuras dieron un paso adelante. Monan blandía un largo cuchillo y una mujer joven tenía las manos extendidas como si fueran armas. Través vio que en la punta de los dedos tenía unas garras largas y curvas.

—¡Atrapadlos vivos si podéis! —gritó Daine.

Al tiempo que Monan embestía contra Daine, la mujer y otro desconocido cargaron contra Través. Éste alzó su mayal y adoptó el estado de conciencia propio del combate: dejó a un lado toda emoción y pensamiento para confiar en los instintos guerreros que eran parte de su ser.

Dos enemigos.

Un varón humano.

De mediana edad.

Con sobrepeso.

Rasgos retorcidos por la ira, pero sin armas aparentes.

Ningún rastro de herramientas místicas o componentes que distinguen a un artificiero o un hechicero.

Ése.

Hembra humana.

Joven.

Atlética.

Garras.

Dos.

Través no se interrogó por la presencia de sus garras. Simplemente evaluó la amenaza que presentaban. Iba armada, y por el momento parecía el mayor peligro.

El capitán les había pedido que los tomaran vivos. El mayal de Través ya estaba listo, e incluso la mujer se tuvo que agachar cuando hizo girar su arma en un arco bajo. Envolviendo sus tobillos con la cadena, dio un fuerte tirón. Ella cayó de espaldas con un gruñido y se golpeó la cabeza contra el suelo. Través ya estaba avanzando en el momento en que ella caía, golpeando con el mango del mayal. Pero cuando la golpeó en la cara, sintió un dolor agónico en el hombro.

En menos de un segundo repitió la escena en su mente, revivió el ataque...

Mientras él se encargaba de la joven, el hombre había lanzado la cabeza hacia delante y soltado un torrente de bilis, un río de ácido que ahora se estaba comiendo la superficie metálica y el compuesto del hombro de Través.

Través no era una criatura de carne y hueso. No gritó, pero sintió el dolor, una terrible quemazón que le advirtió de la herida que había sufrido.

Las prioridades habían cambiado. El hombre gordo era a fin de cuentas una amenaza, y era imposible saber qué otros poderes tenía. Través liberó la cadena del mayal de las piernas de la mujer y lo alzó al tiempo que el hombre que escupía ácido

le embestía.

Su atacante respiró hondo. Través se agachó y volvió a golpear con su mayal. El hombre abrió la boca...

Y se convirtió en piedra.

El hombre se movía y un segundo más tarde era una estatua de granito. Todavía había un rastro de bilis en sus labios, y el ácido empezó a corroer la piedra.

La mujer con las garras se estaba poniendo en pie. Juzgando que tenía dos o tres segundos, Través miró de soslayo su hombro. Lei estaba en el suelo, peleando con una anciana. A juzgar por la ira de su cara, estaba claro que la vieja bruja era mucho más fuerte de lo que parecía. Al principio de la batalla.

Través recordó haber visto que tenía las manos envueltas en trapos. Ahora tenía una de las manos descubiertas y Través vio una mancha en su palma, una cicatriz o un tatuaje que parecía un gran ojo de reptil.

—Través, ¡cuidado! —gritó Lei—. ¡No le mires la mano izquierda!

Identificada la amenaza, estaba claro lo que debía hacer. La mujer de las garras se había puesto en pie y le estaba atacando. Través lanzó su mayal contra ella. Ella esquivó ese patoso ataque con facilidad, pero le dio a Través tiempo suficiente para girarse y asir con fuerza y levantar a la vieja bruja. Su fuerza era sobrenatural, pero Través tenía los músculos de acero y piedra. Mientras la mujer con garras corría hacia él, Través se dio la vuelta, levantó la mano de la mujer como si fuera un escudo y un segundo después había una segunda estatua en mitad de la calle, con las garras extendidas en mitad de un frenesí inmóvil.

—¡Ayuda a los demás! —gritó Través a Lei. Peleó con la vieja, y lentamente consiguió unir sus manos. Ella silbó airada y redobló su resistencia. Través puso uno de sus inmensos pies de metal sobre uno de los pies mal calzados de la vieja. Ella jadeó, sus ojos se abrieron de pánico y él llevó su mano izquierda ante su cara. La anciana se convirtió en piedra, congelada para siempre mientras miraba su tercer ojo.



Daine no conseguía hacerse a la idea de atacar a otro cyrano, por muy raro que pareciera ser. Monan no tenía esos escrúpulos, y atacó a Daine con su largo cuchillo. Daine desvió el golpe, pero mientras lo hacía sintió un dolor terrible cruzándole la espalda. Dio un paso al lado para alejarse de Monan y se dio la vuelta. Un mugriento enano con una feroz luz en los ojos estaba justo detrás de él. Tenía sangre en las manos, unas terribles garras que salían de sus dedos y una extraña y retorcida musculatura en los brazos.

—¡Llama! —maldijo Daine, esquivando otro de los ataques de Monan—. ¿Qué sois?

Monan se rió y ambos enemigos atacaron. Apretando los dientes para tratar de aliviar el dolor de la espalda, Daine mantuvo a raya al enano al tiempo que daba una poderosa patada. Golpeó el pecho de Monan, y el gemelo retrocedió dando tumbos, lo que le dio a Daine el impulso para centrarse en el enano. Su enemigo se movía con una velocidad antinatural, golpeó la mano de Daine y le hizo soltar la espada. El enano insistió y atacó las piernas de Daine con las garras.

Daine jadeó y cayó al suelo sobre una rodilla. Aunque no soportaba la idea de atacar a uno de los suyos, no había otra elección. El enano le rajaría de arriba abajo. Con la mano que tenía libre, Daine agarró lo primero que pudo, la barba del iracundo enano. Tiró de ella tanto como pudo, y esa inesperada indignidad hizo que su enemigo perdiera el equilibrio. Mientras el enano caía de bruces, Daine recuperó su daga y se la clavó en la garganta. Con un gorjeo, el enano cayó mientras intentaba sin éxito arrancarse la daga con las garras.

Mientras Daine se ponía en pie, Monan se lanzó sobre él. Ahora Daine estaba totalmente desarmado. Esquivó el cuchillo de Monan y buscó con la mirada su espada. Monan siguió riéndose, y el sonido pareció repetirse en la mente de Daine, una reverberación sobrenatural que ahogó todo su pensamiento natural. Su visión se emborronó y pareció que había una docena de Monans danzando ante él.

Un cuchillo atacó y lo único que pudo hacer fue interceptarlo con el antebrazo. El dolor le recorrió todo el cuerpo. El cuchillo refulgió a la luz del fuego frío, y Daine supo entre la marea de risa que el fin estaba cerca.

Una sombra pasó volando. La estatua de la anciana golpeó a Monan y le derribó al suelo. Se oyó cómo un hueso se partía. Tratando de mantenerse en pie, Daine vio que Través se acercaba. El forjado había arrojado a su enemiga petrificada contra Monan.

Mientras la cabeza de Daine empezaba a aclararse, aferró el cuchillo de Monan y le puso el pie en el pecho. Lei, Través y Jode les rodearon.

—Es el fin, Monan —dijo Daine—. Dime de qué va todo esto y te llevaré a un sanador.

Monan siguió riéndose, pero tenía la boca llena de sangre.

Daine le dio una fuerte bofetada. Sujetó a Monan por el cuello y le mostró la daga.

—No me obligues a hacerte daño, Monan.

El gemelo volvió a reírse, esta vez con la voz algo más débil.

—Soy Hugal —susurró, y entonces la mente de Daine explotó.

Daine retrocedió dando tumbos. Una oleada tras otra de pensamientos ajenos asaltaron su mente. Una vida de recuerdos, un insoportable reguero de imágenes y sensaciones estaban tratando de asaltar su cerebro. Cayó de rodillas tratando de alzar sus recuerdos a modo de defensa: su abuelo gritándole a su padre, la última vez que

había visto a Alina, hacía diez años, el ataque a Chimenea Blanca.

—¡Sé mi nombre! —dijo, y por un momento lo creyó.



## CAPÍTULO

19

BRELAND  
SHARN

*28 de dravago de 996 AR*

Estaba tendido sobre una manta en una habitación vacía y polvorienta. Un hombre menudo —un mediano— estaba sentado junto a él. En alguna parte, sonaban campanas.

—¿Estás bien? —dijo el hombrecillo.

Jode. Era Jode. Lentamente, los recuerdos regresaron a él.

—Jode —susurró—. Estás bien.

Jode se encogió de hombros.

—Estoy bien. No parecían interesados en mí. El hombre que fue a por mí ni siquiera iba armado, y después de abrirle las rodillas con un cuchillo, pareció encantado con la idea de dejarme en paz. ¿Y tú? ¿Recuerdas lo que pasó?

—Creo... que sí.

—Al parecer, Monan, o Hugal, quien fuera, destruyó su mente y tu quedaste atrapado en una especie de reacción psíquica. —Jode contempló intensamente a Daine—. Si no te importa que te lo pregunte, ¿puedes decirme cómo sobrevivimos a la batalla del risco de Keldan?

El risco de Keldan...

—No —respondió al fin Daine—. Ninguno de nosotros recuerda lo que pasó.

—Así es —dijo Jode, mostrando una sonrisa—. Quería comprobarlo.

—¿Habéis descubierto qué buscaban?

—Me temo que no. Todos los demás murieron. Monan-Hugal está vivo, pero no responde a nada.

—Ya.

—Es peor —dijo Jode—. Está transformándose. Se convirtió a su verdadera forma después de venirse abajo.

—¿Transformándose?

—De modo que podría ser Monan, podría ser Hugal, o podría no ser ninguno de los dos. No hay modo de saberlo hasta que no encontremos al otro gemelo.

Daine se sentó.

—¿Están bien los demás?

—Olladra sonrío, Te he curado la espalda y Lei arregló a Través. Están abajo

desayunando. Creímos que lo mejor era dejarte dormir todo lo que necesitaras.

Como lo último que recordaba era la cena, Daine se sorprendió al sentir hambre. Buscó a su alrededor y encontró su ropa.

—A partir de ahora, deberíamos estar siempre juntos. No sé por qué nos atacaron, pero está claro que algo raro está pasando en Altos muros.

—Más raro de lo que crees, capitán. Pero será mejor que te lo cuente Lei.



—¿El ojo de un basilisco?

—Eso creo. —Lei estaba tomándose un segundo cuenco de las legendarias gachas de la Mantícora—. Una vez se quedó petrificada, pude examinarlo. Creo que alguien, de alguna forma, le introdujo un ojo de basilisco en la palma de la mano y conservó todos los poderes de un basilisco vivo.

—¿No fueron los tarkanans?

—Suponiendo que la gente que conocimos ayer dijera la verdad, no tienen nada que ver con ellos. Los poderes de Bal se basan en los mismos principios que una Marca de dragón. Esos otros..., nunca había visto nada igual.

—Después de que perdieras el conocimiento, llegó ese otro capitán, Greykell, con unos cuantos miembros de la milicia local. Nos llevó al sanador, Huida, junto con los otros cuerpos. No había mucho espacio en su tienda, así que te trajimos aquí cuando supimos que no había ningún riesgo.

—Con la excepción del conversor, Greykell conocía a los atacantes —dijo Jode—. Podría estar actuando, pero tengo la sensación de que le sorprendió y le inquietó de veras lo que vio. Dijo que no tenía ni idea de cómo ni por qué hicieron eso.

—Bueno, ya empezamos a saber cómo —prosiguió Lei—. Esos dos con las garras: extrajimos una especie de criaturas de sus brazos. Parecían alguna clase de gusanos. Dados los poderes mentales de los conversores, creo que esos gusanos estaban vinculados a sus mentes de alguna forma. Es posible que sus tendones estuvieran incluso controlando su comportamiento. En todo caso, sé de adeptos kalashtar que pueden utilizar los poderes de sus mentes para dar una nueva forma a sus cuerpos, y creo que éste fue el caso. Esos gusanos incrementaron su fuerza y velocidad y produjeron esas garras. La petrificación impide decirlo, pero creo que el anciano que escupió ácido a Través tenía un injerto semejante, un órgano monstruoso en el pecho.

—Estás diciendo que estamos buscando a un hombre con un tacto mortal y que estamos siendo perseguidos por gente que ha sido físicamente alterada para escupir

ácido y convertir a los demás en piedra.

—Más o menos.

—¿Es que ya nadie usa espadas? —Daine se hundió en su silla—. Estoy empezando a echar de menos la guerra.

—Greykell tiene al conversor en observación por si se recupera —dijo Jode—. Tengo que curar a algunos niños, de modo que si queréis hablar con ella sobre la gente que nos atacó, podemos ver qué sabe.

—Está claro que necesitamos toda la información que podamos conseguir. —Daine se detuvo un instante—. ¿Creéis que pudo ser solamente un ataque casual? Que estuviéramos en el lugar inadecuado en el momento inadecuado. A fin de cuentas, no nos pidieron nada.

—Es posible. Por otro lado, Monan pareció reconocer a Rasial, y no puedo evitar preguntarme si el ataque tenía alguna relación con la conversación con la cena. Quizá hicimos demasiadas preguntas y alguien nos quería muertos.

—O quizá... —dijo Lei pensativamente—. Quizá alguien te quería vivo.

—¿Qué quieres decir? —dijo Jode.

—Tú mismo lo has dicho, Jode. Tú eres el único al que no trataron de matar, ni siquiera cuando heriste a tu enemigo. Quizá no esperaban que el resto de nosotros aguantáramos tanto. Una vez hubieran acabado con nosotros, se podrían haber unido para atraparte.

—Pero ¿qué iban a querer de mí? —dijo Jode.

—Ésa es la cuestión —dijo Lei.

—¿Qué hacemos con lo que sabemos?

Daine trató de recapitular.

—Para empezar, tú no irás a ninguna parte solo, especialmente en Altos muros. Hablemos con Greykell y veamos qué sabe de nuestros atacantes. Después de eso..., bueno, todavía tenemos que hablar con el viento, signifique eso lo que signifique.

Lei se llevó la mano a la frente.

—¡Dioses soberanos! Me había olvidado completamente de eso. ¿Crees que tendremos que derrotar al guardia otra vez?

—Sólo hay una forma de descubrirlo.





CAPÍTULO 20

BRELAND  
SHARN

*28 de dravago de 996 AR*

Greykell se reunió con ellos en la enfermería *cyr* de la plaza de Tograd. El suelo de la tienda estaba cubierto de jergones, y había gente de todas las edades esparcida sobre ellos. El olor de sangre y carne gangrenosa impregnaba el aire, y la sala estaba llena de gemidos y gritos en voz baja. La mayor parte de los pacientes eran veteranos de la guerra. Algunos se estaban recuperando de las heridas, pero otros eran víctimas de los ataques mágicos del propio Luto. A un hombre le faltaban el brazo y la pierna derechos. Parecía que su lado derecho hubiera sido transformado en cera y después expuesto a un tremendo calor. Una joven estaba incorporada y hacía gestos con la mano derecha, un complejo movimiento que repetía una y otra vez, pero tenía los ojos ausentes y en blanco. Greykell estaba en la parte posterior de la tienda, contemplando una figura inmóvil con la piel pálida como la de un muerto y el cabello gris plateado. Era el conversor.

—Me alegro de verte por aquí, Daine —dijo Greykell, dándose la vuelta para mirarle—. Por el momento, nuestro amigo no da señales de vida. Huida le ha dado otro vistazo esta mañana. Por desgracia, es difícil saber si sólo está fingiendo.

—Puedo intentar algo al respecto —dijo Lei. Su capacidad para canalizar y tejer energía mágica era limitada, pero después de una buena noche de descanso estaba lista para volver al trabajo.

—Hazlo —dijo Daine.

Lei sacó un pequeño disco de mármol rojo pulido de la bolsa de su cinturón. Tenía un ojo grabado en la superficie que a Daine le recordó al que había en la empuñadura de su espada prestada. Lei resiguió las líneas del ojo, musitando encantamientos, y al cabo de un momento el ojo empezó a brillar tras la estela de su tacto.

Un minuto más tarde, había terminado.

—¿Te parece? —preguntó a Daine. Él asintió y ella sostuvo la piedra sobre la cabeza del conversor. Cerró los ojos y alargó una mano para estudiar la superficie de la cara del conversor. Finalmente, volvió a abrir los ojos—. Nada —dijo—. Está completamente vacío. No queda ningún pensamiento.

—Sigue con ello —dijo Daine. Se giró a Greykell—. Jode me ha dicho que

conoces a la gente que nos atacó. ¿Puedes explicar algo de todo esto?

Greykell negó con la cabeza.

—En absoluto. Philan, el hombre gordo, ahora la estatua gorda, estaba el otro día en el mercado contando a los niños historias de Cyre. Sarris, la mujer con las garras, fue una exploradora a mis órdenes. Quizá excesivamente celosa, pero nunca vi sus garras antes.

—¿Se conocían entre ellos? —preguntó Jode.

—Aquí todo el mundo se conoce —dijo Greykell—. Pero no tengo ni idea de si pasaban mucho tiempo juntos.

—¿Qué hay del otro gemelo? —dijo Daine—. ¿Le habéis encontrado?

—Todavía no. Pero Daine, se trata de un conversor. Esto puede no tener nada que ver con Hugal y Monan. Podrían ser tan inocentes como tú o como yo.

—O puede que Hugal y Monan nunca hayan existido.

—Yo diría que al menos uno ha sido siempre un conversor y que el otro es humano —dijo Jode—. Los conversores no son malos en sí mismos, pero poca gente confía en ellos.

—No entiendo por qué —dijo Daine.

—Son sólo gente, Daine. Este Monan pudo conocer a Hugal cuando eran niños. Se gustaron y decidieron ser «hermanos». No es tan infrecuente, por lo que he oído. He sabido también de comunidades de conversores que tienen una serie de identidades que comparten, de modo que puedes tener seis conversores que se turnan siendo Lei, Jode o Daine.

—O Hugal o Monan.

—Exactamente.

Daine frunció el entrecejo.

—Greykell, así pues, ¿no sabes nada de esto, qué pretendía esa gente o por qué nos atacaron?

—Bueno... —Pensó un momento antes de seguir—. Si creéis que Monan está detrás de esto, hay una serie de factores a tener en cuenta. Todos sois miembros del ejército cyr, pero también lo soy yo y no he sido atacada por el momento. Vuestro compañero tiene la Marca de la curación. Hablando de eso, Jode, ¿te importaría ayudar a Huida allí? Tiene cuatro casos más de fiebre por gusanollamas. Y después está ese otro amigo vuestro, el del dibujo. Yo apostaría por una de las dos últimas cosas. Y como mi propósito es mantener el orden en Altos muros, ¿por qué no me contáis de qué va todo esto en realidad?

—¿Qué quieres decir?

Se tapó el ojo bueno.

—Sólo soy medio ciega, Daine. Jode es un buen embaucador, pero no me he creído esa historia del primo ni por un minuto. A mi modo de ver, o Monan y sus raros amigos trabajaban con ese Rasial y estaban intentando protegerle de vosotros, o bien le quieren muerto y vosotros resultasteis ser más convenientes. ¿Quieres

contarme la verdad? Y ya puestos —se giró para mirar a Lei, que estaba sentada en silencio con los ojos cerrados—, ¿puedes decirle a tu amiga que deje de leer mi mente? Si tenéis preguntas, hacedlas.

Daine se puso colorado y le dio un golpecito en el hombro a Lei. Ella parpadeó y dejó a un lado la piedra grabada.

—Está diciendo la verdad —dijo.

—Eso te lo podría haber dicho yo gratis —gruñó Greykell.

—Muy bien, capitana Greykell —dijo Daine—. Pero no estoy cómodo hablando aquí. Ven a nuestra habitación en la Mantícora y te diré lo que sabemos.

Greykell esbozó una sonrisa.

—Me parece bien. Siempre he querido probar sus gachas. He oído decir que son lo máximo.

Daine se encogió de hombros.

—No lo sé. Ya tomé demasiadas gachas en mis tiempos, y honestamente, ya tengo suficiente.



—¿Marcas de dragón aberrantes? —Greykell frunció el entrecejo—. ¿Como en «Cómete las raíces azucaradas o la Señora de la Plaga se te llevará en mitad de la noche?».

Daine asintió.

—Dices que viste a Riasal hablando con Hugal o Monan, ¿verdad?

—Eso creo..., pero es sólo un vago recuerdo. Una discusión en un mercado, hace quizá una semana.

—Podría ser. Riasal tenía que transportar mercancías de contrabando para mi jefa. Regresó con las mercancías hace dos días pero nunca hizo la entrega. Me pregunto si había hecho otro trato en secreto.

—O dos —comentó Jode—. Los tarkanans parecían ansiosos por encontrarle. Podrían ser sólo vínculos familiares, o puede que haya más.

—¿En qué consistía la entrega?

—Unas raras piedras de dragón.

—Pero ninguno de los atacantes tenía Marcas de dragón —dijo Greykell—. ¿De qué les iban a servir las piedras?

—Las distintas clases de piedras de dragón tienen distintos usos —explicó Lei—. En este caso se trata de piedras de dragón de Khyber, y pueden unir las energías de Marcas de dragón y otras fuentes de poder mágico. Pensando en ello, me doy cuenta

de cuál puede ser su valor. No sé cómo, pero alguien parece haber tejido capacidades sobrenaturales en esa gente del mismo modo en que yo puedo colocar encantamientos en objetos. Quizá esas piedras de dragón pueden dinamizar el proceso. Si las piedras de dragón crecieron y fueron suspendidas en un medio líquido... No lo sé. Todo es teórico. ¿Hay algún artificiero talentoso en la comunidad, Greykell? ¿O quizá un transmutador?

—Claro —dijo Greykell—. El viejo Jol, que vive en la tienda que está llena de agujeros y lleva una sartén como sombrero. —Soltó una risotada—. No, no tenemos a ningún artificiero talentoso aquí. ¿Crees que este lugar sería el desastre que es ahora si lo tuviéramos?

—¿Qué hay de la mujer con el ojo de un basilisco en la palma de la mano? ¿Cómo sucedió?

—La vieja Hila era una viuda de guerra, que además perdió también a sus dos hijos en la batalla. Recuerdo que cené con ella en la tienda de Teral hace unos meses. Era sorprendentemente enérgica y se pasó la mayor parte del tiempo quejándose de que Breland nos dé de comer migajas después de haber destruido todo lo que tenemos. Recuerda haber discutido de eso con ella. Es lo que yo decía anoche, no va a servirnos de nada aferrarnos a esa ira.

—¿Y después te convirtió en piedra? —dijo Jode.

—No. Y estoy segura de que sus manos eran normales entonces. Es una costurera. Recuerdo verla con ese vendaje hace algunas semanas, pero supuse que se había cortado trabajando.

Aquello inquietó a Daine.

—Demasiado para ser un efecto del Luto. ¿Estás diciendo que en algún momento del mes pasado le metieron un ojo de basilisco en la palma de la mano?

—Nunca había oído hablar de una cosa así, Daine.

—Mmm. ¿Qué hay de la chica con los dientes de piedra? ¿Podrían estar relacionadas ambas?

—No lo creo —dijo Lei—. Nunca había visto un efecto de petrificación concentrada antes.

—No hay ninguna relación —dijo Greykell—. Conocí a Olalia la primera vez que cené con Feral, y de eso hace casi cuatro meses. Creo que ella es de veras una víctima del Luto. Hemos visto a muchos horrores surgidos de nuestra patria. Hay al menos seis personas en la enfermería que están peor que ella.

—Jode..., pareces ser un experto en conversores —dijo Daine—. Le dan una nueva forma a sus cuerpos, ¿verdad? ¿Podría un conversor transformar el cuerpo de otra persona? ¿Ponerle un ojo de basilisco a Hila en la mano?

—No. —Jode y Lei respondieron al mismo tiempo. Se miraron y Lei prosiguió—. Los conversores tienen una capacidad muy limitada de cambiar su apariencia. Un conversor no podría siquiera colocar un ojo que funcionara en su propia mano, y no digamos ya un ojo con poderes mágicos. Es como la Marca de dragón, un conversor

puede colocar el dibujo en su piel, pero no puede adquirir los poderes de la Marca.

—De acuerdo. —Daine se frotó la frente—. Repasemos esto una vez más. Tenemos a un grupo de gente en Sharn con Marcas de dragón aberrantes que canalizan peligrosas energías. Un miembro de ese grupo es un exguardián, que puede matar a la gente con su tacto. Empieza a trabajar a espaldas de sus nuevos amigos. En el proceso, empieza a tratar con Hugal o Monan, que pueden ser o no conversores en ese momento. Monan, si era Monan, tiene su propio grupo de amigos, el club de los escupidores de ácido con un ojo extra y garras. Tenemos la cena de anoche. Monan descubre que Jode tiene la Marca de la sanación y que estamos buscando a Rasial. Corre a reunir un grupo de sus amigos para atacarnos. ¿Por qué?

Lei tomó la palabra.

—Es posible que Rasial no tenga nada que ver con eso. Claramente, esa gente está transformando su cuerpo de un modo antinatural. Tiene que ser algo peligroso. —Miró a Greykell—. ¿Se han producido muertes sospechosas últimamente?

—Desapariciones, sí..., pero no es el mejor lugar ni el mejor momento para ser un cyrano.

—Implantar órganos monstruosos... Imagino que por cada ojo de basilisco que funcione se produce una nueva muerte. Quienquiera que esté haciendo esto habría querido hacerse con los servicios de Jode para mantener con vida a esos individuos. La pregunta real es cuánta gente más de esa hay aquí. ¿Los vimos a todos anoche o hay más?

—Supongo que Hugal nos lo podría decir —dijo Daine.

—Le estamos buscando —dijo Greykell—. La Guardia de Sharn tiende a ignorarnos. O no somos merecedores de su tiempo o tienen miedo de entrar en nuestro distrito. Creed lo que queráis, pero yo he reunido a unos cuantos amigos para ayudar a mantener el orden. Veremos si podemos encontrarle.

—Gracias, capitana Greykell.

—Te lo dije, eso ya ha terminado para mí. No creo estar haciéndolo para vosotros. ¡No quiero que le suceda nada a Jode mientras sigamos teniendo gusanollamas por aquí! —Se rió y le dio un golpe a Daine en un hombro—. ¿Y tú qué dices? ¿Alguna idea?

—Sólo una. —Daine suspiró. Miró a Lei—. ¿Lista para regresar a la Puerta de Malleon?

Las calles de la Puerta de Malleon estaban casi vacías. Los duendes eran nocturnos por naturaleza, y el sol de mediodía caía sobre calles silenciosas y adoquines quebrados. Los habitantes estaban empezando a ponerse en marcha cuando Daine y sus aliados recorrían sus calles; un par de niños duendes miraron por encima de un montón de basura y ropa, y un chinche bien vestido vertió el contenido de una palangana desde una ventana en las alturas. Un sonido dulce llenaba el aire, la voz de una mujer entonando una canción sin palabras, llenaba el aire de alegría y belleza. Casi inconscientemente, Daine se encaminó hacia el sonido, pero al cabo de unos pocos pasos advirtió que sus piernas estaban siendo agarradas. Era Jode, que estaba sujetando sus piernas.

—Es una arpía —dijo mientras el sonido etéreo continuaba—. No son la mejor compañía para el almuerzo.

Través puso una mano en el hombro de Lei para impedirle que siguiera el sonido. Escucharon la melodía encantadora durante un momento, pero ésta se desvaneció. Una arpía se alzó en el aire desde una torre cercana con un pedazo de carne goteando en la mano.

Daine negó con la cabeza y se puso en movimiento de nuevo.

—¿Qué hacen criaturas como éstas en una ciudad? ¿Por qué la Guardia no ha hecho nada al respecto?

—Esas criaturas pueden parecerte monstruos —señaló Lei— pero muchas de ellas son tan listas como tú o como yo, y sólo están tratando de sobrevivir como nosotros. —Se había lastimado un dedo del pie al meterlo entre dos adoquines irregulares y estaba utilizando el bastón de maderaoscura para liberar del peso su pie derecho—. Ha encontrado un lugar en esta comunidad, y me jugaría todo mi oro a que ha pagado su desayuno. La mayor parte de monstruos exóticos aquí son empleados por la casa Tharashk, que vende sus servicios y se hace responsable de su comportamiento.

—Quizá fuera de la Puerta de Malleon —dijo Jode—. Pero ¿recuerdas esas estatuas que encontramos ayer? Empiezo a pensar que las leyes de esta tierra no se aplican en este distrito.

—Es posible. Siempre he oído decir que es mejor no acercarse a la Puerta, y no creo que a la Guardia le importe la muerte de un duende inocente.

—Mmm —dijo Daine—. ¿Y si esas esculturas no eran obra de una medusa? Acabamos de conocer a alguien que puede convertir a la gente en piedra.

—Una idea interesante —dijo Jode—. ¿Pero qué ganaría una vieja costurera cyrana petrificando a duendes?

—¿Qué ganaría petrificando a Lei? ¿O a mí?

—Bueno, podría comprarle tu espada a la casa de empeños si tú no la reclamabas. Daine tocó su espada prestada.

—No me lo recuerdes. Aureon sabe que he pensado en la posibilidad de matar para recuperarla.

Jode esbozó una sonrisa encantadora. En la distancia, la arpía empezó a cantar de nuevo.

—Tengo que reconocerlo —dijo—. Es un sonido adorable.

—Adorable —dijo Daine frunciendo el entrecejo.



En la puerta del templo había una ogra. Nevaba una falda negra y un arnés de piel negra decorado con pinchos de latón. Tenía alrededor de sus inmensos y callosos puños bandas de piel con pinchos. Tenía un aspecto sorprendentemente agradable, tratándose de una ogra, especialmente en la Puerta de Malleon. Parecía haberse lavado el pelo negro al menos una vez, y tenía unos ojos raramente listos, que en ese momento les estaban observando.

—¿Bien? —murmuró Lei mientras se acercaban al guardián de la puerta—. Parece que vamos a pelear de nuevo. ¿Crees que puedes con ella?

—No soy tan fuerte como ella. Esperemos que no sepa que hacer con su fuerza. —Daine cobró ánimos y dio un paso hacia la ogra. Para su sorpresa, ella se hizo a un lado e inclinó la cabeza levemente.

—Ella espera. —Su voz era un trueno ronco, casi demasiado brutal para ser comprendido. Golpeó la puerta con el puño cubierto de piel. Se produjo un estallido resonante y la puerta se abrió. Aunque el sol estaba en lo más alto del cielo, el pasadizo que había al otro lado estaba completamente a oscuras.

—¿Podrías ser más específica? —dijo Jode mirando desde la altura de sus rodillas—. ¿Tiene un nombre? ¿Es más grande que un chinche?

La ogra ni siquiera bajó la mirada hacia él.

—Entrad y descubridlo —dijo. No era una sugerencia.



La puerta se cerró una vez hubieron cruzado el umbral. La oscuridad era completa. Lei susurró unas palabras y los tachones dorados de su armadura se iluminaron.

Desde el exterior, el edificio parecía un templo olvidado en honor del Ejército Soberano, abandonado siglos atrás y entregado a las grietas y la basura. A la luz de la refulgente armadura de Lei, era fácil ver por qué había sido abandonado. Unas pocas vigas habían caído del techo y el suelo estaba lleno de polvo y detritus. Las ventanas habían sido tapiadas con mortero.

—Me esperaba algo un poco más majestuoso —dijo Jode mirando a su alrededor—. Si te tomas la molestia de que tu ogra se lave el pelo, uno pensaría que también le quitas el polvo al templo.

—¿Es seguro? —se preguntó Daine mirando el techo—. Si hemos llegado hasta aquí para que se caiga una piedra y nos aplaste, voy a llevarme una decepción.

—Diría que sí —dijo Lei, mirando con los ojos entrecerrados en la oscuridad—. Pero yo no tiraré ninguna piedra.

Una brisa fresca sopló en la sala. Daine buscó su origen, pero no vio ninguna abertura. Después se percató de una débil luz naranja en el extremo opuesto del pasillo, algo que surgía del suelo.

—Allí. Vamos. Tráves, ponte el último y síguenos.

Tráves colocó una flecha en su ballesta y mantuvo otra en la mano. Daine desenvainó la espada y la daga, y Lei alzó el bastón de maderaoscura. Jode empezó a silbar una alegre tonada talentana, pero se detuvo cuando Daine lo miró de soslayo.

—¿Qué? —dijo—. ¿Crees que alguien va a montar una emboscada y a exigirle a Lei que luche contra un minotauro desarmada? Debo reconocerlo, no me lo esperaba. —Daine siguió mirándolo—. Está bien —dijo con un suspiro, desenvainando su cuchillo—. Me callaré.

Lei susurró una palabra poderosa y la luz mágica se apagó. En la nueva oscuridad, el brillo que surgía del extremo de la sala resultaba todavía más evidente. Los tres formaron un semicírculo y avanzaron mientras Tráves los seguía a treinta pies de distancia. Daine empezó a oír un grave gorjeo, el sonido de un líquido denso hirviendo. La fuente del sonido era también la fuente de la luz. Resultó ser un estanque de metal fundido, de casi diez pies de ancho. Se acercaron sintiendo el calor y el olor del fuego. En un círculo alrededor del temible estanque, había nueve altares de piedra, uno por cada uno de los señores del Ejército Soberano. El altar más grande estaba justo delante de ellos. Era de granito rojo y tenía grabado el sello del Martillo de Onatar, señor del Fuego y la Forja. Una gran grieta recorría el centro del altar y



partía el martillo en dos.

—¡Qué trampa tan diabólica! —susurró Jode—. Saben que no nos resistiremos a bañarnos en el estanque.

Daine suspiró y bajó la espada.

—Ya estáis en llamas.

Los oídos de Daine tardaron un momento en registrar esas palabras. Recordó la canción de la harpía: era belleza pura destilada en sonido, sobrenatural e inhumana.

La voz procedía directamente de delante de ellos, y de repente Daine advirtió la inmensa sombra negra agachada encima del alboroto de Onatar. ¿Había estado allí desde el principio? ¿O había aparecido con el sonido de la voz? La figura avanzó y quedó a la Vista por la luz del estanque de metal fundido.

Una esfinge.

Tenía el cuerpo de un gran gato negro con el cuello y la cabeza de una hermosa doncella cita, aunque si la cabeza hubiera estado en un cuerpo humano, habría tenido que medir nueve pies para mantener la proporción. Su piel era una superficie sin imperfecciones, sus ojos refulgían, dorados. Tenía el pelo negro como la medianoche y le caía hasta la mitad de la espalda hasta confundirse con las grandes alas de cuervo plegadas. El negro de su piel y su cabello presentaba bandas de color naranja brillante, y éstas parecían refulgir bajo aquella luz tenue. Cuando se dio la vuelta, las bandas ardieron como llamas. Llevaba tres cadenas en el cuello —una de oro, otra de plata y otra de adamantino negro— y también ellas refulgieron a la luz del estanque brillante.

Daine se quedó perplejo, sin habla. Había visto criaturas extrañas antes. Algunas de las bestias contra las que había luchado en las tierras Enlutadas hostigarían sus pesadillas durante el resto de su vida. Pero nunca había visto algo con la cruda presencia y la imagen de majestad inhumana de aquella esfinge. Aquellos ojos dorados parecían mirar en su interior. Volvió a hablar. Fue una visión impresionante, pero a Daine le pareció imposible reprimir su maravilla.

—Lei, Daine, Jode. No tengáis miedo. Venid en paz y estaréis seguros. Ven adelante, Través. Soy Llamaviento y os he estado esperando.

Tratando de encontrar su voz, Daine dijo:

—¿Cómo sabías que veníamos?

—Tranquilízate. —Su voz era tan hipnótica que parecía una orden—. El destino es como una llama.

—¿Consume y destruye todo lo que toca? —dijo Jode. A diferencia de Daine y los demás, Jode no se había visto afectado por la Majestad de la esfinge.

—Cuidado con lo que sugieres —dijo la esfinge—. Tu destino puede sin duda consumirte y acarrear una gran destrucción. Pero cuanto mayor es la llama, más luz arroja, y más lejos puede verse. Vi vuestros fuegos ardiendo en las tierras Enlutadas. Os observé mientras os acercabais y dispuse que estuvierais aquí hoy.

—¿Y si hubiéramos decidido no venir? —dijo Daine.

Llamaviento sonrió y no dijo nada.

—De modo que no teníamos más opción. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—No. Podíais elegir. Tenéis poder. Pero no siempre veis las fuerzas que os mueven. ¿Por qué habéis venido esta mañana?

—Bueno, intentamos visitarte ayer, pero apareció la Guardia.

—¿Por qué?

—Un viejo amigo quería verme.

—¿Por qué?

—No lo sé. Para advertirme, supongo.

—¿Y cómo sabía que te encontraría aquí, en un lugar que la Guardia no guarda?

—¡No lo sé! ¿Va a responder alguna pregunta o sólo a hacerlas?

Llamaviento giró la cabeza y sus ojos dorados recogieron la luz del estanque.

—Encontraréis respuestas a su debido momento. Por ahora, debéis haceros las preguntas a vosotros mismos. No soy la única que puede ver vuestras llamas. Otros están mirando y están dando forma a vuestro camino. La muerte de Hadran d’Cannith, la presencia de tu amiga Alina..., no son accidentes. Advertid la coincidencia.

Lei dio un paso hacia delante, y ahora eran sus ojos los que ardían en la oscuridad.

—¿Sabes quién mató a Hadran? ¡Dime!

Llamaviento retrocedió y extendió sus alas. Plumas doradas se ocultaban tras el negro, y por un momento pareció estar rodeada de llamas.

—Tú le mataste, Lei. Los que te observan tienen planes para ti, y una vida con Hadran no era lo que deseaban.

—¿Quién? ¿Quiénes?

La esfinge se posó sobre sus ancas y volvió a recoger las alas.

—No lo sé. Veo vuestros fuegos, pero los que observamos estamos ocultos en las sombras. Te diré esto. Todos tus problemas están atados a tu pasado, a quién eres, y a los que han venido antes. Tu destino está vinculado al de tu familia, tus padres y tus hermanos.

—Mis padres están muertos —dijo Lei—, y no tengo hermanos.

—Cargas con el legado de tu sangre, y ya has conocido a uno de tus hermanos. Debes olvidarte de tu casa y centrarte en tu familia.

—¡Basta! ¡Basta! —gritó Lei—. ¡Toma tu bastón y déjanos en paz! —Lanzó el bastón de maderas oscura a Llamaviento. El bastón se quedó inmóvil en el aire y después descendió lentamente hacia Lei y cayó a sus pies.

—El bastón no ha sido nunca mío —dijo Llamaviento—. Sólo hice que llegara hasta ti. Es poco lo que puedo hacer por ti. Acepta este regalo.

Través caminó hasta ella. Recogió el bastón y le puso la otra mano en el hombro. Llamaviento sonrió levemente.

—Tus amigos se apoyarán en tu fortaleza en los tiempos que están por venir, Través —dijo—. Pero ni siquiera tú conoces tu fortaleza.

—¿Qué quieres decir? —dijo Través. Hasta Lei parecía desconcertada.

—¿Sabes cuál es tu fin, Través?

—Fui diseñado para servir como explorador de la infantería ligera y unidad de apoyo, especializado en el sigilo y el reconocimiento.

—Eso es lo que te dijeron. Eso es lo que has hecho. Pero está lejos de la verdad. Debes descubrir a tu familia.

La cara metálica de Través era incapaz de mostrar ninguna expresión.

—No tengo familia. Fui forjado en los talleres de Cyre.

—¿Por quién?

—No lo sé.

—Si quieres conocer tu fin, debes empezar por eso.

—¿Qué hay de mí? —dijo Jode—. ¿También yo tengo misteriosos asuntos familiares?

Llamaviento bajó la mirada hacia el pequeño mediano.

—Tú conoces a tu familia, Jode. Y sabes quiénes son. Lo que importa son las elecciones que harás en las próximas horas. Hay una llave que sólo tú puedes encontrar, oculta entre dos piedras que sólo tú puedes mover. Debes encontrarla tú solo, pero pagarás un precio terrible por hacerlo. Tienes el poder de acabar con el sufrimiento de los demás, pero tendrás que sacrificar todo lo que tienes.

—¿Por qué estás haciendo esto? —dijo Daine—. Si sabes tanto de nuestros destinos, ¿a qué vienen los acertijos? ¿Por qué no nos dices lo que sabes?

La esfinge miró a Daine y sonrió.

—¿Qué respuesta quieres oír, Daine sin apellido? ¿Que estoy limitada por leyes divinas y arcanas y que os he dicho todo lo que puedo deciros? ¿Que os he dicho todo lo que necesitáis saber para completar vuestro fin en este mundo? ¿O que tengo mis propios planes y estoy dando forma a vuestro destino tanto como los otros que observan?

—¿Qué es lo cierto?

—¿Qué creerás?

—Supongo que tienes un misterioso acertijo para mí.

Llamaviento lo miró.

—Has dado la espalda a tu pasado, Daine. Vendiste la espada de tu familia mucho antes de que lo hiciera Jode. Tendrás que recuperar esa espada.

—Cualquier espada me sirve.

—No digas eso. El valor de una espada depende de quién la blande. Si usas lo que tienes, triunfarás.

Daine no dijo nada, Los ojos de la esfinge brillaron cuando prosiguió.

—Habrás perdido mucho más que tu espada cuando el sol se haya puesto. Debes hacer la paz con las sombras si quieres sobrevivir. Los enemigos te rodean y la oscuridad más profunda se oculta en la luz.

—¿Tienes más parábolas o hemos terminado aquí?

—Sólo una más. Llegará un momento en que te pedirán que entregues a tu mejor amigo. Andate con cuidado. Tendrás que cargar con las consecuencias el resto de tu vida.

—¿Y ya sabes lo que decidiré?

—Por supuesto. Pero tú no lo has decidido todavía. —Llamaviento sonrió por última vez—. He dicho todo lo que puedo decir, o todo lo que diré. Marchaos. Vuestros enemigos esperan.

Extendió las alas y emprendió el vuelo hasta desaparecer entre las sombras de la cúpula. Daine la buscó, pero no se la veía en ninguna parte.

CAPÍTULO  22  
BRELAND  
SHARN  
*28 de dravago de 996 AR*

—Bueno, sin duda esto lo ha aclarado todo —dijo Daine, dándole una patada a una piedra. Cuando salieron del templo, la ogra no estaba en ninguna parte. Los habitantes de la Puerta de Malleon estaban empezando a despertarse. Grupos de duendes se encaminaban hacia los talleres, y calle arriba unos cuantos chinchos peleaban en un pórtico—. Se supone que Lei y Través van a mantener una reunión familiar, deberíais empezar a buscar cómo llegar allí, y yo tengo que repararme para sufrir una gran pérdida. Y tenemos tres días para aclarar todo esto antes de que nos encontremos de patitas en la calle.

—No sé —dijo Jode—. Diría que ha valido la pena. ¿Cuándo viste una esfinge por última vez? Me pregunto si participa en las carreras.

Lei había agarrado el bastón de maderaoscura de manos de Través, y ambos estaban caminando en silencio. Ella volvió a hablar aunque sus pensamientos parecían distantes.

—No lo creo. Cuando yo estudiaba en Sharn, recuerdo que oí una historia acerca de una expedición a Morgrave que trajo una esfinge a la ciudad.

—¿De dónde procedía? —preguntó Jode—. ¿Droaam?

—Creo que de Xen'drik.

Xen'drik era un continente del sur, una tierra de secretos y misterios. Daine nunca había estado allí, pero sabía que se decía que era la patria de los elfos y la sede de una antigua civilización de gigantes que había sido destruida milenios antes del auge de la humanidad.

—Un grupo de exploradores la encontró en la jungla —prosiguió Lei—, o ella los encontró a ellos, depende de cómo lo mires. Según oí, la esfinge dijo que esperaba a los exploradores y que regresaría a Sharn con ellos. Ellos se la llevaron porque uno no se encuentra con una esfinge cada día. Se supone que la tenían escondida en la universidad, hablando con sabios sobre Xen'drik. Nadie dijo nunca nada acerca de un templo en la Puerta de Malleon. Eso seguro.

—De modo que crees que deberíamos darle cierta importancia —dijo Daine.

—No lo sé. Sabía que estamos aquí. Sabía quiénes somos. Y el tío Jura parecía tomársela en serio, por la razón que fuera.

—La ogra no estaba allí cuando nos fuimos —dijo Jode.

—Sí, creo que todos nos dimos cuenta de eso —dijo Daine.

—Sólo me preguntaba si habíais visto a un minotauro hembra antes. ¿Es fácil distinguir los dos sexos?

—No lo sé. ¿Por qué?

—No importa. Estoy seguro de que no es nada.

Daine empezó a protestar, después miró calle abajo y las palabras murieron en su garganta. Tres guerreros trasgos estaban dispuestos en la calle, todos con la armadura de piel tachonada propia de Darguun. Mirando de soslayo por encima del hombro, vio a un chinche y dos trasgos más entrando en la calle a su espalda.

—Esperad —dijo en voz baja. Sus compañeros se detuvieron en mitad de la marcha y formaron un círculo para protegerse las espaldas—. ¡Tsash Ghaal'dar! —gritó Daine a modo de saludo en lengua duende—. Fuerza a vuestros brazos.

Los trasgos parecieron un tanto sorprendidos de oír su lengua. Uno de los guerreros que estaba al frente dio un paso hacia delante. Los trasgos estaban entre los pequeños duendes y los inmensos chinches en altura y fortaleza. Aunque carecían de la fuerza inhumana de los chinches, los trasgos eran duros y rápidos. Aquél no era uno de los trasgos más grandes con los que Daine se había enfrentado, pero se movía con una elegancia siniestra. Había decorado su armadura negra con bandas moradas. Un raro diseño, pero no era aquello lo que inquietaba a Daine. El trasgo llevaba una pesada cadena tachonada con pinchos. Un maestro cadenero. Daine maldijo entre dientes. Había luchado contra maestros cadeneros darguul antes, y no era un recuerdo agradable.

—¿Qué os trae por aquí, extranjeros? —dijo el trasgo.

—Yo podría preguntar lo mismo, maestro cadenero —dijo Daine, aún en la lengua duende. Había servido con darguuls antes y después de unirse al ejército de Cyre, y sabía que esos cinco estaban buscando pelea. Pero tenía muchas maneras de ponérselo difícil—. Ésta no es la tierra de Ghaal'dar. ¿Qué os trae a una ciudad de hombres?

—Vuestro fracaso, desterrados. Con vuestra tierra destruida, los otros humanos han declarado un alto el fuego. No hay guerra en el norte, de modo que hemos venido aquí. Quizá podáis pagar por los errores de vuestro país.

Daine sintió que su ira crecía.

—¿Quién fracasó primero? Nuestro mayor error fue confiar en el honor de Ghaal'dar. Vuestros ancestros fueron pagados para proteger la nación de Cyre, y os volvisteis contra quien confiaba en vosotros.

El trasgo mostró sus dientes y puso a girar el extremo de su cadena. Pero como esperaba Daine, los otros guerreros permanecieron más atrás. Daine había convertido aquello en una discusión entre los dos, un duelo de honor. De un modo u otro, el líder tenía que enfrentarse a Daine antes de que los demás lo apoyaran.

—Siempre fue nuestra tierra —dijo el maestro cadenero—. Los vuestros nos la

robaron hace mucho tiempo. ¡Nuestro rey ha reclamado lo que era nuestro por derecho!

Los otros guerreros asintieron, pero Daine había previsto esa respuesta.

—Mis ancestros reclamaron esta tierra con el fuego y la espada, y los ghaal'dar huyeron de ellos. ¿Es la traición la única forma en que podéis recuperarla?

El trasgo siseó y lanzó la cadena hacia delante, pero Daine estaba preparado. Con un movimiento, dio un salto por encima de la cadena y embistió contra el trasgo con su espada y su daga en las manos. Retrocediendo para mantener a Daine a distancia, el trasgo se cambió de mano la cadena y ésta salió disparada de nuevo, golpeando la espada de Daine y arrojándola al aire. Pero Daine se había enfrentado a maestros cadeneros antes, y esperaba ese movimiento. Había perdido la espada, pero atacó con la daga y la hoja adamantina cortó los eslabones de acero como si fueran tela. Un segundo corte dejó el suelo de la calle cubierto de eslabones con pinchos y el guerrero quedó sosteniendo un pequeño pedazo inofensivo de cadena.

Daine alzó la punta de la daga y la mantuvo ante el trasgo mientras se agachaba para recoger su espada y liberarla de la cadena en la que estaba enrollada.

—Espero que esta vez tengas el honor de admitir tu derrota —dijo Daine sonriendo.

Quizá fuera la sonrisa. Quizá había sobrestimado el honor de los trasgos de Ghaal'dar. Comoquiera que fuese, Daine se dio cuenta de que había llevado las cosas demasiado lejos. El trasgo lanzó los restos de su maltrecha cadena y Daine se apartó, dando un paso al lado, y su oponente desenvainó una espada dentada.

—¡Shaarat'kor! —gritó. Aquello hizo que sus compañeros entraran en acción. Los guerreros rodearon a Daine y sus aliados en busca de una apertura.

—¡Alerta! —dijo Daine, poniéndose en guardia y esperando la carga.

Pero el ataque nunca tuvo lugar. Una aguda voz femenina gritó algo en duende e interrumpió la batalla.

—¡Déjale en paz, Jhaakat! ¡Déjale a menos que quieras beberte tu sangre!

El trasgo soltó un bufido, pero se detuvo y miró por encima de su hombro al origen de la voz. Daine también miró de soslayo y tuvo que parpadear de asombro. La voz era de la duendecilla que había conocido en el ascensor de Den'iyas, la ladrona que le había robado la cartera.

—¡Lárgate, chica! —le espetó el trasgo—. Esto es asunto de Ghaal'dar. No es lugar para gente de ciudad que hace demasiado que ha perdido contacto con nuestras tradiciones.

—Estás en mi casa, Jhaakat, y tú no conoces nuestras tradiciones. Sabemos la mala idea que es beber korluaat envenenado, pero he visto a no pocos darguuls cometer ese error. Además, el Ojo de Piedra quiere verle. Quizá tú puedas explicarle el retraso.

Jhaakat pareció desconfiar de aquello. Los demás trasgos bajaron las armas y dieron un paso atrás.

—Está bien —dijo el trasgo—. Llévatelo. —Miró a Daine, escupió al suelo, se dio la vuelta y se marchó.

—Daine —susurró Lei—. Yo no hablo duende. ¿Te importaría explicarme qué está pasando aquí?

—Estoy tratando de hacerme una idea —dijo él. Miró a la duendecilla—. Parece que es más de lo que parece a primera vista —dijo en la lengua común de Galifar—. Supongo que tengo que darte las gracias por ayudarnos. No estoy acostumbrado a ser rescatado por ladrones.

Mirándola ahora, estaba claro que la duendecilla había estado fingiendo en el ascensor. Daine recordaba haber oído que los duendoides, que no vivían demasiado, maduraban más rápido que los humanos, y estaba claro que aquello de que «Sólo quería ver el cielo» había sido una actuación. Había creído que tenía unos seis años, pero su mirada tenía la concentración de un adulto joven.

—Me salvaste en el ascensor —dijo en la lengua de Galifar. Tenía la voz tan infantil y dulce que era difícil tomarla en serio—. Y me diste todo ese dinero. Era lo menos que podía hacer.

—Yo no te di exactamente ese dinero.

—Lo sé..., pero lo tenías colgando ahí. Y me viste. —Miró a Jode, que esbozó una sonrisa—. Creía que no querías dármelo delante de los guardias.

—¿Qué acabas de hacer? —preguntó Lei—. ¿Quién eres?

La duendecilla escudriñó a Lei.

—Soy Rhazala. Esos idiotas darguuls duermen en el hostel de mi padre, así que saben que no deben contrariarme. Y les he dicho que alguien importante quiere veros.

Daine asintió.

—Gracias, Rhazala. Como supongo que ya no tienes el dinero, será mejor que nos sintamos en paz y sigamos con nuestro camino.

—¡No podéis hacer eso!

—¿Por qué no?

—Os lo he dicho. Alguien importante quiere veros.

—¿No te lo estabas inventando?

—Uno no bromea con el Ojo de Piedra. Si no venís, no sé qué me hará.

Daine suspiró y miró a los otros tres.

—Bueno, supongo que lo que tenemos que hacer puede esperar unos minutos. ¿Qué os parece?

Los tres asintieron.

Él se volvió a Rhazala.

—De acuerdo. Guíanos.





La gente de la Puerta de Malleon parecía conocer a Rhazala. Muchos la saludaban cuando pasaba junto a ellos. Otros apartaban la mirada o ignoraban estudiadamente a la chica y sus compañeros de viaje. Mientras se adentraban en el distrito, empezaron a ver más estatuas: un guerrero trasgo con armadura y el mayal roto por la mitad del mango; un airado chinche sin un brazo; un par de duendes cubiertos de moho y orín.

—Os daré una pista de lo que es el Ojo de Piedra —murmuró Jode, y se tocó un ojo y después señaló una de las estatuas.

—¿Una medusa? ¿Tú crees? —Daine frunció el entrecejo—. Pero la duendecilla ha hablado de él en masculino.

—Oyes demasiadas historias. ¿De dónde crees que salen las pequeñas medusas? ¿De huevos de fénix?

—Maravilloso.

Rhazala se detuvo en un viejo edificio medio en ruinas, una taberna con tablones en las ventanas que parecía haber sido abandonada hacía siglos. Había dos puertas, una del tamaño de los duendes, los gnomos y los medianos y otra que podía servir hasta para un ogro. La duendecilla dio una complicada serie de golpes en la puerta más grande y un instante después ésta se abrió. Rhazala entró y les hizo un gesto para que la siguieran.

Los guardias de la puerta eran altos y fuertes humanoides cubiertos de pieles harapientas y agujereadas. Tenían unas orejas largas caninas y unos ojos verdes refulgentes, y grandes hocicos llenos de dientes afilados. Gnolls, supuso Daine, aunque nunca había visto uno antes. Los gnolls eran procedentes de la tierra de Droaam, al oeste. Droaam era también el hogar de las arpías y los trolls, y de acuerdo con viejas leyendas, éstos eran sus menores horrores. Se decía que los últimos hombres lobo moraban en las profundidades de los bosques de Droaam, y las áridas montañas de Byeshk eran el hogar de medusas, basiliscos y otras horribles criaturas. Un gnoll podía ser equivalente a un chinche, quizá no tan inteligente, y la presencia de los gnolls permitía entrever los mayores horrores que había en el interior del edificio.

Rhazala intercambió algunas palabras con los guardias de la puerta en un idioma que Daine no conocía. Después del intercambio de gruñidos y gemidos, los guió hacia las interioridades de la vieja taberna. La sala común del lugar había sido transformada en barracones. Gnolls, duendes e incluso algunos ogros estaban sentados en camastros esparcidos por todo el suelo, afilando armas y contando historias y chistes. Rhazala los guió a través de la sala común hasta la cocina y lo que debieron ser las habitaciones del tabernero. Una solitaria figura se erguía ante un pequeño santuario construido con raros huesos que no eran de humano. El desconocido, cubierto con una larga capa con capucha de lana verde, les estaba dando la espalda. La capucha pareció moverse un poco cuando entraron, y a pesar del

estruendoso parloteo de la sala común, Daine oyó un siseo.

—¿Señor de kasslak? —dijo Rhazala—. Les he traído.

El desconocido se irguió y se dio la vuelta. Tenía la capucha bajada para cubrirse los ojos y la parte superior de la cara, pero Jode había acertado. Allí donde podía verse la piel de Kasslak, estaba cubierta de escamas de cobre y unas cuantas víboras salían de entre los pliegues de la capa. Daine y los demás bajaron la mirada, y él se llevó la mano a la empuñadura de la espada.

—No es necesario que desenvaines tu espada. No quiero haceros daño..., ahora —dijo la medusa. Su voz era suave y sibilante.

«¿Puede ver a través de los ojos de sus serpientes?», se preguntó Daine. Nunca había pensado en la relación entre una medusa y su ejército de serpientes.

—Me alegro de oír eso —dijo Daine.

—Por favor, sentaos. —La medusa señaló las sillas esparcidas en la habitación—. Soy Kasslak. Me temo que no conozco vuestros nombres.

Daine se sentó.

—Yo soy Daine, y mis compañeros son Lei, Jode y Través.

—Un placer —dijo Kasslak, inclinando la cabeza cubierta con la capucha—. Rhazala, puedes quedarte, pero cierra la puerta, por favor. —Se encaminó hacia un escritorio colocado contra la pared meridional y ojeó ociosamente unos cuantos pergaminos mientras hablaba—. Sharn fue construida por las manos de los duendes, y la Puerta de Malleon ha sido su hogar durante centurias. Los duendes han sido maltratados durante mucho tiempo por los humanos y sus primos, pero de todos modos se ha alcanzado cierto equilibrio. Eso cambió con el auge de Darguun, pues los más grandes y más fuertes duendoides emergieron de las fortalezas de sus montañas y se esparcieron por la tierra. Los darguuls tienen sus propias tradiciones, y durante las últimas décadas el equilibrio de poder se ha perdido.

—¿Y dónde encajan las medusas en esta historia? —dijo Daine—. No soy un sabio, pero no creo que seas parte de ese mismo árbol familiar.

—Paciencia. —Una serpiente miró desde la cogulla y siseó—. Si los darguuls proceden del este, los de Droaam procedemos del oeste. Desde antes de la era de Galifar hemos sido considerados monstruos, y es cierto que nuestra historia ha sido una historia de violencia y derramamiento de sangre. Pero esto ha cambiado en el último siglo. Mientras la guerra desgajaba las naciones, las Hijas de Sora Kell llamaron a la unidad y reunieron a todos los señores de la guerra bajo una sola bandera. Las Hijas vieron una gran promesa en el comercio con vuestra especie, y ciertamente muchos de vuestros pueblos buscaron a nuestros guerreros por su fuerza en la batalla.

Daine podía dar fe de eso. Aunque él había luchado sobre todo en el sur, había oído historias de irregulares ogros luchando en el frente occidental, y no eran historias agradables.

—Pero tenemos mucho que ofrecer además de nuestra fuerza en la batalla. Las

Hijas nos han mandado al este para trabajar para las casas portadoras de la Marca de dragón y forjar nuevos vínculos entre nuestras naciones.

—¿Y eso nos implica a nosotros de alguna forma?

Dos serpientes sisearon al mismo tiempo, pero la voz de Kasslak siguió tan tersa y carente de emociones como hasta entonces.

—Ogros, trolls trasgos, chinchas..., hay fuego en la sangre de estas razas, y el conflicto está en su naturaleza. Pero no sirve a nuestros fines luchar entre nosotros. La Guardia de Sharn ha abandonado hace mucho tiempo esta área, pero alguien tiene que mantener el orden. Ése es mi papel. Si hay problemas en el distrito, quiero conocer su origen y ver si puedo ponerles punto final.

Daine empezó a ver adónde conducía aquello.

—Bueno, es muy amable por tu parte. Y no creas que no lo agradecemos. Pero esos darguuls sólo estaban buscando problemas. No creo que haya nada raro en eso.

—Tampoco yo. Pero la Guardia de Sharn entró en el distrito en busca de vosotros, la primera vez en tres años que han puesto los pies en la Puerta. Y tengo entendido que entrasteis en el templo en ruinas. Pero estáis aquí..., vivos.

—¿Es una sorpresa?

—Veo lo poco que sabéis de la historia de nuestra casa. Eso podría explicar por qué fuisteis al templo. En todo caso, quisiera conocer qué tenéis entre manos con la Guardia, y si debo esperar su regreso. También quiero saber por qué entrasteis en el templo en ruinas y cómo lo hicisteis para sobrevivir a la experiencia.

—Y a mí me gustaría un anillo mágico que haga realidad los deseos —dijo Daine.

Las serpientes de la medusa sisearon airadas, pero la duendecilla se rió. Kasslak se incorporó y caminó hacia Daine.

—¿Estás negándote a contestar?

Daine respiró hondo, se levantó y se encaró a Kasslak, perfectamente consciente de la mirada mortal que había tras la delgada capucha.

—Es bueno que trates de mantener este sitio bajo control, y me alegro de que no tuviera que manchar mi espada con sangre de trasgo en la calle. Pero no puedo responder tus preguntas. No sé por qué la Guardia quebrantó las reglas y entró aquí en mi busca. Te lo diría si lo supiera. Por lo que respecta a lo sucedido en el templo..., diría que lo sabes perfectamente sin necesidad de preguntar.

Se produjo una larga pausa. Daine casi sentía los ojos de la medusa fijos en él al otro lado de la capucha verde, y se preguntó si podría desenvainar la espada y atacar antes de que Kasslak pudiera quitársela. Entonces la medusa soltó aire con un largo siseo.

—Podéis iros. Rhazala se asegurará de que lleguéis sanos y salvos a la salida.

Daine se giró hacia la puerta y después se detuvo.

—Kasslak... —dijo—. ¿Tienes basiliscos?

—Los basiliscos son criaturas peligrosas —dijo la medusa—. ¿Para qué iba a querer uno?

—Sólo me preguntaba si había desaparecido un basilisco por aquí hace unas tres semanas —dijo Daine—. O al menos, uno de sus ojos. De todos modos, si quieres hablar de ello, te sugiero que pases por la Mantícora, en Altos muros. Nosotros no vamos a volver aquí.



CAPÍTULO 23

BRELAND  
SHARN

28 de dravago de 996 AR

Rhazala los guió por las calles de la Puerta de Malleon. Como antes, los habitantes la evitaron. Claramente, todo el mundo sabía que era una emisaria de la medusa, y Daine se preguntó qué habría hecho para ganarse el puesto. Todavía era difícil tomarla en serio. La mitad del tiempo iba dando saltitos por la calle, y la otra mitad cantaba canciones duendes sin ningún sentido. Pero tras haberla visto en la pelea, Daine se preguntaba qué parte de aquello era una simple pose.

Pasaron ante un grupo de duendes que pintaban siluetas de gárgola en pedazos de tela gris.

—Es para los Ocho Vientos —explicó Rhazala, dándole un golpecito a una banda de tela gris que llevaba en la muñeca—. Carralag ganará este año. Ya lo veréis.

Jode estaba tan alegre como siempre, y estuvo charlando con la chica, comentando la Carrera de los Ocho Vientos y la historia del murciélago y la gárgola. Pero Daine seguía frustrado por su encuentro con la medusa, y no tenía ningún interés en oír los trucos que la gárgola podría utilizar contra el grifo o el pegaso. Aquel fuego todavía ardía cuando llegaron a las puertas del distrito, y asintió cortésmente a la duendecilla y salió a las calles de Oldkeep. Sin hablar con los demás, los llevó a la primera taberna que vio, un garito mugriento con un grifo cabeza abajo sobre la puerta.

—¿Todavía te queda dinero? —le gruñó a Jode.

Jode le lanzó un soberano. Daine golpeó con la moneda la barra.

—Me da igual lo que sea mientras sea fuerte —dijo.

El camarero gruñó y Daine se dio la vuelta y se encaminó hacia una sucia mesa. Los demás le siguieron. Jode y Lei se sentaron. Través siguió de pie; al ser de hierro, piedra y madera era inmune a los efectos del cansancio, y generalmente prefería estar preparado para la acción. Tras observar sus aledaños, Través aferró el mayal. La cadena siguió envuelta alrededor del mango, pero sin duda sintió que era mejor estar preparado.

—Estás de un humor encantador —le dijo Jode a Daine—. Creía que te interesaba la conversación sobre los arqueros aéreos. El año pasado podríamos haber utilizado un escuadrón de gárgolas arqueras.

—Pero no lo hicimos, ¿verdad? Y ahora esos soldados están muertos.

El camarero les llevó unas cuantas jarras llenas de una pestilente bebida de las marismas. Daine le dio un largo trago. Lei olió su jarra y la dejó a un lado.

—¿Y eso es una noticia? —dijo Jode—. Me gustaría que tuvieras algo más reciente que ofrecerme.

—Bien. —Daine vació su jarra con un largo trago y después la dejó sobre la mesa con un golpe. Tomó la jarra que Lei había dejado—. ¿Por qué estamos haciendo esto? ¿Por qué estamos aquí?

—¿En Eberon?

Daine lo miró fijamente.

—En Sharn. Trabajando para Alina. ¡Hablando del tiempo con malditos duendes ladrones!

—Oh, Rhazala es una buena chica. Me recuerda a mí a su edad. —Jode dio un sorbo e hizo una mueca—. Excepto por la piel naranja, naturalmente. Pero Daine, ¿dónde íbamos a estar si no? Cyre no va a volver, y probablemente hay tantos cyr en Sharn como en el resto de Khorvaire. Trabajar para Alina..., ¿cómo si no podríamos conseguir esa cantidad de dinero? Si no te gusta, haz algo para ayudar a los refugiados. Dales el dinero que obtengamos de Alina. Estoy seguro de que Greykell le sabrá dar un buen uso, O..., tengo una idea: descubre quién está convirtiendo en monstruos a refugiados cyr y haz algo al respecto. Una locura, ¿verdad?

Daine bajó la mirada hacia su bebida y torció el gesto.

—¿Y qué tiene que ver Alina con eso?

Jode asintió.

—Se trata de tu familia, ¿verdad?

Lei había estado observando a los sombríos clientes de la taberna, pero al oír eso levantó la mirada.

—¿Qué quieres decir?

—Cállate, Jode —gruñó Daine.

—Ya has oído lo que ha dicho la esfinge sobre tu pasado. Yo creo que tiene parte de razón.

—¿De qué estás hablando?

—No creo que Daine esté listo para hablar de ello —dijo Jode—. Digamos que nuestros caminos se cruzaron tiempo antes de que nos uniéramos al ejército, y hay ciertas cosas a las que nuestro capitán tiene que enfrentarse.

Lei miró a Daine, pero éste sólo hizo una mueca.

—Mira —dijo ella—. No me importa de qué va todo esto, pero no tenemos otro lugar al que ir. ¿Sabes qué? Me gustaría vivir en un sitio que no esté lleno de piojos. No esperaba que mi vida consistiera en esto. El futuro que debería haber tenido me fue robado también, así que ya basta. Hagamos lo necesario para conseguir ese oro. Si quieres dar tu parte a los refugiados, hazlo. Cyre no era mi casa y ya no tengo familia. Y estoy harta de sufrir por ambas cosas.

Tras ellos, Través continuaba en silencio, inmóvil.

—De qué buen humor está todo el mundo hoy —dijo Jode—. La alegría en esta mesa es impresionante. Pero tienes razón. No conseguiremos nada bebiendo, sólo gastarnos el poco dinero que nos queda. Así que, ¿qué más tenemos?

Daine cerró los ojos y soltó un largo suspiro. Jode tenía razón, por supuesto.

—Bien. Tenemos esos bichos raros de Altos muros que parecen haber sido creados mediante la magia. Quizá sea voluntario. Quizá no. Y hay un conversor implicado.

—Dudo que eso signifique nada —dijo Lei—. No hay una gran conspiración de conversores. Es fácil desconfiar de ellos, pero los conversores son individuos como nosotros. No son una multitud sin rostro.

—Con la salvedad de que no tienen rostro —señaló Jode—. ¿Y cómo puedes estar segura de que no es una conspiración? A menos que tú seas un conversor...

Lei se lo quedó mirando.

—Por lo que recuerdo, eras tú el que decía que los conversores no eran necesariamente malos.

Jode se encogió de hombros.

—Sólo me pongo en el papel del Viajero. ¿Estás segura de que era yo quien hablaba esta mañana?

Daine abrió los ojos.

—Cállate, Jode. Sabemos tres cosas acerca de los bichos raros con los que nos peleamos anoche. Uno era un conversor, otra había recibido su... «don» en las últimas semanas, y hay muchas posibilidades de que tuvieran algo entre manos con nuestro amigo Rasial.

—Todo cierto —dijo Jode.

—Lo que no sabemos es qué estaría haciendo Rasial con un grupo de creadores de monstruos. —Se acabó el resto de la jarra y se puso en pie—. Bebed. Vamos a hablar con Alina.

Jode miró la jarra.

—Creo que paso. Tendré que estar alerta cuando hablemos con ella.

—Tú mismo.



—¿Crees que es necesario concertar una cita? —dijo Daine mientras el ascensor los subía a Den'iyas.

—Estoy seguro de que sabe que vamos —dijo Jode.

—Si sabe tanto, ¿para qué nos necesita?

—Excelente pregunta.

—¿Hay algo más que deba saber antes de conocer a Alina? —La curiosidad de Lei se había impuesto a su malestar, y era difícil seguir de mal humor en el agradable paisaje del enclave gnomo.

—Le gusta jugar —dijo Jode—. Si habla contigo, tenlo en mente. Tratará de provocarte y simulará saber más de lo que sabe.

—¿Por qué?

Jode se encogió de hombros.

—Es parte de la cultura Zil. Los gnomos siempre han luchado con palabras en lugar de espadas. Cuanto más sabe de ti, cómo reaccionas, cómo puede manipularle, más fuerte es su posición.

—Mejor no decir nada —dijo Daine.

Lei asintió.

—¿Es peligrosa?

«¿Quién no lo es?», pensó Daine, recordando su descripción de Rasial.

—Sin duda —dijo—. Es extremadamente rica, y puedes estar segura de que tiene guardias y otras defensas mágicas esparcidas en su morada.

—Y guardaespaldas, imagino —terció Jode—. A Alina le gustan los guardaespaldas.

Lei lanzó a Daine una mirada interrogadora, y él respiró hondamente antes de poder continuar.

—Es una maga de cierto talento, aunque no sé exactamente hasta qué punto es poderosa. Andate con cuidado. No la aprietes.

—No pensaba hacerlo.

—Bien.

El gnomo jardinero sonrió y se inclinó cortésmente cuando se acercaron, y un momento más tarde se reveló el pasaje secreto que había bajo el jardín.

—La señora de Lyrris os espera —dijo.

—¿Lo ves? —dijo Jode.

Daine negó con la cabeza.

Descendieron por el pasaje y pronto se encontraron en la sala de los espejos. Daine se dio cuenta de que la ventana ahora presentaba una visión totalmente distinta. A menos que sus ojos le engañaran, estaban viendo la Puerta de Malleon. Alina estaba junto a la ventana con un espejo espía de oro en la mano. Ese día llevaba un vestido verde y oro cuyos bordados presentaban una asombrosa semejanza con la armadura familiar de Lei. Se giró hacia ellos con una sonrisa brillante.

—Bienvenidos de nuevo, Daine, Jode. —Hizo un gesto circular con el brazo—. Por favor, sentaos. —Se encaminó hacia Lei y levantó la mirada hacia ella; Daine siempre se olvidaba de lo pequeña que era en realidad Alina—. Soy Alina Lorridan Lyrris. Y tú debes ser Lei d’Cannith.



—Sólo Lei.

—Por supuesto. Discúlpame. ¿Una copa de tal de raíz negra, quizá?

—Déjala, Alina —dijo Daine—. Hemos venido aquí por una razón.

—¿Os habéis quedado sin dinero?

—Eso también —dijo Jode.

—Estoy escuchando.

—No sé a qué estás jugando —dijo Daine—. Es obvio que sabes más que nosotros. Es difícil imaginar que no pudieras encontrar a Rasial por ti misma.

Alina se volvió para mirar por la ventana.

—Sé que es difícil de creer, pero mis poderes son limitados. —Daine miró de soslayo a Jode. Tal reconocimiento de debilidad era muy impropio de ella, y por lo tanto muy sospechoso—. Creo que ya habéis encontrado a otros miembros de la casa Tarkanán.

—Sí. ¿De modo que sabías de la relación de Rasial con los tarkanans?

—Por supuesto. —Volvió su cara hacia él y se dio un golpecito en la mano—. Os dije que no permitierais que Rasial os tocara, si lo recordáis. Ésa es la razón por la que no he podido emplear mis fuentes habituales. El equilibrio de poder en la ciudad está cambiando. Hay un buen número de viejas fuerzas establecidas que han sido parte de Sharn desde que se construyeron las primeras torres. Pero han llegado nuevos poderes en la estela de la guerra, yo entre ellos. Ahora es un juego de alianzas y subterfugios, para ver si los recién llegados pueden echar raíces y desalojar a los árboles viejos y establecidos.

—Nunca había pensado en ti como una jardinera, Alina.

—Tengo cierto talento para hacer que las cosas crezcan. Todos vosotros deberíais saberlo.

—¿Y en qué parte de tu jardín encajan los tarkanans?

—Por el momento, los tarkanans se han mantenido neutrales en esta lucha. Dudo que les gustara saber que Rasial trabajaba para mí. Pero, a pesar de ello, si hubiera que hacer algo con él no quería que pudieran implicarme. No puedo permitirme tener a los tarkanans como enemigos..., todavía.

—¿Por qué no nos dijiste esto?

—Hay cosas que no puedo decir, Daine.

A Daine le sorprendió ver la expresión estupefacta de Jode; aquello era más o menos lo que esperaba que dijera Alina.

—Sabía que os toparíais con los tarkanans —prosiguió Alina—. Cuanto menos supierais de la situación, más natural sería vuestra reacción, y menos opciones de que ellos advirtieran vuestra relación conmigo. En este momento, estáis a salvo de ellos. Les causasteis una fuerte impresión.

—¿Qué hay de nuestros raros amigos de Altos muros? ¿Qué sabes de eso?

—Sabes que odio tener que reconocer mis limitaciones, pero hasta ayer no sabía nada de nada. Tengo algunos contactos en Altos muros, de modo que he tenido

noticia de los cadáveres. ¿Sabéis por qué os atacaron?

«¿Estaba diciendo la verdad?», se preguntó Daine. Alina era tan impenetrable como siempre. Sus rasgos podrían estar tallados en mármol blanco.

—Esperaba que nos lo dijeras tú —dijo Daine—. Creo que tu amigo Riasal tenía tratos con ellos.

—Ah.

—Ah, sí. Sabes más de tus piedras robadas que nosotros, y más sobre magia de lo que yo sabré jamás. ¿Tienes alguna idea de por qué un conversor que no paraba de reírse y una mujer con un ojo nuevo en la mano quieren tus piedras?

Alina se detuvo con la mirada distante. Se sentó y, tanteando tras su silla, sacó un vaso de luz cegadora. Dio un sorbo pensativamente.

—No lo sé.

—¿De veras? ¿Se trata de otra de esas cosas que no puedes decirnos?

Alina levantó la mirada hacia él con los ojos fríos y duros. Daine alzó una mano en señal de disculpa.

—Recuerda con quién estás tratando.

—Lo siento. Ha sido un día largo y a duras penas estamos a la primera campana. Pero nos estamos quedando sin pistas, Alina. Cualquier cosa sería de ayuda.

Alina asintió.

—No lo sé..., pero es posible. Las piedras de dragón son perfectas para contener ciertas clases de energía mágica. En teoría, si cargas la piedra y después la mueles hasta convertirla en polvo y ese polvo lo conviertes en una forma líquida...

—¡Eso es exactamente lo que estaba pensando! —dijo Lei. Alina la miró y ella apartó la mirada.

—No puedo decir qué pasaría exactamente —dijo Alina—. Nunca había adquirido piedras de ese calibre antes, razón por la que quería quedarme con esa remesa. Pero en teoría, si tratas de inducir una transformación mágica y no te importan los posibles efectos secundarios en tus sujetos..., sí, las piedras podrían ser extremadamente valiosas para vuestros fabricantes de monstruos.

Daine asintió.

—¿Cuánto valen? ¿Cuánto crees que le pagaron a Riasal?

—Has trabajado conmigo antes, Daine —dijo Alina—. Creo que Riasal no es tan tonto como para contrariarme por algo tan absurdo como el oro.

—Estaba dispuesto a contrariar a los tarkanans para trabajar para ti —comentó Jode.

—Cierto, pero no creo que Riasal se haya considerado jamás un verdadero tarkanan. Basan su pertenencia en esas miserables Marcas de dragón, y Riasal odia esa Marca, por útil que sea. Podrían castigarle por trabajar a sus espaldas, pero no le matarían ni le harían nada peor. Ahora bien, nuestra relación..., como ya he dicho, no me traicionaría por dinero.

—Es posible que tengan alguna especie de influencia sobre él, que él no tuviera

otra opción en ese asunto —dijo Daine—. Si están interesados en las piedras, diría que es muy probable que él ya se las haya pasado.

—Estoy de acuerdo. —Alina hizo girar la luz líquida en su largo vaso—. Rasial es una preocupación secundaria, Daine. Quiero mis piedras. Si tienes razón y esos fabricantes de monstruos ya tienen las piedras, quiero saber qué planean hacer con ellas, o qué han hecho ya. Para eso os estoy pagando cuatrocientos dragones, por las piedras o por lo que quede de ellas. Rasial puede pudrirse.

—¿Alguna idea de dónde buscar? Nuestras pistas no han dado nada.

Jode parecía pensativo, pero fue Alina quien finalmente habló.

—¿Estáis seguros de que la gente que os atacó eran todos cyr?

—Sin duda. Bueno, con la excepción del conversor.

Alina pensó.

—Quienquiera que esté haciendo esas aberraciones necesita un espacio para que el paciente se recupere, por no mencionar mesas con ataduras y un sistema para preservar los elementos vivos. Eso no puede hacerse en una tienda o una sola habitación. Si vuestra gente está operando fuera de Altos muros, diría que el único lugar en el que podrían ocultar un taller así sería más abajo, en las Maquinarias.

—¿Con qué crees que podemos encontrarnos si topamos con más de ellos?

—No lo sé. El ojo de basilisco es muy ingenioso. Nunca he conocido a nadie que pudiera llevar a cabo esa transferencia. Si hay que juzgar por ese nivel de capacidad..., bueno, una arpía podría ser una buena fuente para alas, y quizá incluso se podría encontrar el modo de robar su voz. El aliento de un dragón, el cuerno de un unicornio, la mortaja de una bestia desplazados..., un concepto fascinante, ciertamente. Dicen que los conversores son hijos de humanos y dobles. ¿Puedes estar seguro de que vuestro conversor nació así?

Lei frunció el entrecejo.

—Es posible, pero no veo...

—Eres de la casa de los hacedores, señora D’Cannith —dijo Alina—. Tejes magia en la piedra y el metal. Tu enemigo, nuestro enemigo, parece hacer lo mismo con la carne y el hueso. Quizá quieras descubrir por qué, cómo y quién. Y yo podría pagarte por esa información. Si hay un nuevo jugador en el tablero, quiero saber de él, razón de más para utilizaros a vosotros, mis extranjeros. Pero, por ahora, quiero mis piedras de dragón. Os sugiero que actuéis rápidamente. Si esa gente está llevando a cabo experimentos mágicos, pronto podría ser demasiado tarde para recuperarlos. —Sacó un pequeño monedero que le tiró a Jode—. Creo que será mejor que conserves esto, Jode.

El mediano asintió.

—Ahora, por favor, seguid con ello. El tiempo se está acabando. —Alina se encaminó hacia uno de los espejos y un momento después lo atravesó y desapareció.



—No me ha parecido tan mal —dijo Lei. Un niño gnomo pasó junto a ellos haciendo girar una argolla de fuego frío.

—¿Has visto el pájaro nuevo? ¿El morado? —le dijo Daine a Jode.

Jode asintió

—Q' barran comenueces, creo. Muy exótico.

—¿Y? —dijo Lei.

—Oh, nada.

—Hay algo que tengo que hacer —dijo Jode, y a Daine le sorprendió su tono serio—. Tuve una idea mientras escuchaba a Alina y..., bueno, es algo que tengo que hacer solo. Os veré en la Mantícora a la tercera campana.

—No —dijo Daine—. No es seguro, especialmente si esas... cosas iban tras de ti. ¿Qué estás pensando?

Jode negó con la cabeza.

—Es algo que tengo que hacer a solas. Tienes que confiar en mí.

—No se trata de confianza.

—Después de todo lo que hemos pasado, sabes que puedo arreglármelas solo. Pasaré desapercibido.

—No sabemos cuántos bichos raros más hay ahí, qué pinta tienen ni qué hacen. Lo siento, Jode, pero...

—¡Dasei! —gritó Lei. Un momento más tarde, estaba corriendo entre la muchedumbre.

—Dolurh —maldijo Daine—. ¡Venga! ¡Rápido! Se agachó entre la multitud que tenía ante sí. Mientras corría desenvainó su daga y sostuvo su hoja fuertemente contra su antebrazo.

—¡Dasei d'Cannith! —gritó Lei, todavía corriendo. Llegó a una pequeña plaza y alcanzó a una mujer con una túnica verde y el pelo corto rojo parcialmente oculto por un gorro dorado de seda—. ¡Dasei! ¡Gracias a Olladra! No sabes cómo me alegro de verte.

La mujer giró su rostro hacia Lei, pero tenía una expresión gélida. Justo entonces, Daine se dio cuenta. Través le había seguido, pero Jode no aparecía por ninguna parte.

Daine se volvió hacia Través.

—Encuentra a Jode. Rápido. Si no lo encuentras, vuelve a la Mantícora y nos reuniremos allí.

Través salió corriendo y Daine prestó toda su atención a Lei y a la desconocida. Ésta era algo más joven que Lei, y no había dudas respecto a su riqueza. Su hermosa túnica verde estaba hecha de sedasueño de Zil y decorada con vetas de oro y platino que recordaban el dibujo de las estrellas en el cielo. Un arco iris de piedras preciosas adornaba su sombrero dorado, arrojando luz en un millar de pedacitos. Estaba mirando desdeñosamente a Lei y no decía nada.

Y entonces Lei le dio un puñetazo.

No fue una bofetada elegante. Lei había estado en el campo de batalla durante años, y aunque formaba parte de los cuerpos de apoyo, había participado en más de una reyerta. El golpe pilló a Dasei completamente por sorpresa. La mujer retrocedió dando un traspiés, casi cayendo sobre un puesto de elegantes sombreros. Un hilo de sangre manó de su nariz, y sus ojos estaban llenos de furia. Se incorporó, introdujo una mano en una de las ondeantes mangas de su túnica y sacó una varita mágica de madera de roble negra y con la punta de cristal y señaló con el extremo más delgado a Lei.

Daine supo que no podría llegar hasta Dasei a tiempo de impedir que lanzara el conjuro, pero embistió de todos modos. Mejor tarde que nunca.

No tendría que haberse preocupado. En la fracción de segundo que Dasei había tardado en sacar la varita, Lei ya se había puesto en movimiento y hecho girar el bastón de madera oscura. Un golpe bajo en forma de barrido impacto justo debajo de la rodilla izquierda de Dasei. Ella soltó un aullido de dolor y cayó al suelo. Un segundo golpe le dio en la mano e hizo saltar por los aires su varita. Daine la atrapó en mitad de su vuelo y se la puso en el cinto.

Lei se quedó junto a la mujer caída con el bastón de madera oscura en su garganta. Sin duda era un efecto de la luz, pero a Daine le pareció que la cara grabada en el extremo del bastón estaba sonriendo un poco más de lo habitual. Lei tenía una

expresión adusta.

—Lei, ¿qué estás haciendo? —dijo él.

—No te mentas en esto, Daine.

Dasei miró de soslayo a Lei desde el suelo, agarrándose los dedos doloridos.

—He soportado más dolor en los últimos tres días que tú en toda tu vida, Dasei. — Lei agitó el bastón en dirección a la cara de Dasei, pero en el último momento lo apartó. La mujer herida se encogió y soltó un grito—. Quizá sea el momento de cambiar eso.

—¿Lei? —dijo Daine, y dio un paso adelante con cuidado. ¿Era el bastón lo que hacía que Lei se comportara así? ¿Podía haberle hecho algo?

—¡No te metas en esto! —le espetó ella. Puso la punta del bastón en la garganta de Dasei—. Me estoy acostumbrando. Sobreviviré. Pero que tú, ¡que tú!, ni siquiera me hables... —Apretó la garganta de Dasei, obligándola a arquearse—. Si crees que voy a consentir eso, es que no me conoces tan bien como creía. —Apartó el bastón y la mujer jadeó—. Ahora, intentémoslo de nuevo. Dasei d’Cannith, me alegro mucho de verte.

Por un momento, Dasei miró a los ojos a Lei y Daine vio en ella el mismo fuego que había visto tantas veces en Lei. Después desapareció y bajó la mirada al suelo.

—No deberías estar aquí, Lei. Vete.

—¿Y adónde debería ir, prima?

—¡Por mí, puedes irte a Dolurh! —Dasei alzó la vista hacia ella—. Ya no eres mi prima. No tienes ningún lugar en la familia ni en Sharn.

—Creo que puedo vivir con dos de esas tres cosas. —La voz de Lei era más tranquila, y bajó el bastón—. Pero será así si no terminamos nuestra última conversación en la calle. —Extendió la mano—. Levántate. Seguro que puedes convencer a tu corazón de que invite a una última comida a una prima que se marcha.

Dasei no dijo nada, pero agarró la mano y Lei la ayudó a levantarse.

—Tú guías —dijo Lei—. Como puede ser mi última comida con un miembro de la casa Cannith, confío en tu generosidad. —Mientras Dasei les guiaba a una casa de baños, Lei miró a Daine—. ¿Dónde están Través y Jode?

—Jode desapareció para hacer no sé qué encargo. Y he mandado a Través en su busca. ¿Qué está pasando aquí? —Señaló con la cabeza a Dasei—. Eso ha sido un poco... sorprendente.

—Según recuerdo, eres tú el que tira enanos por la baranda de ascensores. ¿Es que yo no puedo expresar mi ira?

—Parecía impropio de ti.

Lei bajó la mirada al suelo por un momento.

—Lo sé. No tendría que haberle pegado..., después de nuestro pasado. No podía creer que apoyara mi expulsión. —Negó con la cabeza y esbozó una pequeña sonrisa—. ¿Viste su expresión cuando la tiré al suelo? He perdido mi fortuna familiar, pero eso es un recuerdo que conservaré.

Daine chasqueó la lengua y guardó su daga en la vaina.

—Ahí está. Y hablando de cosas buenas, creo que es hora de comer.



La casa de baños era frecuentada por gente rica. En una mesa de un rincón, un banquero mroriano entretenía a un grupo de mercaderes enanos y gnomos con una colorida historia acerca de los valores relativos de los soberanos, las coronas y los galifars de oro, y una risotada resonó en toda la sala.

Daine sorbió su jarra.

—Gnomos. Una cosa es que el tabernero agüe la cerveza, pero sólo un gnomo podría conseguir que la gente pagara todavía más por simple agua.

Dasei puso los ojos en blanco.

—No es sólo agua —explicó Lei—. Es una infusión de varias hierbas, y la jarra está hecha de arcilla olorosa para mejorar aún más la experiencia estética.

—Eso dicen nuestros pequeños amigos. Pero ¿la has probado ya? —Le dio un largo trago—. A mi modo de ver, estás pagando un buen oro por agua en una jarra que huele bien.

Lei se encogió de hombros.

—Razón por la que paga Dasei. Bien, prima, ¿estás lista para hablar?

Había dagas en la mirada de Dasei, pero recobró la compostura.

—¿Y si no lo estoy? ¿Piensas empezar otra reyerta?

—¿Ésa es la razón por la que has elegido un restaurante en el que tienen armas colgadas de la puerta?

Dasei apartó la mirada.

Lei se quedó mirando la mesa.

—Das, lo siento. No debería haberlo hecho. Pero los últimos días han sido muy difíciles. Ponte en mi lugar.

—¿Cómo iba a hacerlo?

—¿Cómo iba hacerlo yo? Todo este desastre es todavía un misterio para mí. ¿Qué he hecho para merecer esto?

La expresión de Dasei se suavizó.

—¿Quieres decir que no lo sabes?

—¿Por qué iba a mentir? He estado luchando en la guerra durante los tres últimos años. He pasado los últimos cinco meses cavando en lo queda de mi patria. Hace más de medio año que no veo a ningún miembro de la casa, y era solamente un mensajero. ¿Cómo he podido traicionar a la casa? ¿Cuándo he podido hacerlo?

Llegó su comida por aire, en las manos de un camarero invisible. Daine había soñado en un pedazo bien sangriento de carne, pero resultó que la especialidad de la casa era el pan, que era tan exótico y estaba preparado con tanto cuidado como el agua.

—No..., no lo sé —dijo Dasei—. Pero no fuiste la única en ser expulsada, y no exigí detalles. Los últimos meses han sido duros para todos.

—Creo que mis dificultades han sido mayores que las tuyas.

—No lo entiendes. —Dasei vació su jarra y la dejó en la mesa, dando un golpe; un instante después, fue retirada por un camarero invisible—. Tú creciste en Cyre. Metrol era el corazón de la casa, y era el consejo el que nos mantenía unidos a todos. Estos últimos meses... han sido un caos, Lei. Las líneas de suministro se han venido abajo. Los negocios son inseguros. Dicen que el Consejo del trono podría prohibir el uso de forjados, o al menos su creación. La mitad de los barones quieren liderar el próximo consejo, mientras que la otra mitad ni siquiera quiere un consejo. Ha habido una retención de mercancías y materiales, algunos hablan incluso de sabotaje en el interior de la casa.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Merrix es uno de los aspirantes a líderes. Ha intentado purgar la casa. Dice que está expulsando a los traidores y los enemigos de la casa, pero es posible que sólo se esté preparando.

—Sigo sin entenderlo. ¿Cómo voy a ser yo un enemigo de la casa? ¿No tiene que justificarse ante alguien?

Dasei asintió

—Tuvo que explicar sus argumentos a los árbitros regionales, sí. No conozco la respuesta, pero tengo una información que tal vez tú no tengas. Entre otras cosas, no eres la única persona que ha expulsado de la casa.

—Eso ya lo he entendido.

—Lo que puede que no sepas es que los otros dos que ha expulsado son tus padres, Aleisa y Talin.

—¿Qué? Pero si... ¡están muertos!

—Parece que no quiere arriesgarse. Tal vez tu destino esté unido al suyo. Quizá acusó a toda tu familia.

Lei se terminó el agua y dejó la jarra sobre la mesa con un fuerte golpe. A Daine



le sorprendió que sobreviviera entera. Mirando a su alrededor, Lei alzó su jarra medio llena y le dio otro trago. Daine le puso la mano en el hombro.

—Culpar a los muertos es siempre más fácil que retar a los vivos —dijo él amablemente—. Tengo la sensación de que ese Merrix sólo está tratando de sacar lo que pueda de una mala situación, y está dispuesto a sacrificar la memoria de tu familia para mejorar sus aspiraciones.

Lei parpadeó para reprimir las lágrimas, pero su voz era firme.

—¿De qué están acusados, Dasei?

—No lo sé. Te lo he dicho, sólo dan nombres, no razones. Con todo el caos, no me pareció el momento de hacer preguntas. Aunque... —Se revolvió incómodamente, frotándose los dedos amoratados.

—¿Qué?

—¿No irás a pegarme de nuevo?

—¿Qué ibas a decir?

—¿Sabes lo que le pasó a Cyre?

—Te he dicho que me he pasado los seis últimos meses allí. Lo he visto. Es más... inquietante de lo que puedas imaginar.

—Lo he oído. —Dasei miró a su alrededor y bajó la voz—. Pero lo que quiero decir es..., ¿sabes cuál fue la causa?

—¿Lo sabe alguien?

—Ésa es la pregunta del momento. Mucha gente está culpando a la casa Cannith. Se dice por todas partes que la casa tenía una fuerte presencia en la región, y los magos-creadores y los sabios todavía están intentando encontrarle un sentido. No estoy segura, pero creo que el barón Merrix ha dicho que tu familia estuvo implicada de alguna forma.

Lei se puso en pie de un salto y su silla cayó al suelo. Daine se levantó y la sujetó del brazo antes de que tuviera oportunidad de golpear a Dasei.

—¡Sólo te estoy diciendo lo que he oído! —Dasei se encogió en su silla. El fuego en sus ojos había vuelto a desaparecer.

Lei trató de liberarse de Daine, pero éste la sostuvo con fuerza. Ella se detuvo, respiró hondo y cerró los ojos. Exhaló lentamente y volvió a abrir los ojos. Daine le soltó el brazo.

—¿No estuvisteis implicados en el Lamento, pues? —dijo Dasei.

—Yo estaba allí. Es un milagro que sobreviviera. Ni siquiera sé cómo sucedió.

—¿Y cómo puedes estar segura de que tus padres...?

Daine sujetó el brazo de Lei una vez más, antes de que pudiera tomar impulso para otro golpe.

Dasei alzó las manos defensivamente.

—Mira, Lei, no estoy diciendo que hicieran nada malo, sólo pregunto...

—Creo que has dicho suficiente, señora D'Cannith. —Daine arrancó a Lei de su silla—. Gracias por... —señaló los restos de pan y agua— la comida, pero creo que

ahora debemos seguir nuestro camino.

Dasei asintió. Era fácil advertir su alivio.

—Yo pagaré la cuenta.

Lei pareció calmarse, pero Daine siguió sosteniéndola.

—¿Nos vamos, señora?



Lei hizo girar el bastón y golpeó el aire, vertiendo su ira contra las moscas y las sombras. Aunque prefería verla feliz, Daine prefería la Lei enfadada a la Lei distante y carente de emociones con la que había estado conviviendo los últimos días.

—Sólo estaba repitiendo lo que había oído —dijo Daine.

—Lo sé. Pero me enfurece. ¿Cómo puede alguien pensar que nosotros, que ellos, hicieron una cosa tan horrible?

—Alguien lo hizo.

—¿De veras? —Se detuvo y se dio la vuelta para mirarle—. Entonces, ¿por qué no han vuelto a hacerlo? No hay nada que demuestre la participación humana. Quizá alguna conjunción épica de los planos abrió una salida a Kythri.

—¿Cubriendo la nación entera?

—Bueno, eso no lo sabemos. Tú seguías la Llama de plata, ¿verdad? ¿Cómo sabes que no fue obra de uno de esos malvados seguidores de la Llama?

—¿Quizá porque son seguidores de la Llama?

Ella se lo quedó mirando.

—Ya sabes lo que quiero decir. No hay nada que demuestre que los humanos tuvieran que ver con ello, y no digamos y a la casa Cannith, y sin duda no mis padres.

—Bueno... —Daine se puso a andar de nuevo.

Lei lo siguió pisándole los talones.

—¿Qué?

—¿Recuerdas nuestra última batalla en el risco de Keldan?

—¿Cómo iba a olvidarlo?

—Nunca supimos para quién luchaban esos forjados.

—¿Y?

—Venga ya, Lei. ¿Un ejército de forjados desconocidos? Tú sabes tan bien como yo que no se construyen a sí mismos, y no llevaban ninguna insignia. ¿Qué estaban haciendo en Cyre? Y después ese navío. Alguien tuvo que dedicar una inmensa cantidad de recursos a proteger esa área. ¿Qué estaba pasando allí?

Lei apartó la mirada.

—Estás pensando en Chimenea Blanca, ¿no es así?

—¿Me culpas?

Lei suspiró y negó con la cabeza. Habían llegado al ascensor. Sorprendentemente, estaba vacío.

—Lo sé. No tengo ninguna razón para confiar en mi..., en la casa Cannith. Pero me niego a creer que mis padres tuvieran algo que ver.

—¿Qué hicieron ellos durante la guerra?

—Pasaron la mayor parte de sus vidas trabajando con forjados. Trabajaron con Aaren d’Cannith en el primer verdadero forjado hace treinta y un años. Es una larga historia, pero al final ya no manteníamos una relación tan estrecha. Es culpa mía. Supongo.

—Mmm. ¿Qué dijo la esfinge? «Debes olvidar tu casa y centrarte en tu familia».

Lei asintió pensativamente. Se detuvieron en el siguiente distrito y una patrulla de la Guardia se subió.

—Tienes razón. ¿Pero cómo podría...?

—¡Vaya, vaya! —La voz rasposa procedía de su espalda y empezó a hablar en cuanto el ascensor empezó a descender.

Daine se dio la vuelta. Había cuatro alabarderos bloqueando la puerta del ascensor. Ante ellos había un enano, el sargento Lorrak, al que Daine había tirado del ascensor.

Aquel ascensor.

—¿Vas al suelo, chico? —dijo el enano—. Conozco una manera más rápida.

CAPÍTULO 28

BRELAND  
SHARN

*28 de dravago de 996 AR*

Jode se abrió paso por las calles de Vigilia de la daga. Si el día anterior estaban tranquilas y silenciosas, ahora el distrito de la guarnición estaba atestado de gente. Pedigüeños, soldados y muchos otros ocupaban las amplias calles, a la espera de algo. Jode se abrió paso entre la muchedumbre, pero dada su pequeña estatura, no era nada fácil. Se retorció en una jungla de piernas y pies, cambiando de dirección, esquivando botas y patadas. Al cabo de unos minutos, sintió la necesidad de escapar del caos, aunque fuera sólo un momento. Al pasar junto a una alcantarilla para el drenaje de tormentas, pensó un momento y se metió en ella.

El túnel era de tres pies de ancho, y las paredes estaban cubiertas de suciedad y moho. Los insectos correteaban en las sombras, y el hedor a podredumbre llenaba el aire. El pasadizo descendía casi seis pies antes de terminar en una reja metálica. Era un santuario perfecto para un mediano curioso, y eso es exactamente lo que Jode encontró allí.

El autodenominado guardián de la reja era un mediano andrajoso que habría parecido más en casa en Altos muros o la Puerta de Malleon que en un respetable distrito militar. Su profesión estaba clara. A sus pies había unos cuantos pedazos de tela y piel, los restos de los monederos y los morrales que había cortado con una mano débil y una cuchilla afilada. La mayor parte de su pelo negro estaba recogida en una gruesa trenza que le caía hasta la mitad de la espalda. Un mechón de pelo más pequeño le caía sobre la mejilla izquierda. Tenía los ojos brillantes, y también brillante era la hoja de la daga curva que tenía en las manos.

—¡Jhola'tanda! —gritó Jode. La trenza del desconocido era la marca de un explorador talentano, y Jode le saludó en la lengua mediana. Ese saludo podía ser interpretado de maneras muy diferentes, dependiendo de la relación entre los hablantes y la hora del día. Bajo esas circunstancias, podría traducirse como: «Saludos a uno que no es mi hermano en sangre pero podría serlo en amistad».

El desconocido lo escudriñó y después sopló sobre su arma, una preparación simbólica para la batalla.

—Éste es mi territorio, orasca. —Su voz era aguda y rasposa. En aquel lugar, la palabra «orasca» significaba «el que trata de robar mi medio de vida» o el insulto

«lagarto», o en el caso de los vendedores de lagartos, ambas cosas.

Jode extendió sus manos vacías.

—No me interesan las coronas ni el cobre —dijo—. Sólo busco refugio de gorlan'tor. —Este término significaba «estampida» o, más literalmente, «el ruidoso rebaño de esas criaturas con cerebro de guisante que un dios justo nunca habría hecho tan grandes».

El desconocido sonrió ligeramente pero mantuvo el cuchillo en alto.

—Soy Jode, y te pido disculpas por esta intrusión. —Se posó sobre una rodilla y puso ambas manos sobre la verja metálica—. Te imploro protección mientras cruce tu tierra. —Por tradición, ésa era la forma educada de decir: «Estoy indefenso, pero sígueme si quieres asegurarte».

El otro mediano pensó durante un largo rato y después se guardó el cuchillo en el cinturón y extendió la mano.

—Soy Moresco, te doy mi bienvenida por la duración de tu visita. —Ayudó a Jode a ponerse en pie—. ¿No te esperabas el carnaval?

—¿El carnaval?

—El Carnaval de Sombras ha llegado a la ciudad. Pronto pasará en su camino hacia el Coliseo Talain. Las multitudes se han congregado para ver el desfile inaugural, y es una buena cacería para mi rápido cuchillo.

¡El Carnaval de Sombras! Los elfos de casa Phiarlan eran conocidos a lo largo y lo ancho de Khorvaire como los mejores actores y cómicos de la tierra, y el Carnaval de Sombras era la joya de su corona. Una mezcla de magia, talentos atesorados durante el transcurso de centurias, bestias y exóticos malabaristas llegados de todo Eberon...; las maravillas del carnaval eran legendarias.

Mientras Jode absorbía esta información, la multitud jaleaba. Al parecer, había aparecido el desfile. Suspiró.

—Normalmente, estaría entusiasmado ante un espectáculo así, pero me temo que hará mi viaje aún más difícil. —Miró de soslayo hacia la reja metálica—. Supongo que no conoces ningún camino secreto por debajo de la calle o muchos pies por encima.

Moresco le dedicó una mirada escrutadora.

—¿Adónde quieres ir?

—A la guarnición de Vigilia de la daga.

Moresco levantó una ceja, pero Jode se limitó a sonreír y se encogió de hombros. Fuera del túnel, una bestia exótica soltó un grito sobrecogedor y aflautado.

—Quizá conozca un camino que sería seguro, pero debes actuar rápidamente si quieres utilizarlo. Dime qué me ofreces a cambio de mi secreto conocimiento.

—Ojalá llevara algún tesoro conmigo —dijo Jode—, pero todas mis posesiones me fueron decomisadas por un guardián celoso. Se puso en contacto conmigo un sargento honesto, una bestia más rara que cualquiera que puedas ver en el carnaval, que me prometió devolvérmelas. Acompáñame a la guarnición y puedo ofrecerte un

rubí del tamaño de tu nariz o un ensalmo targath que te protegerá de la enfermedad y la infección.

Moresco valoró la oferta con los ojos entrecerrados.

—Muy bien. Te enseñaré el camino. Pero el viaje será por encima de las calles, no por debajo. —El sonido de tambores y gaitas élficas descendió desde el exterior. Moresco bajó la cabeza y después aferró una de las barras de la reja de la cloaca—. Sígueme. Rápido y cerca.

Salieron a un mar de sonido y movimiento. Jode había oído historias del Carnaval de Sombras, pero no estaba preparado para lo que había al otro lado de la cloaca. Sharn estaba copado por la magia de Syrania, energía que multiplicaba todos los poderes de vuelo, y el desfile incluía maravillas que no podían mostrarse en ninguna otra ciudad. Entre el bosque de gente, vio a acróbatas bailando entre plataformas flotantes, ciudadelas en miniatura de cristal y piedra, cada una de ellas labrada para parecerse a uno de los palacios reales de Khorvaire. Mientras los intérpretes daban tumbos por el aire, figuras refulgentes les perseguían. ¿Fantasmas? ¿Ilusiones? Desde el suelo era imposible decirlo. Músicos ocultos tejían redes de melodía tan asombrosas e hipnóticas que Jode a punto estuvo de no ver la mantícora que se alzaba por encima de ellos. Después vio a los hombres suspendidos a cuarenta pies de la calle sobre inmensos pilares decorados para parecer torres de Sharn. En lo alto de los pilares, los funambulistas llevaban vestidos con dibujos de las bestias que participaban en la Carrera de los Ocho Vientos. Jode vio un grifo, un hipogrifo y un pegaso, y dio por hecho que les seguirían los demás.

—¡Ahora, rápido! —dijo Moresco. El mediano tenía el cuchillo en la mano y se lo metió entre los dientes.

Corrieron entre botas y se deslizaron entre pantorrillas, abriéndose paso lentamente hacia la calle. Cuando llegaron al extremo de la multitud, se encontraron con una inmensa columna y Moresco se subió a ella. Jode contuvo la respiración y saltó, clavando los dedos de las manos y los pies en la tela y al papel maché que envolvía la inmensa columna. Un momento más tarde ascendían hacia el cielo.

Moresco utilizó su cuchillo para hacer pequeños asideros en la columna y después le pasó el cuchillo a Jode.

—¡Aguanta! —gritó.

Era una forma mareante de avanzar, pero sorprendentemente rápida. Inicialmente, Jode temió que alguien los viera y los detuvieran, pero al parecer los medianos eran tan ligeros que no desequilibraban al funambulista, o tal vez alguna clase de magia en los pilares impedía la alteración. Por lo que respecta a la gente, la mayor parte de ellos estaban demasiado ocupados contemplando el cielo para ver a los medianos tan cerca de la tierra. Los pocos que los veían los señalaban y se reían.

Pasaron los minutos. Jode sentía que tenía los brazos en llamas y el estómago se le subía a la garganta a cada zancada. Las caras se emborronaban y giraban a su alrededor, y la marcante música de las gaitas se deslizaba por su mente, apagando el

murmuro y el rugido de la muchedumbre. Finalmente, los hipogrifos de piedra que flanqueaban la guarnición aparecieron ante sus ojos.

Cuando estuvieron cerca de las puertas, los dos medianos descendieron de los pilares. Los guardias mantenían libre el espacio que había ante las puertas de frente, y los dos caminaron en zigzag por los adoquines y se detuvieron a los pies de un confuso agente de la Guardia. Jode se recompuso y se irguió. Le dolía la rodilla y preveía muchas magulladuras en el futuro.

—¡Tanda! —gritó Moresco—. Recojamos tus muchos tesoros y encontremos un buen agujero en el que celebrar nuestra aventura.

Pero, como esperaba, Jode vio un brillo avaricioso en los ojos del ladronzuelo. No tenía duda de qué clase de bienvenida le esperaba en ese buen agujero, o qué haría Moresco si descubriera que Jode llevaba un monedero lleno de oro. Metió dos dedos en el interior de su ropa y sacó unos cuanto galifars de oro de su monedero escondido.

—Me temo que los tesoros se han perdido para siempre y que éste es el fin de nuestro viaje juntos, orasca. —Lanzó las monedas a Moresco. Pese a su sorpresa, el pillo alcanzó hábilmente el refulgente oro—. Te sugiero que te marches antes de que les diga a estos buenos guardias a qué te has dedicado últimamente.

Moresco lo miró fijamente, pero tenía más oro que antes de empezar el viaje. Al cabo de un momento se escupió en un dedo y lanzó el escupitajo a Jode. Después desapareció entre la muchedumbre.

Jode observó cómo se iba y después se giró hacia el guardián apostado en la puerta.

—Tengo que hablar con el capitán Grazen.

CAPÍTULO 26

BRELAND  
SHARN

28 de dravago de 996 AR

Daine consideró las posibilidades. El ascensor era un amplio disco rodeado de una baja baranda metálica. Dos de los alabarderos estaban bloqueando la entrada, mientras que los otros dos se estaban abriendo en direcciones contrarias. Se maldijo por no haber considerado aquella posibilidad. El enano había estado patrullando la zona de Den'iyas el otro día, y era probablemente su zona habitual.

Daine miró a los ojos a Lei y después de soslayo por encima de su hombro. Retrocedieron hasta la barandilla. Al menos ahí no podrían rodearles.

—Lorrak, ¿verdad? —dijo Daine—. Pareces... vivo.

El enano sonrió, lo cual no fue una visión agradable.

—Eso es lo único que tenemos en común. —Llevaba una pesada porra de bronce y la golpeó contra la palma de su mano izquierda—. Pero creo que yo tengo mejores expectativas.

Lei dejó los ojos en blanco.

—Sargento. No te gustan los *cyr*. Eso está bien. Pero eres un agente de la ley. ¿Debo creer que vas a empujarme Por encima de la baranda. Por la espada de Arrah, si eso forma Parte de tu trabajo, ;qué tienes que hacer para conseguir un ascenso?

Si Llorak se sintió afectado por el discursito, lo ocultó a la perfección. Necesitamos a Jode, pensó Daine. Si Jode estuviera aquí, ya habría convencido al sargento de que nos invitara a comer.

—Mi obligación es proteger a la gente de Sharn —dijo Lorrak—. El juramento no dice nada de la basura llorona. Ya hay demasiados de vosotros aquí, y es sabido por todos que la mitad de vosotros estáis locos. Si le dijera a la gente que saltaste por el borde, probablemente me creería. Pero si tú me haces daño... Eso es otra historia. Matar a un guardia es malo, pero ¿un llorón matando a un agente? Si tienes suerte, la Guardia se te llevará antes de que llegue la muchedumbre.

Lorrak hizo un gesto con la cabeza a sus hombres y los alabarderos situados a los lados del ascensor dieron un paso adelante.

Daine estudió al enano. Aquello no era una falsa amenaza. Si los dos guardias de la puerta no se unían a la pelea inmediatamente, Lei y él tenían alguna opción. Daine se había enfrentado con éxito a Lorrak el día anterior, pero el sargento tenía razón.



Aunque derrotaran a los guardias, las cosas no podían más que empeorar. Sólo había una solución.

Mientras los guardias se acercaban, se giró hacia Lei y la embistió. Impacto contra ella y la rodeó con los brazos. Ella perdió el equilibrio a causa del golpe y trastabilló. Él la levantó y se arrojó por encima de la barandilla. Le dolió la cadera cuando su pierna se golpeó contra el metal. Y después cayeron, cayeron en picado la media milla que había entre el ascensor y las calles inferiores de Sharn.



Lei forcejeó mientras caían. Estaba gritando, pero el rugido del viento ahogaba las palabras. Mientras el suelo se acercaba a ellos, Daine se preguntó si había cometido un error.

Y después dejaron de caer.

Por un momento, parecieron inmóviles, después Daine se dio cuenta de que seguían descendiendo lentamente como una hoja que cae de un árbol.

Lei dejó de menearse, sorprendida por el cambio de velocidad.

—¿Daine?

—¿Sí?

—¿Por qué no estamos muertos?

—El símbolo de la pluma. Algo que el capitán Grazen me dio. Es un ensalmo que venden en los mercados. Se entiende que la gente los compre. Pero sólo se pueden usar una vez.

—¿Te lo dio?

—Sí. Cuando me explicó por qué Lorrak sobrevivió a la caída.

Estaban prácticamente en la calle. Nadie parecía prestarles atención. Parecía que los ciudadanos de Sharn estuvieran acostumbrados a ver caer a gente del cielo.

—Y cuando has decidido saltar del ascensor, ¿no se te ha ocurrido que quizá te diera el ensalmo utilizado por Lorrak y ya inútil?

—No.

—La próxima vez, creo que preferiré enfrentarme al enano.

Descendieron el resto del trecho en silencio.



CAPÍTULO 27

BRELAND  
SHARN

*28 de dravago de 996 AR*

Través recorrió las calles de Altos muros. Había perdido a Jode en el ascensor. Tenía la esperanza de recobrar el rastro del mediano en los distritos inferiores, pero su talento para rastrear en las llanuras había demostrado tener poca utilidad en la ciudad. Siguiendo las órdenes del capitán, estaba regresando a la Mantícora, y después de la pelea de la noche anterior, lo consideraba el distrito territorio hostil. Cada sombra era una emboscada potencial, cada transeúnte un posible enemigo. En cierto sentido, aquello le parecía un ejercicio relajante. La batalla que habían librado la noche anterior había sido una liberación, una oportunidad de servir a su verdadero propósito. Pero al mismo tiempo, había sido profundamente inquietante. La gente con la que habían luchado eran cyr, la gente que se había pasado la vida defendiendo. Los viejos aliados eran ahora enemigos, los viejos amigos les habían traicionado..., nada tenía ya sentido. Echaba de menos la guerra, cuando la vida era clara: defender a los amigos, matar al enemigo y tratar de no morir. Preguntas fáciles. Respuestas claras. Ya no era así.

Hasta el momento había permanecido junto al capitán. Pues todo su fin era defender Cyre. Través no tenía el mismo nacionalismo que había visto en muchos de sus camaradas soldados. La mayor parte de ellos procedían de familias que habían vivido en Cyre durante generaciones. Muchos habían perdido a seres amados o parientes en las centurias de guerra. Peleaban con un ardiente deseo de venganza contra Breland o Karrnath, querían cobrarse sus pérdidas con sangre. Pero Través no tenía historia familiar. En realidad, no tenía ni sangre. Las fronteras en un mapa, el concepto de nación..., esas cosas no significaban nada para él. Lo que importaba era la forma de un rostro, el sonido distintivo del acento cyrano. Y lo que más importaba eran sus camaradas soldados, los pocos que habían sobrevivido. Cyre podía haber sido destruida, pero Daine, Lei, Jode..., ellos eran su nación, su país. Pero ¿de qué utilidad iba a serles si la guerra había realmente terminado?

Aunque esas preocupaciones atribulaban su espíritu, Través nunca permitía que su concentración descendiera. Una figura enfundada en una túnica había estado siguiendo a Través durante un trecho. El desconocido se esforzaba por no ser visto, se deslizaba por los portales de las casas y las sombras. Con miradas de soslayo, Través no había visto ningún arma, pero no podía arriesgarse. Una sensación de tranquilidad

se asentó en su interior, y las dudas de hacía un momento se habían evaporado. Las dudas entre la guerra y la paz ya no eran relevantes. Las líneas de la batalla se habían trazado, y era el momento de la acción.

Través estaba sosteniendo su ballesta y disparó una flecha mientras caminaba, calculando que podía fallar aproximadamente cuatro disparos antes de que el perseguidor se acercara. Pero aquello era la calle de una ciudad, no una zona de guerra a pesar de los acontecimientos de la noche anterior. Había otros transeúntes, la mayoría refugiados *cyr*. No podía arriesgarse a herir a alguien con una flecha perdida. Través disminuyó la tensión de la ballesta y se deslizó en el siguiente callejón y para desaparecer en un charco de sombras.

Un momento después apareció el desconocido con el rostro oculto tras una maltrecha túnica de piel aceitada. La figura encapuchada entró en el callejón, mirando precavidamente a ambos lados. Se movía con la elegancia de un depredador, pero incluso un depredador puede caer presa por un cazador más grande.

Través surgió de las sombras tras su perseguidor. Había dejado su ballesta y sacado su mayal, y con un diestro movimiento envolvió el cuello del desconocido con la cadena. Tenía una mano en el mango cubierto de hierro del arma y el otro en la cadena, cerca de la bola con púas.

—Si presentas la menor amenaza, te partiré el cuello —dijo Través—. ¿De acuerdo?

—No tengo necesidad de respirar, hermano. —La voz era grave y femenina..., y claramente de un forjado—. Y si hubiera sido mi intención ser una amenaza, no estaríamos manteniendo esta conversación.

Tras pensarlo un momento, Través soltó a su perseguidora. Disminuyó la presión de la cadena y apartó el arma de su cuello, pero dejó suelta la cadena, lista para atacar. Ella giró la cara hacia él con las manos bien a la vista.

Las forjadas eran una rareza. Los forjados eran esencialmente inorgánicos, y si bien los diseños variaban ligeramente dependiendo de la función del forjado, la funcionalidad era el primer objetivo. Través nunca había conocido a un forjado de apariencia femenina, pero había conocido a otros forjados con voz y personalidad femeninas. Quizá los magos-creadores que construían los forjados consideraban que era una apariencia mejor para su especialidad militar, o quizá era sólo una rareza de una artificiera que quería dejar su inarca en el forjado que había creado. Aquella forjada era más pequeña que Través y de complexión ligera. En ciertos aspectos, a Través le recordaba a Lei. Había hecho un excelente trabajo ocultando su armadura bajo la suelta ropa de la túnica. Una capucha y un pañuelo de lana ocultaban su cara, e incluso Través la había tomado por un refugiado abrigado contra la frecuente lluvia. Pero no era posible confundir el tacto de metal y madera con que había rozado la cadena de su mayal al rodear el cuello.

—¿Qué quieres? —dijo, dejando que la cadena de su mayal girara lentamente—. ¿Por qué me llamas «hermano»?

La voz de la forjada era tan fría e impávida como la de Través. Si se sintió amenazada por el mayal, no lo mostró.

—Tenemos los mismos padres. Nacimos en el mismo útero. ¿No nos convierte eso en hermanos?

—No somos criaturas de carne y hueso. Dos espadas hechas por el mismo herrero nos son hermanas.

—Si pudieran hablar, tal vez no dijeran lo mismo.

Se quitó el pañuelo de la cara, dejando a la vista rasgos de mitral cubiertos de esmalte azul. La lámina de su cara era el modelo estándar utilizado para los forjados cyr, pero en proporción a su cuerpo más pequeño. Aparte del color, era totalmente como la cara de Través.

—Puedes creer lo que quieras —dijo—. Mi arma nunca me ha hablado. ¿Qué quieres?

—La pregunta es qué quieres tú. ¿Por qué sigues entre esas criaturas de carne?

—Fui construido para defender a los cyr, y eso sigo haciendo. —Algo en la desconocida hacía sentir incómodo a Través. La voz femenina era rara, y a pesar de que no iba armada, Través no podía reprimir la sensación de que era peligrosa.

—Fuiste construido para servir. Eres una espada, te compraron y pagaron por ti. Pero a diferencia de una espada, tienes voz. Puede escoger tu destino, y ahora ha llegado el momento de escoger. La guerra se está acabando. Embajadores y príncipes firman tratados. Una vez resuelvan sus diferencias, ¿qué crees que harán con nosotros? ¿Quién quiere mirar una espada mientras trata de celebrar la paz?

Través recordó las palabras de la esfinge, la mención a su familia. ¿Era a eso a lo que se refería?

—¿Sabes quién me creó? —preguntó.

—Un humano u otro. ¿Importa eso? ¿Con quién tiene más que ver una espada, con otra espada o con el herrero que la forjó?

—Quizá no sea el metal, sino el fin —dijo—. Un herrero no puede pasar su sangre a sus creaciones, pero les da forma con sus sueños.

—¿Has tenido alguna vez un sueño? —La forjada dio un paso hacia delante y Través retrocedió para mantener la distancia entre ellos—. Para una criatura de carne, un sueño es algo trivial, una fantasía ociosa que llega de noche. Nosotros no dormimos nunca. Pero algunos de nosotros compartimos un sueño, un sueño forjado en el coraje y el deseo. Únete a nosotros. Ayúdanos a forjar un nuevo futuro, un lugar para nuestra gente.

—Yo tengo un lugar —dijo Través. Deslizó el mayal en la funda de su espalda y recogió su ballesta.

La forjada inclinó la cabeza.

—Muy bien. Pero ten en cuenta mis palabras, y te sugiero que las recuerdes. Cuando la paz finalmente se imponga, ¿será la espada la amiga de alguien? —Se subió el pañuelo para cubrirse la cara—. Volveremos a vernos. La forjada dio un paso

hacia atrás y al cabo de un instante había desaparecido. Su agilidad era impresionante. Sin duda había querido que Través la viera cuando le seguía, y él se preguntó si le habría espiado en otras ocasiones.

Mientras caminaba hacia la Mantícora, pensó en lo que había dicho. ¿Tenía razón? ¿Era aquélla la familia de la que Llamaviento había hablado? ¿O la esfinge tenía en mente algo más específico, el fin de dos espadas forjadas por la misma mano y no solamente por la misma forja?

Pero esos pensamientos no le preocuparon mucho tiempo. Era un forjado. Sus compañeros le necesitaban. Escudriñando la multitud en busca de Jode, siguió recorriendo las calles de Altos muros.

## INTERLUDIO



¿Qué quería?

Oía los sonidos que procedían de su boca, pero ella no podía comprenderlos. Los sonidos eran fragmentos distorsionados, sacados de contexto, sin sentido. Incluso su cara..., a ella le resultaba difícil mirarle, observarle durante el tiempo suficiente para leer sus expresiones. La noche anterior, había soñado con el hombre sin piel y su maestro, pero se la habían llevado abajo y la habían cambiado de nuevo. Pero quizá no fuera un sueño. ¿Había estado otra vez en el agujero? Y si era así, ¿qué había hecho él? ¿Le había comido sus recuerdos del lenguaje? ¿Podía ella volver a aprender el significado de esas palabras si insistía con fuerza? ¿O eran sus oídos? ¿Eran sus oídos todavía suyos o se los habían llevado? ¿Qué podía querer él de sus oídos? ¿Cuánto tiempo tardaría él en dejarla morir al fin?

El hombre seguía hablando. Ella bajó la mirada hacia él y negó con la cabeza. ¿Quería él al hombre sin piel? Se llevó la mano a la mejilla y tiró de la piel, simulando la acción de un cuchillo con la otra.

Claramente, él no comprendía lo que ella quería decir. Ella sostuvo los dedos en lo alto, alrededor de la mano, y los contoneó, pero él tampoco pareció comprender.

De repente, él se dio un golpe en la frente. ¿Un pensamiento? Volvió a hablar, pero sus palabras carecían de significado, como antes. Ella negó con la cabeza. Él la llamó con señas, le indicó que debía sentarse. Cautelosamente, ella obedeció. Raramente se sentaba durante el día.

¿Por qué estaba él haciendo esto? ¿Qué quería?

Id se tocó la mano con el dedo índice y después hizo un gesto de giro con el mismo índice y el pulgar. Ella trató de estudiar su cara en busca de alguna pista, pero mientras lo hacía todos sus rasgos parecieron desaparecer y dejarla mirar una pura y lisa pizarra. Ella hizo una mueca y apartó la mirada, y al hacerlo sus rasgos reaparecieron. Tenía que ser ella, pensó. Un cambio más. Una cosa más que él le había robado.

El visitante habló de nuevo. Ella creyó advertir un deje de frustración en sus

palabras sin sentido, pero no podía estar segura. Lo que sucedió después la sorprendió. Él extendió el brazo y le tocó la cara. Sus manos eran suaves y amables, y recorrieron lentamente sus labios.

—Bienvenida —dijo una voz.

¡Lo entendió! ¡Conocía esa palabra! Después vio el miedo en los ojos del desconocido y se dio cuenta de quién había hablado.

El hombre sin piel había regresado a la habitación. Tenía la capucha quitada y se veían los músculos al descubierto que eran su cara.

—No esperaba visitantes —dijo—, pero es una sorpresa muy agradable.

El visitante dijo algo, pero sus palabras seguían siendo un caótico borrón de sonidos.

—Me encantaría explicarlo —dijo su dueño, moviéndose lentamente hacia ella—. Pero hay mejores lugares para ello. Vendrás conmigo, espero.

Ella no podía dejar que sucediera. Empujó al visitante con toda la fuerza que pudo, y él retrocedió dando tumbos hasta la puerta. Pero pareció comprender y en cuanto recuperó el equilibrio echó a correr.

Pero aquello no era suficiente. El hombre sin piel hizo restallar su brazo como si fuera un látigo y un tentáculo de piel salió volando de su manga. El reluciente zarcillo envolvió los tobillos del visitante y lo derribó al suelo. Su maestro gritó y una de las garras entró por la puerta. Se produjo una breve lucha, pero el resultado nunca estuvo en duda.

—Llévadlo abajo —dijo su maestro.

La garra se lo echó al hombro y se lo llevó.

El hombre sin piel se volvió hacia ella. Sus enloquecidos ojos refulgían en sus hondas cuencas.

—Y tú..., supongo que tendré que pensar algo nuevo para ti. La risa del hombre sin piel resonó en sus oídos cuando se volvió para seguir a la garra.

CAPÍTULO  28

BRELAND  
SHARN  
*28 de dravago de 996 AR*

La sala común de la Mantícora estaba casi vacía. Dassi, la tabernera, había dado a Daine, Través y Lei una maltrecha baraja de cartas y habían estado jugando a las tres piedras durante una campana.

—Llega una hora tarde —dijo Lei dejando el Rey del Fuego sobre el alquimista.

—¿Y? —dijo Daine. Después de pensar un momento, recogió el Alquimista de Fuego y lo sustituyó por una de las cartas de agua—. Jode ha tratado con darguuls, guerreros valenar, agentes de la Ciudadela. ¿De qué tienes miedo?

—Para empezar, la mayor parte de basiliscos tienen dos ojos. ¿Quién tiene el otro?

—Eso es cierto.

—¿Adónde ha ido?

—Debe haber sido algo que dijo Alina. Recuerdo que en un momento puso una cara rara... ¡Por la sangre de Aureon! No recuerdo qué fue.

—¿Quizá volvió a verla? —Lei sacó una carta.

—Es improbable —dijo Través—. He podido seguirle un rato y se ha encaminado directamente a un ascensor. Se ha puesto en marcha antes de que yo llegara, y cuando ha regresado ya me ha sido imposible seguirle el rastro. —A Daine le pareció que Través estaba ligeramente distante desde que se habían reunido en la Mantícora, pero siempre era difícil interpretar el humor de los forjados.

—¿Crees que volvió aquí? —preguntó Lei.

—No hay modo de saberlo, señora.

—Ya no soy una Cannith, Través —dijo Lei—. Ya no tengo ningún título.

—Tú siempre serás mi señora —dijo el forjado.

Lei sonrió.

—Al menos todavía tengo eso. —Miró sus cartas y después alzó la mirada—. ¿Sabes, Través? Nunca te he preguntado dónde te construyeron.

—Soy parte de la segunda legión, señora, forjado el año del reino 968.

—¡Yo nací ese año! —dijo ella—. La segunda legión... El mismísimo Aaren d’Cannith debió trabajar contigo.

—Nunca he sabido los nombres de mis creadores —dijo Través—. ¿Tiene esto



algún interés?

—No lo sé. La esfinge te lo preguntó, ¿verdad? Quizá se refería a eso cuando te preguntó por tus padres.

—Es posible. Y tú ¿has tenido alguna idea sobre tus hermanos?

—No, eso sigue sin tener sentido.

—Y yo todavía no he perdido nada —señaló Daine—. Quizá sólo estaba jugando.

—Es muy posible —dijo Lei—. Pero ¿con qué fin? ¿Contra quién juega?

—A las tres piedras normalmente se juega por dinero —dijo Través—. Y sin embargo estamos jugando sin monedas. ¿No es la satisfacción de la victoria una recompensa suficiente? —Sacó una carta y después inició una cascada, cubriendo la mesa de cartas de agua. Los otros suspiraron y tiraron sus cartas.



Greykell llegó en el mismo momento en que sonaba la quinta campana.

—¡Qué placer veros de nuevo, amigos! —dijo ella, casi asfixiando a Daine con un fortísimo abrazo. Dio la vuelta a la mesa abrazando a cada uno de ellos—. ¿Habéis tenido un día productivo?

—Nadie ha intentado matarnos desde hace una hora —dijo Daine—. ¿Hay noticias de Hugal?

—¿Te refieres a Monan? No, todavía no. Ésa es la razón por la que me he pasado por aquí. Sigo con mis rondas, y aún tengo algunos lugares más que visitar. Me vendría muy bien vuestra ayuda, pero también he pensado que sería una oportunidad para que conocierais a más de nuestra gente.

Daine frunció el entrecejo y dejó las cartas.

—¿Por qué no? La única razón por la que Través no me ha ganado todo mi dinero es porque no tengo dinero.

—Venid a la tienda de la milicia mañana por la noche —dijo Greykell, dándole una palmada en el hombro a Través—. Siempre nos hacen falta buenos jugadores, y te aseguro que mi dinero imaginario es tan bueno como el de Daine.

—Yo creo que me quedaré aquí —dijo Lei—. Estoy tratando de perfeccionar una fórmula alquímica y quiero echarle otro vistazo a la información que tenemos sobre las piedras robadas.

—Oh, venga —dijo Greykell, empujando a la menuda mujer de la silla—. ¡El esplendor de Altas Murallas te espera!

Después de unas palabras más de ánimo, Lei aceptó unirse a la expedición. Través también lo hizo y tomó su inmensa ballesta.

—Todavía hay muchos peligros en esta zona —dijo—. Creo que lo mejor será que sigamos juntos.

—¡Ése es el espíritu! —dijo Greykell. Estudió las marcas que había en el torso de Través—. Segunda legión, ¿eh? «Espada y Acero. Unidos como uno solo».

—Ése era el lema de la legión, sí. La mayor parte de la legión estaba dispersa entre unidades humanas. Yo casi nunca luché junto a los míos.

Greykell sonrió y se encogió de hombros.

—Bueno, pues unido como uno solo con los humanos. —Se dio la vuelta hacia los demás—. Y ahora vamos a buscar a ese malvado gemelo.



Aunque los refugiados cyr conformaban la mayor parte de la población de Altos muros, había llegado al distrito gente de muy distintas nacionalidades. Durante el momento álgido de la guerra, Altos muros había servido oficiosamente como cárcel, un lugar en el que gente de lealtad cuestionable podía ser concentrada. Mientras vagaban por el laberinto de callejones que rodeaba el distrito, Greykell se detuvo con frecuencia para visitar a varias familias o clanes que vivían en decrepitos edificios antiguos. Un patriarca lhazaar insistió en que probaran su estofado frío de pescado, y el que fuera ingeniero de asedios de Karnath comentó vivamente la ciencia de las fortificaciones con Lei. Greykell parecía conocer a todo el mundo en el distrito, y todo el mundo con quien topaban parecía querer hablar. El tiempo pasó en un borrón de historias de guerra, chismes locales y problemas de salud. Greykell celebró los triunfos y mostró solidaridad con las desgracias. Con frecuencia podía solucionar los problemas de los más miserables. Un hombre sabía que una de las fundiciones de debajo de la ciudad estaban buscando mano de obra. Otro había perdido su trabajo por culpa de un capataz brelish fanático. Pronto quedó claro por qué Greykell le había pedido a Lei que los acompañara. Había aprovechado el talento de Lei como artificiera para convencerla de que arreglara herramientas y muebles estropeados. Tejió una red de conexiones por toda la comunidad, y Daine se quedó impresionado por su conocimiento y su carisma.

Pero no había ni rastro de Hugal.

—¿Esperabas encontrar a Hugal aquí? —dijo Daine. Acababan de salir de una casa habitada por una familia mixta de orcos y humanos de la Marisma de la bruma.

—No —admitió Greykell alegremente—. Pero nunca se sabe con los conversores, ¿verdad? Estoy siguiendo mi camino habitual. Creo que el lugar más probable en el que encontrar a vuestro amigo es arriba.

—¿Haces esto cada día? —preguntó Lei.

—Más o menos. Cuando llegué, había mucha tensión en Altos muros. Los karn odiaban a los thrane, ambos odiaban a los cyr y todo el mundo odiaba a los Ihazaritas. Eso sigue así, pero la mayor parte de la gente me lo oculta para ser educada. La gente no cambia en un día, pero estamos haciendo progresos. La guerra ha terminado. Y lo que es más importante, ya no somos karns. Si vamos a quedarnos aquí, tenemos que empezar a pensar en nosotros como gente de Sharn.

—No veo que los brelanders os estén dando la bienvenida con los brazos abiertos.

—No he dicho ciudadanos de Breland. He dicho gente de Sharn. No estoy pidiéndote que te olvides de Cyre, Daine. Sólo quiero que pongas el bienestar de tus vecinos por encima de una nación que no volverás a ver.

Daine frunció el entrecejo. Lo que decía tenía cierto sentido, pero se había pasado los últimos diez años luchando contra brelanders y karns, y era difícil lograr que esa ira desapareciera en un día. Y a pesar de los meses pasados en las tierras Enlutadas, era difícil aceptar que Cyre hubiera desaparecido para siempre.

—¿Qué piensa el consejero Teral de esto? —preguntó.

—Teral y yo no siempre vemos las cosas del mismo modo, pero ha hecho mucho para mantener unida la comunidad. Trajo a un gran número de supervivientes de las tierras Enlutadas, y fue su oro el que pagó muchas tiendas de la plaza. A mi modo de ver, no nos hace ningún bien simular que Cyre volverá. Pero el embajador Jairen está de acuerdo con Teral. —Se encogió de hombros.

—¿Jairen? ¿Quieres decir que todavía tenemos un embajador?

Greykell asintió.

—Con tantos refugiados en la ciudad, el alcalde decidió permitir que la embajada siguiera abierta. No tiene ningún poder real, pero han ayudado a la gente a encontrar trabajo, buscar a miembros de su familia..., esa clase de cosas. Más o menos lo que yo hago cada día. Sólo que ellos tratan con Karnath en lugar de las familias de veteranos karn.

—Mmm.

Greykell se detuvo por un momento.

—Muy bien, ésta es nuestra última parada. Cuidado donde pisáis.

Estaban junto a un viejo edificio de viviendas. La puerta había sido arrancada de las bisagras y no se veía a nadie. Casi todas las ventanas estaban cubiertas con tablones.

—¿Crees que aquí encontraremos a Hugal? —dijo Daine, llevándose la mano a la espada.

Greykell le sujetó la mano y volvió envainar la espada.

—Quizá. Pero lo que he dicho es «cuidado donde pisáis». Los suelos de los pisos superiores han cedido alguna vez. ¿Qué tal tus conocimientos de ingeniería de estructuras, Lei?

Lei se encogió de hombros.

—Llaman a este lugar Puerta de Dolurh —dijo Greykell, guiándolos por el maltrecho dintel—. Es uno de los enclaves cyr más viejos del distrito. Una tienda en la plaza sería más segura, pero la gente tiene aquí su propia idea de lo que es una comunidad. Ya veréis.

El pasillo apestaba a sudor y orina. Había una anciana demacrada vestida con una túnica en estado de putrefacción en el suelo del atrio, y por un momento Daine pensó que estaba muerta. Cuando la mujer se giró para mirarles, sus ojos estaban vidriosos y contemplativos.

—Sueñolirio —susurró Greykell—. Sólo Aureon sabe cómo se lo permite la gente aquí. —Se encaminó hacia la anciana y la ayudó a levantarse—. Syllia, ¿por qué no vuelves con tu familia?

La anciana se quedó mirando a Greykell sin reconocerla.

—Estoy bien —dijo con la voz quebrada y dubitativa—. Nada me toca aquí.

Daine miró de soslayo a Lei, que se encogió de hombros. Se preguntó si Jode podría hacer algo por la mujer. Lo dudaba. El poder de la Marca de dragón de Jode tenía poco efecto en las enfermedades mentales.

—Ven, Syllia —dijo Greykell tomándola del brazo—. Te llevaremos a casa.

—Siempre dispuesta a echar una mano, ¿eh?

Daine se volvió hacia la nueva voz. Tres personas acababan de entrar de la calle. El que hablaba era un hombre inmenso, casi tan alto como Través. Daine supuso que tenía algo de sangre orca en las venas. Los tres iban vestidos con ropa andrajosa y manchada, y el líder llevaba una porra de madera pulida.

—Sabemos cuidar de nosotros mismos —dijo, y su voz grave pareció bullir de ira.

Hizo un gesto y uno de sus acompañantes dio un paso hacia delante; era un tramoyista, tenía la piel purulenta y parcheada y sus colmillos tenían signos de podredumbre. Arrancó a Syllia de manos de Greykell y la arrastró pasillo abajo.

—¡Doras! —dijo. Greykell alegremente—. Justo la persona que quería ver. —Caminó hacia el hombre enfadado como si fuera a darle un abrazo, pero Doras movió la porra ante sí.

—Te he dicho ya —dijo— que no te quiero aquí. —Miró de soslayo a Daine y escupió a sus pies—. Ni tampoco a tus patéticos perritos falderos.

Daine dio un paso hacia delante, pero Greykel lo detuvo.

—¿Hay algún problema? —espetó Daine.

Doras empujó a Greykell hacia un lado y dio un paso en dirección a Daine. Era al menos cuatro pulgadas más alto que Daine y estaba muy musculado. El desdén lo rodeaba como una nube.

—Sí, hay un problema. Nuestra patria ha sido destruida. Nuestro mundo podría estar llegando a su fin. Y tú, soldado, tú que fracasaste en tu obligación prometida de proteger a nuestra gente, ¿te atreves a entrar en mi casa y creer que puedes ayudarnos? —Miró a Greykell—. Tú y los tuyos tuvisteis la oportunidad de proteger

a la gente. En lugar de eso, vuestra guerra destruyó nuestra tierra. ¿Y crees que puedes arreglarlo ayudando a un hombre a conseguir un trabajo haciendo espadas para los soldados brelish? Me das asco.

—¿Y dónde estabas tú cuando mis hombres morían en la frontera brelish? —dijo Daine. Greykell mantuvo la mano en su antebrazo, reteniéndole.

—Estaba cultivando los campos que daban de comer a tus hombres. Y nunca incumplí mi obligación. ¿Puedes decir tú lo mismo?

El tercer hombre —un esbelto semielfo con unas terribles quemaduras en la piel— dio un paso hacia delante.

—Confiábamos en ti, soldado —dijo—. Y esto..., esto es lo que hiciste por mí. Se acerca el fin. Y vosotros, idiotas sedientos de sangre, abristeis la puerta.

Greykell se colocó ante Daine y alzó las manos.

—De acuerdo, Tenéis razón. Deberíamos haber ganado la guerra. ¿Pero adónde te lleva esa ira, Doras? ¿De qué te sirve?

Por un momento, Daine creyó que Doras iba a golpearla; sus nudillos se volvieron blancos alrededor de la porra. Finalmente, relajó la mano.

—¿Qué quieres? Te dije que no quería volver a verte por aquí.

—Estoy buscando a una persona —dijo Greykell—. Estoy segura de que te acuerdas de Hugal. O de Monan. Cualquiera de los dos me sirve.

—No les he visto desde hace más de un día —dijo Doras con los ojos entrecerrados—. ¿Por qué? ¿Les has encontrado trabajo como actores de calle?

—Te sorprendería —dijo Greykell—. Creo que tienen talento para eso. Pero me preguntaba..., ¿tenían amigos? ¿Otra gente con la que fueran vistos hace poco?

—No. Aquí no hay amigos. Sólo supervivientes.

Greykel puso los ojos en blanco.

—La vida es dura y desesperante. Lo habéis perdido todo. Lo sé. ¿Y sabes qué? También yo lo he perdido todo. Pero creas lo que creas, esto no es el fin del mundo. Sólo tenemos que deshacernos del pasado y abrazar el futuro. Empezar de nuevo.

—Muy inspirador. Pero ¿has estado en las ruinas de Cyre? ¿Has visto lo que ha dejado la guerra? Si hubieras visto lo que yo vi, lo entenderías. Hemos visto el fin, y esto acaba de empezar.

—Bueno, siempre es un placer verte, Doras. Si no quieres vernos aquí, será mejor que nos vayamos. Sólo una cosa más. ¿Conoces a Hila, la costurera? ¿Ha estado por aquí?

Los ojos de Doras eran fríos como piedras.

—No.

—¡Genial! —Greykell tomó a Daine del brazo y tiró de él hacia la calle—. Y por favor, haz algo por Syllia, ¿quieres? No puede seguir así.

Doras no dijo nada.



—¿Qué te parece?

Se había hecho de noche y Greykell los llevaba de vuelta a la Mantícora.

—¿Crees que ese hombre, Doras, trabaja con Hugal? —preguntó Lei.

—Es posible que Doras sea Hugal —dijo Greykell—. Son conversores, ¿lo recuerdas? Pero la verdad, no sé qué pensar.

Conozco a Doras desde hace meses. Es gritón, y la gente de la Puerta de Dolurh le adora..., pero no lo sé. Le gusta provocar, pero nunca le he visto dar el primer puñetazo en una pelea. Y parecía tener dos buenas manos.

—Ojalá Jode hubiera estado allí —dijo Daine—. Tiene un increíble don con la gente.

Greykell se encogió de hombros.

—Bueno, sin duda parecía sospechar. No me ha parecido que insistir fuera a sernos de ayuda. Mejor volveré en algún momento en el que él no esté, cuando podamos llevarnos a Jode con nosotros.

Daine asintió.

—Esta noche ceno con los Soras en la plaza —dijo Greykell—. Uno de los beneficios de ser una entrometida profesional. Siempre hay alguien celebrando una cena en alguna parte. La Mantícora está a la vuelta de la esquina. ¡Nos veremos mañana! —Abrazó a cada uno de ellos y después desapareció por una de las oscuras calles laterales.

El grupo dobló la esquina y la Mantícora apareció ante ellos. Una figura familiar estaba sentada en el peldaño de la entrada: Hugal o Monan, Daine no lo supo, pero era uno de ellos sin duda. En un instante, Daine tenía sus armas en las manos. Sus compañeros se detuvieron, curiosos, pero no desenvainaron sus armas.

—Hola, Daine —dijo el gemelo—. Parece que tenemos un asunto que resolver.

—¡Abátele! —le gritó Daine a Través, pero el forjado no alzó la ballesta. De hecho, se quedó inmóvil.

—Me temo que esto es entre tú y yo, Daine —dijo el gemelo al tiempo que se levantaba y se encaminaba hacia él—. Tus amigos no pueden ayudarte.

Volviéndose hacia Lei, Daine vio que su cuerpo estaba completamente rígido y su cara carente de expresión.

—¿Qué les has hecho? —dijo, poniéndose en guardia.

—En realidad, soy Monan. Anoche te mentí. Greykell tenía razón. Nos gusta hacerlo sólo para confundir a la gente.

Parecía ajeno a las relucientes armas de Daine. Y con razón. A medida que Monan se acercaba, Daine hizo una arremetida con su espada. El golpe debería haberse clavado en el corazón de Monan, pero el gemelo se movió con una asombrosa velocidad y apartó la hoja con la palma de su mano izquierda. Antes de que Daine pudiera reaccionar, Monan sujetó la hoja con la mano izquierda y golpeó la empuñadura con la derecha, obligándole a Daine a soltarla.

Aunque le sorprendió la velocidad del conversor, los reflejos de Daine estaban afilados después de toda una vida de entrenamiento. Sin la espada, Daine atacó con la daga. Monan golpeó la punta de la daga con la palma de la mano, y la hoja —que podía cortar acero con la misma facilidad que queso— se detuvo de repente.

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad? —dijo Monan. Daine logró dar un paso hacia atrás antes de que el conversor pudiera arrebatarse la daga—. Nada de esto está sucediendo en realidad. Físicamente.

—¿De qué estás hablando?

Monan esbozó una sonrisa, la sonrisa sádica de un depredador que juega con su presa.

—Cuando derrotaste a mis aliados anoche, introduje mi espíritu en tu mente. Esto —señaló cuanto les rodeaba— es sueño y memoria. Ahora mismo, estás babeando sobre los adoquines. Dentro de un rato, habré acabado contigo de una vez por todas. Utilizaré tu cuerpo para cuanto satisfaga mis intereses, y después de dejaré pudrir en algún manicomio.

—Estás mintiendo.

—¿Sí? —Monan se llevó la mano a la espalda y cuando Daine volvió a vérsela había una espada en ella, una espada que Daine reconoció al instante—. Mira qué he encontrado aquí. ¿Te acuerdas de esto, Daine? Un regalo de tu abuelo. Y mira qué hiciste con ella.

Hacía mucho tiempo que Daine no se paraba a contemplar la espada de su abuelo, los desperfectos en la hoja y la empuñadura, tanto intencionados como accidentales. Miró la hoja y en ese momento todo cambió. Estaba en el patio de la finca familiar de Metrol. Por un momento, pareció que era de nuevo un niño; las paredes y las puertas se alzaban altísimas ante él. Después se dio cuenta de que él no había cambiado. Pero los edificios sí habían crecido, aumentado de acuerdo con las percepciones de un niño. Su abuelo era muchísimo más alto que él y tenía la maltrecha espada en la mano.

—Mira qué has hecho —dijo él con la voz llena de decepción—. Creía en ti. Sabía que mantendrías el legado y el honor de mi sangre. Y mira lo que has hecho con todo eso.

—Listo —dijo Daine—. Pero ya me he enfrentado a seres como tú antes.

Hizo una rápida arremetida, eludiendo el esperado rechazo y embistiendo, tratando de cerrar la distancia entre ellos. Pero mientras avanzaba, su enemigo retrocedió. Era como tratar de golpear a un fantasma. La criatura que llevaba el rostro de su abuelo se rió y alzó la espada de su familia.

—Me he pasado todo el día en tus recuerdos, Daine —dijo el conversor—. Sé cómo peleas. Pero eso apenas importa. No puedes matarme con la idea de una espada. Como mucho, puedes hacerme retroceder en las sombras unas cuantas horas más.

Era el turno de Monan de atacar, e incluso sus movimientos eran los del abuelo de Daine, que le había enseñado a éste los principios fundamentales de la defensa. Pero eso fue un error. Dailan había sido un maestro en el uso de la espada, uno de los mejores en Khorvaire. Daine recordaba esas sesiones de entrenamiento tan vividamente como su última conversación con su padre. Combinando sus recuerdos del pasado con las habilidades que había adquirido en los años posteriores, era simple cuestión de bloquear cada golpe.

—Es posible que puedas defenderte de mí, Monan, pero no puedes derrotarme con mis propios recuerdos —dijo Daine.

Se estaba poniendo receloso. Monan parecía sorprendentemente dispuesto a hablar de la situación. El conversor podía estar diciendo la verdad, pero también podía estar mintiendo, tratando de desmoralizar a su enemigo.

—Quizá no necesito ganar —dijo Monan—. Quizá sólo tengo que esperar. Con cada minuto que pases atrapado, mi poder crece. Pronto me marcharé, y me llevaré tu cuerpo conmigo. Pero no te preocupes, tendrás todos tus recuerdos para que te hagan compañía. Pronto, tú mismo no serás más que un recuerdo.

Quizá Monan estaba diciendo la verdad, o quizá no, pero esos ataques le estaban



pasando factura a Daine. A cada momento, se sentía más indiferente, más distante. Se le estaba haciendo difícil pensar, pero tenía que intentarlo. Lanzó una serie de ataques rápidos como la luz contra el conversor, pero su enemigo no se defendió. Solamente los evitó. Cada guerrero conocía el estilo de lucha del otro a la perfección.

Y entonces Daine tuvo una idea.

Estaba enfrentándose a un oponente mortífero, de gran talento. Sólo le quedaba un arma, que era al mismo tiempo su última defensa y su única oportunidad contra su enemigo. Cada lección que había aprendido, cada instinto que tenía, le decían que su daga era su última esperanza.

La tiró.

Monan estaba preparándose para dar otro paso cuando Daine arrojó la daga. El abuelo real de Daine podría haber sido capaz de bloquear su hoja, pero Daine nunca había tirado un arma en sus sesiones de entrenamiento, y nunca la habría tirado en la vida real. En todos los recuerdos de Daine —los recuerdos que Monan estaba utilizando contra él— no había ningún precedente de ese acto.

La hoja se clavó en el centro de la garganta de Monan. Cayó al suelo de espaldas y la máscara del abuelo de Daine desapareció, dejando a la vista el rostro sin apenas rasgos del conversor. Su espada cayó al suelo y desapareció en el mismo momento que alzó los brazos, tratando de asir la empuñadura de la daga adamantina. Pero no tenía la energía y sus manos volvieron a caer sobre el suelo.

—Sólo... temporalmente... —susurró mirando a los ojos, a Daine.

Monan se desvaneció y el mundo con él.



Daine se despertó en uno de los camastros de su habitación en la Mantícora. Lei estaba sentada a su lado sosteniendo un refulgente cristal en la mano.

—¿Lei? —susurró él.

Ella lo miró y una sonrisa se esbozó en su cara.

—¡Daine! ¡Gracias a los Soberanos!

—Ellos no tuvieron nada que ver —susurró—. ¿Qué... pasó? Tenía la cabeza borrosa y tenía que forzar los pensamientos por entre la bruma.

La voz de Través sonó en algún lugar a su espalda y por encima de él.

—Te desmayaste justo a la entrada de la Mantícora. Te metimos dentro.

—Estaba buscando influencias externas —explicó Lei, señalando el cristal que tenía en la mano—. Pero no percibo nada. ¿Recuerdas lo que sucedió?

—Es Monan. Está en el interior de mi mente. Tengo que encontrar la manera de

expulsarlo rápidamente. Si lo que dice es verdad, es solo cuestión de tiempo antes de que recupere su poder y lo intente de nuevo.

Lei frunció el entrecejo.

—¿Un sacerdote? Dicen que los adeptos a la Llama de plata son maestros del exorcismo.

—¡No! —Daine negó con la cabeza—. Sacerdotes, no. Además, esto no es un demonio ni el maligno. Es..., no lo sé. Sus recuerdos..., pensamientos. Pero no estoy hablando con un sacerdote de la Llama.

Lei se encogió de hombros.

—Está bien. ¿Tienes tú alguna idea?

Daine pensó un momento. Después se puso en pie y recogió la vaina de su espada.

—Quizá sí. —Se abrochó el cinturón y agarró su camisa de malla—. ¿Dónde está Jode?

—Todavía no ha llegado —dijo Través.

Eso le detuvo un momento.

—¿Qué hora es?

—Acaba de sonar la séptima campana —respondió Lei.

—Estará de vuelta a la décima.

—¿Adónde vas?

—A seguir una corazonada.

—¿Y qué pasa si te desmayas?

—Entonces supongo que Jode no será el único que haya desaparecido.

Lei le bloqueó el paso.

—Daine, tú fuiste quien nos exigió que nos mantuviéramos unidos.

—Esto es algo que tengo que hacer solo. Créeme. Volveré pronto. La apartó hacia un lado y dio un tirón a su capa mientras salía por la puerta.

El Rey del Fuego cobró vida esa noche, y la sala común estaba considerablemente más concurrida que la anterior. Los jugadores y jueguistas atestaban las mesas ardientes, y Daine tardó un rato en encontrar al anfitrión. Intercambió unas pocas palabras con el pequeño mediano y le deslizó una de las pocas monedas que le quedaban en la manita. A cambio, éste le guiñó un ojo y le indicó una mesa situada en la sala interior.

En su última visita, Daine había permanecido todo el tiempo en la sala común, pero el salón de juegos era el verdadero corazón del Rey del Fuego. La decoración era similar a la de la sala anterior: mármol negro con decoraciones de latón, mesas de madera oscura que ardían con fuego frío. Ocho inmensos pilares de cobre estaban también encantados con fuego frío, y éste arrojaba una luz parpadeante sobre toda la sala. Había unas doce mesas grandes, y Daine vio una gran cantidad de objetos de juego: cartas, dados de todas las formas, campos ilusorios de batalla, y muchas cosas más. En el centro de la sala, una decena de personas estaban alrededor de un espejo circular situado en el suelo, animando a gritos a un par de hipogriños enzarzados en una pelea. Cuando Daine pasó junto al espejo, uno de los jinetes fue descabalgado y se oyó un grito entre la muchedumbre. Por un momento, le pareció oír la voz de Monan susurrando tras él: «¿Qué prisa tienes? ¿Por qué no te paras a ver los juegos, y disfrutas un poco mientras puedas?».

La mesa que estaba buscando era pequeña y oscura, una de las pocas no iluminada por medio de un fuego interior. Envuelta en sombras en una esquina de la sala, en ella había sólo dos personas: un repartidor gnomo de pie sobre un pequeño pedestal y la mujer que Daine estaba buscando. Ella vestía todavía una túnica negra, y su cuerpo era casi invisible en las densas sombras de la sala. Pero ella se bajó la capucha dejando a la vista un torrente de pelo negro como la tinta.

Daine se encaminó hacia la mesa. Mientras se acercaba, la mujer se volvió hacia él. Sus ojos verdes parecían arder con la luz reflejada de la sala. Sus rasgos eran sobrenaturalmente perfectos, su piel pálida, suave y sin manchas, y las líneas de su barbilla, sus mejillas y su nariz tenían unas proporciones perfectas. Él había visto estatuas de mármol con más defectos. Y sin embargo, siendo como era hermosísima,

había algo raro en tal perfección, algo... inhumano.

El menor esbozo de una sonrisa se formó en sus labios.

—Volvemos a encontrarnos. —Su voz era suave y musical, con un tono que parecía imponerse al tumulto.

—Bueno, la última vez me invitaste a una copa. Lo menos que puedo hacer es corresponder.

Esta vez, Daine podría haber jurado que sus ojos esmeralda brillaban de veras en las sombras de la sala.

—Un hombre cortés y de buenos modales. Me di cuenta cuando nos conocimos.

—Sí, bueno..., sólo hay un obstáculo para este plan, y es mi completa carencia de monedas.

Ella se encogió de hombros. Como con su sonrisa, el movimiento fue mínimo, casi invisible, pero intensamente expresivo.

—Mi gente pensamos que la idea es lo que más cuenta.

—En realidad, quería hablarte de eso.

El gnomo soltó un gruñido e hizo repiquetear los dedos sobre las cartas. La mujer señaló el asiento vacío que había a su lado.

—Siéntate. Juega una mano.

—Si tuviera oro para apostar, señora, puedes estar segura que antes correspondería a tu hospitalidad.

Colocó en la mesa, delante de él, cinco soberanos y un galifar de oro.

—La suerte ha estado de mi lado esta noche. Disfruta de mi hospitalidad un poco más. —Se detuvo y le escudriñó con sus ojos iluminados.

—Me llamo Lakashtai.

Daine se encogió de hombros.

—Como quieras. Aunque debo advertirte que no he tenido mucha suene en estos últimos días. —Se sentó—. Soy Daine.

Ella tendió la mano y él la sostuvo, inclinándose brevemente. Aceptó las cartas que el repartidor le lanzó.

—La guerra no es mi vocación, pero llevas la insignia del ejército cyrano, ¿verdad?

—Me han dicho que es hora de que me compre una túnica nueva.

—Lo comprendo. Mi gente nació tras una guerra terrible, y hemos conservado las cicatrices de ese conflicto durante mil años. —Ella estudió las cartas y después lanzó sobre la mesa los Fundamentos de la Tierra. El repartidor había mostrado una sola carta, el Rey de fuego.

La suerte de Daine siguió siendo la misma; sus cartas eran totalmente inútiles. Dejó una tierra.

—Perdón por preguntar, pero... ¿eres kalashtar, verdad?

Ella hizo un esbozo de asentimiento.

—Sí. No hay por qué avergonzarse por preguntarlo.

—Eres la primera kalashtar que conozco. Me temo que sé poco de tu pueblo.

El mínimo encogimiento de hombros apareció de nuevo, el menor gesto de los delicados hombros bajo la túnica holgada.

—Somos educados para mantener nuestros secretos. La mayor parte de los míos raramente abandonan las aisladas comunidades que crean, se ocultan en las sombras de las grandes ciudades.

—Discúlpame si soy brusco, pero ¿qué tienen de característico los kalashtar? A mí me pareces humana.

Lanzó dos cartas.

—Creeré que eso quería ser un halago. —Dejó sus cartas sobre el Alquimista de la Tierra y puso otra moneda sobre la mesa—. Somos humanos, más o menos. Lo que define a los kalashtar tiene que ver con la mente y el alma. Es difícil de explicar en pocas palabras, pero yo comparto mi cuerpo con un espíritu de la región de los sueños. Y como tú con Cyre, este espíritu ha sido expulsado de su casa. Ahora sólo puede existir expandiendo su esencia por medio de mi alma y las de mis hermanas.

—De modo que tienes un... espíritu extra con el que compartes la mente...

—No es tan sencillo. Ashtai es parte de mí, pero yo no puedo hablar con ella directamente. Se mueve en el interior de mi alma, y da forma a mis pensamientos y mis emociones de una manera sutil. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno..., yo también tengo un espíritu extra con el que comparto mi mente. No lo he invitado y no le quiero ahí, ni mucho menos. Y si él dice la verdad, tiene planeado volverme loco. He pensado que tal vez tú conocieras a alguien que pudiera hacer algo al respecto.

Los adorables ojos de Lakashtai se abrieron un poco más.

—¿Un fantasma mental? No deberías perder el tiempo. —Ella dejó sobre la mesa las cartas que le quedaban, tres dragones—. Añádelo a mi cuenta, Talaran —dijo, poniéndose en pie. Ni siquiera se molestó en mirar las cartas del repartidor—. Ven conmigo, Daine. Rápido. Y no te preocupes por lo que has perdido. —Señaló con la

cabeza sus cartas, que todavía no había mostrado—. He ganado.

CAPÍTULO  31  
BRELAND  
SHARN  
*25 de dravago de 996 AR*

El ruido y la música llenaban el aire mientras Lei y Través ascendían hacia las cumbres de Sharn. Lei estudió a los demás pasajeros del ascensor. Después de su reciente experiencia con el sargento Lorrak, le alegró no ver a ningún guardia, pero los demás viajeros eran un grupo bien colorido. Tres hombres borrachos aullaban de alegría: descendientes de familias nobles, a juzgar por su elegante ropa. Un bardo de casa Phiarlan jugueteaba con una serie de lujosas pipas; su jubón y sus pantalones estaban cubiertos de bandas oscuras, de modo que parecía que la mismísima noche se hubiera lanzado sobre él. Una musculosa mujer karn, con una armadura de cuero y las cicatrices de muchas batallas, se mantenía con la espalda contra la barandilla. Llevaba una gran espada a la espalda y una porra de metal en una mano, y tenía un moratón reciente en la mejilla derecha. Lei supuso que la mujer regresaba de una pelea en uno de los agujeros. Las Torres Menthis eran el centro de la industria del ocio de Sharn, desde los burdeles y los agujeros de batalla en el piso inferior hasta los teatros y los museos de las torres más altas. Mirando hacia el interior de la torre, Lei sintió estar mirando un pozo lleno de estrellas, cientos de antorchas eternas brillando en los niveles inferiores mientras los juguistas viajaban de una diversión a otra.

Lei había utilizado un simple conjuro cosmético para preparar a Través y a sí misma para mezclarse con los ciudadanos de élite de Sharn. Aunque seguía llevando su armadura, la piel verde era suave y pulida, y los ribetes dorados de su capa brillaban como joyas. Través iba tan lustroso que parecía un espejo. Pese a ser un simple soldado, parecía poder servir en la guardia de honor de un rey.

—Deberíamos regresar a Altos muros, mi señora —dijo Través—. Podríamos seguir buscando a Hugal... o a Jode.

—Ya hemos buscado en todo el distrito con Greykell —respondió Lei—. Si hay algo que encontrar, ya lo hemos visto. Además, está oscureciendo. Después de lo que sucedió anoche, no quiero que vayamos solos por las calles de Altos muros. Si Daine puede seguir sus corazonadas, yo voy a seguir la mía.

—¿Tienes un plan?

—Todavía estoy acabando de perfilarlo —dijo Lei—. Pero no olvides que yo soy la única que había estado en esta ciudad antes. He dejado que mis preocupaciones con

mi casa me nublaran el pensamiento. Tengo otros amigos en Sharn. Al menos conocidos. Ha llegado el momento de ponerse al día con algunos de ellos.

—Como quieras.

—Dame tu ballesta. Nadie nos va a atacar en alta Menthis, y destacas como un troll en la corte de Metrol.

—Señora, no es sensato limitar nuestras opciones defensivas.

Través, confía en mí. Eres un forjado cyr. Es como dijo Greykell. Caminar por aquí con un arma en la mano es desafiar a los guardias. Una cosa es merodear por las sombras, pero eso no es lo que tengo pensado.

Un humano se habría encogido de hombros o habría suspirado. Advirtiendo la inutilidad de seguir discutiendo, Través le dio la ballesta a Lei, que la introdujo en las profundidades de su morral.

—Y el mayal.

—Señora...

—Te lo he dicho, Través. Aquí arriba nuestra mejor defensa es parecer inofensivos. —Extendió la mano—. Mientras bagas lo que yo te diga, todo irá bien. No te preocupes. Te los devolveré antes de que regresemos a las tierras inferiores.

—Y finalmente, estás hablando con una mujer que ha estado viviendo a base de gachas y agua durante seis meses y raciones del ejército antes de eso. Puede que tú no comas, pero si crees que voy a dejar pasar la oportunidad de comer con uno de los hombres más ricos de Sharn, estás equivocado. —Sonrió—. Ahora vamos en busca de un coche.



Menthis era un centro de ocio y vida nocturna, de modo que no les fue difícil encontrar un aerocarro, un esbelto bajel diseñado, al parecer, para gnomos y medianos. Lei iba cómoda, pero Través a duras penas cabía allí.

—No se preocupe, señora —dijo el cochero, un viejo mediano con el pelo gris largo que hablaba con un fuerte acento talentano—. Me lo tomaré con calma para que el grandote ese no se caiga.

Lei sonrió.

—Muchas gracias. Nos esperan en el Orgullo de la Tormenta. ¿Lo conoces?

—Ei —dijo el mediano asintiendo. Lei lo tomó por una afirmación—. ¿Invitados de Lyrandar, eh?

—Así es —dijo Lei, preguntándose si era verdad.

La Marca de la tormenta daba a la casa Lyrandar poder sobre los vientos y las



aguas, y los herederos de la casa habían dominado el comercio marítimo durante siglos. En décadas recientes, una alianza entre Cannith, Lyrandar y los carpinteros de navíos gnomos de Zilargo había dado pie a la creación del primer bajel aéreo. Impulsados por el poder de espíritus elementales unidos, esas naves aéreas habían revolucionado el comercio y el transporte y demostrado ser una poderosa arma de guerra, pero los espíritus unidos eran difíciles de controlar, y sólo un hijo de la tormenta podía conseguir de ellos una absoluta lealtad. Era poco probable que los Lyrandar conocieran su estatuto de expulsada, pero no podía mentir sobre ello y no tenía ni idea de cómo iba a tratar la casa de la tormenta a una Hacedora paria.

El mediano no les pidió que pagaran, al parecer Lailin cumplía su palabra. La aerocalesa ascendió hacia las agujas más elevadas de Menthis. Estaban casi a una milla del suelo y a Lei le dio vueltas la cabeza cuando miró el mundo que tenían debajo y trató de localizar las agujas de Altos muros a esa gran distancia. Los vientos le azotaban el pelo y los hombros, pero el cochero sabía lo que hacía y ascendió lentamente. Lei se sujetó a las barandas y apretó los dientes a la espera de que aquella prueba terminara.

Un rato después completaron el circuito de torres y Lei soltó un jadeo al ver lo que tenían ante sí. Los barcos voladores que había visto antes eran pequeñas naves de transporte o plataformas de armas como el bajel al que se habían enfrentado en el riesgo de Keldan. El *Orgullo de la Tormenta* era algo totalmente diferente. Era un galeón, probablemente uno de los barcos más grandes que había visto jamás, en la tierra o en el aire. La casa Lyrandar tenía al kraken como emblema, y la popa del barco estaba labrada en forma de un inmenso kraken. El efecto eran asombrosamente vivido, como si la gran bestia estuviera devorando el barco. El kraken era negro, mientras que la parte central del barco y la popa estaban labrados en madera pura blanca. La mayor parte de los tentáculos del kraken estaban tallados en los laterales del barco, pero cuatro se alzaban y se arqueaban sobre la nave, y esas vigas de madera soportaban los anillos elementales que mantenían a flote el barco. Si la mayoría de las aeronaves se sostenían por un solo anillo de elementales unidos, ese barco tenía dos, un arremolinado cinturón de nubes agitadas y un anillo de puro fuego más pequeño. Lei supuso que el aire unido sostenía el barco, mientras que los elementales de fuego le daban fuerza motriz. Mirando las llamas, se preguntó a qué velocidad podría moverse el galeón.

La aerocalesa se detuvo sobre la cubierta de la aeronave. Un sirviente con la librea de Lyrandar se acercó.

—¿Tu nombre, señora? —gritó.

Curiosamente, a pesar de la altura, no había viento sobre la cubierta. Fuera un aspecto de la unión de elementales o del poder del capitán del navío, los aullantes vientos no soplaban en la cubierta del *Orgullo*.

—Me llamo Lei. Soy una invitada de Lailin Calis, y me acompaña mi sirviente.

El sirviente estudió un pergamino y después sacó una pequeña pasarela para

ayudarles a desembarcar. Extendió la mano con una sonrisa en la cara.

—Te están esperando, señora Lei. Bienvenida al *Orgullo de la Tormenta*.

Al salir del Rey del Fuego, Lakashtai se puso la capucha y ocultó su rostro en profundas sombras.

—Cuéntamelo todo —dijo—. ¿Cómo empezó? ¿Qué sabes del espíritu hostil?

—Mis compañeros y yo fuimos atacados anoche en las calles de Altos muros. Parecía un simple intento de robo, pero el líder tenía una extraña risa que pareció meterse en mi cabeza y dificultarme concentrar. Una vez hubimos acabado con sus aliados, él..., bueno, no sé qué hizo exactamente. Me vi arrollado por su corriente de pensamientos y emociones, como si estuviera vertiendo su vida entera en mí. Después ambos nos desvanecemos.

—¿De eso hace casi veinticuatro horas?

—Sí.

—Sería mejor estar en un lugar discreto, pero esto tendrá que bastar.

Habían entrado en un edificio que parecía una taberna. Como muchos de los edificios del Disparate, era uno de los lugares más raros que Daine había visto jamás. Las paredes parecían estar hechas de grueso cristal, y las antorchas del interior emitían una radiación brillante que llenaba todo el edificio. No había ventanas, aunque en cierto sentido todo el edificio era una gran ventana. Daine veía a la gente que se movía en su interior, aunque el efecto distorsionador de sus paredes de grueso cristal impedía ver los detalles.

Al entrar, descubrieron que todo el edificio estaba hecho de cristal. La superficie de los suelos era basta, y daba tracción y un cierto grado de opacidad, pero los suelos, las paredes, los techos..., todo era de duro cristal. Daine se preguntó cómo se podía construir algo así, aunque sin duda Lei lo habría sabido. Los muebles eran los habituales de madera y latón, y podrían haber estado en cualquier granja brelish. De alguna manera, la presencia de ese mobiliario común no hacía más que resaltar la extraña naturaleza de la arquitectura.

Un hombre joven con el pelo blanco largo se acercó a ellos cuando entraron. Al principio parecía llevar una sencilla camisa blanca y un par de pantalones marrones, pero cuando se acercó Daine vio un ligero movimiento del aire a su alrededor, y se dio cuenta de que el hombre llevaba también un gabán hecho de tela invisible.

—Bienvenidos a la Casa de Cristal, viajeros —dijo el tabernero—. Si venís a cenar, esta noche servimos el mejor pez fantasma de Sharn, junto con...

—Lo único que necesitamos es una habitación —dijo Lakashtai. Sacó una moneda de platino con la que habría podido pagar una estancia de un mes en la Mantícora—. El tiempo es esencial.

Los ojos del tabernero refulgieron y la moneda desapareció rápidamente.

—Por favor, seguidme, viajeros.

Las paredes estaban hechas de cristal, pero las puertas eran de gruesa madera y casi parecían flotar en mitad del cristal iluminado por el fuego. La habitación era sorprendentemente austera, aunque Daine imaginó lo que Lei diría si le contara que había estado en una habitación con una cama de verdad. Empotrada en una pared había una antorcha eterna con una portezuela para ocultar la luz a los ojos dormidos.

—Túmbate —ordenó Lakashtai. Sus palabras eran una canción, pero había hierro tras la música. Se quitó la capucha—. Sigue con tu historia. ¿Qué fue del hombre que te atacó?

—Cayó en coma, y hace una hora me pareció verle en la calle. Pero al parecer me había desmayado y el encuentro tuvo lugar en mi mente. Luchamos y yo logré ganarle, pero dudo que el truco que utilicé funcione por segunda vez.



Aquí estamos de nuevo.

Daine estaba junto a la Mantícora y la voz de Monan sonó en el aire. El conversor estaba apoyado contra la puerta de la taberna.

Daine no dijo nada.

—Tu abuelo fue una mala elección —dijo Monan, caminando hacia él—. Quizá fuera un soldado profesional, pero tú peleabas contra él, y ése fue mi error. Pero tengo tantas armas que usar contra ti...

Sus alrededores cambiaron y Daine se halló en una lujosa casa, la finca de Alina Lyrris en Metrol, que Daine no había visto desde hacía ocho años. Daine sabía lo que Monan estaba tratando de hacer, y esperó oír la voz de Alina. Pero fue Lei quien se le apareció.

—¿Qué crees que habría pensado de haberlo sabido? —dijo Lei—. Nunca creí que fueras capaz de algo así, Daine. Pero tampoco debiste creerlo tú, ¿verdad? ¿Todavía te atormenta? ¿O la guerra ha quemado la vergüenza que había en ti?

Se acercó y Daine vio un destello de metal en su mano. ¿Un cuchillo? El instinto hizo que se llevara la mano a la empuñadura de la espada, pero la memoria ralentizó sus pensamientos. ¿Por qué pelear? A pesar de sus esfuerzos, ¿qué había hecho en los últimos ocho años? Cyre había desaparecido y ahora volvía a trabajar para Alina.

¿Qué sentido tenía?

Pero mientras apartaba la mano de la espada, mientras Lei se acercaba, sintió una presencia, algo fundamentalmente... otro.

«Aparta la mirada, Daine. Cierra los ojos».

Los pensamientos procedían del interior de su mente, pero él sabía que eran de Lakashtai. Aunque apartó la mirada, vio una sombra cayendo sobre la falsa Lei, vio una expresión de puro terror en su rostro. Cerró los ojos. Se produjo un horrible grito, gorjeante..., y no importaba cuánto tratara de ignorarlo, todavía era la voz de Lei. Era un sonido que perseguiría sus sueños.

Cuando Daine abrió los ojos, estaba tendido en una suave cama en una habitación de refulgente cristal. No sintió ningún rastro de Monan en su mente, y Lakashtai no estaba allí. En la cama, a su lado, había un pequeño pedazo de cristal verde. Lo alzó. Era frío al tacto, y por un momento sintió el tacto de unos dedos kalashtar en su mano.

Se metió el cristal en el monedero de su cinturón, recogió su túnica y salió de la brillante habitación hacia las oscuras calles de más abajo.

CAPÍTULO  33 BRELAND  
SHARN  
28 de dravago de 996 AR

El sol se puso en Sharn, pero las torres estaban vivas de luz. Lei miró por la ventana y se quedó asombrada por la vista. Las agujas de las torres más altas eran el patio de recreo de los más ricos. Edificios de cristal y oro brillaban a la luz del fuego mágico. Veía un gran estanque sobre una torre y un bosquecillo de árboles ancianos en la cima de otra, pedazos de naturaleza ocultos en medio de la ciudad. Mirando más abajo, la torre era una lección de estilo arquitectónico. Cada pocos cientos de pies las estructuras y los materiales cambiaban, pues cada torre y sala reflejaban las tradiciones de una era o una cultura diferentes.

No había escasez de luz en la cubierta del *Orgullo de La Tormenta*. Las barandas del barco estaban cubiertas de pedazos de cristal cargados con fuego frío. Pero esas pequeñas antorchas empalidecían ante el enorme anillo de fuego elemental que envolvía la cintura del barco; la luz de este cinturón de llamas era casi un igual del mismísimo sol. Había docenas de sirvientas de Lyrandar esparcidas por la cubierta, puliendo las barandas y haciendo varias actividades de mantenimiento. Pero también había unos cuantos invitados, y después de agarrar el macuto de Lei, el sirviente principal llevó a Lei y Través al pequeño grupo de invitados —uno de los cuales era una inmensa lechuza—, que estaban en mitad del barco bajo el arco flamígero.

—¿Maestro Calis? —dijo el sirviente—. Tu invitada ha llegado.

Lailin Calis era un hombre enorme, al menos en contorno. Llevaba una larga barba teñida de distintas tonalidades de azul, a juego con los dibujos arremolinados de su amplia túnica.

—¡Lei! —rugió, echándose hacia delante y abrazándola. El pequeño grupo de gente vio cómo se iba con aspecto de tibia diversión—. Qué maravillosa sorpresa.

—¿Sorpresa? —dijo Lei, soltándose y jadeando en busca de aire—. A juzgar por tu nota, parecía que no tenía otra opción.

El rostro de Lailin esbozó una inmensa sonrisa.

—Sí, bueno, eso es porque no has visto la nota que te dejé anoche o esta tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Un amigo me dijo que estabas en la ciudad y que irías a visitarme, pero yo no sabía cuándo llegarías. Te he dejado una nota cada vez que he salido de casa.

Lei sonrió.

—¿Y mi compañero?

—¡Cómo ibas a viajar sola, querida! —Lailin escudriñó a Través con una mirada curiosa—. Aunque debo reconocer que esperaba más bien que estuvieras en compañía de un joven guapo. Sin ofender.

—No te preocupes —dijo secamente Través.

—Y yo creyendo que finalmente habías resuelto los secretos de las estrellas y las lunas, Lailin. En cualquier caso, gracias por hacerme sentir bienvenida. Después de todo lo que hemos pasado recientemente, es maravilloso tener la posibilidad de conocer gente.

—¡Y a gente como ésta! —dijo mientras llevaba a Lei y Través hasta el interior del grupo. Hizo una breve ronda de presentaciones de varios mercaderes y finalmente llegó a la lechuza.

—Permitidme que os presente a mi compañero del momento. El Maestro Hu'ur'hnn vive en el bazar de Dura Medio. Sin duda, es uno de los pájaros más inteligentes con que me he cruzado jamás.

—Eres demasiado amable, Lailin —dijo Hu'ur'hnn. Desde sus talones hasta sus copetudos cuernos mediría al menos nueve pies, y sin duda era la lechuza más grande que Lei había visto jamás. Estaba cubierta de plumas grises y negras. Contempló a Lei con los ojos amarillos del tamaño de platos pequeños—. Lei, ¿verdad? ¿Y no serás de la casa Cannith, mi señora? —Su voz era rara e inhumana: profunda, como una flauta, haciendo sonidos que se retorcían para crear palabras.

Lailin llamó la atención de Lei y habló antes de que pudiera responder.

—Hu'ur'hnn era una corredora en los acontecimientos deportivos de Dura. Me he olvidado. ¿Ganaste alguna vez una carrera, vieja lechuza?

La lechuza giró la cabeza para mirar a Lailin, un movimiento un tanto desconcertante.

—Ciertamente, es bien sabido. No es fácil para una lechuza batir a un pegaso, pero tampoco imposible con buenos planes y acuerdos. Mi gente admira ese esfuerzo.

—¿Tu gente? —dijo Lei—. ¿Tantas lechuzas hay en Sharn?

—Menos de doce. Mi gente es la gente del bazar, mercaderes y otros que conocen el valor de la palabra y el ingenio. Hizo falta diplomacia para vencer al grifo y al hipogrifo. Ahora esos mismo talentos son utilizados al servicio de Dura. Pero por lo que a ti...

—Probablemente debería presentar a Lei a nuestro anfitrión, Hu'ur'hnn. Es su primera vez abordo del *Orgullo*.

—Muy bien. —La lechuza inclinó la cabeza—. Quizá podamos hablar más tarde, señora.

Lailin tomó a Lei por el brazo y la llevó hasta una escalera. Través les siguió.

—Un tipo fascinante, Hu'ur'hnn, pero es un cazador por naturaleza. No creía que advirtiera tu casa tan de prisa.

—¿Qué sabes de mi situación, Lailin? ¿Y quién te dijo que estaba en Sharn?

—Llamaviento.

—¿La esfinge? —Lei trató de imaginar a Lailin peleando contra un minotauro totalmente desarmado y no lo logró.

—Sí, ella. Pasa un cierto tiempo en la Universidad de Morgrave.

Eso era lo que Lei había oído en las primeras historias sobre la esfinge.

—Hablando de Xen'drik.

—Sí.

Lei se preguntó por qué Llamaviento tendría dos casas. El templo de la Puerta de Malleon era un escenario muy elaborado, si se la podía encontrar fácilmente en la biblioteca de Morgrave. Pero muchos poderes místicos están vinculados a lugares específicos. Si Llamaviento era un verdadero oráculo, quizá canalizaba algún poder oculto en el templo para obtener el conocimiento del futuro y del pasado.

—¿Qué te dijo?

—Que estabas en Sharn, que ya no formabas parte de la casa Cannith y que me visitarías en el futuro. Nunca me había hablado antes. La había visto, por supuesto, pero nunca habíamos hablado. He oído decir que se come a la gente que le hace preguntas estúpidas, y nunca he querido arriesgarme.

—Comida por pensar.

—Exactamente.

Descendieron una larga escalera de caracol y legaron a una elaborada sala de baile. Tanto la escalera como la sala eran inmensas, y Lei imaginó que habían sido diseñadas para acomodar a invitados corpulentos como Hu'ur'hnn o un sirviente ogro. Los techos eran de al menos veinte pies de altura, y Lei se preguntó si la sala ocupaba dos cubiertas. La luz caía de los refulgentes candelabros, cada pedazo de cristal encantado con su propio ensalmo de luz. Lei estaba impresionada, Toda magia tenía su precio, y claramente el dispendio no era una preocupación para los herederos de Lyrandar.

—Gracias por no mencionarle mi desgracia a la lechuza —dijo Lei. Vio una larga mesa llena de comida y se encaminó hacia ella.

—Bueno, si es como creo, no puedes mentir al respecto. Pero si quieres..., bueno, un amigo que no ha oído las noticias y no cuenta las cosas como son, eso no es un crimen. Si quieres ser una dama esta noche, yo cumplidamente te ayudaré.

—Eres amable, Lailin. Pero sabes..., estoy lista. Quizá tengo curiosidad por ver qué pasará. Déjame comer algo antes de empezar con las presentaciones. Si van a tirarme del barco, al menos que sea con el estómago lleno.

—Una mujer exactamente como yo —dijo Lailin tomando un plato—. El halcón dragón con especias es excelente, pero tienes que probar el pescado. Nunca comerás un pescado tan fresco como en una fiesta de Lyrandar. Creo que la trucha fue traída del mar del Trueno hace unas horas. —Se sirvió una generosa porción de trucha junto a ensalada de berros y otra de verduras de las Marismas.



Una vez Lei hubo llenado su plato, Lailin la guió hacia otra mesa, donde había otros invitados sentados.

—Señor Alais, ¿te importa si nos unimos a ti?

—En absoluto. —Era un hombre de edad mediana, pero esbelto y guapo. Se levantó y le apartó una silla a Lei—. ¿Y quién es tu encantadora acompañante, Lailin?

—Me llamo Lei, mi señor —respondió—. Antes heredera de la casa de los hacedores, ahora buscando un lugar en el mundo.

Fue interesante ver la reacción del hombre. Había docenas de rasgos físicos que distinguían los linajes con la Marca de dragón: una cierta tonalidad en los ojos o en el pelo, la curva de la mejilla, el sesgo de la nariz. Cada casa tenía miles de miembros y estos rasgos eran muchos y variados. Pero Lei había prestado mucha atención a ese asunto durante su educación, y estaba casi segura de que ese hombre no era un heredero. Ésa era la razón por la que le había elegido como sujeto de prueba. Por un momento, sus ojos se agrandaron de sorpresa, después se estrecharon y Lei se dio cuenta de que su interés aumentaba. Le tomó la mano que ella le ofrecía y le frotó los dedos con los labios secos mientras la miraba a los ojos.

—Yo soy Alais'ir'Lantar —dijo— y tengo el honor de ser uno de los embajadores de la nación de Aundair. Espero que no consideres la cuestión descortés, pero ¿eres portadora de la Marca de los hacedores?

Lei pensó un momento pero no vio ningún peligro en la pregunta.

—Fascinante —dijo Alais—. Y ¿qué te trae a Sharn?

Lei se frotó los dedos en la armadura.

—Aprendí formas del artificio y el encantamiento de niña...

—Y sin duda eres una de las más encantadoras dotadas que he visto jamás, con magia o sin ella.

Lei quería dejar los ojos en blanco, pero reprimió la necesidad. Había estado tanto tiempo en el campo de batalla que casi había olvidado las formas de la corte, el constante intercambio de halagos tontos.

—Como muchos miembros de mi casa, serví en los cuerpos de ayuda durante la guerra. Mi casa estaba en Metrol, y...

—Lo comprendo —dijo Alais, poniendo su mano sobre la de ella—. Realmente, la destrucción de Cyre es una tragedia que nos ha afectado profundamente. En Arcanix, tenemos las mayores mentes místicas de nuestro tiempo estudiando el desastre, tratando de revelar sus secretos y asegurar que no sucederá de nuevo. ¿Quizá estarías interesada en un escaño en el Congreso Arcano?

La oferta pilló a Lei por sorpresa, pero al momento comprendió la esencia de lo que estaba sucediendo.

—Señor, te agradezco tu gran generosidad, pero no sabía que Aundair estaba dando asilo a los refugiados de la guerra.

—Somos un país pequeño, y no tenemos los recursos de Breland. De no ser así,

puedo asegurarte que haríamos todo lo que pudiéramos para ayudar al pueblo de Cyre. Pero no tengo ninguna duda de que la reina haría una excepción especial en tu caso, a la luz de las muchas dificultades que has soportado, por no mencionar tu pérdida de estatus en el seno de tu casa.

—De veras, tu oferta es muy amable. —Lei tenía curiosidad por ver hasta dónde llegaría aquello—. Pero con la destrucción de mi casa, no tengo medios para viajar. Incluso hallar refugio me ha resultado difícil.

Alais abrió la boca pero se distrajo con la llegada de una sirvienta. Una joven le habló al oído y él suspiró.

—Me temo que tengo que irme, mi señora —dijo, apartando su silla y poniéndose en pie—. Pero ¿por qué no te pasas por la embajada de Aundair en las Torres del dragón? Estoy seguro de que encontraremos el modo de aliviar tus dificultades.

—Te lo agradezco, señor Alais. Tal vez lo haga.

Alais se inclinó y se marchó, y Lailin la miró con una ceja alzada.

—No confío en él, mi señora —dijo Través, que había seguido la conversación de pie tras la silla de Lei. Sus ojos siguieron al embajador.

—Tampoco yo, Través.

—¿Te gustaría tener un escaño en el Congreso Arcano, Lei? —dijo Lailin—. Después de nuestro tiempo en Arcanix, podrías sentirte como en casa.

—Es una bonita oferta. ¿Pero quién sabe cómo sería en realidad cuando llegara a Aundair? No se me ha ocurrido al principio, pero... soy heredera de la Marca de los hacedores, tengo el conocimiento de las técnicas de la casa Cannith. Pero ya no estoy protegida por mi casa. No me sorprendería que el señor Alais esté soñando en un nuevo linaje aundairiano con la Marca de los hacedores..., que yo iniciaría.

—Eso parece un poco exagerado —dijo Lailin—. Si fuera así de sencillo, ¿por qué no ha sucedido antes?

—No he dicho que sea sencillo, ni siquiera que sea posible, sólo que creo que es lo que el embajador tenía en mente. La gente raramente es expulsada de su casa, y siempre hay la esperanza de que te readmitan. Mi tío Jura es el único expulsado que he conocido jamás, y sé que tiene la esperanza de volver con la familia. De modo que la lealtad es importante. Y todavía más lo es que... no creo que los barones lo permitieran.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo eso. Si la casa creyera que un expulsado podría presentar una amenaza a la pureza del legado... He conocido a algunos puristas que hacen lo que consideran necesario para impedirlo, y eso puede llevar a medios radicales.

—¿Tu vida está en peligro? —preguntó Lailin.

—No si respeto las reglas. Estoy segura que el señor Alais estaría dispuesto a protegerme; a cambio de mi cooperación, por supuesto. Pero... no sé por qué he sido expulsada ni si tengo alguna opción de regresar. Y, aunque me gustaría aplastarles la cabeza a los barones, todavía creo en los ideales de mi familia. Esperaré a ver qué

sucede. —Se detuvo pensativamente—. Por supuesto, estoy sentada a la mesa con un talentoso augur. ¿Quizá podrías darme algún consejo?

Lailin se mesó la barba azul.

—Bueno... No tengo que ser augur para ver una ruina económica en mi futuro si empiezo a dar consejos gratis a mis amigos.

—Oh, por favor —dijo ella jugueteando—. Al menos dime si debo seguir ese asunto con Alais. Si me convierto en una rica dama de Arcanix, te prometo que te encontraré un lugar allí.

Él puso los ojos en blanco.

—Está bien. —Metió la mano en un monedero de piel y sacó un juego de piedras azules planas. Las esparció sobre la superficie de la mesa. Cada piedra era de un color ligeramente distinto, y formaban un mosaico hipnótico—. ¿Qué sucederá si aceptas la invitación de Alais?

Se quedó mirando las piedras, repiqueteando los dedos en la mesa y canturreando entre dientes. Cada adivino tenía su propio método para ver entre las brumas del tiempo.

Al cabo de un minuto se detuvo, la miró y negó con la cabeza.

—Creo que tienes razón. No veo si la amenaza procede de Aundair o de tu casa, pero sin duda sufrirías infortunios.

—Supongo que no vamos a dar clases juntos en Arcanix, entonces.

—Así es. Todavía tengo mis esperanzas en la Universidad de Morgrave. Me veo dando clases en algún momento del futuro, aunque a juzgar por la imagen que veo en las piedras, antes tengo que perder un poco de peso.

Lei le dio otro bocado a la exquisita trucha.

—En ese caso, asistir a estas fiestas no te está ayudando demasiado.

—Cierto. En todo caso, ya que tengo las piedras esparcidas, aprovecharé para utilizarlas. ¿Puedo hacer algo más por ti?

—Bueno, de hecho..., estoy buscando a un amigo, un mediano llamado Jode. ¿Puedes decirme dónde encontrarle?

Través habló a su espalda.

—No quisiera entrometerme, mi señora, pero si tienes confianza en el talento del maestro Lailin, ¿no deberíamos preguntarle por Riasal Tann?

—Sí, buena idea. También estamos buscando a un hombre llamado Riasal Tann. Para una amiga.

—Bien —dijo Lailin—. Eso es un asunto más complicado. Pero déjame ver qué puedo hacer. ¿Dónde están Jode y Riasal, y dónde puedo encontrarles? —Fijó su mirada en las piedras y volvió a tamborilear los dedos. Esta vez el proceso duró más, y casi al final cerró los ojos durante casi un minuto.

Finalmente, dejó de canturrear y tamborilear y soltó un suspiro.

—Es difícil verlo —dijo—. Pero creo que Jode y Riasal están juntos en este momento. Y os reuniréis esta noche.

—Bueno, bien por Jode —susurró Lei—. Supongo que tenía una buena corazonada, después de todo.

—Eso parece —dijo Través—. Si podemos confiar en este augurio.

—Disculpa a mi compañero, Lailin. Nunca ha tenido mucha fe en esta clase de cosas.

—No te preocupes. —Lailin recogió las piedras—. ¿Vamos a ver qué nos ofrece Lyrandar de postre?

Mientras se ponía en pie, Lei advirtió a un grupo de gente que caminaba hacia ellos. El hombre que iba delante vestía a la manera marcial, cuatro rayos plateados adornaban su jergón de cuero negro y una capa azul cubría sus hombros. Su puro cabello blanco y sus orejas ligeramente puntiagudas sugerían sangre semielfa. Pese a ser nueva en Sharn, a Lei no le costó demasiado adivinar de quién se trataba.

Lei hizo una elegante reverencia cuando se acercó. Través se movió para quedar a su lado.

—Señor Dantian, agradezco tu hospitalidad. —Elegió cuidadosamente sus palabras. No le gustaba su porte, de modo que recordarle que era una invitada era una decisión acertada.

—¿Eres Lei, antes miembro de la casa Cannith? —El tono de Dantian era frío, sus ojos azul verdoso eran impenetrables.

—Tengo ese honor.

—Me temo que debo pedirte que abandones mi barco.

Lei vio a Dasei d’Cannith en el otro extremo de la sala y la situación quedó

—Mi señor, lamento oír esto. La hospitalidad de la casa Lyrandar es legendaria. Después de mi largo viaje, tenía la esperanza de descubrir qué había de cierto en las leyendas. Pero —suspiró— supongo que me marcharé.

Dantian se tensó pero no rectificó.

—Tu presencia está incomodando a mis otros invitados, y temo que debo poner las necesidades del grupo por encima de las de un solo invitado, especialmente en estas desagradables circunstancias. —Hizo un gesto y dos hombres armados con la librea de Lyrandar dieron un paso hacia delante—. Mis guardias os escoltarán a la cubierta. Kadran se asegurará de que os devuelven vuestras pertenencias y tenéis un medio de transporte a... —Alzó una ceja—. Altos muros, ¿verdad?

Una pequeña muchedumbre se había reunido para contemplar la escena y una risa sofocada recorrió el grupo al decir Dantian esto.

—Eres muy amable, señor Dantian —respondió Lei—. Es bueno saber que la casa Lyrandar lleva a sus invitados a casa cuando les echa.

Lailin se levantó para unirse a ella, pero ella lo retuvo.

—No es necesario que te impliqués en esto —dijo ella en voz baja—. Gracias por tu ayuda. Través, vámonos.



Los guardias los guiaron por las escaleras hasta la cubierta principal. Los invitados que habían estado hablando bajo los anillos se habían marchado y la cubierta estaba desierta. Lei levantó la mirada hacia los anillos de fuego y nubes, y por un momento sus pensamientos se perdieron en el vapor que se arremolinaba.

—¡Cuidado! —La voz de Través la sacó de su ensueño.

El aviso llegó en el momento preciso, y Lei se tiró hacia delante cuando sintió la punta de la espada en su espalda. Dándose la vuelta, vio a Través enfrentándose a los dos guardias, que habían desenvainado sus espadas.

El guardia más bajo llevaba dos dagas. Era el que había tratado de matarla y había fallado.

—¡Encárgate del forjado! Yo acabaré con ella.

Través dio un paso hacia adelante, un borrón en movimiento. Sujetó al hombre más pequeño por el brazo en un agarre metálico. Pero antes de que pudiera aplastar a su enemigo, el segundo guardia se acercó a él. Aquel hombre era alto y delgado. Tenía una espada corta en la mano derecha, pero fue la izquierda la que alzó hasta la espalda de Través. El forjado se quedó rígido, soltó a su víctima y retrocedió un paso o dos, presa de un gran dolor. Pero le había dado a Lei algo de tiempo, y ella lo había aprovechado. Ambos guardias llevaban armaduras de malla y, mientras peleaban con Través, Lei había susurrado al metal de su armadura y sus espadas, recordando el calor de la forja. Mientras el hombre de la daga se giraba hacia ella, los eslabones de su malla empezaron a arder. Gritó agónicamente cuando el creciente calor de sus dagas le levantó ampollas en las manos. Soltando las armas, se puso a tirar de su armadura tratando de liberarse antes de que su ropa ardiera en llamas.

El otro guardia había escapado de los efectos del encantamiento, pero también tenía sus propios problemas. Través volvía a estar de pie, y a pesar de estar desarmado sus puños eran piedra y acero. Aunque el hombre alto lanzó un rápido ataque contra él, Través bloqueó el arma y le dio un fuerte puñetazo en la mandíbula. La sangre salpicó toda la cubierta y el hombre retrocedió dando traspiés.

Lei corrió a unirse a Través, lista para atacar. Pero cuando su oponente se levantó, se dio la vuelta y corrió hacia la barandilla. Través corrió tras él, pero era demasiado tarde. El guardia larguirucho subió a la barandilla de un solo salto y se precipitó al vacío.

Mientras Través miraba desde la barandilla, aparecieron más guardias de Lyrandar que corrieron hacia ellos. En pocos segundos, media docena de espadachines y un par de ballesteros les había rodeada.

—¡No os mováis! —gritó el sargento con el rostro lívido.

Lei se quedó inmóvil con las manos alzadas mientras el sirviente principal se

encaminaba hacia ellos corriendo. El olor de carne quemada llenaba el aire. El guardia de la daga había sucumbido al terrible calor y estaba inconsciente o muerto.

—¿Qué está pasando? —gritó el sirviente en jefe.

—Eso es lo que yo quisiera saber —dijo Lei fríamente—. Este hombre y su compañero han tratado de matarme. Si eso es lo que tenéis planeado para mí, entonces acabemos de una vez por todas.

El hombre quemado estaba tendido boca abajo, y el sirviente en jefe le dio la vuelta al cuerpo. Lei se sorprendió. Sus rasgos no eran los del hombre que la había atacado. El sirviente observó el cadáver un momento.

—Sargento, ¿conoces a este hombre?

—No. Nunca le había visto antes.

El sirviente en jefe miró a Lei con una expresión adusta.

—Acepta las disculpas de la casa, mi señora. Te aseguro que llegaremos al fondo de este asunto inmediatamente.

—Si queréis mi ayuda, yo...

—Tú y tu sirviente debéis marcharos inmediatamente. Un aerocarro espera junto a la cubierta con vuestras pertenencias.

—Pero...

—Esto es un asunto de la casa. Debéis marcharos. Ahora.

Los guardias volvieron a alzar sus armas, listos para atacar si así se les ordenaba. Estaba claro que Lei no tenía amigos allí.

—Muy bien.



El cochero era un gnomo raramente adusto que no estaba interesado en la conversación. Permaneció en completo silencio con una mano sobre el timón mientras descendían por el aire nocturno hacia las brillantes agujas de más abajo.

Eso le dio a Lei tiempo de concentrarse en Través. Colocando las manos sobre su armadura, miró en su interior y repasó la red mágica que le daba vida. La red estaba dañada, y en ciertos lugares había sido arrancada por entero. Físicamente, Través parecía gozar de una perfecta salud, pero a ojos de la artificiera estaba claro de lo poco que había faltado para que lo destruyeran. Sacando la energía de su propio espíritu, Lei rehízo el entramado y tejió el que había sido cortado.

—No me gusta esto —dijo—. Sólo otro artificiero podría haberte hecho tanto daño. Y también resistió a mi ensalmo de calor.

—Pero soltó la espada después de mi primer ataque, mi señora —dijo Través—.

Quizá el poder había sido colocado en su interior por otro y él sólo estaba liberando lo que le habían introducido.

—Lo único que sabemos es que no sabemos nada. El hombre que fue a por mí tenía un ensalmo que ocultaba sus rasgos, de modo que podemos asumir que el señor Dantian no sabía nada de ello. Pero no era un conversor, y nada en él indicaba ninguna relación con nuestros amigos de Altos muros. Por lo que respecta al otro..., dadas mis recientes experiencias con Daine, aunque es posible que prefiriera la muerte a enfrentarse a ti, supongo que tenía un ensalmo de pluma.

—¿Podría haber sido esto organizado por miembros de tu casa, mi señora? Tu prima Dasei...

—No tiene ni el talento ni el coraje para hacer esto sola. No lo sé. Tenemos que andarnos con cuidado, Través.

—Altos muros, señora. La Mantícora. —La voz del gnomo era una mezcla de aburrimiento y desdén. Detuvo el coche junto a la taberna y ellos salieron. En el instante en que bajaron del bote, éste volvió a alzarse en el aire.

—Tenía prisa, supongo —dijo Lei.

—¡Través! ¡Lei!

Era Daine. Bajó corriendo por la calle hacia ellos, y antes de que pudieran responder le dio un fuerte abrazo a Lei.

—¿Daine? —Dijo ella.

Al instante, él la soltó y dio un paso atrás. Incluso con poca luz, vio que tenía las mejillas coloradas.

—Lo siento —dijo—. Ha sido..., bueno, han sido unas horas muy raras. ¿Qué era ese aerocarro? ¿Dónde habéis estado?

—Es una larga historia —dijo ella.

—Entonces me la podéis contar dentro. No sé vosotros, pero yo todavía no he cenado. Veamos qué maravillas nos ofrece Dassi.

La sala común estaba llena del olor de la cena, y Lei agradeció a los soberanos haber podido cenar en la barca de los Lyrandar. Dassi estaba sirviendo un escuálido estofado con carne fibrosa que Lei supuso que sería lagarto; no muy fresco además, a juzgar por su olor. Mirando a su alrededor, Lei no vio a Jode. Pero otra pequeña figura situada en un oscuro rincón le llamó la atención.

—¿Rhazala? —Dijo Daine siguiendo la mirada de Lei,

—Ahí estás —dijo la duendecilla—. Creí que quizá había oído mal el nombre cuando lo habéis dicho esta mañana. —Aunque le resultaba difícil evitar ser adorable, tenía la voz seca y adusta—. Tenéis que venir conmigo. Ahora.

—¿Por qué? —Obviamente Daine no creía que debiera confiar en una chica que le había robado el dinero hacía sólo dos días.

—Tenéis que venir y ver —dijo Rhazala—. Se trata de vuestro amigo. El pequeño.

—¿Qué? —terció Lei—. ¿Dónde está?

—Venid a ver —dijo Rhazala. Salió corriendo por la puerta de la taberna y ellos la siguieron.





Rhazala no hablaba mientras corría entre las sombras. Rechazaba toda pregunta con un gesto de la mano.

—Callaos y corred —decía—. Hay enemigos por todas partes.

Aunque Daine no confiaba en la duendecilla, la noche anterior había demostrado que había peligro acechando en las calles de Altos muros. Desenvainó su daga y ocultó la hoja oscura bajo su antebrazo. Través sacó la ballesta de la bolsa de Lei y puso una flecha en la cuerda. Lei sacó el bastón de madera oscura de las profundidades de su morral.

Rhazala los guió por un tortuoso laberinto de callejones. Las calles se hacían cada vez más estrechas y había cada vez menos transeúntes a la vista. Finalmente el callejón llegó a un punto ciego. En la puerta del muro había una puerta metálica, pero en ella no había ningún pomo. Un sello arcano, pensó Daine. Ningún simple ladrón podía abrir esa puerta, pues no había cerradura que forzar. La puerta estaba sellada con energía mágica pura. Antes de que Daine dijera nada, Rhazala ladró una breve frase en un idioma estridente y áspero y trazó un complejo dibujo sobre la puerta. Una luz chispeante siguió a su dedo y un momento después la puerta se abrió.

Daine intercambió una mirada con Lei. Rhazala ya había demostrado ser una talentosa ladrona. Parecía tener además un don para la hechicería. Se preguntó qué edad tendría en realidad la chica y cómo había desarrollado ese talento.

La puerta daba a una pequeña cámara vacía. Lo único llamativo era una escotilla en el suelo. Rhazala la levantó y dejó a la vista un largo túnel que descendía en completa oscuridad. En la pared de piedra había escalones y era imposible ver hasta dónde llevaba.

—¡Abajo! —dijo Rhazala.

—Espera —dijo Daine—. Que tú puedas ver en la oscuridad no significa que los demás podamos. Lei, ¿un poco de luz?

Lei se frotó los dedos en la armadura y los tachones se encendieron con una luz dorada.

—Capitán —dijo Través contemplando el túnel—. Seré incapaz de moverme en ese túnel. Mi presencia podría ser un estorbo.

Tenía razón. A Daine no le resultaría fácil introducirse en el túnel, pero para Través sería imposible.

—Si necesitáis que vaya con vosotros, podría...

—No, está bien —dijo Daine—. Quédate aquí. Espera hasta la novena campana, si puedes oírla desde aquí. Si no hemos regresado entonces, vuelve a la Mantícora.

Través asintió y salió de nuevo al callejón con una flecha en la ballesta y una segunda entre los dedos. Contempló impasible el callejón y esperó que apareciera algún enemigo.

—¡Rápido! —dijo Rhazala entre dientes. Ya había empezado a bajar por el túnel.

Daine miró a Lei y después el túnel. Envainó la daga, se metió en el túnel y empezó el descenso. Lei metió el bastón en uno de los bolsillos sobrenaturalmente grandes y lo siguió de cerca.



El túnel parecía no acabar nunca.

—¿Adónde estamos yendo, Rhazala? —preguntó Daine.

—Abajo.

—Eso ya lo he notado.

—Maquinarias. Alcantarillas. La ciudad que hay debajo de Sharn.

—Ah. —Por fin daban con algo. Las Maquinarias le habían sido mencionadas con frecuencia durante sus anteriores viajes con Greykell. Muchas de las más grandes y menos atractivas industrias de Sharn estaban situadas bajo la ciudad. En las Maquinarias subterráneas se hallaban los talleres, las curtidurías y las fundiciones. Las alcantarillas estaban incluso más abajo, y algunos decían que había ruinas antiguas ocultas todavía más abajo de las cloacas.

—Muchos pasajes a las profundidades fueron construidos hace mucho tiempo. Ahora se han olvidado, pero la gente silenciosa recuerda.

—¿Y te importaría decirme qué vamos a hacer allí abajo?

—Tenéis que verlo,

—¿Qué debemos ver? —dijo Lei.

—Ya lo veréis.

—Ya veo.

—No, lo verás —la corrigió Daine.

—Silencio —dijo Rhazala—. Hay muchos peligros merodeando aquí abajo. No hay tiempo para risas.

Prosiguieron su descenso en silencio.



El hedor era insoportable. Un torrente de aguas residuales manaba por el centro del túnel y las paredes estaban cubiertas de moho y suciedad. La armadura de Lei era la única fuente de luz y enjambres de insectos y alimañas revoloteaban alrededor del círculo de luz.

—Interesante —dijo Lei examinando el diseño del techo—. Había oído hablar de este diseño. Sharn es la ciudad más grande de Khorvaire, y las torres hacen que los sistemas de fontanería tradicionales sean difíciles de implementar.

—Y el agua se sirve en tazas de arcilla olorosa —dijo Daine.

—Silencio —dijo Rhazala—. Casi estamos, pero es muy peligroso.

—¿Todos los duendes se preocupan tanto? —dijo Daine—. No se ve a nadie.

Un chorro gris emanó del agua, delante de él.

Las aguas residuales goteaban de la criatura mientras ésta saltaba hacia Daine. Era larga y estrecha, una tira de anodino protoplasma gris de casi diez pies de altura. Impacto contra Daine y éste retrocedió dando traspiés hasta la pared. Se echó a un lado justo a tiempo de evitar quedar atrapado en la espiral del monstruo.

La criatura volvió a golpearle, pero esta vez estaba preparado. Esquivando rápidamente a la bestia, clavó su espada en la delgada masa. Sintió como si estuviera apuñalando una bolsa llena de barro, pero la criatura retrocedió.

—¡Doraashka! —gritó la duendecilla—. ¡Comedor gris! ¡Mira tu espada! ¡Arde!

Daine bajó la mirada a su espada y maldijo. La hoja estaba chamuscada y picada, como si hubiera sido expuesta a un poderoso ácido. Una hoja más pequeña habría sido destruida con un solo golpe. Era poco probable que su espada pudiera resistir otro ataque.

Daine vio que Lei iba a golpear el chorro con su bastón.

—¡Lei, no!

Se detuvo confusa y la criatura golpeó a Daine y le mandó al otro lado del pasadizo. Le dolía el hombro izquierdo y el ácido empezó a comerse la capa y la armadura.

—¡Está cubierto de ácido! ¡No podemos golpearle! —Daine se arrastró hacia delante y bajó la cabeza ante el siguiente golpe; después, se puso en pie en un movimiento fluido. Trató de no pensar en las aguas residuales que empapaban su ropa.

—¿Qué hacemos? —gritó Lei.

Recordó la varita mágica que le había agarrado a Dasei d’Cannith. Todavía la tenía metida en el cinturón. La heredera Cannith debía haberse olvidado de ella en la

confusión.

—¡Lei, atrápala! —gritó al tiempo que le lanzaba a Lei la varita de madera con piedras incrustadas.

Lei atrapó la varita, pero al hacerlo el chorro alcanzó a Daine. El tentáculo gris le rodeó el torso y apretó con una terrible fuerza. Daine gritó de dolor mientras las gotas de ácido se filtraban hacia el interior de su armadura.

Daine no vio lo que Lei hizo, pero se produjo una brillante llamarada. La criatura tuvo un espasmo, apretó más fuerte. El ácido le estaba quemando los brazos y el pecho.

—Lei... —jadeó.

Se produjo otra llamarada de luz y la presión desapareció. El chorro se desmoronó, se disolvió y se confundió con el agua. Daine se cayó al suelo, jadeando. Su traje de malla estaba hecho trizas y su capa prácticamente se había deshecho. «Supongo que después de todo tendré que comprarme ropa nueva», pensó, haciendo muecas de dolor por las quemaduras del ácido.

—Quédate aquí sentado. Sacó un pedazo de piedra de sangre de su bolsa y le susurró para tejer un ensalmo para neutralizar el ácido y curar las heridas. No era tan rápido ni eficiente como el tacto sanador de Jode, pero Daine soltó un suspiro de alivio cuando una insensibilidad relajante fue recorriendo su pecho.

—¡Has destruido a un comedor gris! —dijo Rhazala, y por un instante fue una niña de nuevo—. Sólo había visto algo así una vez.

—¿Qué era eso? —dijo Daine, poniéndose lentamente en pie y examinando su espada.

—Parte del sistema de cloacas, creo —dijo Lei—. Te dije que era fascinante. Un sistema vivo para disolver y eliminar la basura que es mandada aquí.

—Siempre es una carrera encontrar los verdaderos tesoros antes de que llegue un doraashka —dijo Rhazala—. Espero que no lleguemos demasiado tarde. Vamos, rápido.

Corrió túnel ahajo y ellos la siguieron tan rápidamente como pudieron.



Unos minutos más tarde llegaron al muladar.

Era una cámara cavernosa. Los muros y el techo arqueado quedaban fuera del círculo de tenue luz de la armadura de Lei. Agua sucia manaba alrededor de sus pies, portando desperdicios del pasadizo del que procedían. Encima de ellos estaba el miuladar.

Daine nunca había visto tanta basura en un lugar. Era una montaña de porquería y material en putrefacción, mezclado con chatarra y mercancías estropeadas. Mientras caminaban, una cascada de verdura putrefacta cayó del techo. Daine no veía dónde estaba, pero parecía que una serie de toboganes canalizaban hasta ahí la basura de la ciudad.

El muladar estaba repleto de ratas e insectos, pero todos esos bichos tenían rivales. Duendes. Al menos una docena se arrastraban por la basura, rebuscando en ella y buscando cualquier cosa de valor. Daine vio a unos cuantos duendes muís junto a las entradas de la cámara, armados con porras improvisadas y lanzas. Imaginó que eran vigilantes en busca de «comedores grises» u otros peligros.

Rhazala se acercó a uno de los visitantes. Hablando en la lengua gutural de los duendes, dijo:

—¿Están seguros?

El hombre asintió.

—Págale —le dijo Rhazala a Daine.

—¿Qué?

—Que le pagues. Buscan en la basura para sobrevivir. Tiene algo que tenéis que ver. Págale.

—Mira —dijo Daine—. Te agradezco que trates de ayudarnos. Pero no tenemos dinero. Todo lo que tenía me fue robado por una duendecilla que se parecía mucho a ti. De modo que si quieres que le pague con mis monedas, me temo que las tienes tú.

Rhazala contempló detenidamente a Daine y después metió la mano entre sus ropas. Cuando la sacó, tenía en ella una doble corona. Se la dio al centinela sin decir una palabra y los guió hacia el interior de la cámara.

A medida que avanzaban hacia el centro de la sala, la profundidad del agua aumentó hasta las caderas de los pequeños duendes. Lentamente, se abrieron paso entre el inmenso montón de basura.

Y fue entonces cuando vieron los cuerpos.

Había cuatro cadáveres alineados junto al muladar. Estaban hinchados a causa del agua y en distintos estados de descomposición. El primero era un enano al que Daine no reconoció. El segundo era Jode.

Lei gritó y corrió chapoteando por el agua. Daine no supo qué hacer. Por un momento no pudo moverse, no pudo pensar. Había perdido soldados antes, incluso amigos, pero aquél era Jode. No podía imaginar el mundo sin él.

Lei se arrodilló junto al cadáver y jadeó. Daine hizo que sus piernas se movieran y avanzó trabajosamente. Jode tenía un agujero en el cráneo. Quedaba poco de la parte posterior de su cabeza.

—¿Quién...? —dijo Lei con la voz en sordina. Se giró para mirar a Daine—. ¿Por qué?

Daine seguía estupefacto.

—Se lo dije —dijo, más para sí mismo que a Lei—. Le dije que no fuera.

—¡Anoche le querían vivo! —gritó Lei—. ¿Quién pudo hacer eso?

Daine se volvió. No podía seguir mirando el cadáver.

—¿Cuándo fue encontrado? —dijo.

—Alrededor de la sexta campana —dijo Rhazala, mirando de soslayo al vigilante en busca de una confirmación. Él asintió—. Encontraron a los cuatro juntos. Es raro que la carne escape de la atención del doraashka, de modo que no llevarían mucho en el agua. He pensado que debíais saberlo. Me gustaba ese pequeño.

¿Los cuatro? ¿Fue Jode a reunirse con esa gente? Daine caminó hacia los cuerpos. Lei estaba limpiando la inmundicia de la piel y la ropa de Jode. Daine no podía soportar la visión de la cara de su mejor amigo, de modo que se puso a examinar los otros dos cadáveres.

Una vez más, se quedó sin habla.

Conocía a ambos. Uno era Korlan, el semiorco que había conocido en compañía de Bal Tarkanán, y el otro era Rasial Tann.



Era difícil concentrarse con el cuerpo de Jode tendido allí, pero Daine tuvo que obligarse a ello. Se arrodilló para examinar los cadáveres. No era ningún experto, pero el cuerpo de Rasial parecía estar en peor estado que los demás. Quizá había muerto antes que ellos. Todos los cadáveres tenían las mismas heridas que Jode: la parte posterior del cráneo destrozada, probablemente con una maza o una porra. La cavidad del cráneo estaba casi completamente vacía. Rasial tenía unas pequeñas cicatrices paralelas en el pecho, probablemente marcas de uñas, no tan profundas como para ser letales. Las heridas de la cabeza eran las únicas que parecían significativas. Daine registró los cuerpos, pero ninguno llevaba nada. Se volvió hacia el vigilante duende.

—¿Tenía éste alguna posesión?

El duende negó con la cabeza.

—¿Estás seguro? Puedo conseguirte oro si tienes lo que estoy buscando.

La mención del oro encendió un fuego en los ojos del duende, pero volvió a negar con la cabeza.

—No tenía nada.

Daine maldijo. Caminó hacia Lei.

—Vayámonos de aquí, Lei. Tenemos que llevarle a la superficie.

Lei no dijo nada. Estaba mirando a Jode con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué pasa?

—Daine, su Marca de dragón... no está.

Tenía razón. Jode tenía la Marca de sanación en la cabeza, era el orgulloso símbolo de su don mágico. A pesar de la terrible herida, hubiera sido fácil de ver. La Marca ya no estaba allí.

—¿Es posible? —dijo Daine—. ¿No es él?

Lei examinó el cuerpo más detenidamente y estudió la frente.

—No lo sé, pero las Marcas de dragón no desaparecen tras la muerte. No desaparecen jamás. —Pasó una mano por encima de su cara—. Me gustaría creer que se trata de una trampa, pero no lo creo. —Una lágrima descendió por su mejilla mientras miraba a Daine—. La esfinge dijo que sufrirías una pérdida hoy, Daine. No

dijo que lo haríamos todos.

Daine cerró los ojos y respiró hondamente.

—Descubriremos quién hizo esto, Lei. Se lo haremos pagar. Pero ahora tenemos que seguir adelante. Le lloraremos cuando haya sido vengado.

Ella asintió aunque su cara era todavía una máscara de pesar.

—Lo sé.

—Tenemos que encontrar el modo de llevarle. Aquí. —Tomó los restos de su capa—. Utiliza esto.

—¿Qué hay de los demás?

—No podemos con todos. Preocúpate por Jode.

Lei asintió y envolvió a Jode en la capa. Le susurró a la tela.

—¿Qué haces? —preguntó él.

—Tejer un encantamiento. Impedirá que su cuerpo se descomponga.

Daine se volvió hacia Rhazala.

—¿Estáis dispuestos a ganaros unas cuantas monedas más?

—¡Siempre! —dijo la chica alegremente.

—Entonces id a ver a Illian Apotecario en... Torres del dragón, creo. Quiero que hables con un hombre llamado Bal. Dile que has encontrado los cadáveres de dos de sus amigos.

—Eso haremos. Pero ¿y vosotros? Decís que no tenéis ninguna moneda y después ofrecéis oro por mercancías robadas.

—Puedo conseguir más dinero. Posiblemente mucho más. Si nos ayudáis, tú y tus amigos tendréis una recompensa.

Rhazala y el vigilante conversaron en susurros. Rhazala se volvió hacia Daine y asintió.

—Os necesitaré. Si necesitáis a gente silenciosa, yo sé dónde encontrarles.

—Bien. Quiero hablar con quien encontró los cadáveres. Tengo que ver el lugar en el que los encontró.

—Entonces tendrás que hablar con Hazg —dijo el duende vigilante—. Iré a por él. —Se abrió paso entre las mugrientas profundidades.

—¡Daine! —gritó Lei.

Él se volvió hacia ella. Lei le había arrancado lo que quedaba de su ropa a Riasal y estaba estudiando su cuerpo desnudo.

—¿Qué estás haciendo? —dijo él.

—Él tampoco tiene la Marca, Daine.

—¿Qué quieres decir?

—Según Bal, sus poderes proceden de una Marca de dragón aberrante. Riasal, se supone, podía matar con el tacto. ¿Dónde está su Marca?

—Mmm. ¿Alguna idea?

—Quizá. Tengo que volver a la Mantícora.

—¿Qué hay de Jode? ¿Está... preparado?



Lei hizo una mueca y señaló el fardo cubierto de tela a los pies del muladar.

—Necesitaré tu ayuda.

Daine caminó trabajosamente por las aguas de la cloaca y sostuvo el cuerpo de su amigo. Lei tomó su morral y lo abrió. Un pedazo de cordel definía el tamaño de la abertura al compartimento central de la bolsa. Soltando el cordel, tiró de la boca de la abertura, creando un cono, como un embudo.

—Creo que cabrá —dijo ella. Extendió la abertura hacia Daine.

Mirar el interior era como mirar unas aguas profundas y negras. Daine podía percibir algo ahí, pero no podía ver nada. Parpadeando para contener las lágrimas, Daine metió el cuerpo de Jode por la abertura. Tuvo una ligera sensación de resistencia, como si estuviera empujando el cadáver por el fango, pero después desapareció y también lo hizo Jode.

Lei tiró del cordel y cerró la bolsa.



Hazg era un duende hosco con el pelo desigual y la piel descamada. Hablaba poco pero se movía con una rapidez sorprendente por la resbaladiza piedra. Los condujo a uno de los túneles que llevaban la basura hasta la cámara central. Cuando hubieron recorrido unos doscientos pies por el pasaje, vieron que una gran piedra había caído del techo. Hazg se detuvo y se encaramó a la piedra.

—Aquí —dijo, con la voz áspera. Aquí quedaron esas cosas. Los cuerpos estaban aquí.

—Gracias, Hazg —dijo Daine.

—No quiero gracias. —Se frotó el pulgar y el índice.

Daine miró a Rhazala. Ella frunció los labios y finalmente sacó una corona para Hazg, que salió corriendo túnel abajo.

—¿Cuándo vas a darme más dinero? —preguntó Rhazala.

—¿Por qué? ¿Ya te has gastado todo el que me robaste?

Rhazala no mostró síntomas de vergüenza.

—No deberías haberlo puesto tan fácil. Otro te lo habría robado si no lo hubiera hecho yo. Tienes suerte. De no ser por mí, ¿quién estaría pagando a los tipos silenciosos ahora?

Daine decidió no responderle.

—¿De dónde procede la basura que llega por este túnel?

Rhazala miró a su alrededor y vio algunas marcas casi borradas en la pared.

—Altos Muros y Puerta de Khyber.

—¿Dos distritos por un solo túnel?

—Puerta de Khyber está debajo de Altos muros —dijo Rhazala. Con las manos hizo un gesto para señalar la existencia de varios niveles—. Como las Maquinarias, pero ahí no hay negocios. Sólo mercados de ratas y gente que le tiene miedo a la luz. Es más grande que Altos muros, y más profundo que el lugar en el que estamos ahora, hasta hay viejos lugares a los que no van siquiera los tipos silenciosos.

—¿Y dónde está el pasaje más cercano a la superficie?

—No lejos. ¿Queréis ir?

Daine pensó por un momento.

—¿Sabes dónde está su salida?

—No, pero alguien lo sabrá, seguro. ¿Lo investigo?

—Primero muéstranos el camino de salida. Después descúbrelo y reúnete con nosotros en la Mantícora dentro de dos horas. Si es peligroso, quiero que Través esté con nosotros. Y tendré tu oro, espero.

—Si tienes el oro, yo tendré la información —dijo Rhazala, entusiasmada.

—Adelante, pues.



La décima campana estaba sonando cuando regresaron a las calles de Altos muros. Rhazala se había quedado abajo para investigar los túneles.

—¿Cómo vas a pagarle? —preguntó Lei.

—Yo me encargo de eso. ¿Qué opinas sobre la ausencia de la Marca de dragón?

—Tengo que examinar a Jode y ver qué puedo descubrir. Necesitaré hacer una vara de adivinación. Pero te advierto que no puedo hacer más encantamientos esta noche.

Daine asintió.

—Lo sé. Tenemos que andarnos con cuidado. Pero no podré volver a dormir hasta que hayamos hecho todo lo que podamos.

El pesar cruzó el rostro de Lei.

—No sé si seré capaz de dormir en ningún caso. Es... Trato de olvidarme, de pensar que estará esperándonos en la Mantícora.

Daine le puso una mano en el hombro.

—No pierdas la esperanza. Si alguien puede encontrar el modo de engañar al Guardián de Almas, ése es Jode.

Ella asintió, pero no halló ninguna palabra alegre.

Través estaba esperando en la sala común cuando llegaron.

—Ca... General Daine, mi señora Lei. No he visto a Jode y Dassi dice que no ha regresado en nuestra ausencia. —Se detuvo—. ¿Qué ha pasado con tu armadura y tu ropa, capitán?

Daine y Lei se miraron.

—Jode está muerto, Través.

—No lo entiendo.

—Eso es lo que la duendecilla quería enseñarnos. Encontró el cuerpo de Jode en las alcantarillas.

Través se quedó en silencio un rato.

—¿Fue atacado por nuestros enemigos de anoche?

—Parece probable. La alcantarilla procedía de Altos muros, pero no sabemos cómo lo encontraron ni por qué lo mataron. Anoche parecían quererle vivo.

—Quizá no hizo lo que querían.

—Quizá —dijo Lei.

Través volvió a quedarse en silencio. Su cara metálica no dejaba traslucir sus emociones. Finalmente dijo:

—En este lugar no hay ninguna guerra. Esta muerte no tiene sentido.

—Quizá ahí es donde te equivoques —dijo Lei—. Uno de los dos, ayudadme a subir a nuestra habitación.

—Través, ve con ella. Yo tengo otra cosa que hacer.

—Sí, capitán.

Una vez Lei y Través se hubieron marchado, Daine encontró a la tabernera Dassi.

—¿Dónde está la estación de mensajes más cercana?

—Calle Mediapiedra en Arco Negro, general. —Sonrió con dulzura—. ¿Ha habido algún avance en la obtención de vuestro crédito, general?

—Quizá —dijo—. Te lo diré cuando vuelva.



Arco Negro era la guarnición del Desembarco de Tavick. Era el distrito más austero en el que Daine había estado. Situado en el suelo y cerca de las puertas de Sharn, estaba más fortificado aún que Vigilia de la daga. Daine no tardó mucho en encontrar lo que estaba buscando, el blasón de la casa Sivis, que colgaba de un tablón dorado sobre una gran puerta negra.

Aunque era muy de noche, la estación de mensajes bullía de actividad. Los gnomos corrían de un lado para otro y el aire estaba lleno de susurros. Había una pared entera cubierta de estanterías llenas de numerosos tomos de piel negra

idénticos. En el otro lado de la sala había tres bustos de mármol en altos pedestales. Los bustos tenían los rasgos de viejos y sagaces gnomos con piedras de dragón en los ojos. Había dos gnomos sentados junto a cada busto, cada uno de ellos con una pluma y un libro. De vez en cuando, los gnomos hablaban con la estatua, pero la mayor parte del tiempo parecían limitarse a escuchar y a escribir furiosamente en sus libros. Había un puñado más de sillas junto a la puerta. Una mujer que llevaba la insignia de los correos de la casa Orien se quedó dormida en una, mientras que un mensajero con la libre de la Guardia de Sharn estaba sentado en otra.

Las estaciones de mensajes de casa Sivilis eran la espina dorsal de la comunicación de larga distancia en Khorvaire. Aunque lo llamaban Marca de la escritura, la Marca de dragón estaba vinculada a todas las formas de la comunicación. Hablando a la figura de piedra, un gnomo podía mandar un mensaje al otro extremo del continente. No era ni mucho menos instantáneo, pero sí mucho más rápido que cualquier humano o bestia. Cuando el mensaje llegaba a la piedra parlante deseada, un gnomo en la estación de piedra lo anotaba, y o bien lo retenía para que fuera recogido o bien lo daba a un correo local para que lo entregara en mano. Daine había oído que la casa Sivilis había desarrollado su propio idioma sólo para mandar y anotar mensajes. No le sorprendería. Los gnomos estaban obsesionados con la seguridad de su sistema.

Daine se acercó al portavoz gnomo.

—¡Buenas noches, señor! —dijo el gnomo alegremente—. ¿Mandas o recibes?

—Mando —dijo Daine—, pero hay una complicación.

El gnomo alzó sus pobladas cejas y esperó a que Daine siguiera.

—Tengo que mandar el mensaje a cobro revertido.

—Bueno, señor, hay algunas naciones que tienen acuerdos con la casa, pero a menos que seas un miembro acreditado de la corte en cuestión, me temo que no puedo...

—El mensaje es para Alina Lorridan Lyrris.

—¿Y qué quieres decirle? —El gnomo sacó un papiro y una pluma y sonrió.



En la Mantícora, Través colocó el cuerpo de Jode sobre uno de los maltrechos camastros. Contempló la terrible herida que había destrozado la cabeza de su amigo.

—Quienquiera que lo hiciera, merece ser castigado —dijo con un tono sordo.

Lei estaba buscando en su bolsa y sacó los conjuros místicos y varios pergaminos.

—No sabía que tuvieras sentimientos de venganza, Través.

—Esto no es una cuestión de venganza, mi señora. Esto es la guerra y la guerra es

mi finalidad.

Ella sintió.

—También será la mía.

Vio un minotauro cayendo a su tacto, un soldado forjado haciéndose añicos y, en ese momento, el puro odio hizo desaparecer toda la pena. El momento pasó y ella se quedó en la habitación miserable con sus encantamientos y sus papeles y el cadáver de su amigo. Suspiró, resuelta a reprimir las lágrimas.

Lei colocó sus herramientas sobre el camastro. Tomó una vara de madera y le susurró; tejió un pequeño ensalmo de adivinación. Cuando hubo terminado, encontró un pedazo plano de cristal negro y grabó el símbolo de un cráneo en la superficie. Dejó el disco de piedra a un lado.

—¿Qué estamos haciendo, mi señora? —preguntó Través.

Lei tomó la vara.

—Primero voy a examinarle más de cerca y buscar alguna clase de energía mística. Después veremos lo que puede decirnos.

Pasó los dedos por la vara para activar el encantamiento que había introducido en ella. Lentamente, con cuidado, pasó la vara por el cuerpo.

—Aquí hay residuos de energía mágica, muy débiles, pero sin duda presentes. — Estudió el cráneo roto más de cerca y sintió arcadas y dejó caer la vara.

—¿Mi señora? —dijo Través, acercándose para sostenerla por los hombros.

—Estoy... Estoy bien —dijo, incorporándose—. Es...

Se arrodilló de nuevo. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, examinó la herida más de cerca.

—¿Qué pasa?

—La herida... no es lo que parece. —Lei tomó un pequeño cristal refulgente e iluminó el borde irregular de la herida—. Mira, esto fue causado por uno o dos fuertes golpes con un objeto largo y romo.

—¿Y? —dijo Través.

—Pero, debajo, parece como si su cerebro hubiera sido extraído antes de que se produjera la herida. No hay rastro de materia cerebral en el interior del cráneo.

—¿Por qué iba alguien iba a hacer una cosa así?

—No lo sé, pero significa que estaba muerto antes del golpe, que alguien estaba tratando de ocultar la primera herida. Sólo puedo pensar que los asesinos estaban tratando de esconder una pequeña herida con este golpe brutal. —Tembló y tomó el disco de cristal—. Veamos si Jode puede decírnoslo.

—¿Cómo puede hacerlo?

Lei colocó el disco en lo que quedaba de la frente de Jode.

—El encantamiento que he tejido en el interior de esta piedra nos permitirá hablar con Jode, aunque sólo sea unos minutos. No es... él, sólo los rastros que su espíritu dejó tras de sí. Pero debería poder decirnos lo que sucedió, al menos, todo lo que sabemos antes de...

Lei estaba tratando de construir un relato ordenado, de centrarse en aquello como un reto a su sabiduría, pero era su amigo, y sabía que aquélla era la última vez que hablarían con él. Través le puso una mano en el hombro y durante un momento ella se sostuvo en su brazo, apretando el frío metal tan fuerte como pudo. Después respiró hondo y regresó al cadáver.

Tocó el disco de piedra y desató las energías con un susurro y un pensamiento.

—Jode —dijo con la voz tranquila—. Dinos quién te hizo esto.

El silencio fue absoluto.

—Jode —repitió—. Dinos quién te ha hecho esto.

Nada.

—¡Jode! —gritó, aunque sabía que él no podía oírle—. ¡Jode!

Un momento más tarde, Través la estaba abrazando y acunándola suavemente.

—Tranquila, mi señora. Tu encantamiento ha fallado, eso es todo. Tranquila.

Lei negó con la cabeza, tocando la piedra. Sentía la energía mística corriendo todavía por su interior.

—No. No, no es eso. Se ha ido, Través. No queda nada de nada. Todo se ha ido.

Se asió con fuerza a Través y se aferró a él, y sus lágrimas empezaron a manar.

—No sólo se llevaron su Marca —susurró—. Le destruyeron completamente.



Era casi la undécima campana cuando Daine regresó a la Mantícora. Través había envuelto el cuerpo de Jode con la maltrecha capa. Lei estaba estudiando pergaminos con los ojos rojos y llenos de lágrimas.

Daine se sentó en el jergón vacío y se quitó algunos restos que había en su camisa de malla.

—¿Qué habéis descubierto?

—Le quitaron la Marca —dijo Lei—. Además, creo que se la quitaron con esto. —Empujó un pergamino por el suelo. Era una descripción de las piedras de dragón que Alina quería que recuperaran para ella—. El otro día te dije que una piedra como ésa podía unir las energías de una Marca de dragón para crear una defensa contra otra Marca. Creo que alguien logró ir más allá. Le arrancaron la Marca, el espíritu, todo lo que definía su identidad mística. —Brevemente, le contó los resultados de la autopsia.

Daine desenvainó la daga mientras Lei hablaba y lentamente fue tallando agujeros en el suelo. Cuando ella mencionó la ausencia de cerebro, clavó la daga en el suelo y la hoja adamantina cruzó la madera como si fuera papel. Apretó los dientes y arrancó la daga del suelo. En los dos últimos años había visto a mucha gente morir, y en ese momento no había tiempo para la pena o la furia. Respiró hondamente y dejó la daga a un lado. Desenvainó su espada, carcomida por el ácido, y la dejó junto a su armadura.

—Tengo que restaurar esto. Es posible que tengamos una batalla pronto y no quiero que se desmorone en el momento en que golpee metal.

Lei asintió y tomó la espada. Al pasar los dedos por la hoja, el metal empezó a manar y a restaurarse. Al cabo de un momento le había devuelto su aspecto original. Después hizo lo mismo con la armadura.

—Voy a tener que fortalecer el metal para que quede perfecta —dijo—. Pero no será tan fuerte como antes.

—Como te parezca —dijo Daine.

Alguien llamó a la puerta.

Era demasiado temprano para Rhazala. Daine tomó su espada restaurada y se dirigió hacia la puerta. Algo encorvado, le señaló a Través que abriera la puerta. En cuanto hubo espacio suficiente, su mano pasó por la apertura y la punta de su espada apuntó al estómago de su visitante.

Al otro lado de la puerta había una mujer humana. Iba vestida de cuero negro y lana, y llevaba una gran bolsa. Tenía grabado sobre el corazón el emblema de correo de la casa Orien. No retrocedió ni parpadeó. Parecía estar acostumbrada a clientes suspicaces.

—¿Eres Daine? —dijo ella.

—Soy yo.

Daine se enderezó. Bajó la espada pero no la guardia. Esperaba un correo, pero después de la muerte de Jode no podía estar seguro de nada.

Los ojos de la correo descendieron para contemplar el símbolo de Deneith en la empuñadura de la espada de Daine, y después parpadeó. Probablemente le habían señalado ese rasgo para identificar a Daine. Sacó dos objetos de su bolsa, un pequeño monedero de piel y una carta sellada, y se los dio a Daine. Abriendo el monedero, Daine sacó una doble corona y la puso en la mano. Ella desapareció en seguida.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Lei. Había acabado con la armadura de Daine. Los eslabones eran más delgados que antes, pero al menos cubriría su torso.

—Correo Orien de Alina. —Agitó el monedero—. Tenemos un monedero de soberanos de plata. Deberían ayudarnos a comprar el tiempo de los duendes. También pagaremos s Dassi. —Rompió el sello de la carta y desplegó el papiro. El mensaje estaba escrito en una lengua fluida y elegante.

«Tras la muerte de mi empleado, debes encontrar los bienes que portaba, independientemente de la forma que hayan podido adoptar. Como estos bienes pueden ser sacados de la ciudad, si no puedes resolver este asunto en dos días tendré que considerar nuestra nueva asociación un fracaso, lo que sería una tragedia para ambos. Buena suerte».

—¿Algo? —dijo Lei.

—No. Alina quiere las piedras «independientemente de la forma que hayan podido adoptar». Y si no lo logramos en dos días, se puede... enfadar.



—¿Deberíamos preocuparnos por eso?

—Nos contrató para este trabajo porque necesitaba gente desconocida. No creo que nuestro caso sea el mismo que el de unos empleados ineficaces.

—Ya.

—Dices que ya casi estás inoperante por hoy, ¿verdad?

Lei asintió.

—Podría hacer pequeñas reparaciones, pero eso es todo. Tengo que descansar.

—¿Qué hay de esa varita, la que destruyó esa cosa en las cloacas?

Lei metió la mano en el bolsillo lateral de su bolsa y sacó la varita. Le dio un golpecito a la hilera de piedras de dragón del lateral de la vara.

—Descarga de rayos alimentados por las piedras incrustadas. Pero está seco. La energía tardará un rato en volver a estar al máximo.

—De modo que si queremos pelea —dijo Daine— será mejor que esperemos hasta mañana. —Se detuvo, pensando—. Muchas cosas dependerán de lo que sepamos de Rhazala. Por ahora..., vacía tu bolsa, Lei. Quiero ver qué más tenemos.

—¿Todo?

—Sí.

Lei se encogió de hombros. Tardó varios minutos en sacarlo todo. Daine había olvidado lo grande que era el compartimento central. Pero su memoria había estado en lo cierto y sonrió.

—Muy bien, Lei. Esto es lo que quiero que hagas.



Diez minutos más tarde, Través, Rhazala y Daine estaban de vuelta en las calles de Altos muros. La duendecilla y el forjado recorrían las calles como sombras. A pesar de su tamaño, Través había sido construido para hacer reconocimientos, y se movía con una fluida elegancia que los guerreros forjados más corpulentos no podían igualar. Junto a sus compañeros, Daine se sentía patoso y ruidoso, como si fuera un oso cazando en compañía de panteras.

Al cabo de cinco minutos Rhazala se detuvo.

—En alguna parte cerca del centro —dijo señalando.

—¿Estás segura? —dijo Daine.

—Sí, sí. El túnel sale de ahí abajo. Pasa por la Puerta de Khyber, como el túnel de deshechos y agua. Y aquí abajo hay un mal lugar. Los tipos silenciosos han perdido exploradores en esta zona antes. Normalmente a manos de comedores o chacales rojos, pero en la Puerta de Khyber hay cosas peores, y creo que aquí es donde puede

vivir al menos uno. Los tipos silenciosos ni siquiera se acercan aquí.

—Muy bien. Buen trabajo, Rhazala. Aquí está tu paga.

Se había atado el monedero alrededor del cuello, pero cuando se llevó la mano allí se dio cuenta de que había desaparecido. Dándose la vuelta, vio que Rhazala se lo estaba dando. Le mostró dos soberanos de plata en la mano izquierda.

—Sólo lo he agarrado para cobrarme mis servicios —dijo con engreimiento—. Esta vez.

Daine suspiró y asió el monedero. Rhazala sonrió e hizo una reverencia, y al instante había desaparecido. Daine parpadeó. ¿Era su desaparición obra del talento de la duendecilla y su agotamiento o había intervenido la magia? Cualquiera que fuera la respuesta, Rhazala ya no estaba allí.

Daine negó con la cabeza.

—Vamos, Través. No quiero seguir con esto sin luz del día, y no me vendría nada mal dormir un poco. —Como quieras, capitán.

Ambos iniciaron el camino de vuelta a la Mantícora. Daine escrutó al forjado un instante.

—¿Estás bien, Través?

—¿Capitán?

Daine hizo un gesto vago.

—Bueno, con Jode..., ya sabes, sólo me ha obligado a pensar en la tropa. Has servido conmigo desde que acepté el mando. Has sido todo lo que un comandante podría pedir a un soldado, y nunca me has decepcionado. Has seguido todas mis órdenes sin cuestionarlas y he acabado apoyándome en eso.

—Me alegra escuchar eso, señor.

—Pero ya no estamos en el ejército, Través. Ya no soy tu capitán. Sólo soy tu compañero, tu amigo.

—Lo comprendo, pero me siento más cómodo operando bajo una cadena de mando militar. Tú tenías una vida antes de entrar en el ejército cyrano. Yo no. Fui forjado con el conocimiento de la guerra grabado en mi mente, y estuve en el frente diez días después de mi... nacimiento, si es que se le puede llamar así. La guerra es mi naturaleza y siempre será parte del modo en que veo el mundo. Mientras me tengas, siempre serás mi capitán.

—Has servido en la Guardia cuatro veces más que yo. ¿No crees que deberías estar al mando?

—No te entiendo, capitán. Los humanos nacen sin un fin. Tú debes encontrar tu camino en la vida. Yo fui hecho para una tarea específica, y siempre he conocido la naturaleza de esa tarea. No fui hecho para mandar y no tengo ninguna intención de intentarlo.

Daine se encogió de hombros.

—Está bien. Pero, Través..., los humanos con frecuencia creen que saben lo que tienen que hacer con sus vidas, y no siempre tienen razón. Sólo porque alguien te

haya dicho cuál es, en teoría, tu finalidad... ¿Estás seguro de que es así?

—Soy fruto del diseño. Fui hecho para destacar en una tarea específica y nunca podría ser tan bueno en ningún otro campo. ¿Tiene algún sentido esta discusión?

—Sólo estaba pensando de nuevo en la esfinge. Dijo que todavía no conocías tu finalidad.

—Me pareció que le dabas poca importancia a sus palabras.

—En ese momento no le di ninguna. Pero ahora... —Daine negó con la cabeza—. Después de lo que he visto esta noche, no puedo evitar preguntarme por lo que dijo.

Través permaneció tan impasible como siempre.

—Si tengo otra finalidad, se revelará a su debido tiempo. Hasta entonces, estoy satisfecho.

—Muy bien. Pero, Través, no hablas mucho. Lo entiendo si no tienes mucho que decir. Pero si alguna vez hay algo que yo pueda hacer, quiero que me lo digas.

—Como deseas.

Daine estudió a Través, pero el forjado no tenía ninguna expresión en la cara. Daine todavía sentía que había algo de lo que Través no quería hablar. Quizá fuera la muerte de Jode. Daine había mandado a Través a buscar a Jode, y el forjado podía estar culpándose por la muerte de su amigo. «Sólo tengo que observar y esperar», decidió Daine.

La primera campana del nuevo día estaba sonando cuando llegaron a la Mantícora. Daine estaba exhausto. Había sido un largo día y el amanecer del siguiente prometía ser todavía más peligroso. La idea de una cama —incluso un jergón desordenado en el suelo— lo reclamaba a gritos.

A esa hora, Daine dio por hecho que la sala común de la Mantícora estaría vacía, pero se equivocaba. En una de las mesas había un solo hombre, observando la puerta y bebiendo de una jarra desportillada. Cuando Daine y Través entraron por la puerta, el visitante dejó su jarra y se puso en pie.

—Ya era hora de que llegaras, Daine. ¿En qué líos te has metido?

Era Grazen ir'Tala, capitán de la Guardia de Sharn.



Grazen ir'Tala iba vestido para la batalla. En lugar de la piel verde y negra de la Guardia de Sharn, Grazen llevaba una preciosa camisa de malla. Los eslabones estaban cubiertos de esmalte, y estaba tan bien tejida que no hizo ningún ruido cuando Grazen se puso en pie. Es más, la armadura parecía absorber los sonidos de su movimiento. Grazen llevaba un cinturón de cuero negro y, como Daine, llevaba una espada y una daga. Bajo la armadura, llevaba un jubón y pantalones anchos, con guantes y botas de piel oscura. Su ondeante capa de tejido negro era la oscuridad con forma sólida. Era toda una imagen de la elegancia en las maltrechas instalaciones de la Mantícora, pero tenía la mano en la empuñadura de la espada, y Daine sabía lo rápida y mortal que esa arma podía ser.

—Capitán Grazen, qué sorpresa tan inesperada —dijo Daine—. ¿Qué te trae a una casa tan humilde a estas horas? ¿O ahora se considera temprano?

Través todavía tenía el arco en la mano. Si llegaba el caso, sabía que podía apuntar y soltar una flecha antes de que Grazen pudiera recorrer la distancia que había entre ellos. Pero todavía no sabía cómo interpretar la presencia de Grazen. ¿Iban a detenerle de nuevo?

Grazen miró a Través para evaluar la amenaza que presentaba el arquero forjado. Finalmente volvió a sentarse.

—¿Por qué no os sentáis conmigo? —dijo señalando un taburete situado al otro lado de la mesa—. He traído un odre de vino iltrayano conmigo, junto a una buena hogaza de pan y unos trozos de tríbex ahumado. Imagino que no tendréis grandes festines en esta encantadora taberna. Según recuerdo, siempre te gustó un buen iltrayano.

Daine contempló con detenimiento a Grazen. Finalmente se volvió hacia Través.

—¿Por qué no vas a ver cómo está Lei? Puedo arreglármelas solo.

—Como deseas.

Una vez Través hubo desaparecido por la escalera, Daine sacó el taburete de debajo de la mesa y se sentó. Grazen sacó otra jarra y colocó un saco sobre la mesa. Como había prometido, contenía pan, queso y una odre del mejor vino que Daine había probado en cinco años. Durante algunos minutos, Daine se concentró

exclusivamente en la comida. Sabía que Grazen iría al grano tarde o temprano, y finalmente lo hizo.

—Sé lo que has estado haciendo, Daine.

—Entonces ya vas un paso por delante de mí. —Daine partió otro pedazo de pan y se lo quedó mirando—. ¿Has estado alguna vez en uno de esos restaurantes gnomos donde lo único que sirven es pan y agua? —Puso un poco de tríbex ahumado sobre el pan, le dio un buen mordisco y masticó pensativamente.

Grazen lo observó sin decir nada.

—Dime —dijo Daine—. ¿Qué he estado haciendo?

—Trabajar para Alina Lyrris.

—¿Qué podría haberme llevado a hacer eso?

—Ésa es la pregunta. Después de todos tus años de servicio en Cyre, ¿vas a convertirte en un mercenario ahora? Mi espada te queda mejor de lo que esperaba.

Los dedos de Daine se tensaron alrededor de su jarra.

—Cuida tus palabras, amigo.

—¿Qué clase de amigo sería si lo hiciera? Te ofrecí un trabajo, Daine, la oportunidad de trabajar para la Guardia. La paga no es muy buena, pero sería una forma honrada de vivir.

—Por lo que he oído en Sharn, la Guardia no parece especialmente honrada.

Ahora fue Grazen quien frunció el entrecejo.

—Además, yo serví en Cyre. Me pasé los últimos seis años luchando contra brelanders. ¿Por qué diablos iba a arriesgar mi vida para defenderlos?

—¿Qué te ha llevado a trabajar para Lyrris?

—Yo he preguntado primero.

Grazen vació su jarra y la dejó sobre la mesa.

—Muy bien. Te hablaré claro, Daine. Por respeto a la amistad que tuvimos en el pasado. No sé qué te ha pedido Alina que busques. Pero cuando lo encuentres, quiero que me lo traigas a mí.

—No sé qué...

—Estoy dispuesto a pagarte lo mismo que ella. Gracias a mi matrimonio dispongo de una gran fortuna, y puedo hacerlo. Lo que sea. Cualquier precio.

—No lo entiendo. ¿Por qué estás interesado?

—Porque quiera lo que quiera... No quiero que lo tenga. ¿Necesitas una razón mejor?

—Mira, Grazen. Aunque estuviera trabajando para Alina...

—No me mientas, Daine. Nunca has sido muy bueno mintiendo y odio verte mentir por ella.

Daine cerró los ojos y respiró hondo.

—Muy bien. Estoy trabajando para Alina. Hice un trato, Grazen. Acepté hacer un trabajo. ¿Me estás pidiendo que rompa mi palabra? Pensaba que creías en honrar los compromisos.

—¿Lo hace Alina?

—Que yo sepa, nunca ha faltado a su palabra. Pero sí he visto lo que hace a los que la traicionan.

—Daine, estás en el lado equivocado.

—¿Y tú estás en el lado correcto?

—Yo no estoy en el lado de nadie. Sólo te estoy ofreciendo una salida.

Daine pensó en eso un momento.

—¿Recuerdas a mi amigo Jode?

—¿El mediano?

—Sí. —Miró a Grazen a los ojos—. Está muerto. Creo que fue asesinado por enemigos de Alina. Dime. ¿Crees que la Guardia de Sharn perseguiría a los asesinos de un refugiado mediano asesinado bajo la ciudad?

Por un momento, Grazen lo miró a los ojos, pero después apartó la mirada.

—No.

—No estoy haciendo esto por Alina. He perdido mi patria. He perdido la guerra. Ahora he perdido a mi mejor amigo. Y puede que pierda la vida. Pero no voy a perder el honor. Hice una promesa y la cumpliré.

Grazen se puso en pie.

—Muy bien. Pero considera mi oferta y piensa en lo que te podría costar tu promesa. No quieres tenerme de enemigo, Daine.

—Tienes razón, no quiero.

—Entonces espero que tomes la decisión adecuada.

—Veremos.

Grazen se encaminó lentamente hacia la puerta.

—Puedes quedarte el resto del vino. Por los buenos tiempos.

Daine asintió y Grazen salió a las calles oscuras de Altos muros. Daine se sirvió otra jarra de vino iltrayano y se quedó sentado en las sombras de la sala vacía, pensando en Jode y en las promesas que había hecho.

Pero finalmente la odre se acabó. Recogiendo el saco de comida, Daine se encaminó arriba, a los brazos del sueño que le esperaban.



Ninguna luz llevaba a las profundidades de las cloacas, ninguna fuente de iluminación, y sin embargo la oscuridad no impedía su visión. Sombras grises y azules pintaban el mundo, pero podía advertir cada detalle de su alrededor: el agua mugrienta cubriendo sus pies, la vasta montaña de desperdicios alzándose ante él, y los cuatro cuerpos tendidos al pie de la colina, ahora sin el menor rastro de putrefacción o decadencia.

—Es una visión triste, ¿verdad?

La voz fue un sobresalto. Daine se dio la vuelta y su movimiento provocó una salpicadura de agua entre las olas. Allí estaba Jode, encaramado sobre lo que quedaba de un viejo taburete, con aspecto de estar tan vivo como lo estaba la mañana anterior.

—Jode. Estás... —Volvió a mirar al muladar. El cadáver seguía allí, con su expresión de paz que contradecía la terrible herida en su cráneo.

—¿Muerto? Quizá. Quizá no. —Inclinó la cabeza y le dio un golpecito a la Marca de dragón algo iluminada que tenía en la cabeza—. No encontrasteis mi Marca, Daine, ¿cómo sabéis que me encontrasteis a mí? ¿Qué me definía? —Sonrió y dio un salto muladar abajo—. El agua es un poco profunda aquí —dijo, caminando hacia el lugar en el que se encontraba Daine. Bajó la mirada hacia el cadáver—. Dime, Daine, ¿en qué parte de eso estoy yo? ¿Me ves en ese cadáver?

—No.

—¿Lo ves? Tú mismo lo dijiste. Si alguien puede burlar al Guardián de Almas, ése es Jode. ¿Por qué estáis tan preocupados por mí? Y ahora, venga, salgamos del agua.

Jode se encaminó hacia uno de los túneles de las cloacas y dio un salto para subirse al lateral, que estaba más elevado.

—Esto es un sueño —dijo Daine, siguiéndole lentamente—. Todo está en mi imaginación.

—Sólo porque sea un sueño no significa que esté en tu imaginación —dijo Jode—. ¿Has pensado alguna vez que tu imaginación podría haberse visto arrastrada al

sueño?

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si el sueño no se detiene cuando te despiertes? —Mientras Jode hablaba, el pasadizo empezó a venirse abajo. Entonces Daine se dio cuenta de que estaba siendo reformado: una hilera de inmensos dientes de piedra sobresalían del suelo y del techo. Un momento después, el pasadizo quedó bloqueado por esa demoníaca sonrisa de mármol negro—. ¿Qué haría mientras tú estás despierto?

Daine se dio la vuelta, pero una segunda hilera de dientes había sellado el pasadizo a su espalda.

—Quizá no quiera abandonarte.

Daine le dio una patada a un diente gigante. Parecían sólidos como la piedra y sintió un dolor creciente en el tobillo.

Jode se puso ante él.

—Ése ha sido siempre tu problema, Daine. Siempre tratas de usar la ira como respuesta. A veces tienes que mirar el interior.

Jode se llevó la mano a la boca y sacó de ella una larga llave de mármol blanco. Encajó la llave en un hueco entre los dientes. Se oyó un clic y un sonido chirriante llenó la cámara al tiempo que los dientes empezaron a retroceder.

—¿Qué sabes? ¿Y qué estás buscando realmente?

El mundo revelado tras los dientes de piedra no era el pasadizo de las cloacas que habían visto antes. Estaban en mitad de un baile de máscaras. Docenas de bailarines daban vueltas; elaborados disfraces ocultaban caras y cuerpos. Daine reconoció aquel lugar. Era el salón de espejos de Alina en la ciudad de Metrol. El techo arqueado de la sala de baile se alzaba muy por encima de él y en el aire flotaban, como constelaciones, candelabros de pálida luz azul. Todas las superficies eran reflectantes y todos los bailarines estaban rotos en un centenar de imágenes diferentes. Pero algo estaba mal. Él no se reflejaba en los espejos. Y Jode..., las imágenes de Jode eran las del cadáver ensangrentado. Y los bailarines. Sus reflejos eran de los soldados que habían luchado junto a él en la guerra. Saerath, Lynna, Cadrian, incluso Jholeg, el duende, todos observándolo desde las paredes mientras se movían en una danza infinita.

—Estás atrapado en el pasado —dijo Jode—. Trataste de destruir tu vergüenza convirtiéndote en un héroe, pero tu justa causa sólo trajo sangre y muerte.

Daine trató de responder pero se dio cuenta de que no podía hablar. Entonces, en el otro extremo de la sala, vio a una pálida joven con el cabello color cobre recogido encima de la cabeza, bailando con su propio reflejo. Su vestido verde sin espalda revelaba la Marca de dragón de los hacedores, situada justo en la base de su cuello. Daine no tenía ninguna duda de que se trataba de Leí. Se abrió paso entre la muchedumbre, tratando de llegar hasta ella, pero era como caminar por una ciénaga. Apenas podía mover los pies, y los bailarines no paraban de interponerse entre él y la joven. Cuando trataba de apartarlos, se volvían de piedra y, por lo tanto, obstáculos



aún más infranqueables.

La mujer de verde se alejaba cada vez más de él. Llegó a un pasillo que llevaba al taller privado de Alina. Se detuvo y giró la vista hacia él, y era Lei, pero había algo raro en ella..., los ojos. Los iris eran grandes y violeta y resaltaban en mitad de los tonos azules y grises. Sonrió y desapareció en la esquina.

Finalmente, Daine llegó al pasillo, pero Lei no estaba en ninguna parte. Pero allí había otro Daine: era más joven, más arrogante, impaciente por entrar en acción. El ojo observante del emblema de la casa Deneith brillaba en la empuñadura de su espada.

—¿Buscas a alguien, anciano?

—¿Lei...?

—Eres una amenaza para los que se preocupan por ti, anciano. Sacrificaste a tu familia por tu país. No lograste salvar tu país y después no lograste salvar a tu amigo. Incluso perdiste la espada de tu abuelo.

—Jode la empuñó, ¡y ni siquiera sé a quién la empuñó!

—¿Siempre tienes alguna excusa?

—Tú no eres yo.

—¿Y quién eres tú?

Daine desenvainó su espada, la espada de Grazen. Su reflejo se rió.

—Es un pobre hombre el que blande la espada de otro. —Entonces se puso en guardia y dijo en un tono aburrido—: La señora de Lyrris ha declarado esta sección de la mansión prohibida a los invitados. Si quieres sobrevivir a esta noche, te sugiero que vuelvas por donde has llegado.

Daine embistió con el impulso de un rayo, y debería haber atravesado a su doble a la altura de las rodillas. Pero su enemigo desvió el golpe con un movimiento de barrido. Él apenas bloqueó la desganada respuesta que siguió y su espada hizo un zumbido con el impacto.

—Estás peleando contigo mismo, Daine —dijo su doble. Contraatacó con un intento de golpe doble y casi hizo que Daine soltara la espada por medio de un ataque circular—. Pero has tirado tu pasado y todavía no has abrazado el futuro.

El Daine joven se movía con una luz cegadora y un arco de hierro alcanzó de lleno la espada de Daine, que tembló y se rompió en una docena de pedazos. Un segundo después, la punta de la espada de su oponente estaba en su garganta.

—Pregúntate —dijo el doble— quién eres en realidad. Qué quieres en el mundo. Descúbrelo rápido. Quizá no te quede mucho tiempo.

Sus rasgos se transformaron hasta que dejó de ser Daine: era Monan. Con una risa salvaje, arrancó su espada. Sintió un dolor filoso, terrible, y Daine no podía respirar. Estaba cayendo y lo último que oyó fue la voz de Jode.

—Hay ciertas cosas que no puedo decir.

Oscuridad...

Daine se levantó de un salto. La luz de la mañana se esforzaba por penetrar entre la gruesa capa de polvo de las ventanas. Lei estaba todavía durmiendo en un jergón junto a él. El cadáver de Jode estaba envuelto en la capa y colocado contra la pared. Daine se acercó y tocó el lardo cubierto de ropa. No se produjo ningún movimiento.

—Hay ciertas cosas que no puedo decir —murmuró Daine.

—¿Capitán?

Daine se sobresaltó y se dio la vuelta. Era Través, pero a Daine le costó un momento recuperarse del susto.

Lei se estiró.

—¿Mmm?

—Sé que te construyeron para ser sigiloso, Través, pero trata de hacer un poco más de ruido cuando te despiertes, ¿de acuerdo?

—Haré cuanto pueda. Pareces agitado.

—Pesadillas. Supongo que es lo que se puede esperar cuando duermes con el cadáver de tu mejor amigo en tu habitación.

—No lo sé. —El forjado no dormía ni soñaba.



Unos pocos galifars les habían asegurado la habitación en la Mantícora y convencido a Dassi de que preparara una comida más agradable para el general y sus hombres. Las gachas de la mañana fueron complementadas con azúcar rojo y polvo de sagal, e incluso pudieron tomar tres pequeños huevos hervidos y una jarra de leche de tríbex. Cuando Daine regresó a la habitación. Lei ya estaba completamente despierta.

—Mira —dijo, dejando el plato en el suelo—. Creo que son huevos de lagarto, pero cualquier cosa sólida me parece bien.

Lei se encogió de hombros. Tomó uno de los huevos y rompió su cáscara, que estaba llena de manchitas verdes.

—¿Quieres dormir más? —preguntó él.

—No —dijo ella—. Estoy bien.

—¿Y el trabajo?

—Tienes dos. Tuve que romper el tercero. Es un trabajo precipitado. No puedo prometerte cuánto durarán los encantamientos.

—Bueno, dos es mejor que ninguno. —Probó las gachas—. Mmm. No están mal si les añades el sagal. Recuérdame que te consiga un poco la próxima vez que salgamos al campo de batalla.

Lei no dijo nada. Sus ojos estaban todavía mirando a Jode.

Daine suspiró, avergonzado por su intento de bromear.

—Pongámonos en marcha. Cuando llegamos a Sharn, Alina Lyrris nos contrató para encontrar sus piedras de dragón, que habían sido robadas por Rasial, su correa. Rasial, que fue guardia de la ciudad y jinete, abandonó la guardia poco después de desarrollar una Marca de dragón aberrante, que puede que fuera responsable de sus accidentes en las carreras.

—Una Marca como ésa también comprometería su consideración social y sería la fuente de mucho dolor y sufrimiento —dijo Lei.

Daine asintió.

—Pero aunque fue adoptado por un grupo de gente que compartía su... aflicción, no parecía encajar con ellos. Ellos creían que estaba trabajando a su espalda, nosotros sabemos que así era. Trabajaba con Alina y alguien en Altos muros, posiblemente Hugal o Monan.

—Daine, ya sabemos todo esto —dijo Lei—. ¿Por qué estás...?

—Sólo pienso en voz alta —respondió—. Ayúdame. Hace tres noches, Rasial introduce un cargamento de piedras de contrabando, pero no llega a entregárselas a Alina. Él es nuestro primer cadáver. El día siguiente, los tarkanans mandan a un semiorco en busca de Rasial, a Altos muros, y él acaba siendo nuestro segundo cadáver. Ayer, Jode desaparece por razones que no conocemos, y es —se detuvo y tragó saliva, emocionado— asesinado. Finalmente, tenemos el cuarto cadáver, del que no sabemos nada. Todos esos cuerpos fueron arrojados a las cloacas que hay debajo de Altos muros. Al menos tres de los cuatro deberían tener Marcas de dragón, pero ninguno de ellos las conserva. ¿Qué me falta?

—Si las Marcas fueron extraídas, creo que las piedras de dragón de Rasial fueron claves, aunque todavía no estoy segura de cómo podría hacerse algo así.

—Fuimos atacados por un grupo de humanos que habían sido alterados y potenciados de alguna forma —dijo Través—. Aparecieron para capturar vivo a Jode.

—Cierto —dijo Daine—. Sin embargo, el líder del grupo era un conversor. En este momento, no sabemos si su «hermano gemelo» es humano o un conversor, pero anda suelto.

—Por lo que respecta a Jode —dijo Lei—, si pueden extraer Marcas de dragón, puede que lo necesitaran vivo para hacerlo. No sabemos nada de ese proceso.

—Cierto. ¿Y Rasial?

—Bueno... —dijo Lei—. Quizá sólo querían encontrar la manera de deshacerse de su Marca de dragón aberrante con la esperanza de poder regresar a su vieja vida. Conoció a alguien que le dijo que podría ayudarle..., a cambio de las piedras. Aunque imagino que no creía que fuera a morir.

—Eso explica por qué sólo ha habido unas pocas muertes por ahora.

—Si realmente están robando el poder de una Marca..., bueno, muy importante para ellos, para ese trabajo, tener la Marca de curación. Y un grupo pequeño y desorganizado como esos tarkanans serían una presa más fácil que las grandes casas. Siendo parias, ni siquiera pueden recurrir a la ley en busca de ayuda.

—Cierto —dijo Daine—. Suponiendo que esto sea así, la siguiente pregunta es: ¿con quién estaba tratando Rasial?

—Si aceptas que la persona que trataba con Rasial era la misma persona que quería secuestrar a Jode, tiene que ser Hugal o Monan.

Daine asintió.

—¿Qué más sabemos de esos dos?

—Vivían en una casa de vecinos llamada Puerta de Dolurh. Según ese hombre, Doras, tenían pocos amigos, pero yo iría que no podemos fiarnos de su testimonio. Aunque..., en la cena, ¿qué dijo Hugal sobre la destrucción de Cyre?

Respondió Través:

—Sugirió que la destrucción de Cyre sería un arma que podría ser utilizada contra el resto del mundo.

—Eso es —dijo Daine—. Supuestamente, él estaba en Cyre cuando llegó el desastre. Aunque buscamos durante meses, nunca encontramos supervivientes.

—Además, esa vieja costurera con el ojo en la palma de la mano..., eso sucedió hace poco, de modo que no era resultado de las tierras Enlutadas.

—Todavía tenemos preguntas sin responder. Pero esto parece claro. Rasial hizo un trato con Hugal y sus amigos antinaturales. Le quitaron las piedras, le robaron la Marca y lo mataron. Hicieron lo mismo con el semiorco tarkanán y después con Jode. ¿Pero cómo? ¿Cómo se expuso así Jode?

Lei pensó.

—Bueno, se marchó justo después de que viéramos a Alina. Antes de eso, habíamos hablado con la medusa y la esfinge.

—¿Qué le dijo la esfinge?

Una vez más, la memoria de Través acudió en su ayuda.

—Insistió en la urgencia. Después dijo: «Hay una llave que sólo tú puedes encontrar, oculta entre dos piedras que sólo tú puedes mover. Tienes que encontrarla solo, pero pagarás un precio terrible para hacerlo».

—De modo que, presumiblemente, intuyó dónde estaba esa llave y creyó que

tenía que actuar a solas. —Daine se frotó la barbilla pensativamente.

—¿No dijiste que reaccionó ante algo que dijo Alina? —preguntó Lei.

Las imágenes de su sueño regresaron como un llamarazo y Daine se dio una palmada en la frente.

—¡Por supuesto! «Hay ciertas cosas que no puedo decir».

—No lo entiendo —dijo Través.

—¿A quién hemos conocido en los dos últimos días que no podía hablar?

—¡Sí! —dijo Lei—. Esa chica ¿Olassia?

—Olalia —dijo Través—, a la que le habían convertido la boca en piedra.

—Exactamente —dijo Daine—. El consejero Teral la encontró en las ruinas de Cyre, junto a Hugal y Monan. Mientras los gemelos estuvieron en la cena, pareció aterrorizada. Debía conocer la verdad de los gemelos, pero no podía hablar porque tenía las mandíbulas petrificadas. El secreto, la llave, está atrapada entre dos piedras.

—Entonces la esfinge estaba equivocada —dijo Lei—. Fue solo, como dijo, pero murió de todas formas.

—Dijo que pagaría «un precio terrible» —señaló Través.

—¿Quién sabe qué quería la esfinge? ¿Por qué no le dijo «ve a hablar con la mujer de los dientes de piedra»? Nunca confiaré en un oráculo. —Daine negó con la cabeza—. Hay una última pieza. El túnel más cercano que conecta las cloacas con la superficie sale de la plaza l ogran, donde está el poblado de tiendas. Alina dijo que quienquiera que estuviera llevando a cabo esas operaciones místicas probablemente tenía su base bajo el suelo, posiblemente en la Puerta de Khyber.

—¿Qué hacemos? —preguntó Través.

—Encontrar a Olalia. Si encontramos al consejero Teral, le explicamos la situación. Pero con cuidado. Ayer nos quitaron a Jode. Hoy vamos a hacer que los ladrones paguen por lo que han hecho. —Daine desenvainó su daga y la clavó en el suelo—. Hoy vamos a acabar con esto.

Una ligera neblina empañaba el aire y empapaba las calles mientras Daine y Lei bajaban por las calles de Altos muros.

—¿Estás seguro de que Través estará bien? —dijo Daine.

—Hemos hecho esto antes, Daine. Sabe lo que tiene que hacer. —Lei suspiró—. ¿Crees que deberíamos hablar con Greykell de esto?

—Vayamos a buscar a Olalia. Con Greykell y Teral, ya veremos qué hacemos según las circunstancias.

—Muy bien.

La décima campana de la mañana había sonado y la plaza de Togran estaba raramente silenciosa. Los refugiados con trabajo ya se habían ido a sus talleres y fundiciones, y la mayor parte de los que quedaban allí estaban durmiendo o reunidos en las cocinas colectivas, preparando el almuerzo. Daine había perdido su capa en las alcantarillas, pero su camisa de malla y la espada en el cinto todavía llamaban la atención. En la Mantícora, Daine había pedido a Dassi la tabernera betún para tapar el símbolo de Deneith de su espada. Estaba cansado de llamar la atención de los demás por el emblema de la casa con la Marca de dragón.

Daine y Lei se abrieron paso por el laberinto de tiendas hasta llegar al gran dosel negro del centro. El guardián enano estaba ante la portezuela.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Estamos buscando a Olalia —dijo Daine.

—El consejero Teral no tiene costumbre de recibir a invitados a esta hora —dijo el enano—. Más tarde hará la ronda. Vedle entonces.

—No estamos buscando al consejero Teral. Queremos ver a Olalia, su sirviente.

Si queréis ver a la sirviente del consejero tenéis que ver antes al consejero.

—¿No puedes preguntar...? —empezó a decir Lei.

—Conozco cuáles son mis obligaciones —dijo el enano.

—Yo también —dijo Daine.

Toda la ira y la frustración que había ido acumulando desde la muerte de Jode estallaron. Daine golpeó con el hombro derecho la nariz del enano, obligándole a entrar en la tienda. Daine entró después de él. El enano se puso a golpear como un

loco, pero una patada circular de Daine lo tumbó en el suelo. Al cabo de un momento, Daine tenía una rodilla sobre el pecho del guardia y apretó una y otra vez hasta que dejó de moverse.

Lei corrió tras él.

—¿Cómo vas a explicarle esto a Teral? —dijo mirando al maltrecho guardia.

Daine apartó la mirada, avergonzado por el momento de descontrol.

—Si nos exponemos a una conspiración de monstruos en esta comunidad, espero que no tenga en cuenta unos cuantos moratones.

Estaban en la entrada, donde habían cenado con Teral. Pero ahora había jergones extendidos en el suelo. Allí habían dormido seis personas, pero ya no estaban allí. Daine arrastró al enano hasta uno de los camastros.

Se oyó un crujido de tela y la puerta interior de la tienda se abrió. Daine se tensó y se preparó para la acción, pero era Olalia. Sus ojos se abrieron como platos cuando vio a Daine y al guardia en el suelo.

Daine se puso en pie y extendió sus manos en un gesto de paz, después le hizo un gesto con la cabeza a Lei.

—Olalia, no pasa nada —dijo—. No estamos aquí para hacerte daño.

Tras él, Lei empezó a hacer gestos místicos ante un pedazo de cristal, tejiendo un pequeño ensalmo en el interior de la gema.

Daine se acercó lentamente a Olalia.

—Sólo queremos hablar. Todo se arreglará ahora mismo.

La chica observó a Daine con miedo, sus dientes de piedra brillaban entre los labios ligeramente separados. No corrió, pero no había rastro de comprensión en sus ojos.

—Tranquilízate —dijo Daine suavemente—. Nadie te hará daño. Sólo espera. Lei va a ayudarte a hablar con nosotros.

—Estoy lista, Daine —dijo Lei. El cristal de su mano resplandecía levemente.

—Olalia —dijo Daine—. ¿Has visto a nuestro amigo Jode, el mediano —hizo un gesto con la mano para indicar el pequeño tamaño de Jode— recientemente? —Contempló la cara inexpresiva de Olalia y después miró de soslayo a Lei—. ¿Nada?

—No creo que pueda entenderte —dijo Lei—. Tiene miedo. ¡Espera! Te recuerda de la cena, y también a Jode. Creo que tiene miedo de que lo que le pasó a Jode te pase a ti.

Daine se volvió hacia la chica.

—¿Qué pasó, Olalia? ¿Quién le hizo daño a nuestro amigo?

—¿Daine? —El consejero Teral entró en la sala apoyado en un bastón y sosteniendo una taza de tal en la mano—. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Lei, verdad? ¿Sucede algo?

Daine miró a los ojos a Lei y después de soslayo a Olalia. Lei parpadeó una vez.

Daine se encaminó hacia Feral.

—Consejero, anoche mi amigo Jode fue asesinado y creo que Olalia sabe quién

fue.

Feral agitó la mano en un gesto desdeñoso.

—Ridículo. Olalia no le haría daño a nadie. Ella... —Se interrumpió al ver al guardia inconsciente—. ¿Qué es esto?

—Tenemos que acabar de hablar con ella, consejero. Este misterio nos amenaza a todos, incluido tú.

El anciano miró fijamente a Daine.

—Te atreves a demasiado, capitán. Pegar e interrogar a mis sirvientes. Máchate ahora.

—Teral, tienes que escucharme. Algo terrible se oculta en Altos muros. Hugal y Monan no son lo que parecen.

—¡Es suficiente, capitán!

Olalia gimió. Lei había estado ocultando el cristal reluciente en la mano. Lo arrojó con toda la fuerza que pudo.

—Lei, ¿qué...?

—Daine, es él.

Daine miró a Teral. El consejero se rió.

—Ya veo. Estabas viendo los pensamientos de Olalia mientras hablabas conmigo. Oh, muy bien.

Daine tuvo la espada en la mano en un instante, con la punta hacia la garganta de Teral.

—¿De qué estás hablando?

Lei hizo una mueca y se aferró la cabeza, como si las visiones que había obtenido de la mente de Olalia le estuvieran causando un gran daño.

—Dentro..., está dentro.

—Espero que no te importe, Daine —dijo Teral, con su voz cada vez más fría—. Pero he invitado a unos amigos para que se unan a nosotros.

Hugal surgió de la parte posterior de la tienda. Dos personas más entraron por la portezuela, un niño con una expresión salvaje y un hombre de mediana edad con el brazo izquierdo cortado a la altura del codo.

—Si se acercan más, estás muerto —advirtió Daine. Apretó la punta de su espada contra la garganta del anciano, y de ella salió un punto de sangre. En el otro lado de la sala, Lei desenvainó su espada y apoyó la espalda contra la pared de la tienda. Su cara se retorció en un rictus de dolor, pero fuera lo que fuese lo que la estaba atormentando, parecía estar enfrentándose a ello y ganando.

—Creo que no —dijo Teral.

Se produjo un estallido de movimiento seguido por un frío dolor en la garganta de Daine. Cayó al suelo, todos sus músculos se negaban a responder. El consejero le dio una patada a su espada, que salió volando.

—Me alegro de que no te trajeras a tu forjado —dijo Teral, retrayendo su larga lengua con pinchos—. Habría sido más difícil enfrentarse a él. —Mientras hablaba,



Daine vio que la cicatriz arrugada de su garganta se estaba abriendo. Una capa de músculos salió de la herida y se deslizó sobre la carne de Teral como una segunda piel. En cuestión de segundos, Teral parecía haber doblado su masa corporal. Tiró el bastón y se volvió hacia ella mirándola con sus ojos, que ahora parecían hundidos en sus profundas y carnosas cuencas.

—¿Y ahora qué hacemos contigo?

—No me das miedo, monstruo —dijo Lei. Su voz era tranquila y tenía la daga preparada para lanzarla en cualquier momento.

El niño silbó y, en el instante en que Lei lo miró, Teral se puso en movimiento. Su brazo izquierdo golpeó como si fuera un látigo y un largo tentáculo de carne surgió de su manga, sujetó la muñeca de Lei y le obligó a soltar la daga. Un segundo más tarde, tenía la mano derecha alrededor de su garganta.

—Lei... —dijo Teral mientras ella jadeaba. Estudió el color de su pelo y su piel—. Una artificiera, parece. Y de Cyre. —Después advirtió el círculo desnudo en su dedo en el que antes estaba el sello de su casa—. ¿Puede ser? —Olisqueó el aire a su alrededor como un perro de presa en busca de un rastro. Finalmente, la levantó del suelo con una mano, le dio la vuelta y con la otra mano le apartó el pelo hasta revelar la punta de la Marca de los Hacedores en su cuello.

Daine estaba encolerizado, pero no podía moverse. Observó impotente cómo Teral golpeaba a Lei con su lengua viperina y la dejó caer al suelo.

—La fortuna nos sonría de nuevo, hermanos —dijo Teral, levantando por encima de la cabeza los brazos ensangrentados que no dejaban de latir—. Otra verdadera marca está ahí para nosotros. Nuestra llamada a surtido efecto. El maestro espera. Hugal, llévala abajo.

—¿Y éste? —Unas largas garras habían surgido de la mano derecha del niño, que las estaba pasando por la garganta de Daine.

—Bájalo también. ¿Por qué malgastar sangre y cerebro? De un modo y otro, servirá a nuestro maestro.



CAPÍTULO 40

BRELAND  
SHARN  
*1 de nymm de 996 AR*

Daine se despertó encadenado. Tenía los brazos dolorosamente estirados por encima de la cabeza, sostenidos por esposas metálicas y suspendidos de un gancho en la pared de dura piedra. Tenía las piernas libres, pero sus pies apenas tocaban el suelo. El aire estaba lleno de un ruido líquido, una hipnótica mezcla de burbujes y sonidos de fluidos. Pero el hedor echaba por tierra cualquier efecto tranquilizador que pudieran tener los sonidos. Azufre, carne quemada y especias exóticas mezcladas para formar un olor horrible y abrumador.

Daine abrió los ojos, lo justo para echar un vistazo a lo que le rodeaba. La sala era oscura y sus ojos tardaron un momento en acostumbrarse a la oscuridad. Era una cámara grande, de piedra, con techos arqueados que desaparecían en las sombras. No había ventanas y Daine supuso que estaban bajo tierra. Más allá del olor empalagoso, el aire tenía el mismo hedor rancio de las cloacas de Sharn. Aquello debía ser la Puerta de Khyber, pensó.

Al final la imagen de la sala se centró y pudo ver tanques y herramientas colgados de las paredes a su izquierda y su derecha. Extraños objetos flotaban en tinajas luminiscentes, pero estaba demasiado lejos para ver los detalles. Advirtió el morral de Lei en el suelo, a unos pocos pies de él, pero no había rastro de su espada.

Después vio a Lei. En el centro de la sala había una mesa. Bajo aquella luz tenue, no la había visto al principio. Su superficie era curva y estaba cubierta de esmalte opalescente y la luz reflejada del líquido brillante refulgía en la superficie negra. Lei estaba tendida con los brazos y las piernas en cruz, sostenidos por pesadas esposas. A su alrededor había varios objetos esparcidos: frascos de fluido, cuchillos de varias formas y tamaños y... un puñado de cristales. «¿Serán ésas las piedras de Alina?», se preguntó Daine.

—No tiene sentido simular estar inconsciente, capitán Daine. He oído cómo ha cambiado tu respiración.

La voz de Teral procedía de algún lugar entre sombras a la derecha de Daine. Envuelto en su armadura de carne, la voz de Teral era más grave, horriblemente áspera y húmeda. Teral dio un paso hacia la luz. Se había puesto una capa suelta y se quedó mirando a Daine fijamente, con una terrible sonrisa en su cara salvaje y

ensangrentada.

Daine levantó la cabeza y miró a Teral a los ojos. Veía a Hugal y otras formas entre sombras merodeando en la oscuridad. Hugal llevaba la espada de Daine. Advirtió la mirada de Daine y se rió.

—¿Qué te ha pasado, Teral? ¿Qué has hecho?

Teral se movió con una velocidad asombrosa. Daine no vio la bofetada que mandó su cabeza contra la pared.

—Cuida tu tono, Daine, o tendré que arrancarte la lengua..., o algo peor. He llevado a Olalia tan lejos como he podido. Quizá tú deberías ser mi siguiente juguete.

Daine miró a Teral. Sentía un rastro de sangre en el lugar en el que su mejilla derecha había impactado contra la pared.

—No se trata de qué hice, Daine. Se trata de lo que me hicieron. Me salvaron. Tú vagaste por las tierras Enlutadas durante meses. En ese tiempo, ¿encontraste a algún superviviente?

—No encontramos nada que pudiera salvarse.

—Yo llegué a Sharn con otro centenar. —Levantó la mirada hacia Daine con los ojos enloquecidos tras su horrible máscara de carne—. Estuve allí la noche del Luto, Daine. Vi la bruma con mis ojos. Nunca podría explicártelo. Era..., belleza pura, trascendente, la tierra y la vida adquiriendo una nueva forma sin atender a la piedad ni a la razón. Terminó en un momento. Yo seguía vivo, pero no podía moverme. Sólo podía quedarme tendido, sintiendo cómo mi cuerpo cambiaba de la vida a la muerte. Ningún señor soberano vino a defenderme. Ninguna Llama de plata dio cobijo a mi alma. Pero en el último momento, cuando la luz había desaparecido de mis ojos, ellos me encontraron. Ellos me arrancaron de la muerte y me llenaron —se pasó una mano por la horrenda capa de músculo que cubría su piel— con nueva vida. Juntos encontramos a otros. Su mortalidad salió de ellos en forma de llamas a causa del Luto, eran recipientes esperando ser llenados con el poder que procede de abajo.

Daine miró a Lei con la esperanza de que se moviera. Tenía que comprar tiempo.

—Veo que los poderes de abajo te compraron una bonita casa aquí en las cloacas.

Teral silbó y su lengua cubierta de pinchos revoloteó un momento fuera de su boca.

—Hay fuerzas en la más profunda oscuridad que no puedes siquiera empezar a comprender. El mundo podría haber sido suyo en el pasado, y lo será en el futuro. El Luto fue la primera señal de su regreso. Por medio de nuestra guerra, destruimos nuestra nación. A través de nuestra magia, quebrantamos el mundo mismo. Ahora los hijos de la locura están regresando, y esta vez todos caeremos ante ellos.

—Claro —dijo Daine—. Me hago una idea. Sois cien, ¿verdad? Aparte de los que nosotros matamos, por supuesto. Es un ejército imparable, sin duda.

Una segunda bofetada hizo impactar su cabeza contra la pared.

—Esto es sólo el principio —dijo Teral—. Cada día somos más. Nuestro maestro puede dar una nueva forma al cuerpo y la mente, añadir dones o eliminarlos para

siempre.

Daine recordó a la anciana con el ojo de basilisco, que había sido totalmente humana pocas semanas antes. Vio un movimiento en las tinajas con líquido y se preguntó qué contendrían y cuánto tiempo podría él evitar averiguarlo.

—Verás —dijo Teral sujetando la barbilla de Daine con una mano húmeda y mirándole a los ojos—. Tú eres fuerte. Sí. Creo que servirás a mi lado una vez tu mente haya sido... ajustada adecuadamente.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Daine, pero habló de todos modos.

—¿De modo que durante el día avivas la ira de los refugiados cyr y por la noche los conviertes en monstruos?

—Mi maestro nos da el poder de actuar a partir de nuestra ira, Daine. Nos permite tomar el lugar que merecemos en la nueva era que tenemos ante nosotros.

—¿Y Jode?

—Los poderes de tu compañero nos serán muy útiles, como lo serán los de la joven dama —dijo Teral, volviendo la mirada hacia Lei, que estaba inconsciente—. Toda la carne es arcilla en las manos de mi maestro. Arranca los poderes de las bestias de la tierra y del aire e introduce esos poderes en nuestra carne. Ahora, por fin, los dones de los dragones están al alcance de nuestra mano. —Señaló el otro extremo de la sala, donde Daine apenas pudo ver una estantería con tinajas y pequeños frascos de arcilla—. Con el poder de las piedras que unen, la Marca de dragón puede ser arrancada de esta débil carne humana. Una vez ha sido concentrada en su forma más pura, es sólo cuestión de tiempo hasta que el poder sea mío.

«Tiempo», pensó Daine frunciendo el entrecejo. ¿Tiempo para qué?

—Se acerca —susurró Teral.



Lei oyó voces, pero no logró comprender las palabras. No podía moverse, ni siquiera abrir los ojos.

¿Dónde estaba?

Tumbada, de eso al menos se daba cuenta. El sonido de agua la rodeaba, y había un olor horrible, pero que parecía raramente conocido.

«Qué rápidamente olvidamos», pensó. ¿Lo pensó? ¿Por qué iba ella a pensar algo así?

Tenía el cuerpo inclinado, la cabeza más baja que los pies, y la sangre le latía en la frente. La superficie que había bajo su cuerpo era fría y suave. Podía ver vagas, llameantes iluminaciones a ambos lados, como si la luz brillara tras una capa de agua.

Casi podía oír una voz en la distancia, llamando su nombre..., ¿o eso era otro pensamiento perdido?

Una figura se movió bajo la luz, borrosa e indistinguible.

—Muy bien, querida —dijo la figura. Era Hadran. Le tocó la frente con la mano y le apartó el pelo de la cara. Su visión todavía era borrosa, pero ahora lo veía en su mente, orgulloso e imponente en sus ropajes azules y oro. Llevaba el bigote gris cuidadosamente encerado, y se llevó la mano a él al mismo tiempo que le sonreía.

—Hay mucho que hacer, pero ahora estás a buen seguro.

Hadran cogió una urna alta y delgada y vertió su contenido al lado de ella. Debido a la superficie curva y la inclinación de la mesa, el fluido se acumuló debajo de su cabeza y la parte alta de su espalda. Era frío, y una sensación de hormigueo le recorrió la piel.

Trató de hablar, pero su boca no se movió. ¿Cómo podía ser eso?

—Hay muchos misterios en el mundo —dijo Hadran, dándole un apretón tranquilizador en el hombro. Vertió el contenido de un segundo tarro en la mesa y el hormigueo se convirtió en una serie de agujonazos—. Sólo los locos pueden entenderlos todos, pues ya están más allá de toda comprensión. Relájate, amor mío.

A pesar del dolor de su cuello, las palabras de Hadran eran tranquilizadoras y Lei empezó a dormirse. Pero entonces la imagen del consejero feral destelló en su mente, su húmeda y sanguinolenta armadura sin piel.

«No recibo órdenes de expulsados. No tienes ningún lugar aquí». Ésas habían sido las palabras de Domo. Domo el forjado. El forjado de Hadran.

El pensamiento le devolvió la conciencia, pero seguía sin poder abrir los labios o mover las extremidades.

Hadran todavía tenía una mano en su hombro. Estaba extendiendo un objeto sobre su pecho. ¿Joyas? ¿Un collar?

—Relájate —dijo en tono tranquilizador—. Todo está olvidado. Todo está perdonado. Al fin estás en casa, y nada más importa.

Alguien la estaba peinando, alisándole el pelo y tirándole de él con una docena de pequeños cepillos.

El dolor en su espalda se estaba volviendo más específico, se estaba concentrando en determinados puntos, como si una docena de pequeñas agujas estuvieran pinchándole lentamente la carne. La luz que tenía ante los ojos se fue desvaneciendo hasta convertirse en el parpadeo menor de la luz de una llama.

La imagen de la llama le llevó a nuevos pensamientos. Llama... Llamaviento, la esfinge, y sus palabras...

«Tú le mataste, Lei. Los que te observan tienen planes para ti, y una vida con Hadran no es lo que ellos deseaban».

Una ola de ira recorrió su interior y consiguió darle algo de vida. ¡Aquello no podía ser real! ¡Hadran estaba muerto!

—¡Lei! ¡Lei! —Era Daine. Le aferró la cabeza con las manos y la empujó hacia el

frío, hacia las agujas. Sobre la superficie de la mesa habían esparcido pequeñas piedras, ¿o era sobre su piel? Era difícil de decir. Los dedos de Daine siguieron acariciando suavemente su frente, alejando el dolor.

—Todo ha terminado, Lei —dijo, masajeando su cuero cabelludo—. Olvida tus miedos. Estamos juntos...

—¡Lei! ¡Despierta, Lei, ahora! —Era de nuevo la voz de Daine, pero más alta y más urgente. Por un momento se halló en el campo de batalla, en Cyre, con sangre y hierro a su alrededor, y en ese momento siguió la orden sin pensarlo. Abrió los ojos.

No era una mano lo que le acariciaba la frente. Era un tentáculo. Su primera visión fue una piel suave, morada, una boca redonda con dientes como agujas, ojos negros profundos y pupilas doradas brillantes. Cuatro tentáculos rodeaban la boca viciosa de la criatura que se inclinaba sobre ella, y estaban sosteniendo cuidadosamente su cabeza en su lugar. Vio una lengua con pinchos, afilada, emergiendo de la boca, descendiendo hacia su frente, y con cada onza de fuerza que poseía echó la cabeza a un lado.

Se liberó de los tentáculos que la sostenían. La afilada lengua rasgó de nuevo un lado de su cabeza pero no logró penetrar en el cráneo. Siseando, la figura retrocedió.

Al principio, Lei creyó que todavía estaba soñando. Silueteado contra la luz, su enemigo parecía ser un hombre; alto, delgado y regio. Llevaba una túnica azul con ricos bordados cubierta de hebras de oro que se arremolinaban y cruzaban. Pero su cabeza era una pesadilla violeta, poderosos tentáculos retorciéndose alrededor de una boca de lamprea.

«Pensamientos punzantes darán al traste con tu trabajo...», pensó Lei.

No, esa cosa lo pensó. Era casi imposible separar los pensamientos de esa cosa de los suyos. Percibía su irritación por el retraso en su trabajo.

«La tranquilidad forzada anula las derivaciones de las sombras. Libera tus miedos. Abraza tu destino».

Su cabeza estaba empezando a aclararse y sentía de nuevo sus extremidades. Sentía también como si el líquido helado se hubiera comido la parte posterior de su ropa y en su piel se hubieran formado pequeños cristales. Levantó la cabeza y miró a los inhumanos ojos a la criatura.

«Vete a Dolurh», pensó.

«Xoriat», volvió, nombrando la Llanura de Locura. «Debemos cabalgar la mente imperfecta».

Se introdujo, inclinándose sobre ella, sus esposas metálicas la fijaron en su sitio. Los cuatro tentáculos de la bestia se pegaron en los lados de su cabeza. Ahora era imposible liberarse.

«Libera tus pensamientos. Abraza la eternidad en mí».

La afilada lengua se clavó.



CAPÍTULO

41

BRELAND

SHARN

*1 de nymm de 996 AR*

—Señor de Chyrassk —susurró Teral, y sus camaradas y él se postraron. Daine observó horrorizado cuando el horrendo ser entró en la sala. La criatura no habló, pero los zarcillos que tenía alrededor de la boca se retorcieron, y Daine sintió su satisfacción como si fuera suya.

Chyrassk recorrió la sala hasta la mesa en la que estaba esposada Lei y empezó a llenar el hueco de la superficie con líquidos brillantes.

—¡Lei! —gritó Daine.

La figura demacrada siguió con sus preparatorios, ajustando los fluidos en la mesa y colocando cristales alrededor del cuerpo de Lei. De vez en cuando le acariciaba la frente con uno de los tentáculos que tenía alrededor de la boca.

—¡Lei!

No hubo respuesta.

Incluso desde el otro lado de la sala, Daine percibía el poder de la criatura, la fuerza mental que mantenía hechizada a Lei. Su presencia era abrumadora. Era como si estuviera viendo por medio de los brillantes ojos dorados de esa cosa, como si él mismo estuviera preparándose para arrancarle la vida a Lei. Daine casi podía saborear el cerebro de Lei, la carne deliciosa y los mucho más exquisitos recuerdos que había en ella. Sabía que en el instante en que muriera, su esencia —su espíritu, su Marca de dragón, todo lo que ella era— le sería tomado, capturado en cristal y listo para ser procesado. La sensación pasó y los pensamientos de Daine volvieron a ser los suyos.

Teral estaba riéndose y hablando para sí, frotándose las manos.

—Pronto mía —dijo entre dientes—. Su alma mía, sí, mía.

La curiosidad superó el horror de Daine y habló.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué va ese monstruo a compartir su poder contigo?

Los ojos de Teral brillaban enloquecidos, y Daine no estaba seguro de que el consejero fuera consciente de que estaba hablando.

—Chyrassk es un hijo de la locura, un emisario de la era por venir —dijo Teral con los ojos refulgentes—. Se alimenta de pensamientos y mentes, pero no es de este mundo y no puede devorar un alma humana. Pero yo no tengo esas limitaciones. Chyrassk consumirá su carne, pero su espíritu será mío. Sí.

Lei se movió ligeramente en el momento en que el desollador de mentes le sujetó la cabeza con las membranas. Daine no pudo soportarlo más.

—¡Lei! —gritó, volcando toda su energía en la voz—. Despierta, ¡ahora!

Funcionó. Teral soltó un suspiro entrecortado cuando Lei echó la cabeza hacia un lado, liberándose del monstruo. La criatura se detuvo y Daine sintió su frustración. Una mente intranquila resultaba menos sabrosa para el devorador. Una vez más, los pensamientos de la cosa fluían por su mente y vio la cara de Lei cuando Chyrassk lo intentó por segunda vez.

—¡Kazhazar! —gritó Lei.

El aire retembló y Lei desapareció. La lengua filosa de Chyrassk restalló en el aire vacío. El encantamiento que Lei había tejido en su guante sólo podía ser utilizado una vez y su radio de acción era limitado, pero fue suficiente. Deslizándose por el espacio y el tiempo, Lei reapareció un instante después en el oscuro rincón de la sala, junto a su morral.

Pese a su sorpresa, Feral se recuperó rápidamente. Pero Daine sabía qué encantamientos había preparado Lei y ya estaba en movimiento. Haciendo acopio de toda su fuerza, se impulsó hacia arriba, tirando contra las cadenas y lanzó sus pies hacia delante para agarrar a Feral por la garganta y tirarlo al suelo.

—¡Hazlo! —le gritó a Lei.

El golpe de Daine había sorprendido a Teral, pero sólo por un momento. Ya estaba poniéndose en pie. Chyrassk se volvió para mirarlos; su ira era un dolor abrasador en sus mentes, y Hugal y los demás corrían por la sala con las garras y las espadas refulgentes bajo la tenue luz.

Lo único que Lei necesitaba era un momento.

Sujetando su morral, abrió el compartimiento central, desplegó el embudo de tela que le permitía introducir grandes objetos en bolsillo extradimensional.

—¡Ahora! —gritó.

Través emergió con su inmensa ballesta en la mano y disparó una flecha en el mismo momento en que salía. El niño salvaje que embestía contra Lei cayó con una flecha en la rodilla.

Pero Través no estaba solo. Dos forjados más pequeños, exploradores de rápidos movimientos con espadas fundidas en los brazos, salieron por aquel portal tras él. Lei y Daine habían encontrado tres de esos forjados dañados e inertes en las ruinas de Cyre, y Lei los llevaba consigo desde hacía meses. La noche anterior, había al fin conseguido que dos de ellos funcionaran. Estaban maltrechos y gastados, y los encantamientos de Lei no durarían mucho, pero por el momento podían luchar.

Atacaron al consejero Feral. El combado consejero era sobrenaturalmente rápido y fuerte, pero los dos forjados eran todo un reto para cualquier soldado, y al estar hechos de metal y madera eran inmunes al veneno inmovilizador de Feral. Éste siseó y maldijo, esquivó una espada y dio una fuerte patada en el estómago a uno de los exploradores.



Una vez los forjados salieron de la bolsa, Lei rebuscó en un bolsillo lateral. Daine había perdido su espada en la tienda de Feral, pero el resto de sus armas estaban ocultas en la bolsa mágica, listas para ser utilizadas cuando fuera necesario.

Los humanos alterados eran una amenaza menor. El enemigo más mortal era Chyrassk. Ahora que Lei estaba de pie y era totalmente consciente, reconoció a la criatura, que había visto en sus estudios: un illithid, un desollador de la mente, devorador de la esperanza. Eran los comandantes de los ejércitos de Xoriat, la Llanura de Locura. Se decía que habían llegado a Eberon hacía miles de años en una invasión procedente de fuera de la llanura que había devastado los imperios de esa era. Una antigua orden de druidas los había hecho retroceder, a ellos y sus ejércitos, a las profundidades de la tierra y los había encerrado en las cavernas de Khyber. Claramente esas antiguas cadenas se habían debilitado si los desolladores volvían a rapiñar en la superficie.

Aunque podían consumir un cerebro humano en cuestión de segundos, la mayor arma de los illithid era su poder telepático. Mientras Lei rebuscaba sus armas, Chyrassk desató una devastadora oleada mental. Desde Hugal hasta Daine, las criaturas que había en la sala jadearon y se retorcieron, sus mentes quedaron atrapadas en la tormenta de pensamientos en conflicto. El hombre de un solo brazo que había junto a Hugal cayó al suelo, llorando, y el propio Hugal tuvo que aferrarse la cabeza, con un rictus de dolor en la cara.

Lei luchó contra el flujo de emociones. Su mente era un borrón: la desesperación, la desesperanza y el dolor trataban de abrumar cualquier clase de pensamiento consciente. Pero les venció. Se agarró a los recuerdos de sus compañeros: la risa de Jode, Daine caminando en el campo en llamas del risco de Keldan, la tranquilidad y la voz suave de Través. Recordó los retos que habían afrontado juntos, las fuerzas que habían vencido, y supo que no podía dudar ahora.

El asalto terminó tan repentinamente como había empezado. Los forjados no se vieron afectados por el asalto mental, al igual que Teral, Daine había soportado el ataque, pero tenía el rostro pálido y angustia en los ojos.

—¡Través! —gritó con la voz temblorosa—. Ataca..., líder..., ¡ahora!

Través respondió al instante. Soltando su ballesta, cargó contra Chyrassk y sacó su largo mayal en plena carrera. El desollador de mentes siseó y un rayo de pura energía mental envolvió a Través. Ni siquiera una conciencia inhumana como la del forjado era suficiente para protegerle de sus efectos. Pero si el golpe habría reducido a un humano al babeo y la catatonia, Través sólo se quedó momentáneamente aturdido. Al cabo de unos segundos había llegado hasta Chyrassk, y el desollador de mentes apenas pudo evitar el primer golpe circular del mayal.

—¡Daine! —gritó Lei.

Le lanzó la daga adamantina. Fue un buen lanzamiento, pero no le fue fácil atraparla con la mano esposada. Y el momento fue el preciso. Hugal se había recuperado y descargó un ataque con espada contra Daine. Éste se echó hacía un

lado, pero no se movió con la rapidez suficiente y la hoja de Deneith le rasgó las costillas. Hugal soltó una risotada.

No se rió por mucho tiempo. Lei sacó la varita que le había robado a su prima y le lanzó un rayo de energía a Hugal. Pero el hombre parecía tener ojos en las sienes y se movió con una velocidad sobrenatural. Se agachó y se dio la vuelta, y el rayo pasó por encima de él. Incorporándose, corrió hacia Lei.

La distracción fue suficiente. Sujetando las cadenas con la mano izquierda e impulsando los pies contra la pared, Daine se dio la vuelta y cortó el pedazo de cadena que quedaba por encima de su muñeca derecha. Ningún metal podía resistir una hoja adamantina, y la cadena se partió como si fuera una cuerda. Daine cayó al suelo, y la rigidez de sus músculos le hizo proferir un grito de dolor. Pero no había tiempo para consolarse. Hugal había arrinconado a Lei en una esquina de la sala, y la varita no podía hacer frente a la espada.

Con el pedazo de cadena colgando del brazo, Daine embistió a Hugal. Le atacó con la cadena, pero su enemigo se dio la vuelta y se agachó con una facilidad sobrenatural.

—No eres un enemigo para mí, Daine —dijo Hugal con una risa. Esquivó la trayectoria de la daga de Daine y, por un momento, éste se quedó mirando la punta de la varita de Lei. Un segundo después la espada de Hugal rasgó la espalda de Daine cuando éste se volvió—. Tengo más ojos en el interior de mi mente. Puedo leer todos tus movimientos.

—¿De verdad?

Daine miró a los ojos a Lei y desvió la mirada hacia el suelo. Se puso a la defensiva pero, hiciera lo que hiciera, Hugal lograba esquivar su daga. Era como si la espada de Hugal estuviera hecha de niebla. Cada vez que trataba de golpear, Hugal se deslizaba hacia un lado o por encima de su arma, y le hacía otro pequeño corte. Ninguno de los ataques era grave, pero el dolor y la pérdida de sangre estaban empezando a pasarle factura.

Lei ya había sacado de la bolsa el bastón de maderas oscura y mientras Hugal le daba otra estocada a Daine, ella agarró el bastón y le dio un golpe circular a Hugal en las rodillas. Una vez más, él reaccionó con unos reflejos inhumanos y se agachó para evitar un golpe que ni siquiera debería haber visto... Pero tuvo un momento de distracción, y eso era lo único que Daine necesitaba. Un arco brillante adamantino oscuro cortó el aire y Hugal se quedó con la empuñadura y una pulgada de hoja.

—¿Tu amigo no tendrá algo que decir al respecto? —le preguntó Lei a Daine, al mismo tiempo que le daba una patada a Hugal en las piernas.

—Nunca he necesitado una espada con la Marca de dragón —respondió Daine—. ¿Cómo quieres que acabe esto, Hugal?

—Tengo algunas ideas —dijo Hugal.

Se movió como un borrón y pilló a Daine con la guardia bajada. Arrojó la inútil empuñadura a la cara de Daine y después lo derribó al suelo con una patada rápida y

circular. Siguiendo con el mismo movimiento, se dio la vuelta para encarar a Lei y sujetó el bastón con ambas manos. Levantó el pie para darle una patada en el estómago...

Y después gritó.

Del mango del bastón de madera oscura habían crecido espinas negras que se le clavaron en las manos. Las espinas retorcidas le clavaron las manos al bastón y la agonía pareció excluir todo pensamiento consciente. Lei y él forcejearon con el bastón, pero Lei cambió la posición de las manos para poder hacer palanca, y Hugal estaba debilitado por el dolor y la sangre que manaba de sus doloridas palmas. Soltó un gemido pero se negó a rendirse.

Daine agarró la daga. Por un momento, dudó. Nunca le había gustado acuchillar a nadie por la espalda. Pero había sido soldado durante seis años y espadachín durante muchos más, y estaba cubierto de su propia sangre. Aquello tenía que acabar. Plantó la punta de la espada en la nuca de Hugal y se echó hacia delante. Con apenas un grito, Hugal cayó al suelo. Su peso muerto casi arrebató el bastón de manos de Lei, pero las espinas negras desaparecieron y el bastón se deslizó de sus manos.

Mientras Daine recuperaba el aliento, a su espalda se produjo un choque y un brazo con armadura salió deslizándose por el suelo. Se dio la vuelta y vio a Peral rodeado por los restos de los dos exploradores. La túnica del consejero estaba rasgada, deshilachada y cubierta de manchas de sangre. A pesar de sus heridas, miró a Daine y Lei sin miedo.

—Puedes acabar con esto, Teral —dijo Daine.

Se agachó y se preparó para atacar, dando vueltas lentamente a la cadena que llevaba en la muñeca. Lei estaba susurrando tras él, y él sabía que necesitaba tiempo para completar el ensalmo que estaba tejiendo.

—Pienso hacerlo. —Teral siseó y se lamió una gran herida que partía en dos el dorso de su mano—. Vuestras espadas no tienen poder sobre mí.

Mientras Daine observaba, vio que la herida en la armadura de carne de Teral se estaba curando lentamente.

—Estoy muy impresionado —dijo Daine—. ¿Funciona con una cabeza cortada?

Teral soltó una risotada.

—¿Para qué estás luchando, Daine? No tienes país. Todo aquello por lo que has trabajado ha sido destruido. Únete a nosotros. Que el mundo comparta ese dolor. —Se acercó y un carnoso tentáculo surgió de su manga izquierda y se enrolló en su mano, una cobra ciega a la espera de atacar.

—Tienes razón —dijo Daine—. Mi hogar fue destruido, pero eso no es todo lo que tengo. Todavía tengo a mis amigos. Y te llevaste a uno. —Se echó hacia delante y un movimiento de la daga, rápido como un rayo, cortó el tentáculo suspendido.

Teral aulló de rabia. Mientras Daine se preparaba para el ataque, Lei estaba ya en movimiento. Su bastón salió impulsado y golpeó a Peral de lleno en el pecho. El consejero se detuvo repentinamente, gritando de dolor. Para su sorpresa, Daine vio

que la armadura antinatural de Peral había recobrado la forma en el lugar en el que le había dado Lei.

—¡Venga! —gritó ésta.

Atacaron. Teral había recuperado el equilibrio. Moviéndose con una rapidez sobrehumana, aferró la pierna de uno de los exploradores forjados hechos trizas y se la lanzó a Lei. Le dio en el pecho y cayó. Daine siguió en movimiento, y con un ágil gesto golpeó un lugar descubierto de la armadura de Teral. Se produjo una ligera resistencia cuando la daga se hundió en la carne, rasgó entre las costillas y ascendió por el pecho del consejero hasta el cuello.

Teral aulló. Aferró a Daine por la garganta y lo levantó en el aire. A Teral le salía sangre de la boca y del pecho, pero su fuerza era sobrehumana. Su mano estaba aplastando la garganta de Daine, el mundo estaba empezando a desvanecerse.

Y entonces la cabeza de Peral explotó.

Través se había colocado tras él y había descargado con toda su fuerza el mayal contra el cráneo del consejero. Teral se convirtió en un peso muerto y arrastró a Daine al suelo. Incluso muerto, seguía apretando con fuerza y Daine forcejeó para liberarse de los dedos que le atenazaban la garganta.

—Través... —dijo jadeando. Por un momento, el alivio recorrió su cuerpo. Después se dio cuenta de que Chyrassk había desaparecido.

Con una patada seca, Través echó el cuerpo de Teral a un lado y después puso su pie de metal sobre el pecho de Daine, empujándole contra el suelo. Sin mediar palabra, Través alzó su mayal para dar otro golpe mortal.



Lei gimió. El sabor a cobre de la sangre le llenaba la boca y su cabeza era un yunque palpitante. Aferrándose al bastón de madera oscura, se obligó a ponerse en pie y a ignorar el dolor en las costillas. Logró incorporarse en el momento en que Través le volaba el cráneo a Teral. Pero mientras ella avanzaba, Través empujaba a Daine al suelo y alzaba el mayal para un segundo golpe.

A Lei le pareció claro al instante. Aunque era difícil influenciar los pensamientos de un forjado, no era imposible. Chyrassk debía encontrar la manera de invertir las percepciones de Través. Través había golpeado a Teral primero, y Lei supuso que veía a todo el mundo como enemigo. Si era así —rezaba por tener razón—, al menos Través no estaba bajo el control directo de Chyrassk. De haber sido así, sabía sin dudar que Daine y ella morirían.

Lei se lanzó hacia delante y le puso la mano en el pecho. Se concentró y el tiempo pareció quedar inmóvil. Través se convirtió en el centro de todos sus sentidos, el resto del mundo se desvaneció a medida que su red de energía surgía a la vista. Se concentró todavía más, tratando de encontrar qué había hecho Chyrassk, romper su sujeción mental. Su talento consistía en arreglar el metal y la piedra, no el pensamiento y el espíritu, pero la desesperación la llevó a actuar por puro instinto, y se adentró más y más. Pero no había nada que hacer, y durante todo ese tiempo inmóvil supo que sólo tenía segundos para actuar. Llena de remordimiento, endureció sus pensamientos y golpeó el corazón de la red, la luz que daba vida a Través.

Su mundo explotó.

Por un momento, pensó que se había vuelto loca. La red de vida de Través se había replicado y ahora estaba viendo cuatro variaciones distintas del mismo patrón. Después se dio cuenta de que se habían producido cambios, que alguien más estaba pensando con su mente y haciendo pequeños ajustes a cada una de las cuatro redes, comentando esas variaciones con otros pensamientos que ella no podía percibir. No podía asir ninguna de las palabras. Era como si las olvidara en el mismo momento en que las oía. Pero había una percepción del yo, un reconocimiento, y se dio cuenta de que ésos eran los pensamientos de su madre, preservados en la misma esencia de Través desde el momento de su creación. En ese instante, en el tiempo en que se

inspira, supo para qué había sido construido Través.

También repentinamente regresó al mundo material, cayendo de rodillas. Través permaneció inmóvil un segundo, osciló y se desplomó. Lei sintió arcadas, tanto por el dolor en las costillas y la cabeza como por el horrible pesar de su mente. Los recuerdos ya se estaban desvaneciendo, y no recordaba exactamente lo que había visto. Pero sabía que sus padres habían construido a Través el mismo año en que había nacido, y bajando la mirada hacia el forjado caído, se preguntó si había matado a su hermano.



Daine se puso en pie trabajosamente. Lei estaba mirando la forma inerte de Través.

—¿Está muerto? —dijo él, poniéndole la mano en el hombro.

—No..., no lo sé. —Lei se frotó la sangre, las lágrimas y la bilis que tenía mezcladas en la cara—. Lo intenté. Intenté destruirle. Tenía que hacerlo. Pero sucedió..., sucedió algo.

Sus palabras se perdieron en un nuevo ataque de llanto. Daine no sabía qué le sucedía, pero no tenía tiempo para descubrirlo.

—Lei —dijo—. Tenemos que ponernos en marcha. Esa cosa, Chyrassk debe de haber huido mientras hablábamos con Teral. Tenemos que encontrarle. Tenemos que acabar con esto. Si feral decía la verdad, hay docenas de esos perversos guerreros arriba. Tenemos que destruir a Chyrassk antes de que llegue a ellos. De lo contrario, todo esto, Través, Jode, habrá sido en vano.

Lei tenía la capacidad de convertir la pena en ira, y ahora esa capacidad acudió en su ayuda. En su mente, vio al monstruo inclinado sobre ella, con su afilada lengua descendiendo para devorar su cerebro. Imaginó a Jode sufriendo el mismo tratamiento y el fuego ardió en su sangre. Parpadeó para reprimir las lágrimas y asintió.

Daine abrió el camino. Estaba débil a causa de la pérdida de sangre, pero corrió tan rápido como pudo. Poco después habían salido de la inmensa sala. Idénticos pasillos se abrían a derecha e izquierda.

—¿Por dónde? —dijo Lei.

Través había sido siempre el rastreador de la unidad, pero Daine había tenido que afinar sus sentidos en su primera carrera.

—Por ahí —dijo, señalando. A la izquierda, en el suelo, había algunas manchas de sangre entre verde y negra—. Parece que Través logró dar unos cuantos buenos golpes antes de que Chyrassk lo trastornara.

Corrieron por el pasillo a oscuras. Las antorchas de luego frío eran pocas y estaban lejos entre sí, y el aire era frío y húmedo. El pasillo giraba y se retorció. Era perfecto para una emboscada, de modo que a Daine no le sorprendió cuando se toparon con una.

Daine giró una esquina y se encontró con dos refugiados cyr —una mujer semielfa y un anciano cubierto de cicatrices— esperándoles. En cuanto Daine apareció, la mujer se puso a cantar. Su voz era el sonido más dulce que Daine había oído jamás, una música que estaba más allá de las simples palabras. Por un momento olvidó al devorador de mentes, Teral, el anciano. El mundo se desvaneció en la pureza del sonido. Pero un instante después el sonido cesó abruptamente, justo cuando el anciano saltaba hacia Daine, una boca llena de dientes como agujas descendiendo hacia la garganta de Daine. Fue el instinto lo que le salvó. Esquivó el ataque, moviéndose a un lado, y clavó su daga en las costillas de su atacante. El hambre pervertido siseó y la clavó las garras a Daine, pero no tenía la vitalidad de Teral y un instante después cayó al suelo.

I ras arrancar la daga, Daine vio que Lei estaba peleando con la mujer. En el instante que se dio la vuelta para encararlas, Lei le dio un fortísimo golpe en la garganta a la semielfa que cayó al suelo.

—Voz de arpía —dijo Lei mirando a la mujer inconsciente—. Sigamos.

Pasaron ante algunos portales abiertos, pero el rastro de sangre inhumana seguía por el pasillo. A través de los arcos, Daine vio una sala llena de planchas de mármol. ¿Unos barracones? ¿Una cripta?

Finalmente, el pasillo se acabó. Al entrar en la última cámara, Daine tuvo que contener la respiración.

Había un laberinto de pasarelas metálicas suspendido sobre estanques de líquidos brillantes, un calidoscopio de colores y olores. Una oleada de aire caliente bañó a Daine cuando se subió a la pasarela, y un olor dulce y empalagoso lo marcó. Casi perdió el equilibrio, pero logró recomponerse justo a tiempo. Las pasarelas eran de apenas tres pies de ancho y no tenían baranda. Cualquier pérdida de equilibrio significaría caer en el agitado depósito de abajo.

Daine se colocó delante y ambos caminaron lentamente por la primera pasarela. No había antorchas en la sala y la única luz procedía de los burbujeantes líquidos que había treinta pies más abajo. Daine no veía ningún rastro de Chyrassk, pero había un hilo de aceitosa sangre verde en la pasarela. Por lo que él veía, no había otras salidas de la sala.

—Lei, ¿qué te parece todo esto? —susurró.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, vio que había una serie de cadenas y poleas fijadas al techo. Algunas de ellas sostenían las pasarelas. Pero otras descendían hasta los recipientes.

Lei miró por el borde y estudió uno de ellos.

—Creo que es una especie de incubadora. ¿Ves donde la cadena toca la

superficie? Creo que ahí hay una especie de cofre. Diría que han metido a gente en esos recipientes.

—¿Por qué?

—Piénsalo. Teral y sus seguidores tienen esas cosas injertadas en el cuerpo. Sabemos que es algo que siguen haciendo aquí. El contenedor del final de esas cadenas puede contener a alguna criatura a la espera de ser injertada en un cuerpo humano, o quizá un humano recuperándose de la experiencia.

—Genial —dijo Daine—. ¿Cada una de esas cadenas tiene atado a un futuro monstruo? ¿Qué hacemos?

—¿Cortar las cadenas?

—Supongo que no hay mucho donde elegir.

Daine miró debajo de la pasarela y observó cómo se unían los segmentos de metal. Tuvo una creciente sensación de satisfacción. Sólo unos pasos más...

—¡Lei! ¡Corre! —gritó lanzándose hacia delante y tirando de ella con todas sus fuerzas. Tomada completamente por sorpresa, Lei dio un traspies. Cerca del extremo de una pasarela, logró detener el movimiento, colocando su bastón en un hueco en el suelo de la plataforma.

—¡Dolurrh! —maldijo—. ¿Qué crees que...?

Un tremendo estallido sonó tras ella. Se volvió. La pasarela en la que estaban hacía un momento había caído al suelo de la sala. Las cadenas que la sostenían se habían deshecho y Daine había logrado por los pelos que llegaran al siguiente segmento.

—Chyrassk está aquí —dijo Daine—. Lo percibo.

Lei estudió las cadenas y sacó la varita.

—Creo que esta plataforma es estable, pero ahora no podemos volver a la salida.

Daine contempló las sombras. Sentía una presencia, un pensamiento de satisfacción en lo más hondo de la mente. «Dos no tienen esperanza —pensó—. Mejor acabar con esto rápidamente». Aquéllos eran sus pensamientos, puros y naturales, y por un momento cambió su centro de gravedad y se preparó para tirarse al suelo.

Pero Lei lo detuvo y le impidió saltar con el bastón de maderaoscura.

—Daine, ¿qué estás haciendo?

—Yo..., iba a..., no lo sé —dijo—. Estaba..., yo..., ¡allí!

Chyrassk emergió de entre las sombras. Su piel aceitosa brillaba a la luz de los estanques y sus ojos dorados refulgían en las sombras. Chyrassk estaba a menos de treinta pies de distancia, pero se hallaba en una pasarela y era imposible ver, a simple vista, cómo llegar hasta allí. Alzó una mano en su dirección.

«Caed y morid».

Una vez más, Daine se vio atrapado en una tormenta de pensamientos salvajes, un tumulto mental que ahogó todo razonamiento consciente. Tras el estallido mental, dio varios traspies y después el dolor desapareció. Se oyó un sonido, débil pero claro, que



pareció rodearle y levantar su locura, Tardó un momento en darse cuenta de lo que era.

El bastón de Lei estaba cantando. La pequeña cara de madera se movía. Su voz era débil pero perfectamente distinguible. Daine percibió la furia de Chyrassk, y de nuevo se desató la tormenta de pensamientos caóticos, pero se hizo añicos contra la barrera de sonido. Daine miró de soslayo a Lei, pero ella parecía tan sorprendida como él.

A Daine no le gustaba el bastón de madera oscura. Eran demasiadas las cosas que no sabían de él. La esfinge quería que Lei lo tuviera, pero parecía posible que Llamaviento hubiera mandado a Jode a la muerte, o al menos puesto en el camino que le acabó matando. Y cuando había echado espinas para herir las manos de Hugal...

¿Qué era? ¿Qué quería?

Era demasiado peligroso. Tenía que deshacerse de él. Encontraría una forma de enfrentarse al desollador de mentes, pero tenía que poder confiar en la gente que tenía a su lado. ¿Cómo podía saber que esa cosa no estaba manipulando la mente de Lei? Todavía tenía la larga cadena en la muñeca, y golpeó con ella.



Lei se quedó tan sorprendida como Daine cuando su bastón empezó a cantar. Estaba claro que tenía poderes ocultos, pero con el caos de los últimos días no había tenido tiempo de estudiarlo con detenimiento. ¿Era sensible? Por muy expresiva que fuera la pequeña cara, era perfectamente posible que los poderes del bastón fueran desencadenados por determinados acontecimientos.

La canción parecía estar protegiéndolos del ataque de Chyrassk, pero ¿por cuánto tiempo? Lei sabía que tenía que actuar.

—¿Qué hacemos? —dijo. Miró a Daine y se echó atrás justo a tiempo de esquivar el ataque de la cadena. Soltando la varita, adoptó una postura defensiva—. ¿Qué estás haciendo?

—Suelta el bastón, Lei —dijo Daine acercándose a ella. Ella retrocedió, pero había poco espacio para maniobrar en la estrecha pasarela—. Tíralo. Te ha hecho algo y no podemos arriesgarnos.

—¡No seas ridículo! ¡Es la única razón por la que estamos sanos y salvos!

—¡Te está manipulando, Lei! Si no lo tiras, lo haré yo.

Daine volvió a atacar. Lei logró desviar la daga con el bastón, pero la hoja le hizo un gran corte en la empuñadura. Por un momento, la canción adoptó un tono

dolorido.

«Es Chyrassk», se dio cuenta Lei. El desollador de mentes debía estar amplificando los miedos y las sospechas de Daine y valiéndose de eso para controlarle. Si suelto el bastón, ambos estaremos indefensos.

—¡Daine, basta! ¿Qué nos pasará si destruimos el bastón?

Daine seguía débil a causa de sus heridas, y ésa era la única razón por la que ella había podido evitar sus ataques hasta ese momento. Pero ahora se estaba acercando y trataba de agarrar el bastón con la mano que tenía libre, y ella se estaba quedando sin espacio para retroceder.

Reuniendo desesperadamente todo su poder de voluntad, Lei extendió su mente. Su armadura era una reliquia familiar diseñada para retener encantamientos temporales. Aunque normalmente era necesario un determinado período de tiempo para tejer un ensalmo, podía tejer efectos menores en su armadura rápidamente, aunque aquello podría consumir tanta energía como fabricar un encantamiento más largo y poderoso.

Mientras Daine avanzaba, susurró una palabra poderosa y saltó adelante. Los remaches dorados de su armadura parecieron levantarla por los aires. No era exactamente volar, pero podía ignorar buena parte de la fuerza de la gravedad y saltó por encima de la cabeza de Daine. Aterrizó en una plataforma a su espalda. Dándose la vuelta, le dio un rápido golpe con el bastón. Él dio un traspies y casi cayó de la plataforma.

—Maldita sea, Lei, ¿estás tratando de matarme? —gritó Daine. Se dio la vuelta y ahora tenía verdadera furia en los ojos.

«¿Qué puedo hacer?», pensó ella. En su debilitada condición, era posible que pudiera derribar a Daine de la plataforma. ¿Y después? Pero si dejaba que Daine destruyera el bastón, ambos estarían indefensos.

Daine atacó de nuevo. Lei saltó por segunda vez, pero lo había subestimado. Esta vez él estaba preparado, y cuando Lei saltó por encima de su cabeza, atrapó con la cadena su tobillo y ella aterrizó con un golpe y a duras penas pudo mantenerse sobre la pasarela. Daine la miró; tenía una expresión adusta.

—Basta de correr, Lei. ¿No ves lo que eso le ha hecho a tu mente? ¿O es demasiado tarde para salvarte? —Se detuvo un instante, como si oyera voces en su interior—. O tiras ese bastón o tendré que matarte. Es el único modo..., el único modo de estar seguros. Lo hago por tu bien.

Oyó la incerteza en la voz de Daine, pero sin duda los deseos de Chyrassk se estaban abriendo camino en su cabeza. Estaba cambiando su centro de gravedad, preparándose para atacar, y esta vez probablemente la mataría.

Lei no pensó que su pierna herida tuviera la fuerza necesaria para otro salto, pero Daine también estaba desequilibrado. Si escogía el momento adecuado, podría hacerle la zancadilla. Sin duda caería en el fluido tóxico, pero ella viviría y todavía tendría el bastón para protegerse.

Pero no podía hacerlo. Ya había sacrificado a Través. No podía hacerle daño a Daine, a ningún precio. Cerró los ojos y esperó a que el golpe cayera.



Cuando Daine dio inicio a su ataque, se produjo un borrón de movimiento en la entrada de la sala: una inmensa sombra metálica emergiendo a la luz. Través alzó su ballesta, hizo retroceder la flecha y disparó. Se oyó el susurro de una flecha en pleno vuelo y Chyrassk gritó. Un raro gemido ululante.

Daine se quedó inmóvil, confuso; la concentración mental del desollador de mentes se tambaleaba. ¿Estaba de veras atacando a Lei?

Través siguió disparando, elegante y mortalmente. Se clavaron en Chyrassk una flecha tras otra, y Daine sintió su furia. Se desató junto a sus pensamientos tratando de aplastar la mente de Través de una vez por todas, pero el forjado luchó con una determinación estoica. La siguiente flecha se clavó en uno de los ojos dorados de Chyrassk. Se oyó un grito terrible, un estallido de dolor puro que amenazó con partir en dos la cabeza de Daine, y después Chyrassk cayó de la pasarela y desapareció en una cuba de burbujeante vitriolo que quedaba muy por debajo. Lei y Daine miraron hacia abajo en busca de algún rastro de movimiento. Pero aparte de un breve rastro de sangre, que se desvaneció rápidamente, no había nada. Chyrassk había desaparecido.

Daine se arrodilló junto a Lei y la abrazó con fuerza. Todavía le sangraba la pierna e hizo una mueca de dolor, pero sonrió.

—Través... —susurró.

—¡Través! —gritó Daine—. ¿Estás bien?

—Estoy operativo, aunque dañado —respondió Través mientras se acercaba a ellos—. Recuerdo poco después de haberme enfrentado por primera vez a esa criatura.

—Has llegado justo a tiempo, y eso es lo que más importa.

—No —dijo Través—. Hay más. Creo..., mientras estaba inhabilitado, creo que tuve un sueño.

—¿Un sueño? —dijo Lei, débilmente. Se había extenuado hasta sus límites y ahora se estaba viniendo abajo rápidamente. Daine se dio cuenta de que el bastón de maderaoscura ya no cantaba y de que la cara volvía a estar inmóvil en la madera.

## INTERLUDIO



—¿Vas a alguna parte?

Las costillas de Lei eran un solo inmenso dolor. Había gastado hasta la última onza de energía. Incluso abrir los ojos parecía no merecer tanto esfuerzo. Estaba tendida sobre una fría placa de mármol, pero estaba tan cansada que la incomodidad parecía mínima.

Pero había algo..., algo importante. La voz. Conocía esa voz.

Se obligó a abrir los ojos. Su padre estaba junto a ella, inclinado, contemplando y mirando fijamente un pergamino, como si comparara lo que veía con notas en un esquema.

—¿Has vuelto? Bien.

Tomó una nota en el pergamino. Su expresión y su tono eran completamente neutrales, como la última vez que lo había visto. Pero había algo distinto. El pelo. Su color era más rico y profundo que nunca, el color del cobre al recibir la luz para arder con un fuego interior. Y su piel..., no tenía arrugas.

Lei trató de hablar, pero ni siquiera tenía energía para abrir la boca. Su padre pareció advertir su malestar.

—No te esfuerces. Todavía hay trabajo que hacer.

Una joven entró en su campo visual.

—¿Cómo está?

—Se pondrá bien, Aleisa. Diría que no le hicieron daños permanentes.

¿Aleisa? ¿Su madre? Pero si esa mujer parecía más joven que Lei.

—¿Y los otros? —La pareja le dio la espalda a Lei. Esta vio que en la habitación había otras planchas de mármol. Encima de cada plancha había, tendido, un forjado, todo ellos distintos entre sí. Sus padres estaban estudiando la figura que estaba sobre la tabla de al lado, a menos de tres pies. No importaba lo mucho que lo intentara, Lei no podía moverse, pero desde el lugar en el que estaba podía verlo. Era Través.

—El trabajo avanza rápido —dijo su padre—. Fue una experiencia traumática para ambos, pero las protecciones han servido a su fin. En cualquier caso, esto quizá

haya servido para preparar a éste para la tarea que le espera.

—Bien —dijo la mujer. Se dio la vuelta y contempló a Lei mientras pasaba la mano por su mejilla—. No te preocupes —dijo suavemente—. Estás bien. Estás haciendo todo lo que tienes que hacer.

—Me temo que serán necesarios algunos ajustes —dijo su padre. Había sacado algunas herramientas exóticas; una hoja negra y estrecha con piedras de dragón incrustadas y un par de delicadas tenazas de plata—. Supongo que le harán daño.

La mujer acarició de nuevo la mejilla de Lei, mirándola a los ojos, después se incorporó y le dio la espalda a su hija.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo con la voz fría—. Tengo que ir a ver a los demás.

Aleisa salió del campo visual de Lei. Su padre entró en él. Alzando las tenazas y la afiladísima hoja, llevó sus puntas a la altura del ojo derecho de Lei.

Y después empujó.

Lei se levantó. Daine había estado dormitando, pero el movimiento repentino lo devolvió a la conciencia.

—¡Lei! Lei. ¿Estás bien? —Extendió el brazo y le tomó la mano.

Lei miró a un lado y a otro. Daine estaba sentado junto a ella, y Través estaba a su izquierda. La visión de Través le extrajo un involuntario gemido de la garganta. Su impasible cara de metal devolvía la imagen de su sueño y el dolor cegador de su ojo.

—¿Puedes hablar, mi señora? —dijo Través con la voz profunda y tranquila.

—Sí. —Todavía le dolían las costillas, era un dolor mudo y palpitante, pero estaba recuperando la energía. Alzó el brazo y se tocó la frente y las mejillas—. ¿Dónde estamos?

Parecía una habitación en una taberna pequeña y cómoda, un gran paso adelante con respecto a la Mantícora. Había una almohada bajo su cabeza, y aunque el jergón en el que estaba tumbada no era nada del otro mundo, era la cosa más blanda en la que había dormido desde hacía por lo menos tres años.

—Es una casa Jorasco —dijo Daine. Los medianos Jorasco eran maestros de las artes sanadoras, y cada ciudad grande contaba por lo menos con un enclave Jorasco—. No podíamos despertarte y todavía nos queda un poco de dinero del último avance de Alina.

Aunque todavía le dolían las costillas, una vez hubo acabado de despertarse, Lei se dio cuenta de que tenía las piernas bien. Apartó las mantas. No había siquiera una marca en el lugar en el que Daine la había acuchillado.

—Quería..., quería encargarme de eso rápidamente —dijo Daine, un tanto avergonzado—. No quería que cojearas por mi culpa.

La idea del tacto sanador de los Jorasco la llevó a otros recuerdos.

—¿Jode?

—Se ha ido, Lei. No fue un sueño. No va a volver.

Lei asintió. Su cabeza se estaba aclarando rápidamente, pero se sentía vacía en su interior. ¿Qué había sido un sueño? Miró a Través y alargó el brazo para tocarlo, pero en el último momento retiró la mano.

—¿Estás bien?

—Estoy totalmente recuperado —dijo Través—. Te doy las gracias por lo que hiciste. Cualquiera que fuera el riesgo, no quería ser responsable de la muerte de un amigo.

«Creía que iba a matarte», pensó ella, pero no lo dijo en voz alta.

—De todos modos, me siento... distinto —prosiguió Través—. No puedo explicarlo con exactitud. Mis sentidos parecen más perceptivos, mis movimientos más precisos. ¿Puedo preguntarte qué hiciste cuando me detuviste?

—No lo sé, Través. Sólo metí la mano en tu interior con la esperanza de encontrar alguna manera de detenerte. Todavía no estoy segura de qué estaba haciendo el desollador de mentes antes de que yo escapara. Me vi expuesta a muchas sustancias alquímicas distintas, y mis recuerdos no son claros.

Través asintió.

—Parece que funcionó, y además ha resultado ser una experiencia interesante.

—¿Qué hay de Chyrassk?

—Herí a esa criatura ya en nuestro primer encuentro —dijo Través—. Y le clavé al menos seis flechas en el segundo encuentro. Creo que estaba muerto cuando cayó.

—De no ser así, supongo que la caída acabó de hacer el trabajo, o ese líquido en el que cayó —dijo Daine—. Tardamos unos cuantos minutos en cortar las cadenas que sostenían esas cámaras de incubación. Chyrassk no volvió a la superficie y no sentí su presencia en mi mente. Creo que acabamos con él.

—¿Qué más?

Daine frunció el entrecejo.

—Bueno, rompimos los tanques y destruimos todo lo que pudimos. Nadie va a hacer más monstruos ahí pronto. Pero todavía me preocupa lo que Teral dijo. Si realmente llegó a Sharn con un centenar de seguidores, por no mencionar a los creados por Chyrassk en los dos últimos meses, eso significa que hay docenas que no hemos visto. Se lo comenté a Greykell, pero la mayor parte de los injertos parecían ser fáciles de ocultar. Y ni siquiera sabemos eso de los seguidores de Teral que viven en Altos muros.

Un mediano adulto y corpulento entró en la sala con la insignia del grifo de Jorasco en el pecho de su túnica marrón. Llevaba una pequeña bandeja con un bol de caldo claro y una jarra de acre tal miliano.

—Ah, estás despierta. Perfecto.

Dejó la bandeja junto a la cama y se subió a un taburete para examinarla. La Marca de curación le sobresalía por el cuello de la túnica, y de nuevo los pensamientos de Lei regresaron a Jode. El sanador le tocó la frente con un dedo y ella sintió un pequeño pinchazo.

—Te vas a poner bien —dijo el hombrecillo. Le puso el tal en la mano—. Y ahora, bebe. —Se volvió para mirar a Daine—. No puedo decirte exactamente qué le ha pasado, pero se está recuperando muy bien. Con unos pocos días más de descanso, recuperará totalmente la salud.

—Gracias, Suold.

—Es un placer. Supongo que ya es seguro que salga. Si queréis quedaros aquí unos días más, podéis hacérselo saber a Asdren. —El mediano inclinó la cabeza y se encaminó hacia la puerta.

—Estoy bien, Daine —dijo Lei—. De modo que no me digas que me tengo que quedar en la cama.

—Bébetelo tal —dijo Daine—. Creo que el descanso te haría bien, pero si no quieres quedarte, no voy a ordenártelo, tú decides. —Se puso en pie—. Pero ahora que estás consciente, tengo que hacer nuestra entrega a Alina antes de que crea que fracasamos.

Lei vació la jarra de amargo tal y salió de la cama. Tenía las piernas un poco rígidas y se sintió, por un momento, levemente mareada, pero aquello pasó en seguida.

—Voy contigo.

—¿Qué? —dijo Daine—. ¿Por qué? Si yo pudiera elegir, te aseguro que no iría a ver a Alina.

—No puedo quedarme aquí. Especialmente aquí. Después de lo que le pasó a Jode. El sanador dice que estoy sana.

—También dice que necesitas unos días más de descanso.

Ella lo miró.

—¿Tú te quedarías aquí bebiendo caldo si estuvieras en mi lugar? —Dio algunos pasos, al principio con cautela—. ¿Dónde están mis cosas?

Daine sacó su morral de debajo de la silla y ella se puso a rebuscar en él. Sacó su jergón de cuero. No se había dado cuenta en la batalla, pero el baño alquímico se había comido la parte superior de la espalda. Suspiró. Podría repararlo, pero llevaría su tiempo. Sacó el bastón de maderas oscuras y frunció el entrecejo.

—¿Hiciste tú esto?

La última vez que lo vio, el bastón tenía por lo menos media docena de cortes y grietas. En algunos lugares, la daga de Daine casi había partido en dos el mango. Pero ahora las marcas habían desaparecido. Estaba en perfecto estado, incluso el barniz.

Daine negó con la cabeza.

—No lo he tocado, sólo lo metí en la bolsa. —Se encogió de hombros—. Ese calamar debió utilizarlo para meterse en mi cabeza. Te diré una cosa: no me gusta ese bastón, Lei. Hay muchas cosas en él que no sabemos. Qué puede hacer, por qué la esfinge quería que lo tuvieras..., quizá debieras deshacerte de él.

Lei recostó su peso sobre el bastón. Quizá fueran imaginaciones suyas, pero de repente se encontró mejor, un poco más fuerte, un poco más alerta.

—No seas tonto —dijo—. Sin el bastón no habríamos estado vivos cuando llegó Través para acabar con Chyrassk. Cuando tengamos un poco más de tiempo, me sentaré y lo estudiaré a fondo. Estoy segura de que podré extraerle sus secretos.

—De acuerdo. —Daine se encogió de hombros—. Ven si quieres, pero acabemos



con esto de una vez.



Una vez Daine hubo saldado sus deudas con los Jorasco, se encaminaron hacia el ascensor en silencio. Mientras ascendían hacia el cielo, Daine se volvió hacia Lei.

—Por lo que respecta allí ahajo, Lei...

—No eras consciente de lo que hacías. Como tampoco Través.

—Lo sé, pero parecía tan real... Era como si fueran mis pensamientos. No puedo evitar preguntarme si algo en mí habría sabido resistirse, habría sabido qué sucedía.

Lei le puso una mano en el brazo.

—Daine, no es culpa tuya. De no ser por el bastón, habríamos sido totalmente vulnerables. No fuiste tú.

Él cerró los ojos un momento y después volvió a mirarla.

—No era sólo el bastón, Lei. —Suspiró—. Hace años que me conoces, pero hay muchas cosas que tú no sabes. Lo que hice antes de unirme a la Guardia de Cyre, cómo es que conozco a Alina. Siempre he mantenido una cierta distancia entre nosotros, y espero que cuanto te explique por qué, lo entiendas.

Ella lo contempló en silencio.

—Pero ahora..., ahora tenemos que decidir qué vamos a hacer. Si Alina nos paga...

—¿Lo dudas?

—No —dijo Daine—. Pero con Alina no se puede estar seguro de nada. La cuestión es: ¿qué hacemos con el oro? ¿Adónde vamos?

La pregunta quedó suspendida en el aire. Lei había sido expulsada de su casa, su prometido estaba muerto. Través había sido construido para la batalla, para librar una guerra que había terminado. Y todo aquello por lo que Daine había luchado había terminado el Día del luto.

Daine se volvió para mirar a sus dos camaradas.

—Si Alina nos paga, podemos ir a cualquier parte. Pero ¿adónde queremos ir? Lei, si quieres irte de aquí, lo entiendo.

Lei negó con la cabeza.

—No. Si ese Merrix tiene algún problema conmigo, es su problema. Prefiero la idea de vivir la gran vida delante de sus narices. Demostrarle que no voy a esconderme debajo de una piedra y morirme por el solo hecho de que me ha proscrito.

Daine asintió.

—Través, ¿qué hay de ti?

—Yo necesito pocas cosas en el mundo, capitán. No tengo ningún interés en el oro, pero quiero quedarme con vosotros dos. Por esa razón, espero que sigáis juntos.

—Lo que me lleva de nuevo a mi pasado. Antes de unirme a la guardia, yo...

—De todos los ascensores de Sharn, tiene que subirse en el mío.

A aquellas alturas, la voz áspera del sargento Lorrak se había convertido en un sonido familiar. Daine se dio la vuelta. El guardia enano estaba junto a la puerta con un par de alabarderos.

—Veo que la caída no te hizo entrar en razón —dijo Lorrak.

Daine se encaminó hacia el enano. Los alabarderos alzaron sus armas, pero Lorrak los detuvo con un gesto.

—¿Y sabes qué? No tengo adonde ir. Mi patria lúe destruida. Tu rey invitó a mi gente a venir y aquí estoy.

Lorrak se lo quedó mirando sin decir nada.

—Ya no estamos en guerra, sargento. No voy a ir a ninguna parte. De hecho, imagino que subiré a este ascensor habitualmente. Si quieres, podemos turnarnos tirando al otro por encima de la baranda. Creo que es tu turno. Pero supongo que esos amuletos pluma son un buen redondeo para el salario de un guardia. Sin duda lo son para un refugiado.

Lorrak permaneció en silencio, pero tenía una comisura del labio fruncida.

—No quería tirarte del ascensor la primera vez que nos vimos —prosiguió Daine—. Me atacaste. Y, ¿sabes qué? Tenías razón. Esa chica me robó. Espero que sólo estuvieras tratando de asustarla. No me gusta la idea de que los guardias asesinen a nadie, sea un criminal o no. Pero te debo una disculpa, sargento. ¿Podemos empezar de nuevo, como dos soldados?

El enano se lo quedó mirando un buen rato. Finalmente, asintió.

—De acuerdo, llor..., Daine. —No sonrió—. Ambos hemos caído por encima de esa baranda. Tú te metes en tus asuntos y yo te dejaré en paz. Pero no quiero ver problemas en mi zona. Interfiere de nuevo en mi trabajo y te corto la cabeza, maldito sea Grazen.

—Me parece justo. —Daine regresó con sus amigos. Un instante después, el ascensor llegó a Den'iyas.



Alina los estaba esperando en la sala de espejos. Aquel día llevaba un vestido negro y oro con varas rematadas con amatistas entre el pelo dorado. Daine se preguntó ociosamente si se trataba de un puro ornamento o serían varitas mágicas. Podía ser muy propio de Alina llevar un arsenal místico a modo de decoración.

—Confío en que vengas con lo que te pedí, Daine —dijo. Había una serpiente con escamas plateadas enrollada alrededor de su muñeca izquierda, y le estaba rascando desinteresadamente la barbilla. Llevaba un anillo de platino en cada dedo, cada uno de ellos con una gema o una piedra de dragón distinta—. ¿O vienes a pedirme más oro?

Daine se llevó la mano al monedero del cinturón y sacó una pequeña bolsa de tela. La dejó sobre la mesa y la deslizó hacia ella.

—Creo que esto es lo que nos pediste que encontráramos.

Alina alzó la muñeca hasta el pelo y la pequeña serpiente se deslizó de su brazo y se enrolló alrededor de una de las varitas que llevaba en el pelo. Ella tomó la bolsa y esparció cuidadosamente su contenido sobre la mesa. Había dos grandes pedazos de cristal oscuro con vetas azul marino, un buen número de piedras más pequeñas y dos frascos de cristal con tapones de corcho y sellos de plomo. Los frascos estaban llenos de un fluido sombrío y en la etiqueta de cada uno de ellos había un complejo símbolo, parecido a una Marca de dragón, pero distinto de las doce Marcas conocidas.

Alina asió uno de los frascos y lo examinó detenidamente.

—La gente que robó esta mercancía y mató a Riasal había desarrollado un proceso para robar Marcas de dragón —explicó Daine—. En teoría, ésa es la esencia de la Marca de dragón, al menos de una Marca aberrante. No tengo ni idea de qué vas a hacer con eso. Dado que la gente que lo robó no hizo nada con eso, podría ser peligroso.

—Fascinante —dijo Alina. Levantó la mirada hacia Daine—. ¿Y las herramientas que utilizaban en ese proceso de extracción?

—Fue una pelea terrible, Alina. Casi nos mataron y me temo que el taller quedó destruido en la batalla. Dijiste que recuperáramos lo que quedara de las piedras. No dijiste que tratáramos de no hacer destrozos.

Alina se encajó de hombros.

—Estoy segura de que no había nada que hacer. —Escudriñó el frasco de cerca una vez más—. Supongo que esa batalla tuvo lugar después de vuestra visita a la tienda del consejero Teral en Altos muros.

—Es bueno saber que nos vigilas.

Alina sonrió.

—Siempre vigilo mis inversiones. Ya lo sabes.

—Si nos has estado vigilando tan de cerca, supongo que ya sabes lo que sucedió con Jode.

Alina dejó el frasco sobre la mesa y se llevó una mano al corazón.

—Sí, Daine. Lo siento. No lo olvidaremos pronto, y sólo podemos dar las gracias por que los demás hayáis sobrevivido. —Bajó la mirada a los dos frascos oscuros—. Lo que me intriga es que esos malvados preservaran esas Marcas aberrantes pero dejaran que la Marca de Jode se deslizara entre sus dedos. —Levantó la mirada hacia Daine, con sus fríos ojos violetas en una perfecta máscara de solidaridad—. Sin duda un idiota podía ver lo valiosa que sería la esencia de esa Marca.

Daine no dijo nada, pero Lei habló:

—Puede haber toda clase de explicaciones —dijo—. Quizá el proceso no había sido perfeccionado y no lograron capturar la Marca. Quizá ya la han utilizado, aunque todavía no sé cómo se aplicaría.

Alina contempló a Lei y por un momento no dijo nada. A Lei aquello le pareció inquietante. Alina era del tamaño de un niño humano, pero era difícil hacer cuadrar eso con su elegancia y su inteligencia. A juzgar por el modo en que Daine actuaba cuando estaba cerca de ella, estaba claro que Alina era peligrosa, pero Lei todavía no sabía qué la convertía en una amenaza.

Finalmente Alina habló.

—Cierto. Así es como sucede siempre con la experimentación mágica, y supongo que es mejor así. Si alguien encontró una forma fiable de tomar y transferir los poderes de una Marca de dragón, ¿qué le sucederá a nuestra civilización? Sin duda, si yo pudiera comprarme una Marca de dragón, lo haría, y seguro que no soy la única. Como ya habéis visto, existe quien está dispuesto a matar para obtener poder. —Le sonrió a Lei—. Qué suerte, querida, que tu taller fuera destruido.

Daine tembló. Sabía que los secuaces de Alina se pondrían a buscar en el caos bajo Altos muros antes de que el día terminara. Esperaba que Través y él hubieran causado suficiente daños en el taller para que hubiera quedado inutilizado, aunque, recordando los pensamientos inhumanos que habían fluido por su mente, Daine pensó que tal vez la técnica requiriera la participación de un desollador de mentes.

—En cualquier caso, habéis llevado a cabo vuestra tarea, y con un coste terrible. ¿Cómo queréis recibir vuestro pago? ¿En monedas? ¿Joyas? ¿Una carta de crédito?

—En realidad, Alina, tengo un favor que pedirte.

Los ojos de Alina brillaron a la luz del fuego de amatista.

—¿Un favor? Bien. ¿Qué puedo hacer por ti, Daine?

—Supongo que cuando se trata de negocios, tienes algunos conocidos en la ciudad.

—Ciertamente.

—Me preguntaba si podrías utilizar una parte de nuestro pago y ayudarnos a comprar una propiedad en Sharn.

Alina arqueó su perfecta ceja.

—¿Un pedazo de torre? Es una propuesta cara.

—Estoy interesado en un lugar en Altos muros.

El rostro de Alina carecía de expresión como siempre, pero Daine podía percibir cierto desdén.

—Bueno, sí, podría ver. ¿Quieres un agujero en la muralla o algo más o menos soportable?

Ahora Daine percibía la mirada de Lei.

—Soportable. Lo mejor que podamos comprar. Sin piojos.

—Nada fácil en Altos muros —dijo Alina—. Pero lo Lograré. —Pensó un momento y después metió la mano en una de sus paredes de espejos. Cuando su mano salió, sostenía una pequeña caja. Se la dio a Lei—. Una casa respetable es cara, incluso en Altos muros. Pero aquí, Lei, hay cien dragones de platino para ti y para tus amigos. Ojalá podáis encontrar algún pequeño lujo entre la sordidez que tu capitán ha elegido para ti.

Lei tomó la cajita pero no dijo nada.

—Y para ti, Daine, estoy segura que puedes imaginarte mi sorpresa cuando encontré una espada familiar en una casa de empeños. Todavía me sorprendió más el estado en el que se hallaba. La empuñadura estaba en muy malas condiciones. La hice restaurar a su estado original, y supuse que la querrías volver a tener.

Volvió a meter la mano en el espejo y sacó una larga espada. La espada de Daine. Pero estaba casi irreconocible. La hoja había sido afilada y pulida hasta parecer un espejo, pero lo que llamaba la atención era la empuñadura. Cuando servía en la Guardia, la empuñadura de la espada de Daine había quedado gastada, sin ningún detalle. Ahora había sido pulida como la hoja, y la empuñadura brillaba en blanco y plata, con el Ojo Vigilante de la casa Deneith grabado.

—Estoy segura que tu abuelo estaría orgulloso de ver que vuelve a tus manos —dijo Alina—. Os buscaré habitaciones en el Árbol de Plata mientras tanto. Está en la calle Próspero.

—Todavía tenemos nuestra habitación en la Mantícora.

—Daine —dijo Alina en tono reprobador—. ¿No les darás a tus compañeros la oportunidad de ver lo mejor que Sharn puede ofrecer antes de instalaros en las profundidades? Disfrutad de unos días de lujo al menos. Considéralo un regalo.

—Te lo he dicho antes, Alina... —Daine se detuvo y se dio la vuelta. Miró a Lei—. Muy bien. Entonces nos vamos.

—Me pondré en contacto cuando haya encontrado vuestra nueva casa. Y me ha satisfecho mucho el modo en que os habéis comportado. Todos. Estoy segura de que pronto tendré más trabajo para vosotros. Hasta entonces... —Hizo un gesto y la pared de espejo se abrió—. Conocéis el camino.



—Estoy segura que pronto tendré más trabajo para vosotros —dijo Daine refunfuñando mientras se abrían paso entre la incesante alegría de las calles de Den'iyas—. Te guste o no.

Lei lo sujetó por el brazo y lo detuvo.

—¿Altos muros?

Daine apartó la mirada.

—Has dicho que querías quedarte en la ciudad un tiempo. Me ha parecido que con el oro que tenemos conseguiríamos algo mejor en Altos muros.

—Te lo he dicho antes, Daine. Cyre era tu casa, no la mía. Yo sólo viví allí.

—Naciste en Cyre, Lei. Luchaste de nuestro lado. Tus padres murieron allí.

Por un momento, hubo un destello de verdadera ira y pensó que quizá había ido demasiado lejos.

—¡Y tú! —estaba diciendo ella—. ¿Cómo explicas esto? —Le dio una palmada a la empuñadura de su espada—. ¿Hay algo que deba saber, Daine-sin-apellido?

—¿Tenemos que mantener esta conversación en la calle?

—Quiero respuestas. Ahora.

—Bien —dijo Daine—. Nací en la casa Deneith. Mi padre es el general Doran d'Deneith de la Marca del filo. Ésta es la espada de mi padre y sí, quité el emblema cuando me uní a la Guardia cyr.

—¿Tienes...?

—¿La Marca del centinela? No. No pasé la Prueba de Siberys, para consternación de mi padre.

Lei apartó la mirada, avergonzada.

—Pero ésa fue sólo una de las decepciones, y no la peor. Mira, a mí me importaba. Quería creer en aquello por lo que estaba luchando, creer que estaba sirviendo una causa noble. Pero cuando el negocio de tu familia consiste en vender tu espada a cambio de oro, preocuparse es un crimen. Luchas por cualquiera que tenga oro, y haces lo que te ordenan.

Su tono se había vuelto más intenso a cada frase. Lei no se atrevía a mirarle a los ojos.

—Durante un tiempo interpreté el papel del buen hijo. Serví a un cliente rico de la casa e hice todo lo que me pidió. Vi cosas, e hice cosas, que acosarán mis sueños hasta el día en que muera. Finalmente, no pude soportarlo más. Renuncié a mis derechos de nacimiento y me entregué a algo en lo que creía, la nación de Cyre, la nación que me había protegido desde que era un niño, cuyos valores he admirado hasta el día de hoy. Quizá no había nacido siendo ciudadano de Cyre, pero en mis primeros años de servicio aprendí más sobre moralidad y amistad que de niño en Deneith.

—Daine...

Respiró hondo.

—¿Y la ironía? Mira cómo he acabado. Desprecié mi herencia por una tierra que ahora está muerta. Parece que a fin de cuentas mi padre tenía razón. Vive el momento. Obtén la satisfacción de tu trabajo, no de tu amo.

—¡Daine, basta! —Él la miró—. Está bien. No lo sabía. Obviamente, tengo mucho que aprender, y obviamente nos has estado ocultando muchos secretos.

Ahora fue Daine el que apartó la mirada.

—¿Pero qué tiene eso que ver con el ahora? ¿Con una vida en Altos muros?

—Greykell tenía razón. Cyre ha desaparecido y tenemos que mirar adelante. Y lo reconozco, tú mereces algo más que lo que has obtenido en estos últimos años.

—Lo sé.

—Pero Altos muros es lo más parecido a casa que encontraremos aquí. Sé que no es a lo que estabas acostumbrada, Lei, pero un centenar de dragones no nos darán para una mansión en las nubes.

Lei suspiró pero reconoció que tenía razón.

—No sé qué va a pasar. Luchaba por una causa y esa causa ha desaparecido. Soy un soldado. No soy un asistente de refugiados. No voy a ponerme a dar vueltas por ahí como Greykell, para ayudar a la gente a encontrar trabajo.

—¿Pero...?

—No lo sé —dijo Daine—. Teral era una figura poderosa en la comunidad. Estoy seguro de que ahora que él no está va a haber caos.

—Greykell podrá manejarlo.

—Tal vez. Pero ¿qué hay de los otros seguidores de Teral? No voy a convertirme en un cuidador, y no te pido que me ayudes. Pero soy un soldado, y si puedo ayudar a defender a esta gente, lo haré.

—Yo fui creado para proteger a la gente de Cyre —dijo Través—. Me uniré a ti.

—Esto no será un compromiso constante, Lei —dijo Daine—. Pero estaremos aquí si Greykell y su milicia necesitan ayuda. Mientras tanto, buscaremos otro trabajo. Buscaremos algo en lo que creer. Una causa por la que luchar.

Lei pensó un momento.

—¿Por qué oigo a Jode cuando hablas?

Daine pensó en Jode, en el mediano que dejó que una duendecilla le robara su

oro.

—Porque sabes que él diría lo mismo.

—Está bien —dijo Lei—. Pero estoy harta de dormir en jergones duros y con moho. Tenemos cien dragones: quiero una buena cama.

—Como quieras.

—Y no quiero volver a ver un cuenco de gachas nunca más.

—Nada que decir.

—Muy bien, entonces volvamos a la Mantícora, si le damos algo de oro, ¿crees que Dassi podrá darnos comida de verdad? Después de las gachas, el lagarto es el siguiente en mi lista de alimentos prohibidos.

Lei enlazó sus brazos con los de Daine y Través, y caminaron hasta el ascensor que les llevaría a casa.



Más tarde, Daine se excusó y regresó a la habitación llena de polvo. Rebuscando en su bolsa, encontró un fardo envuelto en cuero que había escondido aquella mañana y lo desenvolvió cuidadosamente. En el interior había una pequeña botella hecha de cristal grueso y una Marca grabada en el sello que le resultaba familiar como la cara de un amigo, la Marca de sanación, la Marca de Jode.

Durante unos minutos se quedó sentado solo, en la oscuridad, sosteniendo la botella y contemplando aquella negrura. Finalmente, envolvió la botella y la volvió a meter en su bolsa.

—Buenas noches, viejo amigo —susurró.



## EPÍLOGO



La habitación estaba llena de sombras. El sol entraba a duras penas por la única ventana octogonal, pero su luz no tenía poder sobre la oscuridad. Las sombras merodeaban en los rincones de la sala y membranas negras se removían en la sala, ocultando los elaborados emblemas grabados en el suelo.

Junto a la ventana había una mujer y las sombras se agarraban a sus pies como malhumorados perros de caza. Aunque la sala era bastante cálida, la mujer llevaba una larga capa ceñida contra el cuerpo y tenía el rostro oculto en una honda capucha. Permanecía en silencio junto a la ventana y miraba el mundo que había a sus pies, en el distrito de Altos muros, casi trescientos pies más abajo. El viento era una presencia constante, susurraba y aullaba por la ventana abierta. Pero no importaba lo fuertes que fueran esas ráfagas, no tenían efecto en las brumosas sombras que se agarraban a las esquinas de la sala o la profunda capucha que ahora ocultaba la cara de la mujer.

—Informa —dijo. Su voz era un ronroneo de terciopelo, suave y tranquilo, pero resonante en la sala.

El hombre dudó, sorprendido. Acababa de entrar en la habitación y la señora le estaba dando la espalda. Él sabía, además, moverse en silencio, y con el ruido del viento que soplaba en la sala, parecía imposible que le hubiera oído acercarse.

Ella se giró con los ojos refulgentes en las profundidades de su capucha.

—¿Capitán? —dijo con una sonrisa.

El capitán Grazen inclinó su cabeza respetuosamente.

—El taller ha sido destruido y el desollador de mentes está muerto. El daño ha sido inmenso y no hemos podido encontrar nada de valor.

—Dudo que Chyrassk esté muerto, Grazen —dijo ella. Bajó una mano hacia el suelo y una membrana de bruma se alzó para tomársela—. Es difícil matar a un hijo de Xoriat, y Daine carece del conocimiento que esa tarea requiere. Pero su poder ha sido doblegado por el momento. Con sus herramientas destruidas y su agente más importante fallecido, supongo que trascurrirá algún tiempo antes de que Chyrassk vuelva a aparecer.

—¿No estás preocupada? —dijo Grazen, visiblemente aliviado.

—En absoluto. Chyrassk ha cumplido su propósito, al igual que mis amigos de la casa Cannith. Lo único pendiente es Llamaviento, y si encontrarán el sentido de esos acertijos antes de que sea demasiado tarde.

—¿Por qué no has eliminado a la esfinge si es una amenaza?

Los ojos verdes refulgieron en las sombras y por un momento Grazen creyó que se había extralimitado. Pero la mujer contestó.

—Hasta que sepa a qué poder sirve Llamaviento, la actuación directa sería un error. Pero no estoy preocupada. Todo va de acuerdo con mi plan. Lei ha sido expulsada de su casa. Jode está muerto. Través está empezando a darse cuenta de su verdadero potencial. Y Daine... —La oscura bruma giró alrededor de sus pies cuando sonrió—. El juego lleva en marcha más de lo que puedes imaginar, Grazen. Ahora empieza el final. Vigila a Grazen y sus compañeros. Pronto será el momento de ponerlos en juego.

Le despidió con un gesto y Grazen salió de la sala huyendo de las sombras y en busca de la luz.

# Apéndice 1

## Guía del mundo de Eberron

Fragmentos de *Eberron: un mundo a la sombra de la guerra*, de Jhanor Jastalan Dolas, Preboste de Korranberg.

Los mitos más antiguos dicen que nuestro mundo nació en guerra, nació de la lucha entre los primeros dragones. Las Tablas Serenas describen esta batalla, cómo el wyrm Khyber hizo pedazos a su hermano Siberys antes de ser atado a las escamas de su hermana Eberron.

En estos ilustrados tiempos, podemos considerarlo una metáfora. Mirando al cielo, es fácil comprender por qué los antiguos podían ver el anillo de Siberys como un viejo y gran dragón que se extendía en el horizonte. Eberron es el mundo del que estamos hablando, la madre de todo lo que es natural. Khyber es la oscuridad que yace bajo la superficie del suelo, dando nacimiento a horrores que merodean por la noche y a cosas que no deberían existir. Hoy en día, podemos considerarnos demasiado sabios para creer en tales leyendas, pero los antiguos creían que Eberron se formó por medio de la magia y la guerra, y esas fuerzas sin duda han dado forma al mundo en el que vivimos hoy.

La energía mágica está a nuestro alrededor, invisible y desconocida. Es una fuerza que estamos aprendiendo a controlar lentamente. El mago puede utilizar ese poder para dar una nueva forma a la realidad con un gesto y un encantamiento. Las sacerdotisas piden a los dioses que ejerzan la magia en su favor. Los artificieros crean herramientas que pueden producir los mismos efectos. Y después están los portadores de la Marca de dragón, en cuya misma sangre se halla el poder místico. A medida que hemos aprendido a controlar los poderes de la magia, hemos creado muchas maravillas que han cambiado el mundo en el que vivimos. Hubo un tiempo en el que un viaje desde un extremo de Khorvaire al otro requería meses. Hoy en día, el rayocarril y las aeronaves permiten a los ricos cruzar el continente con comodidad y seguridad. Las piedras mensajeras de la casa Sivis mandan palabras a todo el mundo con la velocidad del viento. Comunicación, ocio, las artes sanadoras..., la magia lo impregna todo.

En el transcurso del último siglo, hemos creado horrores mucho peores que cualquier monstruo de leyenda. Hemos aprovechado el poder del fuego y la tormenta y lo hemos vuelto contra nuestros enemigos. Hemos dado nacimiento a un ejército de armas vivas. Y al hacerlo hemos destruido el corazón de nuestro reino. Los cronistas llaman el conflicto reciente la Última guerra, afirmando —o al menos esperando— que nadie que haya contemplado la destrucción puede desear la guerra otra vez. Quizá tengan razón. Sin duda, si seguimos jugando con poderes que no comprendemos, con fuerzas que pueden destruir una nación entera, nuestra siguiente

guerra será la última.

## **Khorvaire, Galifar y la Última guerra**

Aunque buena parte de este mundo permanece cubierta de misterio, los eruditos han dejado registros durante miles de años y muchos otros secretos han sido desvelados mediante la exploración. El continente de Sarlona dio nacimiento a la humanidad, pero durante el último milenio la gente de Riedra, la nación más grande del continente, ha restringido el contacto con el mundo exterior. La leyenda dice que Xen'drik fue en el pasado el hogar de una civilización de gigantes que poseían secretos místicos mucho mayores que los conocidos en la era moderna, pero esta sociedad desapareció hace decenas de miles de años. Se decía que los dragones vivían en Argonnessen, si es que existen, y allí guardaban sus secretos. A día de hoy nadie ha penetrado en el interior de ese oscuro continente y ha regresado para contarlo.

Sólo un continente nos es conocido, Khorvaire. Humanos y elfos, enanos y gnomos, todos tenemos nuestro hogar aquí. Según las leyendas, muchas de estas razas viajaron a esta tierra: los colonos humanos desde Sarlona, los enanos desde el norte helado, los elfos desde Xen'drik, vía la isla de Aerenal. Aunque fueron los últimos en llegar, fueron los hombres los que reformaron Khorvaire a su imagen. Los que se oponían a los humanos eran vencidos o expulsados de sus tierras. Con el tiempo, un hombre logró unificar las naciones humanas en ciernes con la espada y la palabra, el rey Galifar 1, fundador de un reino que duró casi novecientos años.

Galifar tuvo cinco hijos y dividió su reino en cinco provincias, una para cada uno de sus herederos. Cada región tenía sus propias costumbres y virtudes, y éstas se siguieron desarrollando con el paso del tiempo. Aundair era reconocido por la sabiduría, tanto por el conocimiento mundano como por el estudio de las artes místicas. El pueblo de Karrnath era conocido por el temperamento estoico y el talento militar. Breland era un centro de innovación en la filosofía y la industria. Thrane pronto se convirtió en la sede de la Iglesia de la Llama de plata y su pueblo se dedicó a la religión altruista. Cyre era el corazón del reino, el centro del arte y la cultura. Aunque había otros focos de cultura en Khorvaire —los gnomos de Zilargo, el pueblo de la Marisma de la bruma, los piratas Lhazaar—, las provincias eran vistas como la fuente principal de civilización y cultura. Colectivamente eran conocidas como las Cinco naciones, y esta frase quedó a tal punto grabada en la memoria del reino que sigue siendo utilizada a día de hoy, aunque Cyre ya no existe.

El reino de Galifar trabajó codo con codo junto a las casas con la Marca de dragón, y durante siglos la civilización floreció en Khorvaire, hasta la muerte del rey Jarot en 894 AR.

De acuerdo con las costumbres establecidas por el primer rey, los hijos de Jarot

habían sido nombrados gobernadores de las Cinco naciones. Como hija mayor y gobernadora de Cyre, la señora Mishann d'Wyrnarn era heredera por derecho del trono de las Cinco naciones. De acuerdo con las leyes antiguas, sus hermanos y hermanas abandonarían sus puestos y se nombraría gobernadores a los hijos de Mishann.

Era un sistema precario, y se habían producido levantamientos antes, en momentos en que un gobernador se había negado a ceder el control. Pero una heredera al trono nunca había tenido que luchar contra tres hermanos rebeldes como tuvo que hacer Mishann. Thalín de Thrane, Wroann de Breland y Kaius de Karnath se alzaron juntos para retar a Mishann y las tradiciones de Galifar. Cuando Mishann se mostró en contra de su reclamación, los tres gobernadores rompieron con el viejo trono y se declararon reyes y reinas. La Última guerra había empezado.

La guerra duró más de un siglo, mucho más que la alianza de los tres gobernantes rebeldes. En el transcurso del conflicto, las alianzas cambiaron más que las arenas del Desierto del filo. Culturas durante mucho tiempo dominadas por el poder de Galifar se sacudieron el yugo antiguo. Aundair fue destruida por una rebelión interna. Las extrañas criaturas de Droaam se alzaron para declarar su propia nación. Los goblinoides descendieron desde las montañas de Murogrís para reclamar el reino de Darguun. Los elfos mercenarios llevados para participar en la guerra cercaron su propio territorio y crearon la nación de Valenar. Pero incluso mientras el viejo reino se desmoronaba, se hicieron muchos avances. La guerra alienta la innovación, y en todo Khorvaire magos y artificieros crearon nuevas armas de destrucción. Los más importantes entre ellos fueron los encantadores de la casa Cannith, y su gran creación: los forjados, seres de madera, cuero, metal y piedra, nacidos con las habilidades de soldados de élite y capaces de luchar sin descansar ni comer. Los primeros forjados fueron producidos el 965 AR, y hoy en día cada una de las Cinco naciones tiene su propio ejército de forjados blindados. Algunos cuestionan la moralidad de esta práctica, pues el forjado parece tener el juicio de las criaturas vivas, y los sacerdotes siguen discutiendo el asunto del alma del forjado. Pero la mayor parte de generales considera a los forjados como armas. Pueden pensar y hablar, pero son herramientas para ser usadas, nada más.

Hoy parece que la guerra está finalmente terminando. En el momento de escribir esto, los embajadores se han reunido en la isla de Trono, y mientras el conflicto sigue en las fronteras, la sed de sangre sin duda ha disminuido. Lo único que fue necesario fue la destrucción de Cyre, el corazón del antiguo reino. Nadie sabe qué fuerza se desató en Cyre en 994 AR, y muchos dicen que ésa es la razón principal por la que las naciones discuten ahora los términos del tratado: el miedo, puro y duro. ¿Estaba la casa Cannith trabajando en un arma en las profundidades de Cyre, algo que salió horriblemente mal? ¿O fue la devastación el resultado de la suma de magias utilizadas en la batalla, una lenta construcción de energías que finalmente llegaron a un punto de ruptura? Es algo que puede volver a suceder, y ¿qué nación será la

próxima?

El reino de Galifar ya no existe, e incluso si el tratado del Trono propicia la paz, nunca podremos recuperar lo que se ha perdido. El fértil reino de Cyre ha sido transformado en una tierra devastada, un lugar lleno de toda clase de horrores antinaturales. Los supervivientes llaman ahora esta región las tierras Enlutadas. Sólo el tiempo dirá si hay forma de recuperar esta tierra perdida, o si la destrucción de Cyre es la precursora de lo que espera a todo Khorvaire.

### La moneda de Galifar

En la era moderna, los mercaderes han empezado a utilizar cartas de crédito para las grandes transacciones, con referencia a las reservas de los bancos enanos del Compartimento de Mror. Pero la mayor parte de las transacciones cotidianas se realizan con monedas hechas de metales preciosos. En el pasado, todas las monedas eran acuñadas bajo la autoridad del rey de Galifar. Con el colapso del viejo reino, cada una de las Cinco naciones empezó a acuñar su propia moneda, y lo mismo hicieron los banqueros de Mror. Con todo, mientras los diseños acuñados en esas monedas varían según su fuente, cada una de esas potencias ha seguido utilizando los mismos metales, pesos y denominaciones establecidos en los días de Galifar, manteniendo un simple estándar para el comercio en todo Khorvaire.

La corona se hace con cobre y tradicionalmente muestra en una cara la corona de Galifar. La corona es la denominación más baja de moneda acuñada bajo el gobierno de Galifar. Diez coronas son un soberano.

El **soberano** se hace con plata y muestra la cara de un gobernante vivo o reciente. Un trabajador no especializado puede ganar un soberano por un día de trabajo. Diez soberanos valen un galifar de oro.

El **galifar** se hace con oro. Lleva la imagen de Galifar I, fundador del viejo reino. Diez galifars de oro valen un dragón de platino.

El **dragón** se acuña con platino y muestra la imagen de uno de los Dragones de leyenda. Con un valor de cien soberanos, estas monedas son utilizadas sólo por los ciudadanos más ricos de Khorvaire, y un campesino medio es posible que nunca en su vida vea esta moneda.

Hay otras monedas en circulación, como la doble corona de Breland o el trono de plata de Cyre, que tiene un valor de cinco soberanos. Pero todas las grandes naciones utilizan las cuatro monedas mencionadas anteriormente. Para resumir los valores: 1000 coronas de cobre = 100 soberanos de plata = 10 galifars de oro = 1 dragón de platino.

### El calendario de Galifar

El método más común de medición del tiempo es el calendario establecido por el rey Galifar III. El calendario cuenta los años desde el establecimiento del reino con la abreviatura AR. La semana se divide en siete días; un mes tiene cuatro semanas y doce meses forman un año. A pesar de la caída de Galifar, las naciones de Khorvaire han mantenido este calendario.

Los siete días de la semana, desde el primero hasta el séptimo, son: sul, mol, zol, wir, zor, far y sar.

Los doce meses llevan el nombre de las doce lunas que orbitan el mundo. Se trata de zarantyr (mediados de invierno), olarune (fines de invierno), therendor (principios de primavera), dravago (fines de primavera), nymm (principios de verano), lharvion (mediados de verano), barrakas (fines de verano), rhaan (principios de otoño), sypheros (mediados de otoño), aryth (fines de otoño) y vult (principios de invierno).

El rey Jarot ir'Wyrnarn murió el 12 de therendor de 894 AR. El Día del luto —el misterioso acontecimiento que destruyó la nación de Cyre— tuvo lugar casi exactamente un siglo después, el 20 de olarune de 994 AR.

### **Los portadores de la Marca de dragón**

Las Marcas de dragón son uno de los grandes misterios de la era, y han tenido un inmenso impacto en las culturas de Khorvaire. Una Marca de dragón es un dibujo que aparece en la piel, similar en su aspecto a un tatuaje muy complejo. El portador de la Marca de dragón puede invocar los poderes de su Marca para llevar a cabo un determinado acto de magia. Se conoce la existencia de doce Marcas de dragón, cada una de ellas vinculada a un linaje determinado.

En el transcurso de dos mil años, esas familias se han convertido en poderosas dinastías. Cuando Galifar I instauró los fundamentos de su reino, puso estrictos límites a las casas con la Marca de dragón para impedir que se convirtieran en una amenaza para su mandato. Aparte de la casa Deneith, las demás tienen prohibido mantener ejércitos u ocupar un cargo en la Corona. Pero si bien las casas pueden tener un poder militar limitado, han desarrollado un considerable poder político y una infraestructura que alcanza toda la extensión de Khorvaire. Con el colapso del reino de Galifar, muchos creen que las casas con Marca de dragón son ahora el mayor poder de la tierra, y que los poderes mercantiles y mágicos de las casas es un arma más temible que los ejércitos de las Cinco naciones.

Aunque las familias con la Marca de dragón no tienen vínculos con el linaje real de Galifar, por respeto a su poder y su riqueza, los herederos de una casa con la Marca de dragón suele recibir el título de «señor» o «señora». El líder del enclave regional de una casa ostenta el título de «barón». Los que poseen la Marca de dragón pueden añadir el sufijo «d» al nombre de su casa. Así, el barón Merrix d'Cannith tiene la Marca de los hacedores, mientras que el señor Helderan Cannith, no.

Con la sola excepción de la Marca del hallazgo, cada Marca de dragón sólo puede ser transferida a miembros de una determinada raza. Los herederos de las casas tienen prohibido hibridarse con miembros de otros linajes con la Marca de dragón, pues se dice que eso genera Marcas aberrantes.

El tamaño de una Marca de dragón determina su poder. Un portador de la Marca de sanación más pequeña puede curar una herida menor, mientras que el portador de una Marca más grande puede curar una enfermedad o sanar los efectos de los venenos. Las capacidades de una Marca pueden ser aumentadas mediante piedras de dragón especialmente diseñadas, que permiten a un sanador utilizar sus poderes varias veces al día.

Actualmente hay trece casas con Marca de dragón:

La **casa Cannith** porta la Marca del hacedor. Los artificieros y magos-creadores de la casa Cannith son los responsables de la mayor parte de las innovaciones mágicas del milenio anterior. La casa hizo enormes beneficios durante la Última guerra, gracias a la venta de armas y armaduras, incluidos los forjados. Aun así, los líderes de la casa tenían su sede en Cyre, y murieron en el Día del luto. En consecuencia, la casa Cannith está sufriendo un enfrentamiento interno entre los barones que desean el poder. Los herederos de la casa Cannith son humanos.

La **casa Deneith** porta la Marca del centinela, que otorga poderes relacionados con la protección personal. La Marca del filo de la casa Deneith es la fuerza mercenaria más respetada de Khorvaire, mientras que el Gremio de Defensores ofrece guardaespaldas a cualquiera que pueda pagarlo. Los Mariscales Centinelas son un brazo de la ley con autoridad para perseguir criminales en todas las naciones de Khorvaire. La casa tiene una bien ganada reputación de neutralidad, y un Guardia Deneith protegerá su propiedad o luchará por su patrón independientemente de sus sentimientos personales. Los herederos de la casa Deneith son humanos.

La **casa Ghalland** porta la Marca de la hospitalidad, que permite a sus portadores ofrecer refugio y sostén. La Marca apareció primero entre los medianos nómadas de las llanuras de talenta, pero el linaje Ghallanda se ha expandido por todo Khorvaire y domina el comercio de posadas y tabernas en las Cinco naciones.

La **casa Jorasco** porta la Marca de la curación. La casa Jorasco ha establecido casas de curación en todas las ciudades importantes de Khorvaire, y durante la guerra muchas naciones contrataron a herederos Jorasco para acompañar a los soldados en la batalla. Los herederos de la casa Jorasco son medianos.

La **casa Kundarak** porta la Marca de la guarda. Esta marca permite a sus portadores dejar alarmas y trampas mágicas. Combinando los poderes de su Marca con la inmensa riqueza mineral de las montañas de Hierroraíz, la casa Kundarak se ha establecido como el mayor banco de Khorvaire. Sólo los enanos pueden portar la Marca de la guarda.

La **casa Lyrandar** porta la Marca de la tormenta. Esta otorga poder sobre los vientos y el tiempo, y además de vender sus servicios como reclamos para la lluvia,



los Lyrandar dominan desde hace mucho el comercio naval. Una alianza reciente con la casa Cannith permitió a los Lyrandar producir aeronaves elementales. Sólo un heredero de la tormenta puede controlar los elementos que dan propulsión a uno de esos navíos voladores. Las naves son escasas y caras, pero la aeronave ya está empezando a revolucionar el transporte en Khorvaire. Los herederos de la Marca de la tormenta son semielfos.

La **casa Medani** porta la Marca de la detección, cuyos portadores perciben amenazas ocultas. Medani es una casa pequeña que vende sus servicios a nobles y otros necesitados de seguridad. Si la casa Deneith se especializa en la protección física, la casa Medani defiende a sus protegidos de ataques repentinos, como el veneno, la magia y otras amenazas ocultas. Los herederos de la casa Medani son semielfos.

La **casa Orien** porta la Marca de paso, que da a sus portadores movimiento: velocidad, vuelo e incluso teletransporte. Los miembros de la casa son correos y exploradores. Orien también domina el transporte terrestre, incluidas caravanas regulares y el rayocarril impulsado por elementales, una forma de transporte rápido que une las ciudades más importantes de Khorvaire. Los herederos de la casa Orien son humanos.

La **casa Phiarlan** porta la Marca de la sombra, que contiene el poder de la ilusión, el engaño y la predicción. La casa ha enfocado esos poderes al arte del entretenimiento, y el talento de los actores, músicos y acróbatas de Phiarlan es legendaria. Con todo, hay rumores de que la casa está implicada en espionaje, y que utiliza sus poderes para el sigilo para moverse sin ser vista y espiar a los incautos. Los herederos de casa Phiarlan son elfos.

La **casa Sivis** porta la Marca de la escritura, con poder sobre la palabra escrita y hablada. Los gnomos de la casa Sivis son conocidos como traductores, abogados, escribas y mediadores, pero su mayor logro es la red de piedras mensajeras. Gracias al efecto de piedras preciosas de dragón, pueden transmitir las palabras de un heredero a través de grandes distancias, y este sistema es la principal forma de comunicación a larga distancia de Khorvaire.

La **casa Tharashk** porta la Marca del hallazgo. Los herederos de la casa sirven como prospectores, cazadores de recompensas e investigadores, y utilizan los poderes de la Marca para encontrar cosas perdidas u ocultas. Tharashk es una casa joven que ha emergido recientemente de la Marisma de la bruma. La casa cuenta con humanos, orcos y su descendencia hibridada. Tanto los humanos como los híbridos pueden portar la Marca.

La **casa Thuranni** apareció en 972 AR, cuando un grupo de elfos se escindió de la casa Phiarlan. Aunque sus miembros son talentosos artesanos, se dice que son también asesinos mortales y espías, y son mucho más agresivos que los miembros de la casa Phiarlan.

La **casa Vadalis** porta la Marca del trato animal, que permite al heredero

influenciar en el comportamiento de los animales. Vadalis pastorea y cría toda clase de criaturas, desde simple ganado y monturas, a hipogrifos y otras bestias exóticas. Durante siglos, los herederos de Vadalis han trabajado para mejorar las criaturas humanas con el poder de la magia. Estas criaturas alimentadas por medios mágicos son superiores a sus equivalentes tradicionales en muchos sentidos. Los herederos de Vadalis son humanos.

## **La ciudad de Sharn**

Sharn es la ciudad más grande de Khorvaire y una de las maravillas de la era moderna, un símbolo de lo que se puede conseguir por medio de la magia y el talento. En la ribera del río Daga, las tierras son poco útiles, pero Sharn se alza hacia el cielo. Las puntas de sus agujas más altas alcanza la milla de altura. Sólo la magia podía soportar las columnas de Sharn, y los conjuros tejidos en la piedra son exclusivos de la ciudad. Sharn está construida en una zona manifiesta, donde la frontera entre realidad física y el dominio místico de Syrania se ha vuelto difusa. La energía de Syrania da poder a encantamientos de vuelo y levitación, y es lo que impide que las torres se derrumben. Los aerocarros, los discos levitantes y las bestias voladoras se utilizan para mejorar el comercio y la comunicación en el interior de Sharn. Es verdaderamente asombroso ver hipogrifos volando alrededor de las brillantes agujas de Vigilia de la daga cuando los últimos rayos de sol caen sobre las torres.

Sharn está dividida tanto horizontal como verticalmente. A lo largo de la base, la ciudad está dividida en cinco partes o barrios. Los cinco barrios de Sharn son Dura, Meseta Central, Desembarco de Tavick, Extremo Norte y Meseta de Menthis.

Verticalmente, estos grupos de torres se dividen en tres niveles o guardas distintos. De modo que un ciudadano de Sharn puede referirse al Alto Central, Dura Medio, o Bajo Extremo Norte.

Cada guarda está subdividida en grupos de vecindarios llamados distritos. Cada uno de estos distritos con frecuencia reúne a un particular segmento de la profesión o un oficio. El Bazar de Dura Medio es un distrito mercantil, mientras que el distrito alto Dura de Vigilia de la daga es una guarnición.

Además del sistema de barrios, guardas y distritos, Sharn se extiende mucho más arriba y más abajo. El distrito de Cielo flota sobre Sharn, sostenido por un vasto disco de fuerza mágica. Bajo las calles de las guardas inferiores están los retorcidos túneles de las Maquinarias y la Puerta de Khyber, hogar de las alcantarillas y fundiciones que sostienen la ciudad. Todavía más abajo se hallan los restos de los asentamientos humanos y duendes enterrados a causa de la piedra caída y las antiguas guerras.

Sharn ha sido un centro de comercio y comunicación durante siglos. Cuando empezó la Última guerra, la población de Sharn incluía a gentes de las Cinco naciones, además de gnomos zil, enanos mror, medianos talenta, duendes y otros.

Muchos de ellos huyeron y regresaron a sus naciones, pero otros estaban establecidos en Sharn desde hacía generaciones. Aunque todavía mantenían las costumbres de sus lugares de procedencia, tenían profundas raíces en la ciudad. En el transcurso de la guerra, muchos de estos ciudadanos procedentes de otras naciones fueron recolocados en distritos seguros, como Altos muros. De todos modos, la población no disminuyó. Tras la destrucción de Cyre, muchos refugiados de esa tierra en ruinas viajaron a Sharn en busca de familiares que siguieran viviendo en la Ciudad de las Torres.

### **Los planos exteriores**

Doce lunas rodean Eberron, pero además de esos satélites físicos, el mundo tiene satélites espirituales, sombras místicas que se mueven en fases independientes de la realidad física. Estos planos son ideas puestas de manifiesto, reinos gobernados por un solo concepto. Muerte, oscuridad, hielo, luz: todo tiene su lugar en los planos exteriores.

Hay muchos relatos fantásticos de gente que ha logrado visitar uno de los planos exteriores, por medio de una poderosa magia o en raras circunstancias. El héroe mediano Calazar Tash, se dice, se lanzó hacia el interior de la boca de un dragón que escupía fuego y, después de eso, se encontró en Fernia. Pero el viaje entre Eberron y esas sombras espirituales es una rareza. En realidad, la gente normalmente percibe los planos por medio de los efectos que su movimiento tiene en Eberron. Así como las lunas provocan las mareas, el extraño movimiento de los planos influye en la realidad. Cuando el plano de Lamannia está lejos, los cultivos son malos y los animales se vuelven estériles. Cuando se alinea con Eberron, la vida parece más vibrante y fértil. Además de esa cambiante influencia, hay algunos lugares donde los muros espirituales son inusualmente finos. En estas zonas manifiestas, las leyes de la naturaleza y la magia parecen estar vueltas del revés. Uno de los ejemplos más conocidos de esto es la ciudad de Sharn, que está situada en una zona manifiesta vinculada con Syrania. La relación con el Cielo Azur permite la magia del vuelo y la levitación, y eso a su vez da poder a los encantamientos que sostienen las inmensas torres.

Hasta hoy, los místicos han identificado trece planos de existencia distintos.

**Daavni**, el Orden Perfecto, es un reino de estructura y ley absolutas.

**Dal Quor**, la Región de Sueños, es un reino tocado por los espíritus mortales al dormir. Es un lugar de pesadillas y maravillas y se dice que es el origen de los espíritus de Kalashtar.

**Dolurrh** es el Reino de los Muertos, allí acuden las almas de los que mueren en Eberron. Es un lugar baldío y desolador, pero con el tiempo, todos los recuerdos desaparecen. Muchos sabios y sacerdotes creen que cuando la memoria desaparece, el espíritu pasa a otra forma de existencia. La Iglesia de la Llama de plata dice que el

alma noble se une con la Llama, aumentando su poder y pureza. Algunos seguidores del Ejército Soberano creen que cuando las almas pasan más allá de Dolurrah se unen a los Soberanos en un reino más elevado, mientras que otros creen que los Soberanos mandan las almas de vuelta a Eberron para que nazcan de nuevo. La respuesta cierta —si la hay— es un misterio.

**Fernia**, el Mar de Fuego, es un océano de lava con constantes tormentas de fuego y placas de ceniza comprimida. Las leyendas hablan de vastas ciudades de latón, poderosos espíritus formados por llamas vivas y gloriosos tesoros esperando a ser sacados de las profundidades del fuego.

**Irian**, el Día Eterno, es un reino de luz pura. Un refulgente sol blanco baña un paisaje cristalino interrumpido por ríos de cristal líquido y montañas de cuarzo. El lugar está bañado por energías sanadoras y cuando está cerca de Eberron el mundo está lleno de color y vida.

**Kythri**, el Caos Agitado, es un reino de flujo constante. Todas las cosas pueden hallarse allí, pero ninguna es estable.

**Lamannia**, el Bosque del Crepúsculo, es el plano de la naturaleza primordial. Espíritus elementales, animales exóticos, hombres lobo y extrañas criaturas habitan los bosques primarios y las llanuras de Lamannia, y cuando toca a Eberron la natura alcanza su punto más álgido.

**Mabar**, la Noche sin fin, es una región de oscuridad pura. Devora la vida y la luz de cualquier desafortunado que llegue allí. Cuando toca Eberron, las noches se hacen largas y frías, y las fuerzas de la oscuridad alcanzan la cumbre de su poder.

**Risia**, la Llanura de Hielo, es un campo infinito de hielo y nieve. Las leyendas hablan de gigantes, dragones y fabulosos tesoros enterrados bajo el hielo, congelados e inamovibles hasta el final de los tiempos.

**Shavarath**, el Campo de Batalla Eterno, es la encarnación de la guerra. Ejércitos de enemigos y celestiales libran inacabables batallas en esas llanuras arrasadas. Tormentas de espadas barren la región, mortales manifestaciones de violencia pura. Cuando el reino se acerca a Eberron, estas espadas pueden verterse en áreas de gran violencia. Durante la Última guerra, algunas batallas fueron acabadas por las espadas arremolinadas de Shavarath.

**Syrania**, el Cielo Azur, es un reino de torres plateadas flotando en un cielo sin fin. Es un lugar de perfecta paz y belleza, además de ser el plano que da fuerza a la magia de Sharn.

**Thelanis**, la Corte de las Hadas, es un reino selvático lleno de toda clase de espíritus traviesos y elementales. Naiadas, dríadas y sílfides observan a los visitantes con ojos curiosos, mientras que en las grandes ciudadelas los señores videntes participan en ensoñaciones eternas y juegos asombrosos. Es un lugar de magia poderosa, pero tratar con los videntes puede ser peligroso para los mortales.

**Xoriat**, el Reino de la Locura, no puede ser limitado a una sola descripción. Cada visitante lo ve de un modo distinto, y es raro el viajero que contempla Xoriat y

regresa cuerdo. Es el hogar de los Daelkyr, espíritus malevolentes que destruyeron el reino de los duendes de Khorvaire y trataron de arrasar el mundo. Los druidas guardianes detuvieron a estos enemigos, y los atrapados en Eberron fueron encerrados en las profundidades de Khyber. La magia de los guardianes impide que Xoriat se alinee con Eberron, pero los Cultos del Dragón de Abajo han tratado durante mucho tiempo de oponerse a la magia de los druidas y hacer regresar este reino a la realidad.

### **Las religiones de Eberron**

Las principales religiones de Eberron parten de un sistema de creencias compartidas. El mito de la creación de los tres dragones es una base común de todas las religiones. Tanto los Soberanos como la Llama de plata surgieron después de la creación del mundo, en oposición a la conformación del universo por medio del poder divino. Asimismo, poca gente cuestiona que las almas de los muertos van al plano de Dolurrh, pero los espíritus sólo permanecen en Dolurrh algunas décadas, y hay considerables diferencias de opinión acerca de lo que se encuentra más allá. La Iglesia de la Llama de plata cree que los seguidores verdaderos se unen a la Llama más allá de Dolurrh, mientras que los que reverencian las Sangre de Vol creen que el olvido es lo que espera tras el plano de la muerte.

Las religiones más influyentes de Khorvaire son la Iglesia de la Llama de plata y el Ejército Soberano.

### **El Ejército Soberano y los Seis Oscuros**

El culto al Ejército Soberano y los Seis Oscuros es la religión conocida más antigua de Khorvaire. Cada uno de los Soberanos encarna un concepto particular, y ligeras variaciones de los Soberanos pueden hallarse en muchas razas y culturas distintas. Algunos dicen que incluso los dragones adoran a los Nueve, y en algunas de las imágenes más antiguas los Soberanos son mostrados bajo la forma de dragones.

El culto a los Soberanos varía dependiendo de la cultura. Si bien hay iglesias y santuarios dedicados a cada deidad, es en mayor medida una cuestión de devoción personal. Un mercader rogará a Kol Korran que lo guíe en un negocio, ofrece una plegaria a Olladra cuando se juega los beneficios y pide a Dol Dorn que guíe sus manos cuando esa misma noche es robado.

Hay un total de quince deidades asociadas con esta mitología. Los Nueve Soberanos encarnan ideas positivas y benevolentes y son requeridos para la guía y la protección. Los Seis Oscuros son siniestros y malevolentes, y sus nombres no son pronunciados. Los seguidores del Ejército cuentan con que los Soberanos les

protegen de los poderes de los Seis. Las diferentes razas dan distintos nombres a los Soberanos. Los nombres aquí presentados son los utilizados por el pueblo de Galifar.

**Arawai** es la Soberana de la Vida y el Amor, concede buenas cosechas a las tierras y fertilidad a los vivos. Su dominio es la naturaleza, y también tiene influencia sobre el clima. Los granjeros y los marineros piden su bendición a sus trabajos.

**Aureon** es el Soberano de la Ley y el Saber Popular, la fuente del orden y el conocimiento. Guía a los gobernantes y los que juzgan, guía a los escribas y los estudiantes, y se dice que ha creado los principios que los magos utilizan para hacer sus conjuros.

**Balinor** es el Soberano del Cuerno y la Caza. Es el señor del mundo salvaje y los que se adentran en él. El cazador y el cazado están ambos a su cargo. Es considerado un protector del mundo natural, pero guía al cazador que obra con moderación y toma sólo lo que necesita.

**Boldrei** es la Soberana de la Casa y el Hogar. Da su fuerza a la familia y la comunidad, reúne a la gente en tiempos de necesidad. Boldrei es la patrona del matrimonio y la mediación, y sus sabias palabras pueden ayudar a sus seguidores a dejar de lado sus diferencias y convertirse en un todo mayor.

**Dol Arrah** es la Soberana del Sol y el Sacrificio. Es patrona de la guerra, pero libra sus batallas con palabras y osadas estrategias, además del acero. Es una diosa de luz y honor, y sus sagrados paladines tratan de llevar su luz a los lugares más oscuros del mundo. Es considerada la patrona de los soldados, diplomáticos, los generales y todos aquellos que hacen sacrificios para servir al bien.

**Dol Dorn** es el Soberano de la Fuerza y el Hierro. Es el señor de la guerra y patrón de todos los que Manden armas en combate. Es el patrón de las artes físicas, y los mayores acontecimientos deportivos del año se celebran en sus días sagrados. Sus seguidores no guardan los mismos estándares de nobleza y sacrificio que los de su hermana, Dol Arrah, pero de todos modos alienta una conducta honorable. Los que recurren a la traición para ganar sus batallas deben recurrir a la Burla en busca de ayuda.

**Kol Dorrán** es el Soberano del Mundo y la Riqueza. Los mercaderes, los mineros y los que desean mejorar su suerte en la vida confían en que Kol Dorrán los ayudará a alcanzar los sueños, mientras que los ricos con frecuencia le rinden sacrificios con la esperanza de que el Soberano guarde sus fortunas.

**Olladra** es la Soberana de la Fiesta y la Fortuna. Es la que da suerte y alegría, y sus sacerdotes son consumados artistas y sanadores, que pueden sanar las heridas traídas por la mala suerte y difundir la alegría con canciones y música. Es la patrona de los bardos, los jugadores y otros que viven de su ingenio y su palabra, aunque los que sólo tienen malicia en el corazón deberían buscar a su patrón entre los Seis Oscuros.

**Onatar** es el Soberano del Fuego y la Forja. Es el patrón del herrero y el artificiero, y concede talento a los que siguen las tradiciones de los viejos tiempos y

sabiduría a los que tratan de desarrollar nuevas ideas.

Los Seis Oscuros no son mencionados y son conocidos sólo por sus títulos.

La **Sombra** es considerada la sombra de Aureon, arrancada de éste y con vida propia como premio por el estudio de la magia de Aureon. Representa la oscuridad que hay en el seno de la magia y su poder corrompe la vida y el alma por igual. La mayor parte de seguidores de la Sombra son magos o hechiceros dispuestos a hacer cualquier sacrificio por el poder arcano, pero también tiene seguidores entre muchas de las razas monstruosas, algunas de las cuales consideran a la Sombra como su fundador.

El **Devorador** representa el poder destructivo de la naturaleza. Está fuertemente vinculado al mar y el misterio de las aguas profundas, pero los terremotos, las avalanchas y los tornados son hijos suyos. En el pasado miembro del Ejército Soberano, fue expulsado después de violar a su hermana Boldrei y de engendrar así a la Furia.

La **Furia** es la encarnación de la pasión y la locura. Aunque puede conceder amor y alegría, su tacto conduce con demasiada frecuencia a la desesperación y la ira asesina. Con todo, algunos artistas buscan su inspiración en la Furia, y también los hay dispuestos a arriesgarse a la locura para introducir la pasión en su vida.

El **Guardián** es la encarnación de la avaricia y la decadencia, un apetito tan voraz que deja que todo lo demás se pudra y eche a perder. Aunque amasa oro y joyas, el Guardián codicia las almas de los vivos. Trata de arrebatarse los espíritus de los muertos que se dirigen a Dolurrah, atesorar esas almas y recrearse contemplando sus tesoros.

La **Burla** es el señor del terror y la traición, patrón de ladrones, asesinos y tiranos. Se dice que es hermano de Dol Dorn y Dol Arrah, pero fue azotado y expulsado del Ejército tras traicionar a sus hermanos. La Burla tiene uno de los mayores grupos de seguidores entre los Seis Oscuros, pues muchos criminales y guerreros buscan bendición a sus empresas.

El **Viajero** es el más misterioso de los Seis Oscuros y no puede ser reducido a una sola forma o género. Es la encarnación del engaño, pero también del ingenio y la sabiduría. Tanto los bardos como los artificiosos pueden buscar su inspiración en el Viajero. Entre sus seguidores están los conversores y los dobles que vagan por el mundo con un millar de formas, llevando a cabo extraños y sutiles planes que con frecuencia parecen benevolentes pero que al final provocan daño. Esto ha engendrado innumerables proverbios. Cuando uno trata con desconocidos, se le advierte que tenga «cuidado con los regalos del Viajero». Si alguien discute sin razón aparente, se dice que está adoptando «el papel del Viajero».

## La Iglesia de la Llama de plata

La iglesia de la Llama de plata fue fundada en 299 AR. Cuando un anciano mal se alzó en Khyber, un ejército de enemigos amenazó a Galifar. Esta oscuridad parecía imparable hasta que una mujer llamada Tira Mirón retó al rey demonio y le dio su vida para devolverlo a las profundidades. Tira fue guiada por una antigua fuerza de energía espiritual, una llama de plata que había sido forjada para retener a los demonios. A su muerte, se convirtió en un conducto de esa fuerza y permitió a otros guerreros nobles tocar la Llama de plata y utilizar su poder para expulsar el mal del mundo.

La Iglesia de la Llama de plata ha crecido exponencialmente desde entonces. Tiene su sede en Thrane, donde una fuente de fuego de plata se alza en el punto en el que tuvo lugar el sacrificio de Tira, pero se ha expandido por todo Khorvaire. Sólo el Ejército Soberano tiene más fieles, pero los seguidores de la Llama son normalmente más fervientes en sus creencias.

En principio, la Iglesia de la Llama de plata es una entidad benevolente, una poderosa fuerza del bien. Los sacerdotes de las aldeas tratan de alentar valores humanitarios, mientras los caballeros de la Llama luchan contra las manifestaciones físicas del mal. Con todo, a medida que la iglesia ha crecido en tamaño e influencia, algunos de sus seguidores se han desviado del camino. Muchos creen de veras en la nobleza de sus acciones, pero permiten que el fanatismo justifique actos de una brutalidad extrema. Otros —particularmente en las ramas brelish de la iglesia— han permitido que el deseo de oro y poder aparte sus ojos del verdadero camino de la Llama. Si bien los ideales de la Llama de plata son nobles, no están a su altura.

Tradicionalmente, los guerreros militantes de la iglesia juran proteger a los inocentes contra amenazas sobrenaturales como los hombres lobo, demonios, fantasmas y otros monstruos. Durante la Última guerra las fuerzas de la Iglesia de la Llama de plata desempeñaron un papel básico en la defensa de la nación y finalmente el pueblo de Thrane desplazó a la monarquía para poner el gobierno de la tierra en manos de la iglesia. La Llama de plata tiene fieles en muchas otras naciones, pero Thrane es la sede de su poder.

## **La Sangre de Vol**

Los que reverencian la Sangre de Vol se niegan a inclinarse ante el poder de la muerte. Basada en las tradiciones de un antiguo linaje de nigromantes elfos, la Sangre de Vol pretende abolir la muerte. Veneran a vampiros y otras criaturas inmortales como adalides de su lucha. Esta tradición es particularmente fuerte en la nación de Karrnath, y aunque no es en sí misma maligna, contiene sectas —especialmente la famosa Orden de la Garra Esmeralda— que han convertido la batalla contra la muerte en una batalla por dominar a los vivos. Como resultado, en la mayor parte de las Cinco naciones la imagen habitual de un seguidor de la Sangre es la de un nigromante



enloquecido que dirige un ejército de zombies como parte de un plan demente. A resultas de las acciones de extremistas, la Iglesia de la Llama de plata mantiene una dura oposición a los seguidores de la Sangre, y los caballeros de la Llama pueden esperarse lo peor al tratar con acólitos de Vol.

### **Los Cultos del Dragón de Abajo**

De acuerdo con una antigua leyenda, el oscuro wyrm Khyber fue atado a Eberron y se convirtió en el submundo, dando nacimiento a diablos y demonios. Más tarde, los diablos conocidos como Daelkyr fueron encerrados en las profundidades de Khyber, sumándose a la oscura leyenda del reino subterráneo. Con el transcurso de los milenios, muchos han reverenciado la oscuridad que se halla bajo el mundo. Estos cultos tienen poco en común, salvo que son peligrosos y tienden a la locura. Algunos creen que bajo el suelo se halla una tierra prometida, pero esos peregrinos deben ganarse el pasaje con la sangre de los inocentes. Otros se alían con una de las fuerzas malignas encerradas bajo tierra y forman un vínculo con los rakshasa o sirvientes de los Daelkyr, obteniendo poder a cambio de su impío servicio. Los cultos se hallan sobre todo en la Marisma de la bruma, donde diferentes cultos luchan entre sí con la misma frecuencia con la que lo hacen con las fuerzas de la luz, pero pueden aparecer en cualquier parte donde haya avaricia o locura, y tras la Última guerra ambas cosas eran fáciles de encontrar.

### **La Corte Inmortal**

Aunque los elfos de Aerenal viven mucho más que los humanos, no estaban satisfechos con su longevidad y no estaban dispuestos a permitir que sus héroes desaparecieran en Dolurrh y el misterio de la muerte. Con el tiempo, los elfos encontraron el modo de preservar a sus ancestros más allá de la muerte, anclándolos al mundo de los vivos por medio de la devoción y el sacrificio espiritual. Estos elfos inmortales habitan Shae iMordai, la vasta necrópolis situada en el centro de la isla de Aerenal, y desde esta ciudad de los muertos siguen guiando su nación. A diferencia de los vampiros de la Sangre de Vol, los elfos de la Corte Inmortal no son inmortales en el sentido tradicional. Son mantenidos por la devoción de sus descendientes y no necesitan sangre ni energía vital. Los seguidores de la Corte Inmortal desprecian la Sangre de Vol y esas criaturas inmortales que asaltan a los vivos, y los consideran abominaciones y perversiones de las costumbres de la Corte Inmortal.

Si bien los miembros de la Corte Inmortal no son dioses, son ancianos, sabios y poderosos. Del mismo modo en que un paladín puede obtener la pura esencia de la Llama de plata para dar fuerza a su espada, los miembros de la Corte Inmortal pueden

prestar su poder a los sacerdotes que honran su memoria.

### **Las sectas druidas**

Los druidas reverencian a Eberon mismo como la encarnación del mundo y la naturaleza. Aunque comparten ciertos rasgos —reverencia por las criaturas salvajes y el orden natural— hay numerosas sectas, cada una de las cuales tiene sus propias creencias. Los Guardianes tratan de defender a Eberon de fuerzas sobrenaturales, como los Daelkyr y otros demonios de Xoriat. Los Guardias del Bosque luchan por preservar el equilibrio entre la naturaleza y la civilización y proteger a la una de la otra. Los Cantaverdes tienen un fuerte vínculo con el vidente de Thelanis y son habitualmente considerados estafadores. Los Ceniza creen que la magia arcana es una violación de la naturaleza y con frecuencia utilizan la violencia para detener su uso. Los Hijos del Invierno consideran la muerte una parte natural del ciclo de la vida. Creen en un inminente apocalipsis que limpiará el mundo, y muchos buscan activamente la llegada de esa devastación.

### **El Camino de Luz**

Los kalashtar son una raza misteriosa, humanos tocados por espíritus de otro mundo, y un enigma para el pueblo de las Cinco naciones. Creen en una fuerza celestial que llaman ilYanna, «la Gran Luz». Los seguidores de la Luz observan la meditación y una estricta disciplina física, preparan la mente y el cuerpo para la batalla contra una fuerza que llaman la Oscuridad onírica. Con todo, la naturaleza de este conflicto es difícil de entender para los ajenos a él. Mientras los kalashtar ocasionalmente libran combates físicos contra sus enemigos, su verdadera lucha se centra en la filosofía y los sueños, algo que no puede ser visto por el ojo.

### **Los Caminos de la Magia**

La magia impregna Eberon. Su energía está a nuestro alrededor. Las tablas Serenas dicen que es el aliento de Siberys, liberado cuando el Gran Dragón fue asesinado por Khyber en la batalla que formó nuestro mundo. Los escépticos y los eruditos afirman que se trata de una fuerza natural como el rayo y el viento. Sea cual sea su origen, su presencia no puede ser cuestionada. La fuerza está aquí, y hay muchas formas de darle forma y controlarla.

El camino más antiguo es el de la fe, el fiel y el clérigo. Los que creen afirman que los dioses y sus sirvientes celestiales hacen milagros en nombre de sus elegidos y permiten que el sacerdote cure a los heridos, proteja a los necesitados y golpee a los

enemigos de la fe. Los escépticos dicen que el clérigo hace sus milagros sólo mediante su voluntad, que la pura fuerza de su creencia acomoda la realidad a sus deseos. Cualquiera que sea la verdad, es un camino que no requiere conocimientos de leyes y fórmulas esotéricas. Lo único necesario es la fe y la voluntad, pero en cantidades que pocos hombres poseen.

Con todo, los que carecen de fe pueden hacerlo mediante el ingenio y la habilidad. Los eruditos y los sabios vieron los poderes de los píos sacerdotes y decidieron revelar los secretos de esa fuerza que hacía milagros. Con el tiempo lo lograron, descifraron los códigos del mismísimo universo. Esta magia arcana también requiere fuerza de voluntad por encima de todas las cosas, pero así como el sacerdote recurre a su dios para aplastar a sus enemigos, el mago visualiza una fuerza de fuego, pronuncia una palabra antigua que encarna la llama, y lanza una pizca de azufre al aire. Esta combinación de gesto, conjuro, pensamiento y sustancia llama al fuego del aire y recurre a la energía invisible para convertir el pensamiento en realidad. El verdadero mago puede dominar cualquier encantamiento que encuentre, pero esos sabios dotados son pocos. El más común es el mago-creador, que sólo puede dominar un solo encanto o dos en el transcurso de su vida: el augur, el reparador, el herrero que da forma al hierro con su magia. Entre estos dos extremos están el bardo y el hechicero, que poseen más poder que el mago-creador pero carecen del talento del sabio para dominar todos los encantos.

En siglos recientes ha aparecido un nuevo camino, el del hechicero. Éste no puede obtener fuego del aire o curar con el tacto. Su talento consiste en introducir la energía mágica en objetos, creando así herramientas que imitan los poderes del mago y el clérigo. El artificiero destaca creando tesoros místicos, elixires asombrosos, amuletos, armas encantadas y otros elementos fantásticos. Con tiempo y acceso a materiales raros y exóticos —singularmente las piedras de dragón—, un artificiero puede hacer que esos objetos sean permanentes. De otro modo, sus poderes desaparecen rápidamente.

Independientemente del camino que siga el mago, el acto de producir magia se cobra un peaje en la mente y el espíritu. Sólo una determinada cantidad de energía puede canalizarse cada día, y una vez el mago alcanza su límite debe confiar sólo en su talento mundano hasta que pueda descansar y restaurar su espíritu. Cada camino tiene sus propios rituales. El clérigo reza mientras el mago estudia polvorientos tomos y prepara las fórmulas que desea utilizar al día siguiente.

Algunos dicen que los kalashtar siguen un camino distinto al poder, que obtienen ese poder de la mente y el sueño para producir efectos nunca vistos. Pero esta tradición, la llamada «psiónica», es todavía un misterio para la gente de Khorvaire, y su poder y limitaciones se desconocen.

# Apéndice 2

## Glosario

- Adar:** pequeña nación del continente de Sarlona. Adar es la patria de los kalashtar, y su terreno montaña Sirve como defensa natural en la batalla constante contra los Inspirados.
- Aerenal:** nación isla junto a la costa sureste de Khorvaire, conocida como la patria de los elfos.
- Aerocalesas:** pequeñas naves voladoras, normalmente en forma de bote o góndola. La magia que permite a los aerocarros volar tiene que ver con la zona manifiesta que rodea Sharn. En consecuencia, estos vehículos no funcionan lejos de Sharn y sólo se encuentran en la Ciudad de las Torres.
- Alas doradas:** unidad montada de la Guardia de Sharn. Los Alas doradas montan hipogrifos entrenados, y la unidad vigila las torres superiores y responde a los crímenes aéreos.
- Alina Lorridan Lyrris:** maga gnomo con considerable riqueza e influencia. Sea una verdadera criminal o una simple amoral, Alina es una mujer poderosa que suele trabajar en las sombras. En el pasado vivió en la ciudad de Metrol, donde conoció a Daine. Actualmente reside en el distrito de Den'iyas, en Sharn.
- Altos muros:** distrito de la guarda del Bajo Desembarco de Tavick de Sharn. Durante la Última guerra muchos extranjeros que vivían en la ciudad fueron reubicados en Altos muros, y la mayoría de los cyr que viven en la ciudad lo hacen en este distrito.
- Arcanix:** instituto de estudios arcanos en la nación de Aundair. Muchos de los mejores magos de Galifar aprendieron sus artes en las torres flotantes de Arcanix.
- Artificiero:** encantador que canaliza la magia en el interior de los objetos, creando herramientas y armas temporales o permanentes.
- Asdren:** joven mediana empleada por la casa Jorasco en el Desembarco de Tavick. Asdren estudia las artes de sanación y sueña con alcanzar algún día un lugar en la jerarquía de la casa, pero por el momento se ocupa de asuntos administrativos.
- Augur:** adivino profesional.
- Aundair:** una de las Cinco naciones originales de Galifar, Aundair es la sede del Congreso Arcano y la Universidad de Wyrnarn. Actualmente bajo el poder de la reina Aurala ir'Wyrnarn.
- Bal:** influyente miembro de la casa Tarkanan, Bal es un talentoso combatiente sin armas. Su capacidad es realzada por una Marca de dragón aberrante, un tacto gélido que seca la vida de su víctima. Bal está cubierto de furúnculos y heridas,

y un alma supersticiosa diría que la Marca aberrante de Bal fue la responsable de su insoportable aspecto. Ver *casa Tarkanán*.

**Bandido Rey del Bosque del susurro:** título adoptado por Horas Calt durante su infame carrera. Nacido en Breland en 845 AR, Calt desarrolló unos impresionantes poderes hechiceros y pronto puso sus habilidades mágicas al servicio del crimen. Se ganó un lugar en las canciones de los bardos al ser el primer hombre en robar el rayocarril, y finalmente se instaló en las profundidades de los Bosques Susurrantes. Muchos vagabundos y canallas se unieron a su grupo, y se dice que encontró aliados entre los espíritus malignos del bosque. Un grupo de Mariscales Centinelas de la casa Deneith arrinconaron al Bandido Rey en 872 AR. La batalla dejó un rastro de destrucción en los bosques y al final Calt se lanzó al fuego para evitar la captura. Fue una gran victoria para la casa Deneith, pero algunos bardos sostienen que los amigos de Calt entre los demonios lo salvaron de las llamas y se llevaron por arte de magia al Bandido Rey al plano de Thelanis, donde vive a día de hoy.

**Batalla de las Tres Lunas:** terrible conflicto que tuvo lugar en el conflictivo territorio situado entre Breland, Darguun y Cyre. La Batalla de las Tres Lunas empezó la noche del 20 de barakas de 990 AR, cuando una tropa darguul y un ejército brelish lanzaron un ataque sorpresa sobre un campamento cyrano. Pero los darguuls no habían contado con la presencia de una banda de guerra valenar. Aunque los elfos no estaban aliados con los cyr, consideraron más divertido luchar contra la fuerza más grande, La batalla duró cuatro días, y los peores enfrentamientos tuvieron lugar por la noche; por suerte, la inusual conjunción de tres de las lunas de Eberon proveía luz suficiente para que los humanos y los elfos estuvieran a la altura de sus enemigos duendoides.

**Breland:** la mayor de las Cinco naciones originales de Galifar. Breland es el centro de la industria pesada. El actual rey de Breland es el rey Boranel ir'Wyrnarn.

**Cadrian:** soldado que sirvió en el ejército cyrano a las órdenes de Daine. Cadrian murió en la Batalla del risco de Keldan.

**Calazar Tash:** héroe mediano de las llanuras de Talenta, del que se dice que vivió en los primeros tiempos del reino de Galifar. Hay cientos de leyendas sobre las hazañas de Calazar, y con la ayuda de su listo pes clavus Shrka se dice que batalló contra dragones, luchó contra demonios y llegó a engañar al mismísimo Viajero.

**Calis, Lailin:** augur que vive en Sharn. Lailin es un viejo amigo de Lei d'Cannith.

**Callol:** pequeña aldea cyrana capturada por los darguuls en 995 AR.

**Cannith, casa:** casa de los hacedores con la Marca de dragón.

**Cantrip:** forma menor de magia. Un cantrip puede ser usado para limpiar las manchas de la ropa sucia o abrir una puerta desde el otro extremo de la habitación.

**Carnaval de Sombras:** circo nómada de la casa Phiarlan, lleno de ilusión, acrobacias

y criaturas exóticas y artistas de todo Khorvaire.

**Carralag:** gárgola que inmigró a Sharn desde Droaam. Carralag representa el distrito de la Puerta de Malleon en la Carrera de los Ocho Vientos.

**Chyrassk:** líder de culto que ha reunido a seguidores en el lúgubre distrito de la Puerta de Khyber. Chyrassk nunca ha sido visto fuera de su culto y permanece envuelto en misterio.

**Cinco naciones:** las cinco provincias del reino de Galifar: Aundair, Breland, Cyre, Kárfnaih y Thrane.

**Congreso Arcano:** establecido por el rey Galifar 1 en 15 AR, el Congreso Arcano recibió el encargo de estudiar los misterios de la magia y poner esos poderes al servicio del reino. El congreso tiene su sede en Aundair, y cuando el reino se colapso en 894 AR, el congreso juró fidelidad al trono aundairiano.

**Consejo del Trono:** tras el Luto, los príncipes y embajadores de las naciones supervivientes se reunieron en Prono, el tradicional corazón del reino de Galifar. Las negociaciones duraron muchos meses, hasta que finalmente se firmó un tratado el 11 de aryth de 96 AR.

**Conversor:** los miembros de la raza conversora poseen una ilimitada capacidad de cambiar de rostro y forma, lo que permite a un conversor disfrazarse como miembro de otra raza o como otro individuo. Se dice que los conversores son la descendencia de humanos y dobles. Son relativamente escasos en número y no tienen tierra ni cultura propias, sino que están esparcidos por todo Khorvaire.

**Corazón Oscuro:** hogar de Jura Corazón Oscuro en el distrito que da al Océano del Alto Desembarco de Tavick.

**Corona:** la corona de cobre es la moneda de menor valor acuñada bajo el gobierno de Galifar.

**Cyre:** una de las Cinco naciones originales de Galifar, conocida por sus artes y artesanías. El gobernador de Cyre era tradicionalmente ascendido al trono de Galifar, pero en 894 AR Kaius de Karnath, Wroann de Breland y Thalin de Thrane se rebelaron contra Mishann de Cyre. Durante la guerra, Cyre perdió significativas cantidades de territorio a manos de mercenarios elfos y duendes, que crearon las naciones de Valenar y Darguun. En 994 AR, Cyre fue devastada por un desastre de origen desconocido que convirtió la nación en una tierra baldía hostil poblada por monstruos mortales. Breland ofreció refugio a los supervivientes del Luto, y la mayor parte de los refugiados cyr se aprovecharon de esa amnistía. Ver *Luto*, *Llorones*, *Tierras Enlutadas*.

**D'Cannith, Aaren:** artificiero portador de la Marca de dragón, en el pasado barón de Metrol y miembro del Consejo Cannith con sede en Cyre. Los registros oficiales de la casa consideran que Aaren dio con el avance místico que dio verdadera conciencia a los forjados. Aaren estaba fascinado con el misterioso continente de Xen'drik, y algunos dicen que su trabajo se basaba en antiguos secretos recuperados allí. Aaren falleció en 984 AR. Le sobrevivió su hijo

Merrix d’Cannith.

- D’Cannith, Aleisa:** artificiera potadora de la Marca de dragón de la casa Cannith y madre de Lei d’Cannith. Aleisa estuvo implicada en el desarrollo de los forjados, pero todos los registros de su trabajo se perdieron en la guerra. Se cree que murió en Cyre el Día del luto.
- D’Cannith, Casalon:** legendario artificiero de la casa Cannith que vivió en el tercer siglo del reino de Galifar. El logro más notable de Casalon fue el desarrollo del fuego frío, que permitió a los artificieros y los magos-creadores llevar luz a las ciudades de Khorvaire.
- D’Cannith, Dasei:** heredera de la Marca de dragón residente en Sharn. Dasei estudió artes místicas con su prima Lei d’Cannith, pero es mucho más conocida por su vida social que por su tarea como artificiera.
- D’Cannith, Dravot:** guardián del enclave Cannith en Sharn, Dravot se distinguió durante su servicio en la Guardia Maderaoscura de élite. Durante la última década de la Última guerra sirvió como guardia de la armada de Blancohogar en Cyre, pero fue trasladado antes del Día del luto.
- D’Cannith, Hadran:** Heredero de la Marca de dragón. Los ancestros de Hadran fueron una de las primeras ramas de la casa Cannith que echó raíces en Sharn, y posee una considerable riqueza e influencia. Viudo sin hijos, Hadran es el prometido de Lei d’Cannith.
- D’Cannith, Lei:** heredera de la Marca de dragón, hija de Aleisa d’Cannith. Lei estudió artes místicas en Sharn y Metrol. Como muchos jóvenes artificieros, decidió servir en los cuerpos de apoyo Cannith durante la guerra. Sirvió con las fuerzas militares de las Cinco naciones para mantener a los soldados forjados y otras armas que las distintas naciones habían comprado a los Cannith. En 990 AR, Lei fue destinada al comando del sur de Cyre, donde sirvió con Daine, Través y Jode. En 993 AR sus padres concertaron su matrimonio con Hadran d’Cannith, pero antes de que terminara su período de servicio se vio atrapada en el Día del luto y estuvo a punto de morir.
- D’Cannith, Merrix:** como barón de la casa Cannith, Merrix supervisa las actividades de la casa en Sharn. Hijo de Aaren d’Cannith, Merrix es un talentoso artificiero que ha pasado una década trabajando en nuevos diseños para forjados. Tras la Última guerra ha mostrado taimados instintos políticos y se ha beneficiado del caos creado por la destrucción del Consejo de la casa. Es el barón Cannith más influyente en Breland, y muchos creen que aspira a hacerse con el control de la casa.
- D’Deneith, Doran:** general de la Marca del filo de la casa Deneith, Doran es conocido por sus brillantes tácticas y su completa devoción a los principios de la casa. Durante la Última guerra lideró tropas por encargo de Cyre, Breland y Karrnath, y se mostró orgulloso de su servicio imparcial.
- D’Lyrandar, Dantian:** semielfo de la casa Lyrandar, Dantian es un responsable

comercial de su casa. Dantian dedica la mayor parte de su tiempo a las necesidades de su casa, pero también es conocido por sus lujosas fiestas y galas.

**Daeras:** mujer semielfa que sirve en la guarnición de Vigilia de la daga. Daeras ama apasionadamente los deportes, especialmente las carreras aéreas de Sharn.

**Daga:** uno de los mayores ríos de Khorvaire, el Daga desciende hacia el sur por Breland y desemboca en el mar Trueno.

**Dagahalcón:** raza de halcón que se encuentra en las montañas que recorren las riberas del río Daga. Los dagahalcones son también conocidos como halcones nefastos; son inmensas criaturas que pueden soportar el peso de un jinete humano en el vuelo. Durante el reinado de Galifar II, los dagahalcones fueron domesticados y utilizados como monturas aéreas. Con todo, son difíciles de manejar y hoy en día sólo se ven, por lo general, en los estadios deportivos de Sharn.

**Daine:** soldado antes mercenario, Daine prefiere no hablar de su pasado. Nacido en Cyre, se sabe que ha trabajado para Alina Lorridan Lyrris durante un extenso período de tiempo. En 988 AR se sumó a la guardia de Cyre de la Reina y finalmente alcanzó el rango de capitán en el comando del sureste.

**Dal Quor:** otro plano de existencia. Se dice que los espíritus mortales viajan a Dal Quor cuando sueñan.

**Darguun:** nación de duendoides fundada en 969 AR cuando un líder trasgo llamado Haruuc formó una alianza entre los mercenarios duendoides y anexionó una sección del sureste de Cyre. Breland reconoció esta nueva nación a cambio de una frontera pacífica y un aliado contra Cyre. Pocas personas confían en las gentes de Darguun, pero sus soldados son una fuerza a tener en cuenta.

**Dassi:** mediana cuya familia emigró a Breland desde las llanuras de Talenta. Dassi es propietaria y encargada de la taberna de la Mantícora, en el distrito de Altos muros de Sharn.

**Dek:** convcrsor, jugador y apostante. Dek pasa la mayor parte del tiempo en el Rey del Fuego, en Disparate de Hareth.

**Demonio, baldíos:** tierra baldía al noroeste de Khorvaire. Los baldíos Demonio, se dice, están llenos de salvajes bárbaros, espíritus mortales y ruinas anteriores en cientos de miles de años a la civilización humana.

**Deneith, casa:** casa portadora de la Marca de dragón del centinela.

**Den'iyas:** distrito del Alto Menthis, en Sharn. Den'iyas es una próspera área principalmente habitada por gnomos. En ocasiones se lo conoce como «Pequeño Zil».

**Desembarco de Tavick:** uno de los cinco barrios de Sharn. Los viajeros que llegan a pie o en rayocarril deben pasar por el Desembarco de Tavick, que es una mezcla de distrito residencial, de ocio y de negocios.

**Desierto de Filos:** árida región en el sureste de Khorvaire. En el pasado parte de



Cyre; en la actualidad es reclamado por la nación de Valenar.

**Desollador de mentes:** ver *Illithid*.

**Disparate de Hareth:** distrito de la guarda de Media Dura de Sharn. Disparate de Hareth es un distrito de ocio, en especial de juegos y deportes aéreos.

**Dolurrh:** la Llanura de los Muertos. Cuando los mortales mueren, sus espíritus, se dice, viajan a Dolurrh y después se desvanecen lentamente, pasando al destino final que espera a los muertos.

**Dolurrh, puerta de:** peligroso edificio en ruinas en el distrito de Altos muros de Sharn, habitado por refugiados cyr.

**Domo:** sirviente forjado de la casa de Hadran d’Cannith.

**Donal:** soldado del ejército cyrano. Donal sirvió a las órdenes de Daine en la Batalla del risco de Keldan. No ha sido visto desde el Luto.

**Doraashka:** término duende que significa «comedor gris». Nombre para los oozes ácidos que habitan las cloacas de Sharn. También conocidos como comedores u oozes grises.

**Doras:** este semiorco era juez local de Cytal, una pequeña aldea del sur de Cyre. Logró escapar a los efectos del Luto, pero su aldea fue destruida y él se volvió triste y amargado. Actualmente vive en la Puerta de Dolurrh, un edificio en el distrito de Altos muros, de Sharn, y ha reunido a un cierto número de seguidores entre la comunidad de refugiados.

**Dragón:** 1. Reptil que representa una gran amenaza física y posee un gran poder místico. 2. Moneda de platino que muestra la imagen de un dragón en una de las caras. El dragón de platino es la moneda de más alto valor acuñada bajo el poder de Galifar.

**Droaam:** nación de la costa oeste de Khorvaire. En el pasado reclamada por Breland, esta región nunca fue colonizada por humanos y fue considerada una tierra salvaje llena de toda clase de monstruos y criaturas que habían sido obligados a retroceder por el creciente poder de Galifar. En 986 AR se produjo un movimiento para organizar a las criaturas de Droaam en una nación coherente, aunque ello se ha conseguido hasta cierto punto, la nueva nación todavía no ha sido reconocida por ningún otro país.

**Duendoide:** término general que abarca las tres especies de humanoides: los pequeños y astutos duendes, los guerreros trasgos, y los grandes y fuertes chinchas.

**Dura:** uno de los cinco barrios de Sharn. Dura es el barrio más antiguo de la ciudad y lugar de residencia de los habitantes más pobres de Sharn.

**Eberron:** 1. El mundo. 2. Dragón mítico del que se dice que formó el mundo con su cuerpo en tiempos primordiales y que dio nacimiento a la vida natural. También conocido como «El Dragón Entre». Ver *Kbyber*, *Siberys*.

**Ejército soberano:** religión panteísta con un fuerte seguimiento en Khorvaire.

**Eldeen:** en el pasado este término era utilizado para describir las vastas extensiones

boscosas situadas en la costa oeste de Khorvaire, habitadas sobre todo por tribus nómadas y sectas de druidas. En 958 AR el pueblo occidental de Aundair rompió los lazos con la corona audairiana y unió sus tierras a Eldeen, incrementando enormemente la población de la nación y haciéndola visible al ojo público.

**Ellymer:** anciano herrero cyrano que se convirtió en refugiado una vez su aldea fue destruida por el Luto. Actualmente vive en el distrito de Altos muros, en Sharn. Las penalidades han minado la mayor parte de su fuerza y se está quedando ciego.

**Estrella de Cyre:** estrella de cinco puntas. Las puntas representan las Cinco naciones; la punta superior y el centro de la estrella son dorados —representan Cyre— y las otras cuatro, roja, azul, negra y plata. La silueta de una corona es con frecuencia situada en el centro de la estrella. Dado que Cyre siguió reclamando su puesto entre las Cinco naciones durante la Última guerra, siguió utilizando este símbolo.

**Expósito:** las Marcas de dragón están vinculadas a la línea de una sola familia. Cualquiera que posea la Marca del hacedor tiene algún vínculo con la casa Cannith. Sin embargo, las casas han existido durante miles de años, y esas familias crecieron con el tiempo. Cuando alguien desarrolla una Marca de dragón pero no tiene un vínculo conocido con la casa que porta esa Marca, es conocido como expósito. Las casas portadoras de la Marca de dragón tradicionalmente acogen a los expósitos para mantener el control de la Marca, pero los expósitos raramente ascienden mucho en la jerarquía de la casa y no pueden utilizar el apellido completo. El hijo de un expósito y los herederos completos de la casa sí pueden tomar su nombre. Ver *Marca de dragón; casas portadoras de*.

**Felmar:** porción de tierra en la frontera entre Breland y Cyre. Hacia el final de la Última guerra, Daine y sus soldados fueron asignados a la defensa del fuerte de Felmar contra los brelish.

**Fernia:** un plano de existencia conocido como Mar de Fuego.

**Forjado:** raza de artefactos humanoides contruidos con madera, cuero, metal y piedra que obtienen su conciencia por medio de la magia. Los forjados fueron creados por la casa Cannith, que pretendía crear soldados incansables y comerciables, capaces de adaptarse a cualquier situación táctica. Cannith desarrolló una amplia gama de autómatas militares, pero no dispusieron de verdadera conciencia hasta 965 AR, cuando Aaren d’Cannith perfeccionó el primer forjado moderno. Un soldado forjado es básicamente de la misma forma que un hombre adulto, aunque un poco más alto y pesado. Hay distintas clases de forjados, cada una de ellas para una función militar específica: con armadura pesada, tropas de infantería, exploradores rápidos y escaramuzadores. Si bien los forjados cobran existencia con el conocimiento requerido para llevar a cabo su función, tienen la capacidad de aprender y, con la guerra a punto de llegar a

su final, muchos buscan en sus almas —aunque se pone en duda que tengan almas— y se preguntan qué lugar pueden ocupar en un mundo en paz.

**Fuego eterno:** ver *Fuego frío*.

**Fuego frío:** llama mágica que no produce calor y no arde. El fuego frío se utiliza para iluminar la mayor parte de ciudades de Khorvaire.

**Galifar:** 1. Astuto guerrero y talentoso diplomático que forjó Cinco naciones en un solo reino que dominó el continente de Khorvaire. 2. El reino de Galifar I, que terminó el 894 AR. 3. Moneda de oro acuñada por el reino que muestra la imagen del primer rey. El galifar de oro todavía se utiliza hoy y equivale a diez soberanos.

**Galt:** joven duende de la Puerta de Malleon.

**Ghaal'dar:** termino duende que puede ser traducido como «pueblo poderoso». Los duendoides de Darguun utilizaban esta palabra para describir a la gente de su nación, enfatizando su fortaleza marcial.

**Ghallanda, casa:** casa portadora de la Marca de dragón de la hospitalidad.

**Gorlan'tor:** palabra del idioma de los medianos de las llanuras de Talenta, que significa más o menos «estampida».

**Guardia de la Reina:** uno de los títulos del ejército de Cyre.

**Guardia de Sharn:** la fuerza que mantiene el orden en la ciudad de Sharn. La Guardia está presente en toda la ciudad, y cada barrio cuenta con su propia guarnición. Además de la fuerza principal de guardias, hay varias divisiones especializadas en el interior de la Guardia. Los Alas doradas aportan reconocimiento y apoyo aéreo. El Libro Negro se encarga de los crímenes mágicos. Los Guardianes de la Puerta controlan las actividades de los extranjeros. Y El Batallón de la Capa Roja es la unidad militar de élite que puede ser utilizada contra enemigos mortales como demonios, comandos enemigos y amenazas semejantes.

**Guardia del viento:** organizadores de la Carrera de Ocho Vientos.

**Guerra de la Marca:** quinientos años antes de la creación de Galifar, las familias portadoras de la Marca de dragón unieron fuerzas para eliminar a los poseedores de Marcas aberrantes. Finalmente, los aberrantes unieron fuerzas y formaron un ejército bajo el liderazgo de Halas Tarkanan y su amante, la Señora de la Plaga. A pesar del talento de Tarkanan y su poder personal, sus soldados eran escasos y estaban mal organizados, y no pudo resistir ante los portadores de la Marca de dragón. Después de la guerra, las familias establecieron formalmente las primeras casas con la Marca.

**Gusanos halodanos:** estos gusanos son considerados una delicia en las llanuras de Talenta. Los comerciantes medianos llevaron los gusanos consigo cuando se expandieron por todo Khorvaire, y aunque la mayoría de humanos los consideran repulsivos, muchos gnomos los comen con placer.

**Hijas de Sora Kell:** las tres brujas que gobiernan la nación de Droaam. Las Hijas son

figuras de mito y leyenda, y poseen unas impresionantes habilidades místicas y oraculares.

**Hilan:** modesta costurera. Nació en una pequeña aldea del extremo sur de Cyre. Se quedó viuda durante la guerra y viajó a Sharn después del Luto.

**Hojas de Selas:** halladas en primera instancia en la Marisma de la bruma, el uso de esta hierba aromática se ha extendido por las Cinco naciones en los tres últimos siglos. Se ha convertido en una de las bases de la comida cyrana, especialmente de las carnes rojas.

**Holas:** semiorco al servicio de la Guardia de Sharn. Nacido en la Puerta de Malleon, se abrió el paso desde la pobreza y el desamparo y se ganó un lugar en la Guardia. Actualmente es sargento de la guarnición de Vigilia de la daga.

**Horas:** enano al servicio de los guardianes de la puerta. Horas pasa la mayor parte del día vigilando a viajeros en la Puerta de Wroann, en el Desembarco de Tavick.

**Hugal Desal:** joven refugiado cyrano. Hugal y su idéntico hermano gemelo Monan llegaron a Sharn tras el Luto y encontraron una casa en el distrito de Altos muros.

**Huida:** esta enana sirvió como médico de campo en la armada de Cyre. Después de la destrucción de su patria, viajó al sur hasta Sharn para utilizar sus habilidades con la comunidad de refugiados de la ciudad. Mantiene una enfermería improvisada en la plaza de l ogran, en el distrito de Altos muros.

**Hu'ur'hnn:** lechuza gigante con el poder del habla y un rápido ingenio igual —o superior— al de un humano. Hu'ur'hnn era una bestia de carreras y ganó la competición de los Ocho Vientos en 970 AR. La edad la obligó a retirarse, pero ha conseguido un gran éxito como mediador y consejero en el Bazar de Dura.

**Illithid:** una abominación de Xoriat, el Plano de la locura. Un illithid es básicamente del mismo tamaño y forma que un humano pero posee una cabeza semejante a la de un calamar con tentáculos situados alrededor de unas fauces con colmillos.

**Iltrayan:** vino oscuro y seco de Aundair. Las viñasiltrayanas se hallan en el interior de la zona manifiesta vinculada a Shavarath, y muchos soldados afirman que una copa deiltrayan prepara la sangre para la batalla.

**Il-Yanna:** palabra de la lengua quor que podría traducirse como «la Gran Luz». Esta fuerza mística es el centro de la religión de Kalashtar.

**Ir':** cuando va unido a un apellido, este prefijo indica una de las líneas aristocráticas de Galifar. Los descendientes del rey de Galifar I pertenecen al linaje Ir'Wyrnarn.

**Ir'Dain, Jairen:** orgulloso descendiente de un linaje noble, Jairen ir'Dain es el embajador de Cyre en la ciudad de Sharn, o lo era antes del Luto. El alcalde de Sharn ha permitido que la embajada cyrana siga abierta, y Jairen está haciendo lo que puede para promover los intereses de los refugiados cyr.

- Ir'Dalas, general Bail:** el oficial al mando de las fuerzas cyranas en la Batalla de las Tres Lunas. El general Ir'Dalas sobrevivió a ese conflicto, pero cayó en batalla contra una legión de inmortales karnathi el año siguiente.
- Ir'Lanter, Alais:** noble de la nación de Aundair. Junto a su hermano Heláis, Alais sirve como embajador, representando los intereses de la Gorona aundairiana en Sharn.
- Ir'Ryc, Greykell:** descendiente de una familia cyrana noble, Greykell ir'Ryc fue capitana en la Guardia de la Reina de Cyre. Conocida como la Loba Sonriente debido a su tenacidad y buen humor, Greykell era famosa en todo el mando del sur por sus astutas estrategias y su capacidad para inspirar a sus soldados. Se dice que sangre de dragones corre por su casa, y además de ser una dotada espadachina, posee un pequeño talento para la magia. Después de la destrucción de Cyre, Greykell viajó a Sharn. Se ha convertido en una jefa de policía oficiosa del distrito de Altos muros, aunque prefiere mantener el orden por medio de la diplomacia y no mediante el uso de la fuerza.
- Ir'Soras, Teral:** en el pasado consejero de la corte de Cyre, Teral ir'Soras estaba retirado de la política y disfruta de su mediana edad. Esta vida tranquila terminó cuando el Luto destruyó Cyre. Teral sobrevivió el desastre y viajó a Sharn. Como uno de los pocos nobles cyr en la ciudad, Teral se siente obligado a utilizar su talento para preservar lo que queda de la civilización cyrana y se ha dedicado a organizar a los refugiados de Altos muros.
- Ir'Talan, Grazen:** nacido en la casa Deneith, Grazen sirvió en la Marca de filo y se ganó un lugar en los Mariscales Centinelas. Durante una misión en Sharn, Grazen se enamoró de una heredera del linaje de Tala. Como los Acuerdos de Galifar impiden a los herederos de las casas portadoras de la Marca de dragón obtener títulos reales, Grazen decidió abandonar la casa Deneith para casarse con su amada. Entre su propio talento y la influencia de su nueva familia, Grazen obtuvo un cargo en la Guardia de Sharn. Hoy es el capitán de la guarnición de Vigilia de la daga en el Alto Dura.
- Ir'Talan, Hareth:** aristócrata y arquitecto que vivió en los primeros días de Sharn. Muchos creían que Hareth estaba loco, pero el oro y los contactos de la familia Ir'Talan le dieron la oportunidad de diseñar uno de los distritos de Sharn. Ahora conocido como el Disparate de Hareth, el distrito es un raro conglomerado de estilos constructivos de todo Eberon y, al menos según Hareth, de todos los planos de existencia.
- Ir'Wyrnarn, Wroann:** hija del rey Jarot ir'Wyrnarn, el último rey de Galifar. Antes de la muerte de su padre, Wroann era gobernadora de Breland. Cuando Jarot murió en 894 AR, Wroann se volvió contra la tradición del reino y se coronó reina de Breland. Para el pueblo de Breland, Wroann es una heroína que se enfrentó a las anticuadas tradiciones. Para muchos otros —especialmente el pueblo de Thrane y Aundair—, Wroann fue la peor de las rebeldes, responsable

de un siglo de guerra y la destrucción de Cyre.

**Jani Onyll:** soldado cyrano que sirvió con Daine en la Última guerra.

**Jask, raíz de:** los alquimistas afirman que la raíz de jask es el vegetal más nutritivo que puede cultivarse en Khorvaire. La raíz fue descubierta en las llanuras de Talenta, donde es la base de la dieta de los medianos. Con todo, la mayor parte de humanos —especialmente los niños humanos— consideran intolerable el sabor de las raíces de jask. En consecuencia, se suelen servir con un grueso y azucarado glaseado.

**Jhaakat:** guerrero trasgo de la tierra de Darguun, Jhaakat lideró una banda de darguuls en Sharn, siguiendo la guerra con la esperanza de encontrar trabajo de mercenario. Actualmente vive en la Puerta de Malleon. La falta de trabajo ha aumentado su frustración y con frecuencia busca pelea con humanos y elfos.

**Jhola':** saludo utilizado por los medianos de las llanuras de Talenta. Puede traducirse de distintas maneras, dependiendo del momento, el lugar y la relación entre los hablantes.

**Jholeg:** un duende explorador que sirvió en el ejército cyrano bajo las órdenes de Daine.

**Jode:** este mediano ha revelado poco acerca de su pasado. Porta la Marca de la sanación, pero nunca ha reconocido tener algún vínculo con la casa Jorasco. Aunque ocasionalmente habla de su infancia en las llanuras de Talenta, Jode se trasladó a las Cinco naciones a edad temprana. En 988 AR entró a servir en la Guardia de la Reina de Cyre en compañía de su amigo Daine. Nunca buscó conseguir ningún cargo de oficial, sino que sirvió como sanador y explorador ocasional, utilizando su Marca de dragón y su rápida inteligencia para ayudar a su amigo.

**Jol:** viejo refugiado cyrano. Jol nació en la aldea de Callol. Su familia fue asesinada cuando los darguuls capturaron la aldea, y Jol fue torturado. Ahora vive en Altos muros, pero se le tiene por loco.

**Jorasco, casa:** casa portadora de la Marca de dragón de la sanación.

**Jura Corazón Oscuro:** nacido Jura d'Cannith, este aristócrata con la Marca de dragón fue expulsado de la casa Cannith después de casarse con una dríada. Permaneció en Sharn después de ser expulsado. Su esposa murió en 995 AR.

**Justa aérea:** acontecimiento deportivo en el que los participantes luchan montados en bestias voladoras. En una justa normal, el objetivo es derribar a todos los oponentes al suelo, pero hay muchas variaciones de este deporte.

**Kadran:** sirviente de la casa Lyrandar, ejerce como mayordomo en el hogar de Dantian d'Lyrandar.

**Kalashtar:** los kalashtar son una rama de la humanidad. Dicen las historias que los kalashtar son humanos tocados por espíritus de otro plano de existencia y que poseen extraños poderes mentales.

**Karris:** adusto enano cyrano. Karris fue en el pasado soldado, pero después del Luto

decidió servir a Teral ir'Soras como asistente y guardaespaldas.

**Karnath:** una de las Cinco naciones originales de Galifar. Karnath es una tierra fría y adusta cuyo pueblo fue conocido por su audacia marcial. El gobernante actual de Karnath es el rey Kaius ir'Wyrnarn III.

**Kasslak:** figura de autoridad en el distrito de la Puerta de Malleon.

**Kazhazar:** un ensalmo dracónico con frecuencia utilizado para activar encantamientos arcanos que implican el movimiento o el teletransporte.

**Kela:** anfitriona del Rey del Fuego.

**Keldan, risco de:** remota región de colinas en el sur de Cyre. Mientras pasaban por el risco en 994, los soldados de Daine encontraron un ejército fuertemente armado de nacionalidad desconocida. Este enemigo dispersó a las tuerzas cyranas; fue esta retirada forzada lo que empujó a Daine, Lei, Través y Jode fuera del radio del Luto.

**Khorvaire:** uno de los continentes de Eberron.

**Khyber:** 1. El submundo. 2. Dragón mítico, también conocido como el «Dragón de Abajo». Después de matar a Siberys, Khyber fue encarcelado por Eberron y transformado en el submundo. Se dice que Khyber dio luz un ejército de demonios y otras criaturas sobrenaturales.

**Khyber, puerta de:** este nombre se utiliza para cubrir una vasta extensión de las Maquinarias de Sharn. Es una zona sin ley en la que no entra la Guardia y donde muchos criminales, duendoides y droaamitas tienen su hogar.

**Korlan:** semiorco de la Marisma de la bruma, Korlan desarrolló una Marca de dragón aberrante cuando tenía diez años. Fue expulsado de las Marismas, pero encontró un hogar en Sharn con la casa Tarkanan.

**Korluuat:** «Sangre del Héroe». Bebida con alta graduación alcohólica muy popular entre los guerreros chinchas de Darguun.

**Kundarak, casa:** casa portadora de la Marca de dragón de la guarda.

**Lakashtai:** mujer kalashtar residente en Sharn.

**Lamannia:** plano de existencia conocido como Bosque del Crepúsculo.

**Llama de plata, la:** poderosa fuerza espiritual dedicada a eliminar las influencias malignas del mundo. Durante los últimos quinientos años, se ha establecido una poderosa iglesia alrededor de la Llama de plata.

**Llamaviento:** misteriosa efigie de la tierra distante de Xen'drik. La Expedición Carradan la encontró en las ruinas de una ciudad de gigantes. Llamaviento afirmó estar esperando a los exploradores y declaró su intención de acompañarlos de vuelta a Khorvaire. Fascinados, los exploradores aceptaron e incluso le proporcionaron una residencia en la Universidad de Morgrave. Llamaviento tiene el cuerpo de un gato depredador, las alas de un águila y la cabeza de una doncella elfa. Claramente posee poderes oraculares, pero sus motivaciones siguen siendo un enigma.

**Llorón:** término de jerga para designar a los refugiados cyr.

- Lorrak:** enano brelish. Lorrak ostenta el rango de sargento en la Guardia de Sharn.
- Luto, el:** desastre que tuvo lugar el 20 de olarune de 994 AR. El origen y la naturaleza precisa del Luto son desconocidos. El 20 de olarune, una bruma gris se extendió por todo Cyre y todo lo atrapado en el interior de esa bruma fue transformado o destruido. Ver *Tierras Enlutadas*.
- Lynna:** soldado que sirvió en el ejército de Cyre bajo las órdenes de Daine. Lynna murió en la Batalla del risco de Keldan.
- Lyrandar, casa:** casa portadora de la Marca de dragón de la tormenta.
- Madera oscura:** esta rara madera debe su nombre a su color oscuro. Es dura como el roble pero notablemente ligera, al menos la mitad del peso de las demás maderas. Con frecuencia se utiliza en la creación de bastones y varitas mágicas.
- Madera bronceada:** inusual tipo de madera que tiene muchos rasgos del metal, Los elfos de Aerenal utilizan la madera de bronce en la creación de armas y armaduras.
- Mago-creador:** término genérico para cualquier profesional que utiliza la magia para aumentar su talento artesanal. El mago-creador típico puede llevar sólo a cabo uno o dos encantamientos: entre los ejemplos se incluye el herrero que utiliza la magia para su tarea, el farolero que produce linternas eternas, y el augur que utiliza la magia para adivinar el futuro de sus clientes.
- Mal:** soldado que sirvió en el ejército de Cyre bajo las órdenes de Daine. Murió en la Batalla del risco de Keldan.
- Mantícora:** 1. Bestia mágica con el cuerpo de un león, las alas de un dragón y el rostro de un hombre. 2. Taberna situada en el distrito de Altos Muros de Sharn que utiliza una Mantícora como emblema.
- Maquinarias:** esta red de túneles se extiende muy por debajo de las torres de Sharn. Las fundiciones y los talleres de Sharn están en su mayoría situados en las Maquinarias, junto a cloacas y túneles que se remontan al antiguo imperio de los duendes.
- Marca de dragón:** 1. Marca mística que aparece en la piel y concede poderes místicos a su portador. 2. Término de la jerga para el portador de una Marca de dragón.
- Marca de dragón aberrante:** hay doce Marcas de dragón, como se ha descrito anteriormente, pero se dice que cuando los linajes con la Marca de dragón se hibridan, producen Marcas pervertidas. Como las verdaderas Marcas de dragón, poseen poderes mágicos, pero estos poderes son oscuros y peligrosos y se dice que hacen pagar un elevado precio a la mente y el cuerpo del portador.
- Marca de dragón, casas portadoras de:** una de las trece familias cuyos linajes tienen el potencial de manifestar una Marca de dragón. Muchas de las casas portadoras de la Marca de dragón existieron antes del reino de Galifar, y han usado sus poderes místicos para conseguir una considerable influencia política y económica.



**Marca de filos:** gremio de mercenarios de la casa Deneith.

**Mariscales Centinelas:** la casa Deneith, portadora de la Marca de dragón, es la fuente principal de soldados mercenarios y guardaespaldas de Khorvaire. Los Mariscales Centinelas son una versión especializada de los mercenarios: cazadores de recompensas con la capacidad de imponer las leyes de Galifar en todo Khorvaire. Este derecho fue concedido por el rey de Galifar, pero cuando Galifar se vino abajo, los gobernantes de las Cinco naciones permitieron a los Mariscales Centinelas perseguir a sus presas por todas las naciones y mantener una fuerza legal neutral que sería respetada en todo Khorvaire.

**Marisma de la bruma:** región de marismas desoladas en la costa suroeste de Khorvaire.

**Mediapiedra, calle:** una de las muchas calles del distrito del Arco Negro de Sharn. Buena parte del comercio del distrito se halla en Mediapiedra.

**Menthis:** uno de los cinco barrios de Sharn. Menthis destaca por ser un centro de educación y ocio. La mayor parte de los teatros de Sharn se hallan en este barrio, y la Universidad de Morgrave está en su guarda superior.

**Metrol:** capital de Cyre. Metrol fue destruida por el Luto.

**Minal:** miembro de la guardia de Sharn que sirve en la guarnición de Vigilia de la daga.

**Mitral:** metal parecido a la plata que es tan fuerte como el hierro pero mucho más ligero y maleable.

**Monan Desal:** joven refugiado cyrano. Monan y su hermano gemelo idéntico Hugal llegaron a Sharn después del Luto y fundaron un hogar en el distrito de Altos muros.

**Moresco:** ladrón mediano que vive en las alcantarillas de Vigilia de la daga.

**Morgalan:** humano con un don menor para la hechicería. Morgalan sirvió en el ejército Brelish pero se cansó de la vida militar. Desertó del ejército, y junto a un grupo de amigos, se convirtió en bandido y se dedicó a asaltar a los que viajaban por el camino que llevaba a Sharn.

**Montañas de Byeshk:** cordillera de la costa occidental de Khorvaire que separa Droaam de las extensiones Eldeen.

**Mror:** nación de enanos y gnomos situada en las montañas de Hierroraíz.

**Murogrís, montañas:** cadena montañosa en el sur de Breland. Las Murogrís separan Darguun y Zilargo, y muchos duendoides todavía merodean en sus sombras.

**Niño tormenta:** término de la jerga para describir al heredero de la Marca de dragón de la casa Lyrandar.

**Nubeseda:** especie de tela que prácticamente carece de peso y tiene la apariencia de una diáfana bruma blanca. Una popular variación de ella es la tormentaseda, que tiene el aspecto de nubes oscuras envueltas en rayos.

**Ocho Vientos, Carrera de los:** acontecimiento deportivo aéreo que tiene lugar en el barrio de Dura de Sharn. En este acontecimiento anual, los jinetes montan

distintas clases de bestias voladoras. Cada distrito de Dura es representado por una bestia distinta, y las preparaciones y rivalidades entre los distritos tienen un papel importante en la vida cotidiana.

**Ojo de Deneith:** la mayor parte de las casas portadoras de la Marca de dragón tienen dos emblemas heráldicos: una bestia mágica asociada con la historia de la casa y un símbolo más sencillo e icónico. La quimera de tres cabezas es la bestia de Deneith, mientras que su icono es un ojo de plata rodeado de los rayos dorados del sol. Este símbolo es conocido como Ojo Vigilante u Ojo de Deneith.

**Ojo de piedra:** título que los duendes de la Puerta de Malleon utilizan para referirse a Kasslak.

**Olalia:** refugiada cyrana y sirviente de Teral ir'Soras. Olalia ha sido desfigurada, supuestamente por medios mágicos.

**Olaran:** aldea en el extremo noreste de Cyre. Olaran fue destruida durante un ataque karnathi en 989 AR.

**Olladra:** Soberana de la Fiesta y la Fortuna, diosa de la suerte y la riqueza. Los que siguen al Ejército Soberano piden ayuda a Olladra en las aventuras arriesgadas, y la frase «Olladra sonrío» se utiliza cuando alguien tiene un golpe de suerte.

**Oranon, Mulg:** jinete enano que corre en las carreras aéreas de Sharn. Mulg es conocido por montar daga-halcones.

**Orasca:** palabra del idioma de los medianos de las llanuras de Talenta. Puede ser traducida de muchas maneras, pero el sentido habitual es «el que trata de robarme mi medio de vida».

**Orgullo de la Tormenta:** aeronave personal del señor Dantian d'Lyrandar.

**Pez fantasma:** pez grande de agua dulce, parecido a una trucha, con una diferencia clave: el pez fantasma es invisible. Esta rara característica persiste incluso una vez ha muerto, y muchos comensales muestran entusiasmo por el pez fantasma debido a la extraordinaria experiencia de comer un alimento invisible.

**Phiarlan, casa:** casa portadora de la Marca de dragón de la sombra.

**Philan:** refugiado cyrano que vive en Altos muros. Juglar de oficio, Philan sobrevive contando cuentos a los niños a cambio de cobre o sobras.

**Piedra de dragón:** forma de mineral con propiedades místicas, considerada ser un casco de uno de los Grandes Dragones Progenitores. Hay diferentes clases de piedra, cada una de ellas con distintas propiedades. Una piedra no tiene poderes en sí misma, pero un artificiero o mago puede utilizar una piedra para crear un objeto con efectos útiles. Las piedras siberys caen del cielo y tienen el potencial de aumentar el poder de las Marcas de dragón. Las piedras Eberron se encuentran en el suelo y potencian la magia tradicional. Las piedras Khyber se hallan en el subsuelo del mundo y se utilizan como un elemento vinculador de la energía mística.

**Pólvora de Sagal:** fuerte especia utilizada por los medianos de las llanuras de Talenta.

- Precario:** uno de los distritos de Sharn. Precario está en los niveles más bajos de la meseta de Dura. Se dedica al transporte comercial y está dominado por los talleres y las grúas místicas que elevan las mercancías desde los muelles del Daga.
- Principalidades Lhazaar:** grupo de pequeñas naciones situadas en la costa este de Khorvaire. Las gentes de esta tierra son reconocidos marineros y hay una fuerte tradición de piratería en la zona.
- Próspero, calle:** calle de Den'iyas. La mayor parte de los mercaderes y las tabernas de clase alta del distrito se hallan en la calle Próspero.
- Prueba de Siberys:** los miembros de las casas portadoras de la Marca de dragón no nacen con sus Marcas. Cualquiera que posee la sangre de una casa tiene la posibilidad de manifestar una Marca, pero normalmente la Marca sólo aparece bajo condiciones de tensión, cuando su poder es realmente necesitado. La Prueba de Siberys es un ritual formal administrado por la casa. En teoría obliga a la Marca durmiente a salir a la superficie, aunque hay quienes no han pasado la prueba pero han desarrollado la Marca posteriormente. La naturaleza precisa de la prueba varía según la casa. En algunas casas, puede ser peligrosa.
- Puerta de Malleon:** distrito de la guarda bajo el Desembarco de Tavick de Sharn. Esta zona básicamente está habitada por duendes, droaamitas y otras criaturas inhumanas.
- Q'barra:** joven nación oculta en el interior de las junglas del oriente de Khorvaire. Q'barra está formada por refugiados y rebeldes que se negaron a luchar en la Última guerra junto con bandidos y otros rufianes.
- Rakshasa:** antiguos diablos del amanecer de los tiempos. Los rakshasa son astutos conversores con considerables poderes místicos, pero los demonios más poderosos fueron encerrados en Khyber hace cientos de años.
- Ralus:** jinete humano. Ralus se especializa en montar hipogrifos y representa a Vigilia de la daga en la Carrera de los Ocho Vientos.
- Rasial Tann:** guardia con un gran talento para cabalgar hipogrifos. Rasial tenía un futuro brillante en la Guardia de Sharn y las carreras deportivas de Dura. Cabalgó el hipogrifo victoriosamente en su primera participación en la Carrera de los Ocho Vientos, pero el segundo año su montura murió en un accidente sin explicación. Tras otro desastre similar, Rasial desapareció en el submundo de Sharn.
- Refugio de Dalan:** rico distrito residencial en la guarda del Bajo Desembarco de Tavick de Sharn.
- Rey del fuego:** taberna y local de apuestas situado en el distrito del Disparate de Hareth.
- Rhazala:** duendecilla que vive en la Puerta de Malleon, en Sharn.
- Riedra:** el país más grande del continente de Sarlona. En el pasado una suma de estados en guerra, Riedra superó su conflicto interno y rompió todos los

vínculos con el resto de Eberron. Después de mil años de silencio, Riedra está sólo empezando a restablecer relaciones diplomáticas con las naciones de Khorvaire. Casi todo ese reino sigue siendo un misterio.

**Saerath:** mago que sirvió en los cuerpos de apoyo de la Guardia de la Reina de Cyre. Saerath sirvió a las órdenes de Daine, pero no se ha sabido más de él desde la Batalla del risco de Keldan.

**Sarlona:** uno de los continentes de Eberron. La humanidad surgió en Sarlona, y los colonizadores de Sarlona establecieron la civilización humana en Khorvaire.

**Sarris:** joven de Cyre. Sarris fue exploradora en el ejército de Cyre bajo las órdenes de Greykell ir'Ryc.

**Sedasueño:** clase de tejido producido en los telares de Zilargo. Se tejen entre sus hebras ilusiones menores que producen un asombroso efecto visual. El telar de Clebdecher, en Sharn, es reconocido por sus túnicas de puesta de sol, vestidos de sedasueño que parecen brillar con la luz naranja y rosada de la puesta de sol de Sharn.

**Semiorco:** cuando los humanos y los orcos se hibridan, la descendencia posee, normalmente, características de ambas razas. Estos semiorcos no son bestiales en apariencia, pero son más grandes y fuertes que la mayor parte de los humanos y poseen algunos rasgos propios de los orcos, como la piel gris y unos dientes caninos pronunciados. Los semiorcos son muy comunes en la Marisma de la bruma, pero pueden hallarse en todo Khorvaire.

**Sennan Rath:** sencillo torreón en el sur de Cyre. Fue fuertemente fortificado después del alzamiento de Darguun. Daine y Través pasaron un año patrullando por los muros de Sennan Rath.

**Shaarat:** palabra duende que se traduce como «espada» u «hoja».

**Shaarat'kor:** palabra duende que se traduce como «espada color sangre». Es el apodo de Lhesh Haruuc Shaarat'kor, el gobernante de Darguun. Los duendoides leales a Haruuc normalmente utilizan esta palabra como grito de guerra.

**Shae Mordai:** nombre elfo que se traduce como «Ciudad de los Muertos». Shae Mordai es el hogar de la Corte Inmortal de los elfos de Aerenal.

**Sharn:** también conocida como Ciudad de las Torres, Sharn es la ciudad más grande de Khorvaire.

**Siberys:** 1. El anillo de piedras que rodea el mundo. 2. Dragón mítico, también llamado «El Dragón de Arriba». Se dice que Siberys fue destruido por Khyber. Algunos creen que el anillo de Siberys es la fuente de toda la magia.

**Sivis, casa:** casa portadora de la Marca de dragón de la escritura.

**Soberano:** 1. Moneda de plata en la que aparece un monarca actual o reciente. Un soberano equivale a diez coronas. 2. Una de las deidades del Ejército Soberano.

**Soran:** familia de refugiados cyr que viven en Altos muros. Panaderos de oficio, los Soran se han esforzado por adquirir suministros suficientes para continuar su

negocio en Sharn.

**Sueñolirio:** este poderoso opiáceo procede del continente de Sarlona. Los sanadores brelish importaron el elixir del sueñolirio para utilizarlo durante la Última guerra, pero interrumpieron su uso cuando descubrieron lo adictivo que era. Desde entonces ha encontrado un lugar en el mercado de los narcóticos recreativos de Sharn, y su uso está aumentando en todo Khorvaire.

**Syllia:** matrona de una familia de granjeros cyrana, Syllia llegó al sur con sus dos hijos después de la guerra. La familia encontró un lugar en la Puerta de Dolurh, pero Syllia se refugió en el sueñolirio para olvidar el dolor y pronto se convirtió en una adicta.

**Tabletas serenas:** antiguas tabletas recuperadas en la isla Serena, junto a la costa de Argonnessen. Las tabletas son la narración escrita de un cuento dejado en herencia por los dragones durante cientos de miles de años. Describe la guerra entre los primeros dragones y la creación del mundo.

**Tal:** bebida de las llanuras de Talenta. El tal fue introducido en las Cinco naciones por los medianos de la casa Ghallanda. Hecho de hierbas hervidas, tiene muchas finalidades dependiendo de las hierbas utilizadas. Hay docenas de variedades. El tal miliano se sirve frío y se dice que calma la fiebre, mientras que el de raíz negra se sirve caliente y se toma al mediodía.

**Talenta:** llanuras de: amplia extensión de pastos al este de Khorvaire, las llanuras de Talenta son el hogar de la orgullosa cultura mediana. La gente de las llanuras de Talenta vive una vida nómada que ha permanecido más o menos invariable durante miles de años, aunque en el transcurso de los siglos un buen número de tribus han abandonado los pastos para establecerse en las Cinco naciones. En las llanuras se halla una gran variedad de grandes reptiles, y los guerreros medianos son conocidos por su temibles monturas con garras.

**Tanda:** este saludo de las llanuras de Talenta puede ser traducido de muchas maneras, dependiendo de las circunstancias, pero por lo general es amistoso. Un uso común es: «Saludos a uno que no es mi hermano de sangre pero que podría serlo en amistad».

**Targath:** metal que se halla en la tierra de Argonnessen. Un ensalmo hecho con este metal, se dice, da buena salud a quien lo lleva.

**Tarkanan, casa:** organización criminal con sede en Sharn, especializada en el robo y el asesinato. Sólo los poseedores de Marcas de dragón aberrantes pueden unirse a la casa Tarkanan, y los miembros de la casa son enseñados a mejorar su talento para aplicarlo en su trabajo. La organización se estructura como una sátira de las verdaderas casas portadoras de la Marca de dragón, en recordatorio de la alianza aberrante que surgió durante la Guerra de la Marca.

**Tharashk, casa:** casa portadora de la Marca de dragón del hallazgo. La casa Tharashk sirve como centro de referencia de los servicios de mercenarios monstruosos de Droaam, incluyendo correos gárgola y obreros ogro.

**Thrane:** una de las Cinco naciones originales de Galifar, Thrane es la sede de la Iglesia de la Llama de plata. Durante la Última guerra, la gente de Thrane decidió darle a la iglesia el poder por encima del trono. La reina Diani ir'Wyrnarn figura como líder, pero el verdadero poder está en manos de la Iglesia, que es gobernada por el consejo de cardenales y Jaela Daeran, el joven Guardián de la Llama.

**Tierras Enlutadas:** nombre común para la tierra baldía dejada por el Luto. Una pared de bruma mortalmente gris rodea las fronteras de la tierra que en el pasado fue Cyre. Tras esa bruma, la tierra ha sido transformada en algo negro y retorcido. La mayor parte de las criaturas que no murieron se transformaron en horribles monstruos, Las leyendas hablan de tormentas de sangre, cadáveres que no se descomponen, soldados fantasmales que luchan batallas sin fin y cosas mucho peores.

**Torre de Marfil:** distrito residencial en la guarda Alta Menthis de Sharn.

**Torres del dragón:** distrito de la guarda Media Central de Sharn. La mayor parte de las familias portadoras de Marca de dragón mantienen enclaves en las Forres del dragón, y es el lugar habitual para hacer negocios con esas casas.

**Forre hueca:** estadio de deportes aéreos, situado en el distrito de Disparate de Hareth.

**Torre Sivis:** enclave central de la casa Sivis en Sharn. Está en el distrito de las Forres del dragón.

**Través:** soldado forjado, Través fue construido por la casa Cannith y vendido al ejército de Cyre. Fue diseñado para servir como escaramuzador y explorador, especializado en el combate cuerpo a cuerpo. Sus camaradas lo llamaron así por su talento con la ballesta. Tras la destrucción de Cyre, fue elegido para permanecer junto a Daine su último capitán.

**Tres piedras:** popular juego de apuestas jugado con una baraja de cartas con un tema elemental. Las tres piedras del título representan los Tres Dragones que se dice que conforman el mundo.

**Tsash:** saludo habitual en la lengua duende.

**Última guerra:** este conflicto empezó en 894 AR con la muerte del rey Jarot ir'Wyrnarn, el último rey de Galifar. Tras la muerte de Jarot, tres de sus cinco hijos se negaron a seguir la antigua tradición de sucesión y el reino se dividió. La guerra duró más de cien años, y fue necesaria la total destrucción de Cyre para llevar a las demás naciones a la mesa negociadora. Nadie ha admitido su derrota, pero nadie quiere ser la próxima víctima del Luto. Las crónicas llaman al conflicto la Última guerra, con la esperanza de que el derramamiento de sangre haya Finalmente apagado la sed de violencia de la humanidad. Sólo el tiempo dirá si esta esperanza tiene algún fundamento.

**Universidad de Morgrave:** situada en Sharn, la Universidad de Morgrave es la institución educativa más grande de Breland. Comparada con las otras grandes

universidades de Khorvaire, tiene una oscura reputación. Muchos afirman que los estudiosos de la Universidad de Morgrave están más interesados en robar tumbas que en desvelar los secretos del pasado. Pese a las opiniones existentes sobre ella, Morgrave puede ser una valiosa fuente para los habitantes inquisitivos de Sharn.

**Viajero**, el: incluido vagamente entre los Seis Oscuros, esta deidad es la encarnación de la intriga y el artificio.

**Viejo camino**: camino comercial construido por orden del rey Galifar II. Hoy en día, el viejo camino une todavía las capitales y las grandes ciudades de las Cinco naciones.

**Viento Redondo**: finca ancestral de Hadran d'Cannith. Viento Redondo está en el distrito del Refugio de Dalan de Sharn.

**Vigilia de la daga**: 1. Uno de los distritos de la guarnición de Sharn situado en Alta Dura. 2. Edificio de la guarnición específico en el interior de ese distrito, dirigido por el capitán Grazen ir'Tala.

**Xoriat**: otro plano de existencia, conocido como el Reino de la Locura.

**Zae**: esta mediana es uno de los miembros más jóvenes de la casa Tarkanan. Parece ser capaz de comunicarse místicamente con los bichos e influenciar en sus acciones. No se trata de una habilidad aberrante que haya sido vista en la historia reciente, pero recuerda los poderes de la legendaria Señora de la Plaga, aunque menores.

**Zilargo**: situada en la costa sur de Khorvaire, Zilargo es la patria de los gnomos. Conocida por sus grandes universidades y bibliotecas, Zilargo también posee una considerable riqueza mineral en forma de gemas y piedras de dragón de Khyber. Los gnomos son excelentes diplomáticos, marinos y alquimistas, reconocidos por su astucia y su naturaleza curiosa.